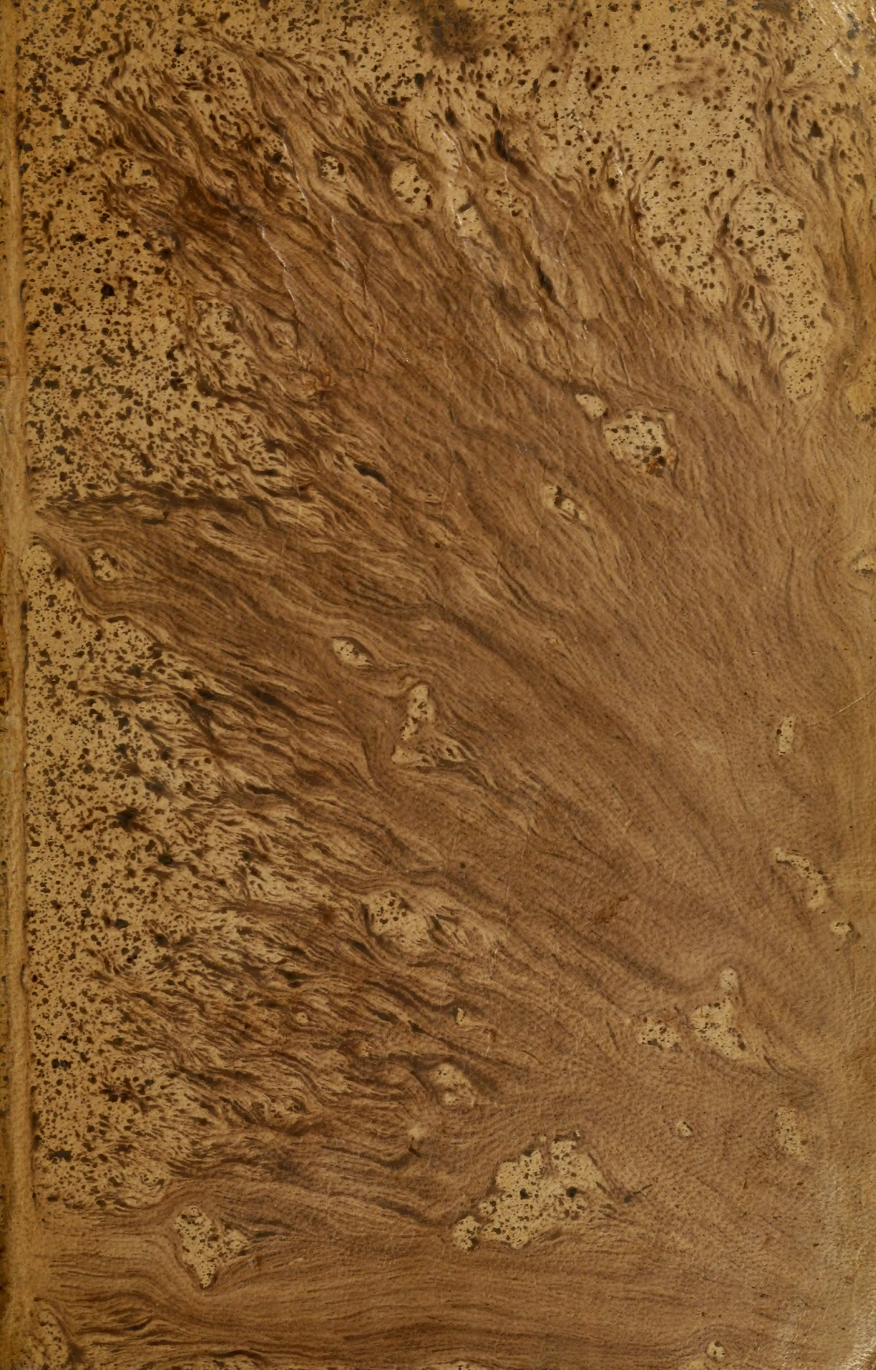
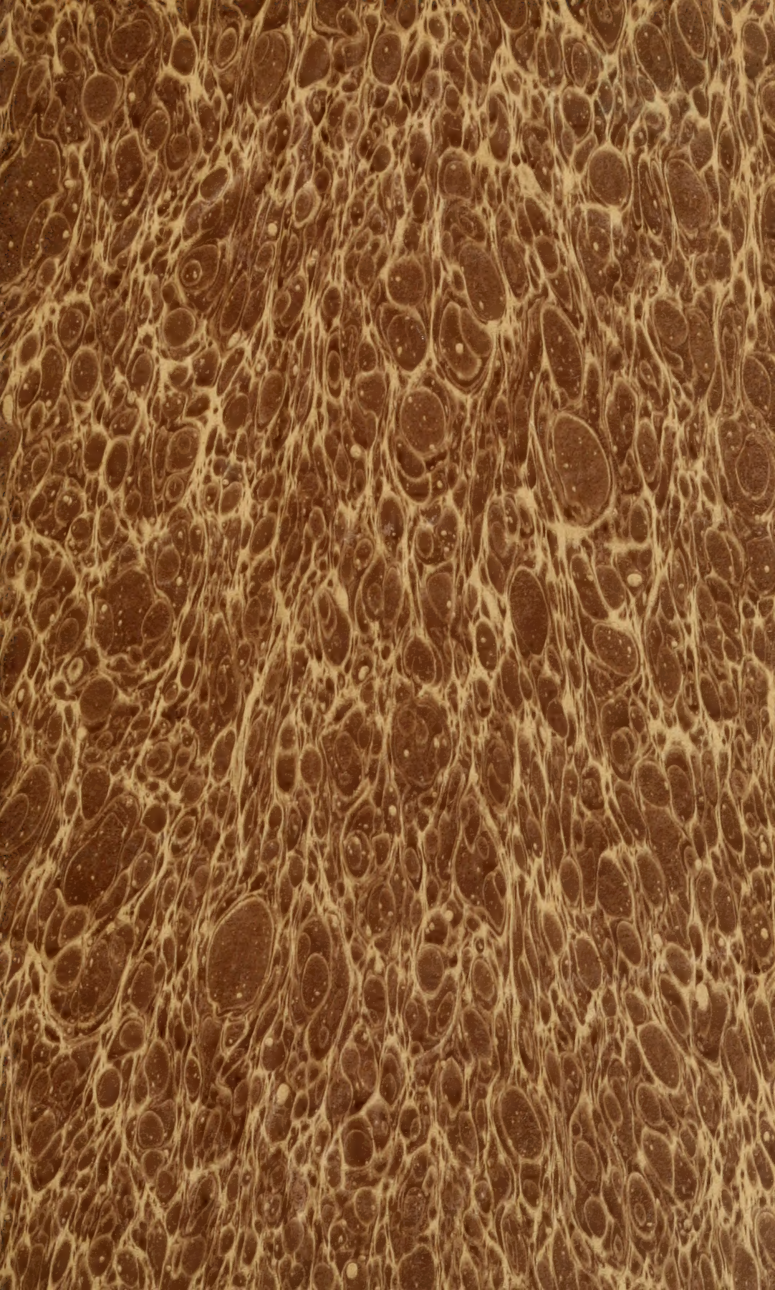



EX·LIBRIS
ROMERO & MARTINEZ



GRANDEZA Y DECADENCIA DE ROMA

II

JULIO CÉSAR

OBRAS DE TH. RIBOT

Las enfermedades de la voluntad.—Traducción de Ricardo Rubio. Segunda edición, Madrid, 1906. (Tamaño 19 × 12). Precio, 2'50 pesetas.

Las enfermedades de la memoria.—Traducción de Ricardo Rubio. Segunda edición, Madrid, 1908. (Tamaño 19 × 12). Precio, 2'50 pesetas.

Las enfermedades de la personalidad.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1899. (Tamaño 19 × 12). Precio, 2'50 pesetas.

La psicología de la atención.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1899. (Tamaño 19 × 12). Precio, 2'50 pesetas.

La lógica de los sentimientos.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905. (Tamaño 19 × 12). Precio, 2'50 pesetas.

Ensayo sobre las pasiones.—Traducción de Domingo Vaca. Madrid, 1907. (Tamaño 19 × 12). Precio, 2'50 pesetas.

La evolución de las ideas generales.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1899. (Tamaño 19 × 12). Precio, 3 pesetas.

La herencia psicológica.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1900. (Tamaño 23 × 15). Precio, 7 pesetas.

La psicología de los sentimientos.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1900. (Tamaño 23 × 15). Precio, 8 pesetas.

Ensayo acerca de la imaginación creadora.—Traducción de Vicente Colorado, con un prólogo de Urbano González Serrano. Madrid, 1901. (Tamaño 23 × 15). Precio, 6 pesetas.

OBRAS DE A. FOUILLÉE

Temperamento y carácter según los individuos, los sexos y las razas.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1901. (Tamaño 23 × 15). Precio, 5 pesetas.

La moral, el arte y la religión, según Guyau.—Traducción de Ricardo Rubio, con estudios acerca de las obras póstumas y del influjo de Guyau. Madrid, 1902. (Tamaño 19 × 12). Precio, 4 pesetas.

Bosquejo psicológico de los pueblos europeos.—Traducción de Ricardo Rubio. (Tamaño 23 × 15) Precio, 10 pesetas.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

GRANDEZA Y DECADENCIA DE ROMA

POR

G. FERRERO

II

JULIO CÉSAR

TRADUCCIÓN DE

M. CIGES APARICIO

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1908

1.908—Tipolit. de L. Faure, Alonso Cano, 15 y 17. Madrid.

PREFACIO

Este volumen contiene la historia de la conquista de la Galia y de la guerra civil, que terminó en la dictadura y asesinato de César. Es este un tema tratado por muchos escritores, y yo no lo hubiese abordado después de tantos otros, de no tener la confianza de aclarar un poco lo que hay de más obscuro en esta historia, situándome en un nuevo punto de vista para observar los hechos.

Según mi opinión, todos los escritores que han estudiado la conquista de la Galia han incurrido en un error: el de concentrar su atención en la Galia y en las fases de la lucha que allí se realizaba, aislando á César en el teatro de la guerra y disasociándole de Roma. Estudiada así la conquista de la Galia, sólo parece depender de los planes personales de César: planes profundos sin duda, pero también tan misteriosos, que no es posible determinarlos con ayuda de las fuentes históricas que están á nuestro alcance. He preferido, pues, estudiar este gran suceso colocándome, por decirlo así, en el centro de Roma y de sus intereses políticos y financieros, procurando descubrir así las relaciones

existentes entre las operaciones militares realizadas por César y los hechos interiores de la política romana.

Creo que contemplada desde tal punto de vista, esta conquista resulta mucho más clara y comprensible. Vémosla realizarse bajo la acción de fuerzas sociales que aún hoy mismo actúan, y por procedimientos que se parecen más ó menos á los que en nuestros días se utilizan. La conquista de la Galia se trueca en una «guerra colonial» comenzada y realizada por el jefe de un partido para servirse de ella como instrumento de acción en la política de Italia.

No obstante, si esta guerra se parece á tantas otras por su finalidad y por sus procedimientos, ha tenido efectos tan inmensos é imprevistos, que su estudio es una fuente casi inagotable para el historiador-filósofo. Quizás no haya habido guerra en la que mejor pueda sondarse algunas de esas leyes todavía tan misteriosas que rigen el destino de las naciones y de los Estados. Se ha discutido mucho durante los últimos tiempos sobre el papel histórico de la guerra: tan pronto se ha querido demostrar que es un divino beneficio, como que es un horrible azote del mundo. Estas discusiones, como todas las que pretenden determinar el carácter moral de las acciones y de las relaciones humanas, pueden favorecer la lucha de las fuerzas sociales que se disputan el dominio de los Estados; pero superan con mucho al poder intelectual de los hombres, para que en ellas pueda encontrarse nunca una solución definitiva. Un historiador-filósofo se circunscribe más modestamente á considerar la guerra como una fuerza que, en determinados momentos, precipita hacia su solución las crisis sociales elaboradas lentamente por el desgas-

te y el natural relajamiento de las instituciones sociales y políticas. Todo sistema de tradiciones, de intereses y de fuerzas morales que constituyen una sociedad, se desorganiza poco á poco por la acción continua de algunas fuerzas ocultas, advertidas por escasas personas; pero el espíritu de conservación, los intereses creados, el temor que inspira lo porvenir, siempre impiden reemplazar el sistema antiguo por otro nuevo, aún mucho después de haberse hecho aquél intolerable. De ahí esas épocas de crisis en que los espíritus y las instituciones, las costumbres y las fortunas son víctimas perpetuas de turbaciones inauditas y dolorosas, cuyo remedio ó atenuación se pretende en vano por los esfuerzos más complicados. Con frecuencia la guerra rompe de súbito el equilibrio psicológico conservado con trabajo, apresura en las sociedades víctimas de una crisis el término de lo que ya no posee energía vital, lanza en lucha decisiva á las fuerzas contradictorias y determina la eclosión de las fuerzas ocultas que pueden restablecer un nuevo equilibrio.

He tenido gran satisfacción en escribir la historia de los catorce años comprendidos entre el principio de la guerra gala y el espantoso asesinato de los idus de Marzo (58-44 antes de Cristo), singularmente porque los acontecimientos ocurridos en esta época son una de las más luminosas demostraciones de aquella verdad esencial, á la que sirve de última prueba, después de muchas otras, lo que actualmente ocurre en Mandchuria y en Rusia. Ninguna guerra—excepto las guerras de la Revolución y del Imperio—ha ejercido tan gran influencia en la historia del mundo. La guerra de la Galia regeneró al mundo antiguo, singularmente porque re-

solvió dos grandes crisis elaboradas durante un siglo, perturbaban con horrible malestar á todos los países que habían participado en la civilización greco-latina: de un lado la crisis política de Italia, que había de transformar en un siglo la esencia misma del Estado y de la sociedad latina; del otro, la crisis del caduco mundo céltico. Creo haber demostrado que la guerra civil entre César y Pompeyo, que inauguró la crisis política de Italia, fué en parte efecto de la laxitud, de las preocupaciones, de las decepciones engendradas por la guerra de las Galias, cuya duración y encarnizamiento acabaron por perturbar á Italia, harto habituada á las fáciles guerras de Oriente, y determinar el estallido de todos los odios civiles acumulados desde medio siglo antes en las clases, en los partidos, en los bandos y en las familias. La conquista destruyó al mismo tiempo la Galia céltica, que por espacio de más de un siglo se debatía en las convulsiones de una lenta agonía, haciendo así posible la latinización de la Galia, que fué el verdadero comienzo de la civilización europea.

En este volumen he estudiado la conquista de la Galia y su inmediata repercusión en el mundo latino, es decir, la guerra civil y la dictadura de César. Estudiando en el decurso de la obra el otro gran efecto de la conquista, mostraré cómo la Galia nueva, la Galia romana, surgió de las ruinas de la Galia céltica, destruída por esta «guerra colonial», y los intereses políticos y financieros creados, sin que nadie haya podido prever sus formidables consecuencias.

GUILLERMO FERRERO.

Turín, 1.° Abril 1905.

GRANDEZA Y DECADENCIA DE ROMA

JULIO CÉSAR

I

Primer error y primer éxito de César en la Galia.

Noticioso de que la emigración helvética iba á ponerse en marcha, César aceleró su salida de Roma. En el mes de Febrero del año precedente recibió de improviso el gobierno de las dos Galias: durante todo su consulado estuvo tan ocupado en las luchas é intrigas políticas, que no tuvo tiempo de informarse sobre el país, de leer los libros de los viajeros, de consultar á los mercaderes y hombres políticos, que por mediación de la Galia narbonesa, estaban en relación con los galos libres. Se aventuró, pues, en la Galia sin designio bien definido y conociendo mal el país y sus habitantes (1). Sin duda estaba resuelto á aplicar en la Galia el método

(1) Esto resulta de todo el curso de la guerra y de los testimonios del mismo César, que en diversos pasajes asegura no haberse informado de cosas esenciales hasta llegar al lugar preciso, y cuando la acción era inminente.—Véase *B. G.*, II, IV, 1; II, XV, 3; III, VII, 1; IV, XX, 4.

de Lúculo y de Pompeyo, y aprovecharse de todas las ocasiones y pretextos de guerra para enriquecerse y demostrar á Roma que era buen diplomático y buen capitán; pero aún no sabía con distinción hasta qué punto sería posible la empresa, ni lo que necesitaría para realizarla. Sobre el terreno mismo y en presencia de los acontecimientos vería lo que podría improvisar. ¿Qué había sido—en lo interior como en lo exterior—la política romana, sino una serie de felices improvisaciones? César seguiría en la Galia la ley común, á sus expensas y corriendo peligros. Lúculo había triunfado; Pompeyo había triunfado; él también esperaba triunfar.

La primera de sus improvisaciones fué la guerra contra los helvecios. No es dudoso el suponer que cuando salió de Roma, César participaba sobre la emigración de los helvecios de las ideas difundidas en el mundo político romano, desde el año 62, por Diviciaco, embajador eduo y portavoz de un partido político de la Galia, que tenía sus razones para oponerse á este movimiento. Creíase que los helvecios querían invadir la Galia y ponerse al frente de una gran coalición de pueblos galos; por el momento se limitarían á invadir la provincia para entrar en la Galia por el camino más corto; pero podrían resultar peligrosos algún día, hasta para Italia, si se formaba un gran imperio céltico bajo su hegemonía militar (1). Juzgando el movimiento de los helvecios con

(1) Cicerón, *A.*, I, XIX, 2: «Senatus decrevit... legati cum auctoritate mitterentur, qui adirent Galliæ civitates darentque operam, ne eæ se cum Helvetiis jungerent». Este fragmento epistolar reviste capital importancia para la historia de la conquista de la Galia: en efecto, nos revela el punto de partida de la política de César en la Galia.—Véase el apéndice D.

arreglo á las explicaciones suministradas por Diviciaco, César partió precipitadamente de Roma, apenas supo que estos helvecios se ponían realmente en marcha: el peligro era inminente; no había que perder un momento: aunque esta invasión se hubiese anunciado mucho antes, César se dejaba sorprender con una sola legión, en la Galia Narbonesa, y las otras tres en Aquileya, al otro extremo de la Cisalpina. Inmediatamente envió á las legiones de Aquileya la orden de acudir; y viajando día y noche llegó, gracias á una marcha rapidísima, á Ginebra, donde probablemente creía encontrar comenzadas las hostilidades. Al contrario, con gran sorpresa recibió del 5 al 8 de Abril (1) una embajada de los helvecios para manifestarle que una parte del pueblo quería emigrar á la Galia (2) conduciendo hombres, mujeres y niños, y le solicitaba permiso para atravesar la provincia. En estas demandas no había provocación ni amenaza; pero César, prevenido por los eduos y viendo en los helvecios una horda impaciente de lanzarse sobre la provincia y la Galia, sospechó que se trataba de una emboscada. Solicitó, pues, algunos días para reflexionar, dando á entender que accedería (3); pero apenas se marcharon los embajadores, se puso á fortificar con la legión que tenía á sus órdenes y cierto número

(1) Véase Rauchenstein, *F. C.*, pág. 50.

(2) Paréceme que Rauchenstein, *J. C.*, pág. 43, ha demostrado que es verosímil, en contra de lo que dice César, que los helvecios no emigraron todos.

(3) Sigo la versión de Dión, XXXVIII, 31-32, que es diferente de la de César, *B. G.*, I, VII, por las razones que expone Rauchenstein, *F. C.*, 51. Cuanto á las fuentes de Dión, paréceme que Micalella, en su hermoso trabajo *Les sources de Dion pour les guerres de César*

de reclutas, los puntos entre el lago de Ginebra y el Jura por donde el Ródano era más fácilmente vadeable (1). ¡Necesario era que esperase un serio ataque tras la negativa que decidió dar á la demanda de los helvecios, cuando tantas precauciones adoptaba! Pero también ahora se engañó César. La respuesta negativa se comunicó á los helvecios el 13 de Abril, y el temido ataque no se efectuó. Ninguna tentativa hicieron los helvecios para invadir la provincia (2); al contrario, demandaron á los secuanos que les permitiesen franquear la montaña por el Paso de la Esclusa, lo que se les concedió sin dificultad; y apenas juntos todos, hombres, mujeres y niños—unas 150.000 personas (3)—con víveres para tres meses y los escasos efectos de valor que poseían

---

dans les Gaules, Lecce, 1896, ha demostrado definitivamente, en contra de lo que piensan Heller y Rauchenstein, que Dión no ha seguido los *Comentarios* de César, sino á otro escritor cuya narración difería de la de César en algunos puntos importantes, y que con frecuencia era más verosímil.

(1) Napoleón III, *J. C.*, II, 48 y sig., me parece que corrige juiciosamente lo que César dice de este trabajo, *B. G.*, I, VIII. Véase Dión, XXXVIII, 31.

(2) César, *B. G.*, I, VIII, habla de tentativas hechas por los helvecios para forzar el paso. Trátase, sin duda, de incidentes particulares y sin importancia: César los refiere para dar á los helvecios actitud de provocadores. Si los helvecios hubiesen querido invadir la provincia, defendida entonces por una sola legión, lo hubiesen logrado fácilmente, supuesta su inmensa superioridad numérica.

(3) César, sin decirlo expresamente, intenta hacer creer (*B. G.*, I, XXIX), que los emigrantes eran 360.000. Plutarco, *César*, 18 y Estrabón, IV, III, (193), consignan casi las mismas cifras. Sólo Orosio, VI, VII, 5, dice que eran 157.000. Esta cifra es la más verosímil. Rauchenstein, *F. C.*, 44, ha demostrado que 360.000 hombres con víveres para tres meses hubiesen formado un convoy de más de 90

cargados en carros, emprendieron el camino del Jura, bajo las órdenes de un viejo jefe llamado Divicón.

El primer peligro temido por los romanos, la invasión de la provincia, desapareció, y á César le fracasó la primera ocasión de hacer una guerra. Sin embargo, subsistía el otro peligro, el peligro anunciado por los eduos, el de un imperio galo que hubiesen querido fundar los helvecios.

César, que tenía necesidad de realizar inmediatamente alguna brillante hazaña, se decidió á entablar en seguida la guerra contra este imperio del porvenir, persiguiendo á los helvecios en la Galia. El pretexto, si no el motivo, era fácil de encontrar; seguramente que existían ya en relación con el gobierno eduo, que se consideraba como amenazado por la invasión de los helvecios, y el Senado había comunicado al gobernador de la Narbonesa la orden de defender á los eduos. Sin embargo era preciso, ante todo, poseer los medios de realizar esta guerra. Cuatro legiones eran insuficientes. Dejando á Labieno para que defendiese el Ródano, César volvió prestamente á la Galia cisalpina, y mientras esperaba á las tres legiones que había llamado procedentes de sus cuarteles de invierno de Aquileya, reclutó otras dos; luego, cuando las cinco legiones estuvieron prestas, pasó el monte de Ginebra, descendió á

kilómetros, y que César hubiese podido atacarle fácilmente dónde y cuándo lo hubiese querido, lo cual no hizo. Por otra parte, el mismo César *(B. G.*, I, xx), dice que volvieron á Suiza 110.000 personas: después veremos que las pérdidas de los helvecios durante la guerra no fueron muy considerables; y cómo sólo un pequeño número emigró al Norte y otro grupo permaneció en el territorio de los eduos, puede suponerse que eran unos 150.000 en el momento de partir.

Grenoble, marchó rápidamente al Norte, á la frontera de la provincia. En las inmediaciones del punto donde más tarde se erigió á Lyón se le incorporó Labieno con la legión que había dejado en Ginebra, y probablemente hacia primeros de Junio, con seis legiones y los auxiliares, esto es, con unos 25.000 hombres (1), pasó la frontera de la provincia y entró en territorio galo, á lo largo de la ribera izquierda del Saona (2). Llegó con oportunidad. Lentamente, durante estos dos meses, los helvecios habían cruzado el territorio de los secuanos, luego entraron en el de los eduos, llegando al Saona para pasar quizás á Mâcon. Pero sea que verdaderamente se entregaron al saqueo ó que el partido enemigo de los helvecios crease de acuerdo con César una agitación ar-

---

(1) Rüstow, *H. K. C.*, 3, evalúa las legiones de César en 3.000 soldados; pero sus testimonios se refieren á los últimos tiempos de la guerra. Al principio debían de ser algo más numerosas sus legiones. Suponiéndolas de 4.000 hombres, seis legiones daban 24.000 legionarios, á los que es preciso añadir un millar de auxiliares y 4.000 soldados de caballería edua, que tuvo al poco tiempo.

(2) Tal es la opinión de von Göler, á la que Rauchenstein, *F. C.*, 67 y sig., opone objeciones estratégicas irrefutables, si se admite que los helvecios querían dirigirse al Sur, á la Saintonge. No se comprendería entonces cómo César, que estaba en el Sur y quería cortarles el camino, hubiese remontado al Norte, hasta la altura de Mâcon, en lugar de dirigirse al Noroeste. ¿Pero es cierto esto? Al contrario; ¿no convendrá admitir que los helvecios se dirigían al Norte? Véase el apéndice D. Así todo resulta claro. César pensaba sorprenderlos al pasar el Saona. De esta suerte se dilucida la cuestión del combate contra los tigurinos que se libró en la margen izquierda del Saona. Antójaseme imposible el atribuir á Labieno el mérito de esta victoria, como lo hacen Appiano, *Gall.* 15, y Plutarco, *César*, 18. Labieno se ve muy bien tratado en los *Comentarios* de César; este libro se escribió cuando la guerra civil amenazaba y

tificial entre las naciones de la Galia, lo cierto es que apenas el procónsul hubo pasado la frontera, diferentes pueblos galos le enviaron embajadores demandándole socorro: los alóbroges que moraban allende el Ródano, los ambarros, los eduos, hasta los secuanos, que á pesar de esto habían permitido á los helvecios el paso por su territorio (1). Encontrando así el pretexto legal de la guerra, César se autorizó del senato-consulto en favor de los eduos para pedir á éstos trigo y 4.000 soldados de caballería, y, sin pérdida de tiempo, se lanzó en la empresa. Su plan consistía en sorprender á los helvecios, que comenzaron á pasar el Saona, mientras se ocupaban en esta lenta y difícil operación. Á grandes jornadas, devorando etapas, César se dirigió sobre Mâcon, cuando estuvo cerca realizó un postrer esfuerzo y destacó como vanguardia, á marchas forzadas, tres legio-

---

César tenía que halagar á sus generales; ¿por qué correr el riesgo de enojar á Labieno despojándole del mérito de un pequeño combate? Verdad es que el texto de los *Comentarios* no dice que César haya pasado el Ródano por Lyón, *B. G.*, 1, 10; «*In Segusiavos exercitum ducit*». Parece ser que los segusiavos ocupaban la orilla derecha del Ródano, y Napoleón III los ha colocado también en la orilla izquierda del Saona, sencillamente por acordar este pasaje de los *Comentarios* con la necesidad de que César pasase el Ródano por Lyón. ¿Pero no es más sencillo suponer que César, al escribir de prisa y siete años después de ocurridos estos sucesos, cometiese una inexactitud y se equivocase en el nombre de este pueblo? Así explicado el caso no es necesario admitir, como lo supone De Sauley (*Guerra de los helvecios*, en la *Revue archéologique,* 1861), que César pasase el Ródano por la pequeña Viena, y luego que cruzase de nuevo el Saona en dirección opuesta, lo que sería absurdo.

(1) Si se tiene en cuenta al menos lo que dice Dión, XXXVIII, 32. César, *B. G.*, I, XI, no habla de los secuanos.

nes. Pero había confiado excesivamente en la lentitud de los helvecios. Al llegar la vanguardia sólo quedaba en la margen izquierda una pequeña retaguardia. Fácil cosa fué aniquilarla; pero como este triunfo carecía de importancia (1) César lanzó en un día todo su ejército á la orilla opuesta y se puso á perseguir á los helvecios, que se dirigieron hacia el Noroeste, al través de las sinuosas regiones del Charolais (2).

César se figuró atajar en su origen mismo un vasto y peligroso movimiento de las poblaciones célticas, que hubiese podido revestir algún día las proporciones del de los cimbrios y teutones. Al contrario, cayó con los ojos vendados en la trampa que le había dispuesto hábilmente el partido conservador de los eduos, incurriendo en uno de los más grandes errores de su carrera política. Los helvecios ni siquiera tenían la intención de fundar un gran imperio galo. Tratábase de una invención de los eduos, á la que habían concedido exagerado crédito los romanos y César, en su ignorancia de las cosas de la Galia. El objetivo de la expedición era muy diferente. César había llegado á la Galia en un momento crítico, cuando toda la nación estaba preocupada por un peligro mucho más grande que la emigración de los helvecios, el peligro germánico personificado en Ariovisto. Dividida desde siglos antes en gran número de repúblicas independientes, grandes y pequeñas; viviendo en perenne guerra las más fuertes; perturbada

(1) Rauchenstein, *F. C.*, 61, ha demostrado que este combate lo describió César con cierta exageración, *B. G.*, I, XII. En puridad, este fracaso no descorazonó á los helvecios.

(2) Heller, in *Phil.*, 19, 559.

al mismo tiempo cada cual por las luchas encarnizadas de los partidos, que con suma frecuencia complicaban las luchas entre los Estados (1), la Galia, durante los años que precedieron á la llegada de César, aún había estado más conmovida y agitada que de ordinario por las terribles complicaciones de uno de esos conflictos interiores y nacionales, el gran conflicto entre los eduos y los secuanos que se disputaban en contínuas guerras el Saona y sus ricos pontazgos (2). Algunos años antes, en el curso de una de esas guerras, los alvernios y los secuanos, vencidos por los eduos, se dirigieron á Ariovisto, rey de los suevos, demandándole ayuda y prometiéndole, en cambio, territorios en la Galia: Ariovisto pasó el Rhin al frente de sus germanos y ayudó á los secuanos y alvernios para vencer á los eduos; pero las consecuencias de esta victoria germánica allende el Rhin fueron mucho más graves de lo que se figuraron secuanos y alvernios. Establecido ya en la Galia, Ariovisto no se satisfizo con los territorios que se le otorgaron; llamó muchos suevos de su país; y con ayuda de un ejército numeroso y aguerrido, aprovechándose de la división y debilidad de los Estados galos, terminó adquiriendo en breve tiempo y en toda la Galia una supremacía que tardó poco en parecer intolerable (3). Una coalición de pueblos galos intentó libertar al país; pero Ariovisto la venció (4) y, resultando más fuerte

(1) César, *B. G.*, VI, XI.
(2) Estrabón, IV, III, 2 (192).
(3) César. *B. G.*, I, XXXI.
(4) César, *B. G.*, I, XLIV: «Omnes Galliæ civitates ad se (scilicet Ariovistum) oppugnandum venisse...; eas omnes copias uno prælio... superatas esse».

después de esta victoria (1), obligó á los eduos á pagarle un tributo (2), y oprimió á los mismos secuanos, sus antiguos aliados, que le abrieron las puertas de la Galia (3). Durante catorce años crecía, pues, la amenaza de una supremacía germánica en el Rhin; y lo que aún era más grave, este gran peligro nacional había sobreexcitado, en vez de calmar, las luchas entre los partidos galos, entre el partido que podía llamarse aristocrático y conservador y el partido popular y plutocrático. Desde algunas generaciones antes, la antigua nobleza gala se entrampaba y empobrecía, como la nobleza romana en tiempo de los Gracos; y de esta creciente miseria de su clase, se aprovechaba un pequeño número de nobles más listos ó audaces, para adquirir gran influencia política y acopiar inmensas fortunas. Unos acaparaban tierras y capitales; otros monopolizaban los impuestos de las gabelas y peajes, y prestaban dinero á los demás: y todos por el gran número de sus deudores, de sus clientes, de sus servidores, por su largueza con la plebe pobre, procuraban adquirir un poder casi monárquico en las antiguas repúblicas aristocráticas (4). Estos demagogos millonarios que, en la Galia, lo mismo que Craso, Pompeyo y César en Roma, procuraban, sustentándose en las masas populares,

(1) El *prælium ad Magetobrigam* de que habla Diviciaco, *B. G.*, I, XXXI, es probablemente al que alude Ariovisto en el discurso citado en la nota precedente.

(2) César, *B. G.*, I, XXXVI.

(3) Idem, XXXII.

(4) Véase César, *B. G.*, I, IV; I, XVIII; VI, XV; VII, XXXII. Estrabón, IV, IV, 3 (197) nos dice que la mayoría de los pueblos galos vivían en repúblicas aristocráticas.

constituir gobiernos personales, luchaban contra la nobleza conservadora que aspiraba á mantener su antiguo prestigio con las instituciones tradicionales; y la lucha era tan viva, que ambos partidos habían dividido á la Galia, hasta en el gran problema nacional del peligro germánico. Los dos partidos se daban exacta cuenta de que quien lograse entre ambos lanzar á Ariovisto allende el Rhin conquistaría prestigio suficiente para asegurarse por mucho tiempo el poder; pero, naturalmente, como cada cual quería explotar en su provecho esta cuestión, no les era posible concertarse sobre la política que les convenía seguir para libertar la Galia. La nobleza conservadora—entre los eduos, singularmente—fiaba en el apoyo de Roma para expulsar á Ariovisto, y por espacio de algún tiempo intrigaba en Roma, sobre todo por mediación de Diviciaco, para lograr que el Senado interviniese (1). Al contrario, el partido popular de los plutócratas, que se sustentaba en las masas y representaba sus pasiones, pretendía libertar la Galia con fuerzas galas y sin intervención de extranjeros, diciendo que, si se llamaba á los romanos contra Ariovisto, aquéllos sustituirían á éste, y que nada se ganaría en el trueque; pero como los Estados más importantes y civilizados de la Galia estaban muy decaídos y divididos, mientras que el partido adversario intrigaba en Roma, el otro se entendía con los pueblos más bárbaros y belicosos de la Galia esperando servirse de ellos para rechazar á los suevos (2). La emigración de los helvecios habíanla inventado con tal fin los jefes de este

(1) Véase César, *B. G.*, I, XXXI.

(2) Sobre todo este punto, véase el apéndice D.

partido. Se les había prometido dar—ignoramos en qué parte de la Galia—territorios á los helvecios que se encontraban harto angostos en su país, para tenerlos en seguida como aliados en la guerra contra los suevos, que los helvecios habían ya batido en múltiples ocasiones. Así, pues, como cada partido prefería al triunfo del partido contrario la prolongación de un estado de cosas que todos consideraban deplorable, la autoridad de Ariovisto se consolidaba, mientras que los partidos disputaban sobre la mejor manera de aniquilarla. El partido romanófilo obtuvo un gran triunfo cuando logró que el Senado romano votase el famoso senatoconsulto en favor de los eduos, pero al cabo de dos años aún no había obtenido su ejecución, y se le acusaba por el partido nacional de traicionar los intereses de la Galia. El partido nacional consiguió, á su vez, que los helvecios empuñasen las armas contra Ariovisto, pero durante tres años, la emigración se había visto atajada en su marcha por varias dificultades, á las que, probablemente, no eran extrañas las intrigas del partido romanófilo. Al mismo tiempo, éste inventó en Roma «el peligro helvético». En suma, ni uno ni otro partido eran bastante fuertes para imponerse á toda la Galia y arrastrarla á una guerra por su libertad: desorden espantoso reinaba en toda ella, y la gravedad de estas luchas, que no sólo dividían á los pueblos y á las clases, pero también á las familias, lo demuestra que el jefe del partido nacional, el eduo Dumnórix, era hermano de Diviciaco, el jefe del partido romanófilo.

Sin embargo, después de grandes esfuerzos y al cabo de tres años de trabajo, el partido nacional consiguió que los helvecios saliesen de sus montañas. Á princi-

pios del año 38, cuando comenzó la emigración helvética, preludio de la guerra contra Ariovisto, el partido nacional pareció hacerse durante un momento dueño de la situación, y la alegría fué grande en toda la Galia. Pero esta alegría fué de escasa duración. Explotando hábilmente la ignorancia y el espíritu aventurero del nuevo procónsul, el partido romanófilo lanzó á César contra los helvecios, inclinando de un sólo golpe la situación en provecho propio. El partido nacional se encontró ahora en la mayor dificultad, no osando oponerse á Roma y no pudiendo tampoco abandonar á los helvecios. Aunque furioso contra César, los jefes del partido nacional comprendieron en seguida que era necesario fingir por el momento, disfrazar su descontento, ganar tiempo y valerse de la ignorancia de César y de la fuerza que le daba su popularidad, para insinuarse entre el partido adversario y César, ayudando indirectamente á los hevelcios. Y en efecto, todos hicieron protestas de su amistad por Roma; el mismo Dumnórix acudió al campamento romano consistiendo en pagar el cuerpo de caballería que los eduos tenían que montar, á condición de mandarlo y con propósito de valerse de esta situación para prestar mejores servicios á sus amigos los helvecios. Tan grande era su popularidad, que el partido romanófilo no osó advertir á César de lo que significaba este singular comandante de la caballería. Así es como César se arrojó á perseguir á los helvecios en un país, cuyos hombres y partidos desconocía, sin recelarse que con esta guerra se haría sospechoso y odioso desde el primer momento á las masas galas arrebatándoles una antigua esperanza, y sin dudar siquiera de que una parte de su séquito, compuesta de eduos, sólo le acom-

pañaba para traicionarle. Y la guerra, con tanta imprudencia iniciada, adoptó desde luego un sesgo singular. Los helvecios que tenían prisa de consumar su emigración en las mejores condiciones, no querían enredarse con Roma, y apenas supieron que el general romano había pasado el Saona, enviáronle una embajada al frente de la cual figuraba Divicón en persona, para hacerle las más tranquilizadoras manifestaciones y las ofertas más razonables. Divicón afirmó que, apesar del injusto ataque sufrido por los helvecios á orillas del Saona, no deseaba la guerra, añadiendo que estaban prestos para emigrar á las tierras que César les indicase. Mas, para César, que aún era víctima de las intrigas eduas, estas declaraciones eran benévolas en demasía, y lejos de tranquilizarle, aumentaron sus recelos. ¿Podía considerar como sinceras estas proposiciones de los helvecios? ¿No podía sospechar que abrigasen el designio de fundar un gran imperio galo? Replicóles, pues, acusándoles de las guerras que en otro tiempo habían sostenido contra Roma, y declaró que no se fiaba de ellos, y les exigía rehenes para acceder en otorgarles la paz. Divicón respondió que los helvecios tenían la costumbre de recibir y no entregar rehenes, y rompió las negociaciones (1). La guerra entre Roma y los helvecios quedó, pues, oficialmente declarada; pero tampoco ahora comenzaron inmediatamente las hostilidades como hubiera podido creerse. Los helvecios, siempre deseosos de evitar la guerra, prosiguieron su camino dispuestos á defenderse, pero sin tomar la ofensiva. César, que sabía cuán peligroso sería un fracaso, se

(1) César, *B. G.*, I, XIV.

puso á perseguir el ejército helvético á cinco ó seis millas de distancia sin dicidirse nunca á atacarlo, pero en espera de una buena ocasión (1) que los helvecios no le ofrecían. Durante quince días ambos ejércitos se siguieron á poca distancia, librando sólo ligeras escaramuzas de caballería, en que los caballeros de Dumnórix se dejaban batir fácilmente (2). Entretanto, los helvecios se dirigieron al Norte, hacia la Costa de Oro, y César que los perseguía tuvo que alejarse del Saona, vía por donde se había abastecido hasta entonces. Pronto las provisiones conducidas de Màcon en caballerías empezaron á agotarse; los víveres ofrecidos por los eduos no llegaron, y los nobles eduos se vieron cada vez más imposibilitados de explicar el retraso. César sospechó al principio, se molestó luego, y concluyó abriendo una información. Entonces, obteniendo de éste un dato, de aquél una confesión, comenzó á entrever el lazo en que ciegamente había caído, y á comprender un poco las complejas intrigas políticas de la Galia. Supo que si los eduos del partido aristocrático, con Diviciaco á la cabeza eran favorables á los romanos, el partido democrático era adverso, y que su jefe Dumnórix sólo había consentido en pagar y mandar la caballería para favorecer á los helvecios. Él era, en realidad, quien se imponía por sus riquezas y popularidad al Senado de los eduos y quien, para arruinar á César, impedía que el trigo llagase á su destino. La situación se reveló súbitamente con excepcional gravedad. César no se atrevió á

(1) César, xv.

(2) Véanse las juiciosas observaciones que hace Rauchenstein, *F. C.*, 73, sobre el relato de esta marcha de César, *B. G.*, I, xv.

castigar á Dumnórix temiendo irritar demasiado á los eduos; pero también comprendió que persiguiendo á los helvecios sin atacarles, desanimaría á sus soldados y secundaría á los traidores. Sólo una brillante victoria podría cambiar el aspecto de las cosas. Este mismo día, precisamente, le advirtieron los exploradores que los helvecios habían acampado á unas doce millas, al pie de una montaña cuya cima no se preocuparon de tomar, y á la que podían subir por un camino distinto del seguido por los otros. Esta era la ocasión tanto tiempo esperada. César pensó en enviar delante á Labieno con dos legiones, ocupar la montaña durante la noche, ponerse en movimiento algo más tarde con el resto de su ejército y, siguiendo el mismo camino que los helvecios, llegar al alba á su campamento y atacarlos cuando aún estuviesen dormidos, mientras que Labieno se desplomaría sobre ellos desde lo alto de la montaña. El plan era ingenioso, y se realizó escrupulosamente. Labieno partió á tiempo; César envió primero un destacamento de exploradores mandado por un antiguo soldado, Publio Considio; luego, á la hora convenida, durante la noche, se puso en marcha con sus legiones. Pero debía estar muy inquieto y agitado durante esta marcha nocturna, al intentar su primera estratagema en tan críticas condiciones, con los víveres casi agotados, con tantos traidores tolerados por necesidad en su campamento, con legiones que habían perdido su valor. En efecto, un instante de confusión fué bastante para malograr un golpe tan bien preparado. Al amanecer, tras una penosa marcha nocturna, César dió vista al campamento helvético, cuando Considio llegó al galope anunciándole que la montaña no estaba ocupada por

Labieno, sino por los helvecios. ¿Qué había ocurrido? ¿Habían deshecho á Labieno? Asustado César, retrocedió, y encontrando una colina favorable dispuso las legiones en orden de batalla esperando el ataque. Sólo un rato después, cuando ya el sol había remontado, y todo estaba tranquilo alrededor, envió exploradores. Y no tardó en conocer que Considio se había engañado, que Labieno había acupado la montaña y esperado inútilmente en la altura que César llegase y atacase. Durante este tiempo, los helvecios se habían marchado tranquilamente (1).

La situación se hacía crítica. El ejército sólo disponía de víveres para dos días. Pero avanzando así ambos ejércitos habían llegado á la altura de Bibracte (monte Beauvray, cerca de Autun), la rica capital de los eduos, que se encontraba á unos veintiocho kilómetros al Occidente. César, obligado por la necesidad, decidió re-

(1) *B. G.*, I, XXI-XXII. El relato ha dado lugar á numerosas críticas y suposiciones. Véase Lossau. I, *K.*, I, 304; Rauchenstein, *F. C.*, 76; Sumpf, *B. O.*, pág. 14. Pero estas críticas, y sobre todo las de Rauchenstein, me parecen demasiado sutiles. ¿Por qué no ha de ser más posible que los helvecios se olvidasen de ocupar la montaña? Tales imprudencias se cometen en todas las guerras. Si la sorpresa fracasó porque la montaña estaba guardada, la culpa no fué de César, y es poco probable que éste alterase todo su relato, aun á riesgo de atribuirse faltas él mismo, sólo por desacreditar á Considio, como supone Rauchenstein. Más verosímil me parece que Considio se engañase realmente, y que todo ocurriese como César lo cuenta, poniendo cuidado de insistir en el error de Considio para disimular la falta en que incurrió dando crédito á los informes de aquél y perdiendo su sangre fría. Esta interpretación aún tiene la ventaja de confirmarnos en una cosa, sobre la cual tenemos abundantes pruebas: que en esta primera guerra César todavía era poco dueño de sus nervios.

plegarse sobre Bibracte para aprovisionarse. Ya iba á adoptar las disposiciones convenientes, cuando los helvecios se arrojaron súbitamente sobre sus legiones, librando batalla en el sitio donde ahora se alza la aldea de Ivry (1). Al comprender Divicón que sólo la casualidad había salvado á los helvecios de una sorpresa desastrosa, sin duda no quiso ya que los romanos le picasen la retaguardia y para rechazarlos más lejos decidió presentarles batalla (2). Quizás no pudiese contener tampoco el ardor de sus soldados. Sea de ello lo que quiera, César apenas tuvo tiempo, conteniendo un poco al enemigo con su caballería, de ordenar en tres filas—hacia la mitad de una colina y á la derecha del camino—las cuatro legiones de veteranos, y más alto las dos legiones nuevas y los auxiliares, con orden de guardar los bagajes y tener preparado el campamento. Las falanges helvéticas llegaban ya, atacando de frente á las legiones. Comenzó la batalla. Pero muy luego, tras

(1) Como supone de Saulcy. Véase *Phil.*, 19, 559.

(2) Paréceme poco probable que los helvecios atacasen á César, como él dice: *B. G.*, I, XXIII, porque habiendo sabido que intentaba replegarse sobre Bibracte, creyesen que César suponía desanimado á su ejército, ó porque quisieran cortarle la retirada. Todo revela que los helvecios deseaban llegar al término de la emigración con todas sus fuerzas, y consecuentemente, que eludían la ocasión de entablar batalla con los romanos. Es, pues, probable, que al saber que los romanos cesaban de seguirles, hubiéranles dejado marchar en paz. Además, si hubiesen tenido el propósito de destruir el ejército romano, no hubieran reanudado su camino después de la batalla. Al contrario, como ya veremos, hubiesen podido tentar un nuevo ataque al siguiente día, lo cual maldita la gracia que hubiese hecho á César. Paréceme más sencillo encontrar el motivo de la batalla en la sorpresa que intentó César el día precedente.

un breve encuentro, los helvecios arredraron, volvieron la espalda, se dieron á la fuga. Divicón, que era un táctico hábil y astuto, formado en la práctica de las contínuas guerras, como hoy un jefe de los boers, tendió un lazo al erudito general romano, que había estudiado los manuales griegos del arte militar, pero que carecía de experiencia. El ataque de frente y la retirada sólo eran un ardid para atraer á los romanos y aplastarlos al pie de la colina (1). César, que en esta primera batalla no podía disponer de toda su sangre fría, cayó en el lazo; creyó que el ataque de frente á su ejército era serio, y cuando los helvecios empezaron á retirarse, ordenó á sus soldados que bajasen de la colina y persiguiesen al enemigo. Apenas hubieron descendido, cuando Divicón lanzó una columna de 15.000 boyos y tulingos sobre el flanco derecho de los romanos; las falanges, que habían simulado retirarse, dieron media vuelta y reanudaron el ataque: los romanos fueron atacados de frente, casi de flanco, y amenazados por la retaguardia, con tal rapidez, que César no pudo enviar á las legiones que permanecían en lo alto de la colina la orden de acudir inmediatamente en socorro. ¿Qué ocurrió, pues, en el terrible choque? Es difícil darse cuenta de ello por el relato confuso y contradictorio de César (2), que pa-

---

(1) Rauchenstein, *F. C.*, 83.

(2) *B. G.*, I, xxv-xxvi. César describe con perfecta claridad y suministrando muchos detalles la primera parte de la batalla, el ataque de frente hecho por los helvecios, su retirada, la temeraria persecución de los romanos, el ataque de flanco por los boyos y tulingos. Pero esto se refiere al principio de la batalla: para decirnos en seguida cómo se continuó y terminó, César se satisface con cinco palabras: *Diu atque acriter pugnatum est*. Pero se ignora qué fué esta

rece querer ocultar algo, á menos de que hayamos de admitir que un escritor tan claro y preciso de ordinario, haya sido confuso en la narración de su primer gran hecho de armas sólo por pura negligencia.

Posible es que, asustadas las dos nuevas legiones, contemplasen la lucha desde lo alto, sin atreverse á prestar socorro, ya que no recibieron la orden; que César lograse conducir á sus soldados fuera del desfiladero, á cualquier fuerte posición donde pudiesen resistir el choque, pero perdiendo muchos hombres, y que los helvecios se retirasen creyendo haber asestado un buen golpe. La confusión del relato sólo sería de esta suerte un artificio para velar el resultado poco brillante de la batalla. En efecto, César tuvo que dejar al enemigo que levantase su campamento durante la noche, y proseguir tranquilo su camino hacia Langres, sin dejar nin-

---

batalla. César ya no habla de las dos legiones situadas en la altura de la colina; quiere hacer creer que por la tarde, mientras una parte de los enemigos se retiraba á una colina—pero sin dar á entender que se tratase de una derrota—los romanos tomaron posesión del campo tan encarnizadamente defendido por la otra parte del ejército. Tampoco dice nada de lo que hicieron los helvecios que se retiraron á la colina, mientras los romanos se apoderaban del campo de sus compañeros. ¿Es posible que permaneciesen en la colina sin dar muestras de vida? El mismo César da á entender que no hizo prisioneros, y declara que los enemigos pudieron continuar aquella misma noche su camino, mientras que él aún tuvo que permanecer durante tres días en el campo de batalla. Luego el enemigo no fué perseguido. ¿Á qué se redujo, pues, la victoria? Todo lo cual demuestra que esta pretendida victoria de César fué, sino una verdadera derrota, al menos un fracaso que ha sabido disimular hábilmente. Si Divicón también hubiese escrito sus comentarios, tendríamos un relato muy diferente.

gún prisionero en sus manos; mientras que, á causa del gran número de muertos y heridos, de la fatiga, y sin duda también de la impresión que la lucha terrible produjo en sus soldados, se vió obligado á permanecer tres días en el campo de batalla (1). Los helvecios, pues, realizaron plenamente sus designios. Pero César no podía conformarse con este fracaso, y se dispuso á perseguir otra vez al enemigo para resarcirse á cualquier precio, cuando felizmente los helvecios solicitaron la paz. Cansados de la larga marcha y asustados quizás de su victoria, temieron sin duda que Roma les hiciese pagar caro este éxito, y se decidieron á concertar la paz con César, declarándose dispuestos á retornar á su antiguo territorio. Satisfecho César de esta proposición que le libraba sin riesgo y sin vergüenza de una guerra peligrosa, hizo ahora más amplias concesiones. No sólo ordenó que los alóbroges entregasen á los helvecios grandes provisiones de trigo para sembrar las tierras y vivir hasta el siguiente año; como los boyos no querían volver de ninguna manera á su país, dispuso que los eduos les cediesen tierras en su propia jurisdicción. César pudo entenderse de este modo con los helvecios á expensas de los galos (2), y embellecer el informe que comu-

---

(1) César *B. G.*, I, XXVI.

(2) Las condiciones de la paz que César, *B. G.*, XXVII, dice haber impuesto á los helvecios son de tal índole que desmienten todo el relato que hace de la guerra. Es completamente inverosímil que los helvecios se rindiesen porque los lingones, obedeciendo las órdenes de César, ya no les diesen nada. Es evidente que entonces hubiesen cogido lo que se les negaba. Además, si César hizo que se les entregase, no sólo trigo por cuenta de los alóbroges, pero también tierras por los mismos eduos, esto demuestra que los helvecios discutieron

nicó al Senado, hasta el punto de dar como una victoria el resultado incierto de la guerra (1). Los helvecios regresaron á su país, excepto un pequeño grupo de obstinados que se empeñaron en continuar la emigración, dirigiéndose hacia el Rhin; pero fueron aniquilados sin gran trabajo por los galos á lo largo del camino.

Si los helvecios hubiesen tenido menos miedo, no de César, sino de Roma; si el día que siguió á la batalla hubiesen atacado al ejército romano, cansado y desanimado, hubiesen podido salvar por siempre á la Galia de la dominación romana. Divicón tuvo en su poder durante veinticuatro horas los destinos de Europa; pero satisfecho de haber contenido por un momento á César, el ignorante bárbaro prosiguió su camino. César, pues, se libró del peligro en que se había aventurado con alguna ligereza. Desgraciadamente, este éxito negativo no podía bastarle, pues sentía la necesidad de realzar con alguna sonora victoria su prestigio en Italia, donde los asuntos de su partido empezaban á ponerse mal. Mientras que él combatía contra los helvecios, comenzaban á manifestarse los primeros efectos de su revolución; pero eran muy distintos de las previsiones que todos se imaginaron, lo mismo César que sus ad-

---

la paz y la obtuvieron en buenas condiciones. Si se añade á esto que, como ha observado Rauchenstein, *F. C.*, 97, no veamos en adelante que César impusiese contingentes militares á los helvecios, puede concluirse con certidumbre casi completa, que los helvecios no se rindieron sin condiciones, que no entregaron sus armas, y tal vez que ni siquiera reconocieron la dominación romana.

(1) El relato de los *Comentarios* está calcado probablemente en este informe.

versarios. Habíase equivocado al creer que luego de partir, Pompeyo y Craso podrían gobernar la república imponiéndose sin trabajo—gracias á la indiferencia del gran público—á los conservadores, que carecían de jefes, al Senado, paralizado en adelante, y á los comicios, reglamentados por Clodio. La indiferencia habitual de las altas clases—que ni las crisis interiores, ni las guerras, ni los grandes problemas políticos lograban sacar ordinariamente de su apatía—la había sacudido, después de partir César, la injusticia hecha á un solo hombre: el destierro de Cicerón. El caso era raro. En el gran desorden de esta época agitada, todos los días se consumaban iniquidades no menos grandes que ésta, á las que nadie concedía importancia, y Clodio había tenido en cuenta esta indiferencia moral para realizar satisfactoriamente su persecución contra el gran escritor. Pero ahora sucedió al contrario: con gran sorpresa de todos, pasado el primer momento de estupor, el público se encrespó viendo á Cicerón salir de Italia, su casa del Palatino quemada, sus *villas* devastadas, su destierro decretado sin proceso, por un *privilegium* ó ley personal, esto es, por una mayoría de los comicios que, atribuyéndose funciones de los tribunales, y sin respetar ningún principio jurídico, privaba á un gran ciudadano de su patria y de sus bienes por un crimen que no había cometido. Era esta una monstruosa injusticia; Roma se deshonraría por siempre si no sabía repararla. La indignación, sobre todo en las altas clases, era vivísima; y sería interesante el saber por qué, entre tantas injusticias toleradas con tan frío cinismo, sólo ésta había emocionado á todos en tan alto punto. ¿Sería porque la víctima era un hombre ilustre, amado y admirado? ¿Se-

ría porque su perseguidor era un hombre detestado por las clases ricas? ¿Sería porque el público desencadenó en esta ocasión toda la irritación sordamente acumulada con tantas otras injusticias, que tuvo la debilidad ó la cobardía de tolerar? Los grandes fenómenos de psicología colectiva son aún misteriosos y obscuros. Sea de ello lo que quiera, mientras Cicerón se alejaba en su doloroso viaje de desterrado, se le contemplaba y admiraba cada día más en Italia, en el mundo de la nobleza senatorial y de los caballeros. Una primera demostración en su favor, tan solemne como silenciosa, tuvo lugar cuando Clodio puso en venta los bienes del desterrado. Nadie se presentó á comprarlos (1). Luego sobrevinieron las demostraciones de todo linaje: cualquier ocasión era buena para atestiguar la admiración que inspiraba el desterrado; muchos ricos ciudadanos hasta ponían á disposición de Marco Tulio su patrimonio por lo que pudiera necesitar, él y su familia, que se encontraba ahora casi arruinada y reducida á vivir de la dote de Terencia (2). Desgraciadamente, mientras que Cicerón se agrandaba en la admiración de las clases ricas, su perseguidor, este extraño aventurero de gran familia, este joven violento, exaltado, sin miedo y sin escrúpulos, siempre dispuesto por temperamento y por hábito á imponerse á la cobardía universal, no por su inteligencia, que nada tenía de sublime, sino por su audacia, supo aprovecharse de la situación singular en que se encontraba respecto al Senado y al partido conservador, sin jefes y sin brío. Inviolable como tribuno,

---

(1) Cicerón, *pro domo*, XLI, 107-108; Plutarco, *Cic.*, 33.

(2) Idem, *post reditum in senatu*, IX, 22.

popularísimo por su ley sobre los trigos, árbitro por mediación de Sexto de las distribuciones gratuítas de trigo, jefe de las partidas electorales que eran dueñas de los comicios, conexionadísimo con los dos cónsules á quienes había hecho obtener un gobierno quinquenal, Clodio se puso á aplicar y aun exagerar de propia cuenta el método de César, sobre todo explotando la política exterior para obtener dinero. Empezó con un golpe de singular audacia, favoreciendo la evasión del hijo de Tigranes, que Pompeyo puso en casa de un senador para que en ella viviese como en una prisión. El armenio le pagó bien; pero la afrenta á Pompeyo era grave, y todos se preguntaron qué haría el conquistador de Siria: ciertas personas comenzaron ya á esperar que los jefes del partido democrático iban á malquistarse (1). Pero Pompeyo, que deseaba la paz, no se dió por ofendido; y el tribuno continuó su política todavía con mayor audacia, vendiendo reinos, privilegios y sacerdocios en todas las partes del imperio (2), convirtiéndose así en árbitro de Roma. ¿Qué impresión podía causar en un hombre tan poderoso y audaz las manifestaciones platónicas de la opinión pública? Un hombre como Clodio no podía intimidarse si las clases ricas lograban asociar á la agitación la clase media y una parte, la menos corrompida, de la plebe; si las sociedades de publicanos, si el *collegium* de los escribas ó de los empleados libres de la república, si gran número de municipios y de colonias de Italia, y aun ciertas sociedades obreras, votaban decretos—órdenes del día diríamos hoy—en favor

(1) Cicerón, *pro domo*, XXV, 66; *A.*, III, VIII, 3.
(2) Idem, *pro Sext.*, XXVI, 56; XXX, 65 (pero exagera mucho).

de Cicerón (1). Clodio sólo abandonaría su presa después de una encarnizada lucha política. Tan bien lo comprendieron los amigos de Cicerón, que se pusieron á cortejar al Senado y á Pompeyo, el más conservador é impresionable de los tres jefes del partido democrático. No podían contar con Craso, que no había dejado de ser enemigo de Cicerón desde las revelaciones de la conjuración de Catilina. Así, la injusticia hecha á un hombre fué desencadenando una formidable crisis política, que subvertía todo el Estado. Como nadie quiso adquirir el terreno donde se alzaba la casa de Cicerón, Clodio hizo que la adquiriese un testaferro, y para que la restitución fuese más difícil, proyectó que se construyese allí un pórtico y un pequeño templo á la Libertad (2). Los amigos de Cicerón, por su parte, presentaron al Senado el día primero de Junio un proyecto para que se le llamara, y como Clodio hizo que un tribuno opusiese su veto (3), los otros se vengaron haciendo grandes manifestaciones á su hermano Quinto, que volvía de Asia. También obligaron á decidir al Senado que ya no trataría de ningún asunto antes de que se le permitiera ocuparse en el de Cicerón (4), y se prepararon á hacer todo lo posible en las elecciones para que resultasen electos muchos partidarios del desterrado.

Durante este tiempo, el hombre que era objeto en Italia de tan ardiente lucha, adelgazaba y se consumía

(1) Cicerón, *pro domo*, XXVIII, 74.
(2) Idem, *pro domo*, XXXVIII, 102; XLIII, 111.
(3) Idem, *pro Sext.*, XXXI, 68.
(4) Idem, *pro Sext,*, XXXI, 68.

en Tesalónica (1). Todo le hastiaba; no sentía gusto por nada, ni siquiera por el trabajo, ni siquiera por lo que solía amar sobre todas las cosas, los libros y los viajes; ya no quería ver á nadie, ni amigos ni parientes; pasaba el tiempo forjando y abandonando esperanzas de retorno, acosando con sus cartas á los amigos, unas veces quejándose de todos ellos y desolándose, otras suplicándoles que hiciesen algo y concibiendo esperanzas, mas para recaer en la desesperación y tranquilizarse de nuevo (2). Los tiempos habían cambiado, y no le convenía el papel de un Rutilio Rufo. Sin embargo, los conservadores hacían lo posible por explotar la cuestión de su llamada cual si fuese un nuevo Rutilio Rufo y noble víctima, no de los odios personales que se habían disfrazado con pretextos políticos, sino de la violencia de todo el partido popular, esperando así resarcirse de las derrotas que habían sufrido el año precedente. No sólo Varrón y los demás amigos de Cicerón procuraban inducir á Pompeyo para que propusiese el perdón; aprovechándose de esta crisis política, también procuraban que se divorciase de Julia y que abandonase el partido de César (3). En suma, la situación política de Italia hacia mediados del año 58 era tal, que César tenía motivos para estar verdaderamente preocupado. Por desgracia, á continuación de la guerra helvética, los asuntos de la Galia también se complicaron de una manera inesperada.

---

(1) Cicerón, *A.*, III, XV, 1.

(2) Véase Cicerón, *F.*, XIV, 1; XIV, 2; XIV, 4; *ad Q.*, I, 3; I, 4, *A.*, III, 7; III, 8; III, 9; III, 10: III, 11; III, 12; III, 13; III, 15; III, 19; III, 21;

(3) Plutarco, *Pomp.*, 49.

Al concertarse la paz, César pudo creer un momento que la pequeña guerra contra los helvecios tendría mayores y más favorables consecuencias para los intereses romanos. Bajo su presidencia, y sin que tuviese idea de convocarla, había visto reunirse la asamblea general de la Galia, el *concilium totius Galliæ;* casi todos los pueblos, de propia iniciativa, le enviaron diputaciones; y estas diputaciones no sólo le llevaron felicitaciones, también fueron á quejarse ante él de Ariovisto é implorar su apoyo contra el rey germano. El el hecho era significativo. ¡Ya no se trataba, como en la guerra contra los helvecios, de un partido político de un solo pueblo: era toda la Galia, sin distinción de partidos ni de naciones, quien ahora se declaraba presta á ingresar en la clientela de Roma, dirigiéndose á ella para que la ayudase á resolver el problema tan importante de su política nacional! No era posible dudar; esta asamblea gala era la mejor prueba: la guerra helvética había acrecentado en un mes el prestigio de Roma entre los galos, más que las negociaciones y deliberaciones del Senado durante tanto años. Pero César tardó poco en advertir que la situación no era tan favorable como parecía. Momento solemne y decisivo en la historia de la Galia y en la historia del mundo es el momento en que se reunió este gran consejo galo bajo la presidencia del representante de Roma. Entonces, probablemente, entrevió César por primera vez, y en su totalidad, la situación política de la Gàlia, dándose cuenta al mismo tiempo del verdadero objetivo que perseguían los helvecios con su movimiento y de este otro punto esencial, cuya importancia no pudo advertir antes: esto es, que el verdadero adversario de

la influencia romana en la Galia no era el pueblo helvecio con su viejo jefe Divicón, sino Ariovisto. Era evidente que el procónsul romano no podría adquirir en la Galia la supremacía que, con diferentes pretextos, le permitiese obtener mucho dineio de las libres repúblicas célticas, si no arrojaba á este competidor, venido de Germania, que ejercía ya el papel por él ambicionado. Pero á medida que fuese comprendiendo mejor la situación política de la Galia, César también tenía que reconocer la inmensa gravedad del error cometido atacando á los helvecios, este valiente pueblo, que también había querido combatir á Ariovisto. Con esta desdichada guerra se había privado de un aliado que le hubiera podido ser utilísimo en una lucha contra la supremacía germánica; había, pues, prestado un considerable servicio al rey germano, es decir, á su rival; se había enajenado al poderoso partido nacional y á las masas populares de la Galia, que estaban furiosas contra él y contra el partido romanófilo; en fin, había comprometido el prestigio de Roma en la Galia y la suerte de la guerra contra Ariovisto, que era inevitable, si César pretendía que las repúblicas célticas entrasen en la esfera de la influencia romana.

No fué por.admiración á Roma, en efecto, si toda la Galia envió embajadores á César para solicitar su ayuda contra el rey germano. Este paso fué el esfuerzo desesperado del partido romanófilo y conservador para aprovecharse de la situación creada por la guerra contra los helvecios. El fracaso de éstos, que había sido la consecuencia de las intrigas de los eduos con César, excitó el odio del pueblo galo contra todo este partido, hasta el punto de comprender que sólo le quedaba un

medio de salud: el de inducir inmediatamente á César que destruyese la dominación de Ariovisto. Si César se paraba luego de concertarse la paz, el pueblo daría crédito á los jefes del partido nacional que acusaban á los eduos y á todo el partido aristocrático de haber traicionado la causa gala, y remachado en los brazos de la Galia las cadenas de la dominación germánica, conteniendo á los helvecios. Al contrario, si César rechazaba allende el Rhin á los suevos, este partido podía afirmar que había servido á la causa nacional mejor que el partido contrario, y encontraba en el procónsul victorioso un sólido apoyo para su poder. ¡Era, pues, necesario decidir á César que hiciese esta guerra, y sin pérdida de tiempo! César no tardó en advertir que las exhortaciones apremiantes y respetuosas de los representantes galos tenían el aire de verdaderos requerimientos. Con la guerra helvética se había enajenado ya al poderoso partido nacional y á las masas populares; si ahora no destruía á Ariovisto, hasta el partido romanófilo se le revolvería, encontrándose así con su pequeño ejército como perdido en medio de la Galia, detestado por toda la nación, sin la ayuda de ningún partido. ¿Cómo hubiera podido mantenerse mucho tiempo en la Galia, en semejantes condiciones? Sólo la guerra contra Ariovisto podía darle en ella el prestigio que había esperado de la guerra contra los helvecios. Desgraciadamente, esta guerra no era de las que podían improvisarse sin gran peligro en algunas semanas. Tratábase de atacar en un país remoto, sin buena base de operaciones y con un pequeño ejército de seis legiones, á un enemigo exaltado por grandes victorias, y que se decía ser numerosísimo; César no podía contar con el leal apo-

yo de la nación gala, de la que dependían las provisiones; hasta dejaría en la Galia á todo un partido, el partido nacional, que deseaba su fracaso. Lo ocurrido en la guerra de los helvecios demuestra cuán grande era la dificultad. En fin — y el caso hubiese sido singularmente peligroso de sufrir un revés, — también existía un impedimento de orden jurídico; Ariovisto fué declarado el año precedente amigo y aliado del pueblo romano, y no podía alegarse decentemente ningún pretexto de guerra.

Jamás sufrió César semejante prueba. Tratábase para él de arriesgar todo lo que había conseguido en tantas luchas y todo lo que esperaba de lo porvenir, en el éxito incierto de esta difícil guerra; pues, si era vencido, no podría sostenerse mucho tiempo en la Galia y su situación en Roma resultaría perdida irremisiblemente. Pero con su peculiar lucidez de intuición y rápida ejecución, César comprendió que esta prueba era ineludible, y decidió afrontar el peligro, improvisando lo mejor posible esta segunda guerra. Comenzó á buscar el pretexto invitando á Ariovisto para que fuese á visitarle, pues deseaba hablarle (1). La invitación era insolente y el bárbaro le respondió, como era natural, que si César le necesitaba, sólo tenía que buscarle y decirle lo que quisiera. Sin acceder á esta contestación, César le pidió que hiciese ciertas concesiones en favor de los eduos y secuanos. Ariovisto, irritado ya por la primera invi-

(1) Dión, XXXVIII, 34. Por lo que concierne á las diferencias esenciales entre el relato de Dión y el de César sobre este punto, y las razones que abonan el de Dión, véase Micalella, *F. D.*, 38 y siguientes.

tación, rechazó, y César declaró entonces que estaba autorizado para declararle la guerra por el famoso decreto en favor de los eduos. Sin embargo, aleccionado por la guerra precedente, César no quiso correr el riesgo de carecer de víveres en el camino, y de ser traicionado. Ocupó á Besanzón, la mayor y más rica ciudad de los secuanos; organizó un servicio de aprovisionamiento, al que habían de proveer los eduos y los secuanos, y sustituyó á Dumnórix con un comandante de caballería más seguro, Publio Craso, hijo de Marco. Pero cuando todo parecía corriente, surgió una nueva dificultad. Los soldados, impresionados ya por la sangrienta batalla librada contra los helvecios y por los peligros corridos durante la guerra precedente, se aterraron con los relatos que sobre los germanos y la Germania hacían los habitantes y mercaderes de Besanzón, y á última hora se negaron á marchar, ¿Cómo—decían—atacar á un enemigo tan terrible siendo nosotros tan pocos? ¿Cómo racionarse el ejército en los bosques inmensos y en los desiertos incultos de ese país sin caminos? El miedo hasta les despertaba escrúpulos: esta guerra con un rey que el Senado había declarado amigo y aliado, no era justa, y los dioses no permitirían que tuviese un feliz remate (1). César tuvo que reunir

---

(1) Dión, XXXVIII, 35, dice que el pánico se declaró entre sus soldados; al contrario, César, *B. G.*, I, XXXIX, pretende que esto ocurrió primero entre los oficiales superiores. El relato de Dión es el más verosímil. Parece imposible que los oficiales tuviesen tan poca dignidad y valor que dejasen ver su miedo á los soldados; en cambio, si se admite que la batalla contra los helvecios fué poco favorable para los romanos, es muy natural que el pánico se apoderase de

á sus oficiales y soldados, refutar sus discursos, amonestarlos y picar su amor propio, declarándoles que si los demás carecían de valor, él partiría solo con la décima legión. ¡Ésta, al menos, no conocía el miedo! Al siguiente día el ejército se encaminó hacia el valle del Rhin; y tras una marcha de siete días llegó al valle del Thur, y poco después divisó al ejército de Ariovisto. Sabedor César de que Ariovisto esperaba refuerzos, le presentó en seguida batalla; pero Ariovisto se negó á aceptarla durante muchos días, diciendo á sus soldados para aquietarlos, que las adivinadoras le prohibían combatir con luna nueva (1), limitándose entretanto á amenazar las comunicaciones de César con los eduos y secuanos, y entreteniendo á sus soldados en escaramuzas de caballería, en sorpresas y salidas, sin jamás comprometerse formalmente. Sin embargo, parece ser que cierto día, le resultó tan bien una de esas salidas, quizás por algún error de César, que le faltó poco para apoderarse de uno de los dos campamentos en que César tuvo que distribuir el ejército para proveer más fácilmente á su abastecimien-

---

los soldados. De tal suerte es más natural la versión de Dión que la de César, que el mismo Petsch, siempre inclinado á admitir los relatos de César, declara que aquí altera la verdad. Esta narración nos demuestra que César deseaba celebrar el valor de sus soldados y rebajar los méritos de los oficiales superiores, que pertenecían casi todos á la aristocracia.

(1) César, *B. G.*, I, LIV, dice incidentalmente que Ariovisto esperaba refuerzos. Esta es, seguramente, la verdadera razón por que Ariovisto defirió el dar la batalla; las predicciones de las mujeres de que habla César en el capítulo L, no eran la razón, sino la explicación dada á los soldados.

to (1). ¿Qué ocurrió entonces? ¿Quizás cifró Ariovisto demasiada confianza en sus fuerzas, ó es que no pudo contener más tiempo á sus soldados, cansados de la larga espera? Lo cierto es que por la mañana, cuando César formó sus tropas fuera del campamento, Ariovisto aceptó la batalla. El ala derecha del ejército romano rompió el frente del enemigo, pero el ala izquierda no pudo sostener el choque, y comenzó á replegarse, sin que César

---

(1) Este fracaso de César lo relata Dión XXXVIII, 48, y creo que es verídico, aunque, como observa Petsch, el relato de esta guerra resulta muy confuso en Dión. Pero si no se admite una aventura como ésta, es difícil explicar por qué Ariovisto cambió de determinación. El texto de César tampoco carece de obscuridad. Por ejemplo, en el capítulo L dice que un día, luego de haber tenido toda la mañana á su ejército en campo descubierto para librar batalla, dió orden de que volviera á las trincheras. «Entonces — añade — Ariovisto hizo que una parte de su ejército asaltase el pequeño campamento, empeñándose un violento combate que duró hasta la noche; Ariovisto acabó por retirar á sus soldados, resultando muchas bajas de una y otra parte». Como se ve, trátase de un serio combate, pero descrito de una manera muy breve y vaga. ¿Qué hicieron los soldados del pequeño campamento, y qué hicieron los del gran campamento? ¿Salieron éstos para atacar á los asaltantes, y se esforzaron en atraer al combate las demás tropas de Ariovisto? En realidad, ignoramos lo que fué el combate ni las tropas que tomaron parte. En el siguiente capítulo nos dice César que al otro día condujo sus legiones hasta el campamento enemigo, y que los germanos se vieron obligados á aceptar la batalla. ¿Qué significa este «se vieron obligados?» ¿Por qué los germanos no pudieron permanecer atrincherados como los otros días? Además, si César estaba tan cerca del campamento ¿cómo los germanos pudieron desplegar sus tropas en orden de batalla? Esta obscuridad también debe de servir para ocultar algo; probablemente la continuación del combate del día anterior, que fué más serio de lo que César quiere dar á entender, y que decidió á Ariovisto á aceptar la batalla.

se diese cuenta por encontrarse en la derecha. Afortunadamente, Publio Craso, que estaba á la espectativa con la caballería comprendió el peligro y dió orden á la tercera línea de reserva de acudir en socorro. La experiencia de la guerra contra los helvecios fué provechosa. Los romanos ganaron así la batalla; Ariovisto huyó precipitadamente al otro lado del Rhin, renunciando á todos sus proyectos sobre la Galia: la dominación germánica en la Galia quedó destruída.

Esta victoria sobre Ariovisto, y no la de los helvecios, es la que debe de considerarse como el primer éxito político y militar de César, éxito importante, pues por esta batalla dió á Roma, al menos durante algún tiempo, esa especie de supremacía que hoy llamaríamos protectorado, que Ariovisto había ejercido hasta entonces sobre las repúblicas mal avenidas de la Galia. Esta supremacía aún no era comparable á las grandes conquistas asiáticas de Lúculo y Pompeyo; pero podía convertirse explotada por César en un instrumento útil de dominación y de influencia, así para obtener dinero como para actuar en la política italiana. Sin embargo, por el momento no pudo ocuparse César en las cosas de la Galia, ni en la manera de sacar partido de sus victorias; se contentó con enviar á las legiones, mandadas por Labieno, á que invernasen en el territorio de los secuanos, y regresó inmediatamente á la Galia cisalpina. Las cosas iban muy mal en Roma. No se sospechaba en Italia la importancia de los sucesos ocurridos en la Galia, y por consecuencia nadie se interesaba en ellos; todos se preocupaban de Cicerón, creciendo el ardor á medida que la lucha entre sus amigos y Clodio se hacía más violenta. El partido de Cicerón había ob-

tenido un brillante éxito en las elecciones; los dos cónsules, Publio Cornelio Léntulo y Quinto Cecilio Metelo, eran favorables á Cicerón, así como siete pretores de los ocho y ocho tribunos de los diez electos (1). El público, muy satisfecho, esperó que este resultado apresuraría el perdón deseado, sobre todo porque Pompeyo se había comprometido á presentar la cuestión ante el Senado en cuanto pasasen las elecciones (2). Pero Clodio no era hombre que se arredrase en seguida, y sabiendo cuán fácil era asustar á Pompeyo, al Senado y á todo el mundo político, comenzó atacando á Pompeyo en violentos discursos; luego, al frente de sus partidas se puso á perturbar todas las reuniones que celebraban los amigos de Cicerón, y concluyó por fijar en la puerta del Senado la primera parte de su ley contra Cicerón, que prohibía al Senado el ocuparse de este asunto en adelante (3). Pompeyo se asustó, y no pudiendo recurrir á Craso, que nada quería hacer, pensó en demandar á César su apoyo; pero Clodio, cada vez más audaz, le amenazó con quemarle su casa y matarle (4), y, aprovechándose de la inercia de los dos cónsules, sembró el terror en Roma entera al frente de sus partidas. La gente podía protestar cuanto quisiera contra el destierro de Cicerón; el mundo político sentía demasiado miedo al terrible tribuno, y Clodio pudo tenerle á raya un momento. Pompeyo acabó por encerrarse en casa y no salir (5); en el Senado nadie se atrevió ya á presen-

(1) Cicerón, *Post red. in sen.*, IX, 22, 23; *Ad quir. post red.*, VI, 15.
(2) Idem, *A.*, III, XIII, 1; *A.*, III, XIV, 1.
(3) Idem, *A.*, III, XV, 6.
(4) Idem, *de arusp. resp.*, XXIII, 49; *pro domo*, XXV, 67.
(5) Plutarco, *Pomp.*, 49.

tar la menor proposición, y, últimamente, sólo un amigo de Cicerón se arriesgó á presentarla, pero con gran timidez. Para eludir la dificultad resultante de la prohibición expuesta por Clodio á las puertas del Senado, Sexto pretendió incluir el caso de Cicerón en una fórmula más general donde no se le nombraba (1); pero nada se decidió sobre ella. Clodio se valió de la cobardía de sus adversarios; inauguró en el emplazamiento de la casa de Cicerón el pequeño templo de la Libertad, y colocó como estatua de la diosa—al menos así lo refiere Cicerón—la estatua de una cortesana de Tanagra (2), y para conquistar el favor popular prodigó el trigo entre la gente; lo compró por toda Italia, invirtiendo en estas adquisiciones el dinero traído por Pompeyo, que estaba destinado á poner en ejecución la ley agraria de César (3). Todas estas provocaciones remataron por exasperar á Pompeyo, que, deseando demostrar á Roma que era él y no Clodio el árbitro de la república, resolvió enviar á Sexto en busca de César para solicitar su consentimiento en favor de Cicerón (4); separó de Clodio al cónsul Gabinio y le indujo á formar una partida de secuaces para batallar contra las que mandaba Clodio (5); también obtuvo que ocho tribunos del pueblo propusiesen el 29 de Octubre, una ley de amnistía en favor de Cicerón (6). Por complacer á Pompeyo accedieron los tribunos; pero al mismo tiempo,

(1) Cicerón, *A.*, III, XX, 3.
(2) Idem, *pro domo*, XLIII, 111.
(3) Idem, IX, 23; X, 25.
(4) Idem, *pro Sext.*, XXXIII, 71.
(5) Idem, *pro domo*, XXV, 66-67.
(6) Idem, *A.*, III, XXIII, 1.

para no reñir con su terrible colega, insertaron en la ley una cláusula que la anulaba, pues declaraba nula cualquier parte de la ley que derogase ó decidiese una cosa que otra ley prohibiese decidir ó derogar (1). ¡Y hasta este extraño proyecto fracasó!

En este espantoso desorden, nadie se ocupaba de las empresas de César, y la caída de la supremacía germánica en la Galia no produjo ninguna impresión. César comprendió que para captarse la opinión italiana de nada le servirían sus victorias, y que el indulto de Cicerón podía favorecerle. Así, pues, otorgó su consentimiento (2). Pero esto aún no era suficiente para resolver esta complicada cuestión. Clodio, dispuesto á llegar á los últimos extremos para evitar lo inevitable, ideó entonces el más inverosímil expediente: se revolvió contra César, prometiendo á los conservadores abolir las leyes de César declarándolas nulas, como hizo Bíbulo al tratar de los famosos motivos litúrgicos (3). El tribunado de Clodio expiró el 9 de Diciembre; pero fué suficiente para colocar á Roma en un estado vecino de la locura. La discordia roía al partido democrático; Pompeyo no tenía confianza en Craso; Craso detestaba á Pompeyo; Clodio y Pompeyo estaban en franca guerra; los dos cónsules no estaban de acuerdo: mientras que Pisón era amigo de Clodio, Gabinio se adhería á Pompeyo. Los negocios públicos se encontraban en el mayor abandono: el Senado ya no se ocupaba en ningún asunto; Craso nada hacía; la ley agraria de Cé-

---

(1) Cicerón, 2-3.
(2) Dión, XXXIX, 10.
(3) Cicerón, *pro domo*, XV, 40.

sar, por la que tanto se había batallado el año precedente, ni siquiera se había aplicado. Sólo el cónsul Gabinio daba muestras de cierta actividad haciendo aprobar una ley antiplutocrática que prohibía á los italianos prestar dinero fuera de Italia, para que los capitales permaneciesen en la península y disminuir así el interés en beneficio de los deudores (1). Entretanto, Cicerón continuaba desterrado. En la sesión del Senado correspondiente al 1.° de Enero del año 57, se discutió por fin su indulto (2). Algunos senadores fueron bastante audaces para declarar que la ley de Clodio no lo era, y que, por consecuencia, no era necesario aprobar una nueva para anularla. La ley era nula por sí misma, y bastaba con invitar á Cicerón á que regresase. Pero Pompeyo, más prudente, hizo prevalecer su consejo de que era preferible no ponerse enfrente de los comicios sobre una bagatela jurídica, y que se aprobase una ley (3). Tratábase después de todo de una formalidad sin importancia, pues la ley quedaría aprobada sin dificultad. Pero no se había contado con la obstinación de Clodio. Cuando el 25 de Enero del año 57 se presentó á los comicios para ser discutida la ley sobre el indulto de Cicerón, Clodio, aunque ya sólo fuese un mero ciudadano, acudió al frente de sus partidas para impedir que se aprobase, y la batalla fué tan sangrienta, que el foro quedó inundado de sangre. Pasada la lucha fué necesario lavarlo con esponjas (4).

---

(1) Mommsen, *in Hermes*, 1899, págs. 145 y sig.

(2) Cicerón, *pro Sext.*, XXXIII, 72; *in Pis.*, XV, 34.

(3) Idem, *pro domo*, XXVI, 68; *pro Sext.*, XXXIV, 73, 74.

(4) Idem, *pro Sext.*, XXXV, 77; Plutarco, *Cic.*, 33.

II

Anexión de las Galias.

(EL AÑO 77 ANTES DE CRISTO)

La situación se hacía crítica en Roma. Durante el invierno del 58 al 57, el hambre aún vino á aumentar el desorden. Las enormes compras hechas por Clodio el año precedente, y sus locas profusiones, fueron probablemente la causa, así como las perturbaciones interiores que asustaban á los mercaderes y paralizaban á los magistrados. Los enemigos del antiguo tribuno, que deseaban arrebatarle el servicio del abastecimiento, le hacían responsable del hambre (1). Pero las dificultades aumentaban. César no pudo seguir durante mucho tiempo este año los sucesos de Italia, como hubiese querido; pues tuvo que volver en seguida á la Galia, de donde Labieno le enviaba noticias poco tranquilizadoras. La victoria sobre Ariovisto no fué suficiente para reparar el error que cometió declarando la guerra á los helvecios: y siguió experimentando las consecuencias de esta guerra. El partido nacional, que detestaba

(1) Cicerón, *pro domo*, x, 25.

á César, desconfiaba de las promesas que le hizo en diversas ocasiones de respetar la libertad gala, y preparó una nueva guerra. El plan era idéntico al de la guerra contra Ariovisto: tratábase de azuzar contra César y contra Roma á otro pueblo bárbaro y belicoso como los helvecios: ahora serían los belgas, esto es, todas las poblaciones mezcladas de celtas y de germanos que habitaban entre el Rhin, el Escalda, el Océano y el Sena. Sin duda que cuando Labieno comunicó á César estas noticias, el plan de la guerra apenas estaría trazado; pero, aunque su realización estuviese distante, esta amenaza no podía por menos de preocupar mucho á César, demostrándole que, si no trasladaba sus legiones á la Narbonesa y renunciaba á inmiscuirse en los negocios galos, tendría que sostener nuevas luchas. Por otra parte, la mediocre impresión causada en Roma por su victoria sobre Ariovisto, le incitaba á tentar alguna empresa más importante, de que se hablará luego. Durante el invierno, César adoptó el partido de dejar que Pompeyo, Craso, Clodio y Cicerón se las arreglasen como pudieran, y regresar á la Galia para preparar un golpe de audacia análogo á los de Lúculo en Oriente, que asombrase á la Galia y á Italia; prevendría el ataque de los belgas siendo él quien atacase, y llevaría la guerra al territorio de los belgas antes de que hubiesen terminado sus preparativos. El país estaba lejano; César lo desconocía (1); al enemigo se le consideraba como muy temible por su reconocido valor y por su número, que nadie sabía fijar con precisión. Hablábase vagamente de inmensas muchedumbres. Tratábase,

(1) El mismo César lo declara: *B. G.*, II, IV.

probablemente, de una guerra muy seria. Pero César no dudó. ¡Tenía demasiada necesidad de consolidar su influencia en Italia con sonoros triunfos! Sin embargo, advertido por los peligros corridos el año precedente en la guerra contra Ariovisto, quiso ser ahora más prudente, y prepararse mejor. No pudiendo calcular exactamente las fuerzas del enemigo, César empezó por aumentar las legiones. Envió agentes á África, á Creta, á las Baleares, para reclutar arqueros y honderos; organizó dos nuevas legiones en la Galia cisalpina y las envió á la Galia bajo el mando de Quinto Pedio, siguiéndolas él al poco, incorporándose á su ejército en el Franco-Condado. Cuidadosamente aprovisionado se trasladó en quince días, gracias á una rápida marcha, hasta las fronteras enemigas, induciendo con esta súbita aparición á que se le sometiesen los remenses. Este primer éxito tenía cierta importancia, pues los remenses podían comunicarle informes más exactos sobre las fuerzas del enemigo. Y abrió una información, pero las contestaciones fueron poco tranquilizadoras. Según los remenses, los belgas podrían poner en pie de guerra 350.000 hombres. ¿Decían la verdad los remenses, ó deseaban atemorizar á César, aun haciendo protestas de su amistad? Esto no sería un signo de que la sumisión de los remenses fuese muy sincera. Sea de ello lo que quiera, fuesen exactos los informes ó no lo fuesen, César tenía que convencerse con más razón de que era necesario ser prudente. Exigió que los remenses le entregasen rehenes; persuadió á los eduos que invadiesen el país de los belovacos, el más fuerte de los pueblos belgas, para separarlos de la coalición; construyó sobre el Aisne un recio puente defendido con seis cohortes

al mando de Quinto Titurio Sabino; luego estableció sus reales en la margen derecha, tocando á la orilla. En este campamento, fuertemente atrincherado, esperó con sus ocho legiones á los belgas, que se acercaban. Pero, apenas llegados, César no les presentó batalla en seguida; quiso estudiar ante todo al enemigo y su manera de combatir, preparando así con cuidado el campo de batalla y abriendo y fortificando dos grandes fosos de 400 pies, entre los cuales formó á su ejército, al abrigo de los ataques de flanco. Divicón le había enseñado á ser cauto. Pero todo fué trabajo inútil. Los enemigos no eran tan tontos que se comprometiesen entre ambos fosos atacando de frente á las legiones, y si todos los días desplegaban en orden de batalla al otro lado de un pantano, es que ellos también esperaban ser atacados por los romanos. Así transcurrieron bastantes días, sin que se entablase ninguna acción decisiva, cuando súbitamente anunció Titurio á César que los belgas procuraban practicar un movimiento envolvente vadeando el río algo más abajo de donde estaba el campamento, con el propósito de impedir las comunicaciones de César con la Galia. César salió inmediatamente con la caballería, los arqueros, los honderos, pasó el puente, y llegó cuando el enemigo empezaba á vadear, cargando sobre él hasta en el cauce mismo del río. El choque fué breve: tras una débil resistencia, retiráronse los belgas. Sorprendido de esta retirada, que no le parecía justificada por las pérdidas infligidas al enemigo, temió un ardid de guerra y ordenó que se vigilase todo el día las márgenes del río; pero durante la tarde, cuando empezaba á tranquilizarse viendo que todo estaba en calma, recibió una nueva noticia más sorprendente que

los sucesos de la mañana: todo el ejército belga se retiraba. ¿Era esto posible después de una sola escaramuza? Temiendo alguna celada, César tuvo toda la noche á su ejército encerrado en el campamento. Hasta la mañana siguiente en que confirmó la noticia, no lanzó en persecución del enemigo tres legiones mandadas por Labieno, y la caballería á las órdenes de Quinto Pedio y de Lucio Arunculeyo Cota. Pronto supo la causa de esta retirada que, tras una breve escaramuza de vanguardia, terminaba súbitamente una guerra que había considerado terrible. Al saber algunos días antes los belovacos que los eduos habían invadido su territorio, quisieron volver para defender sus hogares; pero antes de partir accedieron en intentar un ataque el día precedente: habiendo fracasado el intento y escaseando los víveres, se marcharon llevando tras sí á los demás pueblos. Cada cual regresó á su país, y la gran coalición quedó disuelta.

César comprendió que aprovechándose en seguida del momento, podría reducir fácilmente, uno tras otro, á todos estos pueblos. Sin esperar más, penetró inmediatamente en el territorio de los suesones, les sorprendió en el momento de regresar de su expedición y logró fácilmente que se le rindieran; luego sorprendió con igual fortuna á los ambianos, y aún con más rapidez y audacia avanzó por el territorio de los nervios. Eran éstos los más belicosos y bárbaros de los belgas; tan bárbaros, que expulsaban de su país casi desierto á los mercaderes extranjeros, griegos é italianos, que intentaban venderles vino, pérfida bebida que enerva el alma y debilita el cuerpo. Astutos y atrevidos, los nervios, que estaban unidos á los atrebatos y viromandos, sor-

prendieron una tarde en los bosques al ejército romano, que se disponía á establecer el campamento para la noche. La batalla fué terrible; el mismo César tuvo que combatir como simple soldado, y si los soldados romanos no hubiesen adquirido en los dos años precedentes tal experiencia de la guerra, que les permitía combatir solos sin esperar las órdenes de los jefes, el ejército hubiese quedado deshecho. Cuando los nervios se rindieron, sólo quedaban en armas los aduatuces que, al saber la derrota de los nervios, incendiaron las aldeas y se refugiaron en una fortaleza que se cree estuvo situada en el punto donde hoy está Namur. César le puso sitio, y cuando pasados algunos días se le propuso la rendición de la ciudad, aceptó, pero á condición de que se le entregasen las armas, según costumbre. Durante todo un día los sitiados las transportaron fuera del recinto y las fueron arrojando en el foso; pero al llegar la noche tomaron las armas que habían escondido y cayeron sobre los romanos. El ataque fué rechazado, la ciudad tomada, y todos los sitiados, que según César se elevaban á 53.000, fueron vendidos como esclavos á los mercaderes que seguían al ejército (1).

Con estas victorias sobre tantos pueblos bárbaros y temidos, César llenó de admiración á la Galia entera, consiguió que muchos hombres reconociesen la dominación romana, y obtuvo un considerable botín. Además de los prisioneros que vendió, tuvo que encontrar entre estos bárbaros abundante cantidad de metales preciosos. ¿Pero estas victorias tendrían tan gran resonancia en Italia como en la Galia? Tal era la cuestión

---

(1) César, *B. G.*, II, XXXIII.

que en este momento debía de interesar á César más que cualquier otra. Las noticias que llegaban de Roma hacían temer una catástrofe del gobierno democrático. Cicerón había vuelto al fin, acogido en toda Italia con demostraciones entusiásticas; pero la ley de Clodio sólo pudo anularse cuando Pompeyo encontró entre los tribunos del pueblo del año 57 un hombre capaz de hacer cara al terrible demagogo. Era el tal un Tito Annio Milón (1), noble ambicioso, entrampado, temerario y violento como Clodio. Protegido por la inviolabilidad tribunicia y alentado por la promesa del consulado, Milón reclutó una partida de gladiadores y de sicarios (2), con ayuda de la cual y en medio de sangrientos choques, pudo Pompeyo hacer votar el 4 de Agosto (3) la ley que indultaba á Cicerón y ordenaba una reparación. Pero la paz aún no se había restablecido en la república. Aprovechándose del hambre, el partido conservador y Pompeyo se pusieron de acuerdo para sustraer á la influencia de Clodio el servicio de los víveres, y Cicerón consiguió que el Senado aprobase una ley ofreciendo por cinco años á Pompeyo la alta inspección de todos los puertos y mercados del imperio, y la facultad de nombrar hasta quince legados para abastecer de trigo á Roma (4). Pero esta medida desencadenó nuevamente la tempestad, un momento encalmada tras la vuelta de Cicerón: Clodio quiso vengarse é intentó sublevar al pueblo contra Pompeyo, haciendo circular el rumor de

(1) Véase Drumann, I², 31 y sig.
(2) Dión, XXXIX, VIII; Appiano, *B. C.*, II, 16.
(3) Cicerón, *A.*, IV, 1, 4.
(4) Idem, 6; Plutarco, *Pomp.*, 49; Dión, XXXIX, 9.

que era éste quien favorecía el aumento del hambre para que le nombrasen rey de Roma; anunció su candidatura á la edilidad para el año siguiente; y procuró impedir por medio de los tribunos, que eran amigos suyos, que se indemnizase á Cicerón por la destrucción de su casa (1); en fin, en las elecciones para el año 56, ayudó á los conservadores con sus partidas, haciéndoles ganar todos los puestos de pretores y los dos consulados (2). La alianza entre los conservadores y el demagogo se concertó oficialmente, y Pompeyo estaba tan inquieto que, temiendo el triunfo de Clodio sostenido por los conservadores, difirió la elección de los ediles de acuerdo con Milón (3). Como si tantas dificultades no fuesen suficientes, Ptolomeo Auleto, expulsado de Egipto por una revolución popular, fué á Roma para decir á sus acreedores que si deseaban cobrar tenían que ayudarle á recobrar su reino. Deseoso de llenar bien su misión anonar, Pompeyo, amigo del rey que poseía el mejor granero del Mediterráneo, le acogió en su palacio y procuró ayudarle; pero ni el Senado ni la gente se interesaban gran cosa en la suerte del rey (4). En suma, si el partido conservador era débil y viejo, el partido popular, á pesar de su energía, corría el riesgo de agotarse en pocos años, pues á excepción de algunos jefes notables, componíase de aventureros, de ladrones, de hombres violentos y de locos. El partido

---

(1) Lange, *R. A.*, III, 309-310.
(2) Idem, 308.
(3) Idem, 309.
(4) Dión, XXXIX, XII; Plutarco, *Cat. U.*, 35; Cicerón, *pro Rab. Post.*, II, 4; Lange, *R. A.*, III, 311.

conservador, que era más rico y contaba en sus filas mayor número de personas respetables, conquistaría el poder más ó menos pronto, aboliría la ley Julia, se vengaría de los triunviros y, sobre todo, de César.

Era necesario que desde la Galia, en donde se encontraba, contuviese César esta rápida disolución mediante un golpe audaz. La situación era crítica, el peligro inminente y la urgencia extrema. Y entonces, en medio de las dificultades que le rodeaban por todas partes, este hombre sutil, genial, lleno de confianza en sí mismo, concibió una cosa tan temeraria, que debió de aterrorizar á los tradicionalistas de la política romana, como si se tratase de una locura; quiso hacer de la Galia lo que Lúculo hizo del Ponto y Pompeyo de Siria: declararla hasta el Rhin provincia romana. Roma aún no había visto audacia semejante. La Galia era dos veces mayor que Italia; tenía numerosos estados, una fuerte nobleza, sacerdotes influyentes, sus costumbres y tradiciones propias; componíase—al menos por lo que hoy se cree—de cuatro ó cinco millones de habitantes (1), y no estaba enervada ni debilitada como los pueblos de Oriente; hasta había una porción de ella que sólo vivía de la guerra. Someter de uno á otro día tantos pueblos á la autoridad romana, cambiar las bases políticas y nacionales de su existencia, era una inmensa empresa, y aun sin compartir las ansiedades de la tímida escuela diplomática que no había querido conquistar ni aceptar en don el Egipto, las personas serias podían preguntarse si tal empresa no sería superior á

(1) Belloch, Die Bevolkerung Galliens zur Zeit Cæsars, en el *Rh. Museum*, LIV, págs. 414 y sig.

las fuerzas de la República. Pero eran muchos los motivos que inducían á César á adoptar los métodos audaces y violentos de la novísima escuela de Lúculo. Sin duda pensaba que, tras la guerra con los helvecios, el partido nacional le detestaba demasiado para aceptar mientras él permaneciese en la Galia ese protectorado que el partido más moderado consideraba en Roma justo y necesario después de las victorias de César, y al que de ninguna manera podía renunciar. Al contrario, este partido se hubiese servido de la semi-independencia de la nación para suscitar tumultos y crear obstáculos á Roma, de los que no se podría librar sin retirarse completamente ó anexionándose el país. ¿No es ésta, por lo demás, la historia de todos los protectorados? ¿No sucedería lo mismo en la Galia, donde la resistencia nacional era tan enérgica? Quizás fuese cuerdo apresurar lo que parecía inevitable, sirviéndose de la impresión causada por la gran victoria sobre los belgas. Los motivos de la política romana aún eran más apremiantes. César comprendía que no sería dueño de la situación en Italia, ni salvaría á su partido sin asestar un gran golpe que admirase á todo el mundo. La victoria sobre los belgas aún era muy mezquina; era necesario anunciar algo más grande: que los antiguos y terribles enemigos de Roma quedasen en adelante sumisos tras dos años de grandes guerras; que la obra comenzada por el primer grande hombre de la democracia romana, Cayo Flaminio, la conquista de los países célticos, quedase rematada siglo y medio después por Cayo Julio César; que el imperio hubiese adquirido un nuevo territorio populoso, rico y fértil, tan extenso como las provincias conquistadas por Lúculo y Pompe-

yo en Oriente. Verdad es que esta conquista aún era imaginaria en parte. Ni la Aquitania, ni la parte todavía libre de la Galia meridional, habían visto un soldado ni un magistrado romanos. Muchos pueblos de la Galia central y occidental no se habían sometido y otros muchos sólo de forma se habían sometido; en fin, había otros, y entre ellos los más ricos y poderosos, como los secuanos, los eduos, los lingones, que habían acogido amistosamente al general romano; pero á título de poderoso aliado y sin mostrarse de ninguna manera dispuestos á aceptar la dominación romana. Pero en Roma era ley suprema de los partidos el éxito inmediato, aun obtenido por expedientes llenos de remotos peligros; y empeñado en esta lucha en que los partidos tenían que impresionar al público con violentos charlatanismos, César, que era el más inteligente de todos, llegó á concebir el más temerario de esos expedientes, la más grande de las charlatanerías. Para colorear la cosa envió á Publio Craso con una legión á la Galia occidental, para recibir en seguida la sumisión formal de los pueblos pequeños que vivían entre el Sena y el Loira; envió á Servio Sulpicio Galba con otra legión al alto Valais, cerca del Gran San Bernardo, para someter á los pueblos que hacían pagar muy caros los peajes y abrir á los mercaderes italianos el nuevo mercado que les había conquistado; dejó invernar á las demás legiones en el país de los carnutos, de los andes, de los turones y volvió á la Galia cisalpina luego de haber hecho proclamar en todas partes la gran noticia; el Senado podía nombrar los diez comisarios encargados de organizar en provincia romana la nueva conquista. Figurábase que, cogida así de improviso, la Galia perma-

necería tranquila, por lo menos hasta la primavera, y durante el invierno, cuando toda Italia se regocijase de la anexión del inmenso país, tendría tiempo de reorganizar su partido. Así resulta que la conquista romana de la Galia—según la primera intención de su autor—fué en parte el efecto de un error involuntario, la guerra contra los helvecios, que le obligó en seguida á ir más lejos de lo que al principio quería; en parte, una maniobra electoral para impresionar en cierto momento al Senado, á los hombres políticos, á los electores de Italia, y en parte también la consecuencia fatal é involuntaria de la revolución democrática que César había realizado durante su consulado. Sin embargo, como en este momento sólo pensaba en hacer fracasar al partido conservador de Roma, César fué verdaderamente el «hombre fatal» de la historia europea, el instrumento inconsciente de que se sirvió el destino para realizar una obra inmensa. Sin saberlo iba á desencadenar con la proclama de la anexión una terrible guerra de independencia; sin quererlo iba á destruir ó arruinar en esta guerra á la aristocracia gala, aquella nobleza que conservó las antiguas tradiciones célticas, que una vez destruída hasta las tradiciones desaparecerían con ella, y las nuevas clases que la sustituyesen acogerían la civilización greco-latina, que, al través de la Galia, llegaría al interior del continente europeo (1).

(1) El final del año 57 es un momento importantísimo en la guerra de las Galias, que ha pasado inadvertido á todos los historiadores, hasta á Jullian, *Verc.*, 77; es aquél en que, terminada la campaña contra los belgas, César anunció á Roma la pacificación de toda la Galia, y abandonando la política insegura que había seguido hasta entonces, proclamó la anexión. En otros términos, la Galia se

Pero César no tenía entonces otra idea que la de reconquistar en Roma el terreno perdido por culpa de sus partidarios. Y su plan triunfó admirablemente (1). La conquista de la Galia causó profunda impresión en toda Italia, como él había previsto. El pueblo, la clase media, los caballeros, los escritores, la burguesía que solía abstenerse de las luchas políticas, todos se enorgullecieron de tal conquista, suponiendo que rendiría tan

convirtió en provincia romana á fines del año 57. Demuéstranos esto las grandes fiestas que entonces se celebraron, y que son significativas, pues á últimos del año 58, ni el pueblo ni los magistrados hicieron ninguna manifestación. Véase Dión, XXXIX, v y xxv; Orosio, VI, viii, 6; César, *B. G.*, II, xxxv; pero, sobre todo, los discursos de Cicerón, *De provinciis consularibus*, documento contemporáneo de la mayor importancia, y del que apenas han hecho caso los historiadores. Véase singularmente los capítulos viii, xiii, xiv: *una atque altera æstas* — el verano del 58 y el del 57, pues el discurso se pronunció en la primavera del 56 — *vel metu, vel spe, vel pœna, vel præmiis, vel armis, vel legibus potest totam Galliam sempiternis vinculis adstringere* (xiv, 34). Que César se haya visto obligado á proclamar la anexión á causa del estado de su partido en Roma, es una conjetura á la que prestan verosimilitud muchos casos análogos aducidos por los historiadores, que confirman la entrevista de Luca y sus resultados. La circunstancia de que César, *B. G.*, II, xxxv, disimule, por decirlo así, en una breve frase este momento, que fué el más importante de su vida, lejos de destruir esta suposición la hace más verosímil. Ya veremos que César escribió sus *Comentarios* para justificarse de las acusaciones de los conservadores á propósito de su administración, y como la anexión se hizo prematuramente, antes de que el país estuviese conquistado, desencadenando así una guerra por la independencia que duró muchos años, de la cual le hacían responsable, César tuvo que esforzarse en disimular lo más posible esta anexión prematura, que fué una superchería política, y el origen de todos los males.

(1) Dión, XXXIX, xxv.

copiosos frutos como las guerras de Oriente, y sintieron uno de esos delirios de admiración, breves, pero violentos, que agitan periódicamente á las masas. El pueblo de Roma envió á César, en la Cisalpina, una diputación de senadores para felicitarle (1); muchos hombres políticos que el año precedente comenzaron á juzgarle severamente, á él y á su política, convirtiéronse en sus admiradores y se dieron prisa á visitarle en la provincia (2); el Senado, cediendo á la opinión pública, decretó unas suplicaciones (3) de quince días, las más largas de las decretadas hasta entonces (4). El énfasis, que en todas las grandes cuestiones se desarrollaba dominando al discurso, al buen sentido y á la sabiduría, azotó durante todo el invierno del 57 al 56 á la crédula Italia. ¡Muy pocas personas ponían en duda que la Galia no estaba verdaderamente conquistada! César supo explotar inmediata y maravillosamente este delirio. En las dos guerras que había hecho, César se sintía muy bien viviendo al aire libre, con el ejercicio físico y la forzosa continencia que le imponía la vida del campo; advirtió que su naturaleza delicada resistía estos rudos esfuerzos mucho mejor de lo que se había figurado al principio (5); que las duras fatigas le sentaban mejor que los placeres, los festines y la intensidad de la vida política de Roma. Parece ser que su epilepsia, agravada en la época de su

---

(1) Dión, XXXIX, xxv.

(2) Appiano, *B. C.*, II, xvii.

(3) Fiestas consistentes en cerrar los tribunales y abrir los templos para que la gente diese gracias á los dioses por la victoria.

(4) César, *B. G.*, II, xxxv; Plutarco, *César*, 21.

(5) Plutarco, *César*, 17; Suetonio, *César*, 57.

gobierno en España, fué menos aguda por estos años (1). También reveló definitivamente una cualidad que, aun entre los hombres superiores, sólo es patrimonio de un escaso número: la sobreexcitación fácil, intensa y progresiva del espíritu en el trabajo; la divina vivacidad en el pensamiento y en la acción; la voluptuosidad de difundir su energía sobre una extensión cada vez más vasta de proyectos y de obras, gracias á la cual, las fuerzas del cuerpo y del espíritu, la lucidez y la rapidez de la inteligencia, la sutileza y fecundidad de la imaginación aumentan á medida que la obra ya realizada adquiere mayores proporciones. Por eso tras la ruda campaña de Bélgica no fué á la Galia cisalpina para descansar, sino que recorrió la provincia, dictó justicia, celebró reuniones con los notables, viajó de día y de noche, escuchó á las comisiones, se interesó en las quejas, juzgó procesos, aceptó invitaciones, recibió informes escritos por sus generales de la Galia, distribuyó entre los mercaderes italianos encargos de armas, de caballos y de vestidos; reclutó soldados; recibió diariamente de Roma una voluminosa correspondencia; y dictó también al día gran número de contestaciones; leyó las novedades literarias y la crónica de los sucesos públicos y privados de Roma; acogió un sinnúmero de admiradores, de pobres vergonzantes y de amigos que acudían de Roma á verle (2). La exaltación nacida de la conciencia de su propia fuerza, la gloria que le había valido su brillante victoria sobre los bel-

---

(1) Esto, al menos, parece decir Plutarco en el lacónico capítulo. *César*, 17.

(2) Véase Plutarco, *César*, 17.

gas, el éxito de la anexión gala, excitaban su ardor y su audacia.

En medio de tantos cuidados, César aún se ocupaba en reconstituir la triarquía, el gobierno de los tres, que había fundado en el 59 y que, en los últimos meses del año 57 y en los primeros del 56, caminaba á su ruína, sobre todo por los escándalos egipcios. Los acreedores de Ptolomeo, y singularmente al rico banquero Cayo Rabirio Póstumo, habían vuelto á prestarle dinero (1), y á fuerza de intrigas acabaron por conseguir que al cónsul Léntulo se le encargase de restablecerle con el ejército de Cilicia (2). Pero el partido conservador, que seguía oponiéndose á la empresa de Egipto, logró á fuerza de intrigas, sin duda, que en los libros sibilinos apareciese una respuesta aconsejando que si un rey de Egipto demandaba socorro, era necesario ayudarle, pero sin enviar ningún ejército. Como la mayoría de los senadores no se atrevía á contrarrestar abiertamente la superstición popularísima de los libros sibilinos, el decreto que encargaba á Léntulo de restablecer á Ptolomeo, tuvo que ser discutido. El asunto resultaba cómico por sus contradicciones; pero no tardó en revestir carecteres trágicos. Anunciábase desde algún tiempo que una embajada de cien nobles alejandrinos llegaría á Roma para acusar á Ptolomeo y exponer ante el Senado la verdadera situación. Pero en vano pasaron las semanas esperando á los embajadores. Este retraso comenzó explicándose de varias maneras; pero no tardó en

(1) Cicerón, *in Rab. Post.*, III, 6; *Idem, F.*, I, 1, 1.

(2) Idem, *in Pis.*, XXI, 50; *in Rab. Post.*, III, 6; Dión, XXXIX XII.

circular por Roma un rumor singular. Decíase que Ptolomeo había hecho asesinar en los caminos de Italia á todos los embajadores, y que los sicarios recibían su salario en casa de Pompeyo. El partido popular protestó con energía; Favonio pidió que se instruyese un expediente, prometió que acudiría el jefe de la embajada, un tal Dión, que se había escapado del peligro y estaba en Roma, alojado en casa de Luceyo. Pero ni siquiera á Dión pudo encontrarse, y no tardó en decirse que también le habían asesinado (1). Además de este escándalo, otras desgracias agobiaban al partido popular. El tesoro público estaba exhausto (2); Catón iba á regresar con los tesoros y los esclavos del rey de Chipre, y la antigua enemistad entre Craso y Pompeyo había recomenzado: Craso, que seguía deseando ir á Egipto, intrigaba contra Pompeyo, y Pompeyo, molesto y cansado, no aparecía por el Senado y acusaba á Craso de pagar á Clodio para que lo asesinasen (3). Al fin, el Senado decidió, tras largas discusiones—en la primera mitad de Enero del año 56—que Ptolomeo sería devuelto á Egipto por un magistrado romano, pero sin que le acompañase el ejército. Pero Craso quería ser el encargado de esta misión; Léntulo también: cuanto á Pompeyo, nada decía ni hacía francamente, pero sus amigos trabajaban en su favor. Las luchas recomenzaron. Así se llegó al 15 de Enero sin decidir nada; y las sesiones del Senado se suspendieron para celebrar las elecciones de ediles, que se habían demorado hasta en-

---

(1) Dión, XXXIX, 13-14.

(2) Cicerón, *ad Q.*, II, v, 1.

(3) Idem, III, 3-4.

tonces. También ahora venció Clodio á Vatinio, ayudado aquél por los conservadores; y apenas electo, tuvo el valor de acusar de violencia á Milón, el protegido de Pompeyo. Este proceso superó á todo lo que en este género se había visto hasta entonces en Roma. Pompeyo aceptó la defensa de Milón; pero apenas se levantó á hablar, la partida de Clodio empezó á silbar y gritar, y mientras duró el discurso no cesaron los clamores, las vociferaciones y las injurias. Nadie entendía nada. Cuando terminó, Clodio hizo uso de la palabra; pero los amigos de Pompeyo tomaron entonces la ofensiva, y durante dos horas cayó sobre el orador una lluvia terrible de invectivas, en prosa y en verso. El tumulto resultó espantoso; pero súbitamente, en un momento de calma, Clodio se irguió y se puso á gritar: «¿Quién os hace morir de hambre?» Y la banda respondió á coro: «¡Pompeyo!» Clodio insistió: «¿Quién desearía ir á Egipto?» Los suyos respondieron: «¡Pompeyo!» «¿Á quién convendría enviar?»—¡Á Craso! (1). Hubo que suspender el proceso, y Pompeyo volvió á su casa furioso y disgustado. Milón fué absuelto; pero Sexto Clodio, el cliente de Clodio á quien Milón acusó de violencia, también lo fué poco después, porque todos los senadores que formaban el jurado votaron en su favor (2). Por otra parte, para derribar el triunvirato, los conservadores favorecieron claramente á Clodio. Tan audaces se volvieron, que al discutirse en el Senado poco después la cuestión de los cuarenta millones de sestercios para la adquisición de trigo, muchos senado-

---

(1) Cicerón, *ad Q.*, II, III, 2.
(2) Idem, VI, 6.

res se quejaron en términos violentos (se hubiera creído, dice Cicerón, en una reunión popular) de que la ley agraria de César amenazaba con despojar al Estado de la renta del *ager campanus*. Por fortuna, la ley aún no se había aplicado, y solicitaron si no sería posible anularla (1). Cicerón propuso que se discutiese este punto el 15 de Mayo (2). Era, pues, necesario obrar. Felizmente, Craso fué en busca de César á la Galia cisalpina, Rávena, y Pompeyo se marchó á Cerdeña y África en busca de trigo (3). César citó á los dos en Lucca para someterles el vasto proyecto de una política nueva y audaz, así para lo interior como para lo exterior, que puede considerarse como la verdadera gran política de César.

---

(1) Cicerón, *ad Q.*, II, v, 1.

(2) Idem, *F.*, I, ix, 8. Es esto una nueva prueba de que la ley agraria aún no se había aplicado. Si los campos de la Campania se habían ya repartido, esta discusión no hubiese tenido razón de ser.

(3) Idem, *F.*, I, ix, 9.

III

La gran política de César.

La conquista de la Galia produjo enorme impresión en Italia, porque se proclamó en tiempo oportuno. Justamente entonces se reavivaba la gran lucha entre las viejas tradiciones itálicas y la civilización voluptuosa, artística, sabia y corrompida de Oriente. El antiguo espíritu latino no había muerto: todavía se encontraba en numerosas familias que, si bien ricas ó de posición holgada, permanecían adictas á lo que había de bello ó saludable en la antigua sencillez (1); hasta luchaba vigorosamente contra las costumbres nuevas, procurando sustentarse, no sólo en los recuerdos sagrados del tiempo viejo, pero también en ciertas filosofías de Oriente. Leíase mucho á Aristóteles, que había combatido como uno de los azotes más funestos de las repú-

(1) Véase en Cornelio Nepote, *Att.*, 14, la descripción de la vida de Ático, y en el elogio de Turia, *C. I. L.*, 6, 1527, la descripción de una familia noble, que, sin afectar rudeza arcaica, conservaba la gravedad y la modestia antiguas. Véase también las agudas consideraciones de Vaglieri, *Notizie degli scavi*, Octubre, 1898, págs. 412 y sig.; y también Cicerón, *pro Cœl.*, IV, 9; *M. Crassi castissimæ domus.*

blicas (1), el lujo, el aumento de las necesidades, la avaricia mercantil. Varrón escribió su hermoso tratado sobre las *Antigüedades civiles y religiosas* para reconstruir con la erudición la parte más venerada de lo pasado. También en este momento una secta místico-moral, nacida en Alejandría á comienzos del siglo, y que había adoptado el nombre de neo-pitagórica, procuraba difundir en la sociedad italiana libros de moral atribuídos al antiguo filósofo, donde se decantaban todas las virtudes que desaparecían en las altas clases italianas, la piedad para con los dioses, el respeto de los antepasados, la dulzura, la templanza, la justicia, el examen escrupuloso hecho todas las noches de las acciones realizadas durante el día (2). No obstante tantos esfuerzos, el orientalismo, con sus vicios y esplendores, inundaba á Italia, como un torrente henchido en la primavera por las nieves derretidas. Las conquistas de Pompeyo, el aumento de las rentas públicas, la abundancia de los capitales y la prosperidad que, tras la crisis del 66-63, había sido el resultado de esas conquistas, embriagaron nuevamente á la democracia señora del imperio. Italia ya no era la Amazona ó la Minerva del mundo: era la Bacante. Afrodita, el dios Dionisio y la Orgía, con el grupo de las Ménades, habían invadido á Roma, la recorrían de día y de noche en locas y desenfrenadas procesiones, invitando á las fiestas orgiásticas hombres y mujeres, patricios y libertos, esclavos y ciudadanos, ricos y pobres. Los banquetes de

---

(1) Véase Aristóteles, *Pol.*, II, VI, 5; II, VI, 9; IV, V, 1.

(2) Croizet, *Historia de la literatura griega*, París, 1899; volumen V, págs. 408 y sig.

las sociedades obreras y de los círculos electorales eran tan frecuentes, tan numerosos y magníficos, que cada momento encarecían en Roma el precio de los víveres (1). Aunque la república lo comprase por todas partes, el trigo faltaba constantemente en la capital. Los cultivadores de jardines suburbanos, los criadores de animales, los innumerables taberneros y mercaderes de vino se enriquecían en la ciudad. Eurisaco, el más importante panadero de Roma, obscuro liberto que poseía un horno inmenso y muchísimos esclavos, acaparó los suministros del ejército, y quizás también el de todos los grandes banquetes populares y políticos, amasando así tan gran fortuna, que le permitió dejar un día como monumento de su riqueza ese extraño sepulcro en forma de horno que aún se conserva casi íntegro cerca de la Puerta Maggiore. Por toda Italia se construían palacios, *villas*, y granjas; se compraban esclavos; el lujo privado y público seguía aumentando; después de las Galias, de las ganancias, de los negocios y de las fiestas que habían de asegurar la nueva conquista, lo que más interesaba entonces á la gente, ávida de novedades, era el teatro de Pompeyo, el primer gran teatro de piedra construído por los arquitectos griegos en el sitio donde ahora se encuentran el Campo dei Fiori y las calles adyacentes. Un ciudadano había acabado por rebelarse contra la absurda ley que impuso durante siglos el estrecho puritanismo de los viejos tiempos, prohibiendo que se construyesen en Roma teatros de piedra. La construcción de este teatro, también tenía, por lo tanto, significación revolucionaria. Verdad es que hasta

(1) Varrón, *R. R.*, III, II, 16; III, V, 8.

en esta ocasión quiso Pompeyo quedar á bien con los tradicionalistas, y pretendió no violar esa ley haciendo construir en lo alto de la *cavea* un templo de Venus, de suerte que los bancos de los espectadores pudieran considerarse como una inmensa escalera curva que condujese al templo. Pero Pompeyo era un hombre que temblaba siempre de sus éxitos, y no dudaba de que para la gran mayoría de los romanos la construcción de este teatro aún valía más que la conquista de Siria. Mientras el gran teatro de piedra se terminaba, los ambiciosos gastaban locas sumas para dar al pueblo espectáculos en teatros provisionales hechos de madera y que duraban algunas semanas; contrataban gladiadores, músicos, bailarinas, mimos; por todas partes compraban leones, panteras, tigres, elefantes, monos, cocodrilos, rinocerontes que se mostraban y se les hacía reñir (1). Todos los gobernadores de Asia y de África estaban obligados á hacerse mercaderes de fieras por cuenta de sus amigos de Roma (2). Escauro había gastado para las fiestas de la edilidad, en el 58, casi todas las rentas de sus campañas en Oriente para adornar con tres mil estatuas, cuadros maravillosos de Sicione y trescientas columnas de hermosos mármoles, un teatro de madera que podía contener ochenta mil espectadores y sólo había de durar un mes.

Las altas clases, la nobleza y los ricos, vivían al presente en una promiscuidad desenfrenada de adulterios, de borracheras, de excursiones al campo, de banquetes,

---

(1) Friedländer, *D. S. G. R.*, II, 392.

(2) Véase la curiosa correspondencia de Celio con Cicerón: Cicerón, *F.*, VIII, VI, 5; VIII, IX, 3. Véase también Cicerón, *A.*, VI, I, 21.

de orgías, de fiestas nocturnas (1). La fusión de la antigua aristocracia y de la rica burguesía del orden ecuestre se estaba realizando, pero en el goce y el vicio: al frente del imperio ya no se encontraba una nobleza guerrera y una poderosa clase dueña del dinero, sino una pequeña sociedad corrompida, cínica, escéptica, amiga de los placeres y de las cartas amatorias, de los festines y de las cosas del espíritu. Las mujeres arruinaban á sus maridos y buscaban amantes lo suficientemente ricos para que les diesen trajes preciosos, suntuosas literas, hermosos esclavos bien peinados y vestidos, y sobre todo, que les regalasen perlas y piedras preciosas tan soberbias como las de Mitrídates, que iban á ver al templo de Júpiter Capitolino donde Pompeyo las había expuesto (2). Cuanto á los hombres, tratábase de saber quién tenía la cueva mejor abastecida en vinos griegos, los más hábiles cocineros, las *villas* más suntuosas, la biblioteca más nutrida, la querida más en boga, las obras de escultura y orfebrería más raras y costosas. Pero los peores de todos eran los jóvenes... Cínica, voluptuosa, frívola, sin respeto para ninguna autoridad, lo mismo si era la de los dioses que la de los padres; impaciente de triunfar y de enriquecerse sin esfuerzo (3), esta juventud dorada de «arrivistas» puede juzgarse por los cinco jóvenes que más daban entonces que hablar: Marco Antonio, nieto del gran orador é hijo del pretor, que tan desgraciado fué el 74 en la guerra contra los piratas; Cayo Escribonio Cu-

---

(1) Véase Cicerón, *pro Cœl.* xv, 35.
(2) Plinio, *H. N.*, XXXVII, 1, 11-12.
(3) Véase Cicerón, *pro Cœl.*, IX, 25; XII, 29; XVIII, 42.

rión, hijo del ilustre conservador que fué cónsul el año 76, y realizó las expediciones á Tracia; Cayo Salustio Crispo, hijo de un rico propietario de Amiterno; Marco Celio, hijo de un gran banquero de Puzzolo; y, en fin, Cátulo. Antonio y Curión, á quienes las malas lenguas llamaban marido y mujer, habían contraído juntos tantas deudas y hecho tantas locuras, que Curión se vió obligado por su padre á separarse de Antonio; y entonces Antonio, perseguido por sus acreedores, huyó á Grecia, donde hizo propósito de consagrarse al estudio; pero no tardó en cansarse y fué en busca de Gabinio, que le hizo oficial de caballería (1). Salustio, que poseía mucha inteligencia, una hermosa educación y una fortuna considerable, se arruinaba con las mujeres. Muy joven todavía, Celio había sido un ardiente admirador de Catilina, y habiendo eludido las represiones, fué también amante de Clodia, quien acabó de corromperle, y le acusaba ahora de haber tomado parte en el asesinato de los embajadores enviados por Alejandría para acusar ante el Senado á Plolomeo Auleto (2). Cátulo, fastidiado por sus acreedores, profundamente afligido por las traiciones de Clodia y por la muerte de un hermano que había sucumbido en Asia, marchó á Bitinia con los compañeros del pretor Cayo Memmio, para olvidar sus penas y rellenar un poco su bolsa. Sin embargo, no tardó en sentir la nostalgia de Roma (3). Ya se disponía á regresar, no á la manera de todo el mundo en un vulgar navío de mercader, sino como un rey de

(1) Drumann, *G. R.*, I2, 47.
(2) Véase todo el discurso de Cicerón, *pro Cœl.*
(3) Cátulo, *C.*, 46.

Oriente, en un pequeño barco de regalo (1) que había comprado con la marinería necesaria en un puerto del mar Negro, probablemente en Amastri. Muy pronto, cuando los dulces céfiros primaverales recomenzasen á crispar con sus caricias voluptuosas las olas azuladas del Mediterráneo (2), lo tomaría en Nicea (3), después de ir á llorar en Tróada sobre las cenizas abandonadas de su hermano (4), luego costearía tranquilamente el Asia Menor, atravesaría las Cíclades, se deslizaría por las riberas de Grecia, y en fin, siguiendo por el Adriático llegaría hasta las embocaduras del Pó, para remontarlo y conducir en seguida su barco por tierra al lago de la Guardia (5).

Exaltada por una prosperidad que todos creían eterna, Italia perdía el sentido de lo justo y de lo injusto, de lo verdadero y de lo falso, de la cordura y de la locura, y se lanzaba en lo porvenir sin preparación, sin otro objetivo que llegar cada vez más lejos y á cualquier precio. Pero esta prosperidad sólo era aparente. Si los gastos aumentaban en todas partes, los ingresos no aumentaban en igual proporción: una de las fuentes de riqueza más abundantes desde los Gracos—la explotación financiera de las provincias—estaba á punto de agotarse, y á medida que esta fuente se agotaba, Italia se veía obligada á vivir solamente de la explotación política y militar de las provincias. Es éste uno de

(1) Cátulo, *C.*, 4.
(2) Idem, XLVI, 1-3.
(3) Idem, XLVI, 5.
(4) Idem, CI.
(5) Idem, *C.*, IV.

los hechos esenciales de los diez años que siguieron al consulado de César; y él nos explica la popularidad de que en tal momento gozaba «la gran política de César», así como la terrible crisis que algún día tendría que engendrar. Durante los veinticinco últimos años, Asia y Grecia, que ya tras la conquista de Sila habían producido mucho menos que antes á los financieros italianos, se habían agotado: ahora era imposible amasar en Oriente grandes fortunas en pocos años, pues todas las riquezas que podían transportarse á Italia con más provecho ó explotarse en el lugar mismo habían caído ya en poder de los financieros italianos; y las nuevas conquistas, el Ponto, Siria, agotadas previamente por largas guerras, no producían gran cosa á los hombres de dinero. Los grandes capitales se retiraban de estos negocios; los hijos, los sobrinos, los nietos de los caballeros que habían acumulado millones durante el medio siglo que siguió á la muerte de Cayo Graco, gozaban tranquilamente en Italia, como Ático, los patrimonios heredados, entregándose á la política, á los negocios, á los estudios, á los placeres; y sobre los últimos restos de la antigua riqueza asiática, se arrojaba ahora una muchedumbre de pequeños usureros, que traficaban con modestos capitales. Así, esta clase de grandes financieros, riquísimos, cultísimos, influyentísimos, que habían formado el mayor poder político del Estado romano desde los Gracos hasta Sila, había ya casi desaparecido; y debilitada primeramente por las muertes y las confiscaciones de Mario y Sila, enervada en seguida durante los veinticinco últimos años por la carencia de grandes negocios y por el deseo de gozar de las riquezas, deseo que se manifiesta siempre en los hijos de

quienes las han acumulado; y, en fin, habiéndose confundido en parte con la nobleza política, había cedido su puesto á la obscura muchedumbre de los financieros ignorantes que sólo podían ejercer mediocre influencia. En efecto, el poder político de los altos financieros, que tan profundamente había turbado la república en tiempos de Mario y Sila, apenas era ya más que un recuerdo histórico. La represión tras la conspiración de Catilina había sido el postrer esfuerzo de esta potencia moribunda. El espíritu de Catilina triunfaba ahora en todas partes; victorioso el partido popular, llevaba al gobierno y á la sociedad los odios y los prejuicios antiplutocráticos de las masas, ayudado en esto por la nobleza, que entonces como siempre, detesta á los manipuladores del dinero. Aunque los tres jefes del partido popular no fuesen enemigos de los capitalistas, el Estado se mostraba cada vez más contrario á los financieros. En Macedonia, por ejemplo, Pisón concedía fácilmente por dinero la reducción de intereses á las ciudades que debían (1); Gabinio era enemigo en Siria de los capitalistas italianos, y les hacía todas las vejaciones posibles, deseando persuadirles de que Italia era un país más favorable que Siria para la colocación de los capitales (2); en Roma las antiguas leyes que prohibían á los senadores consagrarse al comercio, mucho tiempo en desuso, volvieron á ponerse en vigor, á medida que aumentaba la corriente antiplutocrática en la política italiana. Además, en las altas clases, y señaladamente en el mundo político, cada vez se dudaba más

(1) Cicerón, *in Pis.*, 35.
(2) Idem, *de prov. consul.*, 5.

de colocar los capitales en empresas, cuyos riesgos y dificultades habían aumentado; y si alguno se dejaba arrastrar tenía cuidado de que nadie lo supiese. Así es como Marco Bruto, hijo de Servilia, que acompañó á Catón en su viaje á Chipre, se relacionó con dos de esos obscuros hombres de negocios, italianos que infestaban el Oriente, y por su mediación prestó dinero al rey Ariobarzanes y á la ciudad de Salamina de Chipre, á un interés del 48 por 100. Pero como la ley de Gabinio prohibía los negocios de este género, intrigó en la sombra para que una deliberación especial del Senado autorizase este préstamo (1). Excluídos los grandes negocios y los préstamos usurarios, no quedaba otro recurso á las altas clases, y, sobre todo, á la oligarquía política, que los beneficios de las operaciones militares, los ricos botines, los impuestos, los rescates, los presentes que procuraban las guerras. Tras las grandes fortunas que habían acumulado Lúculo y Pompeyo, tras los millones ganados por sus generales, tras las grandes sumas así amasadas por los modestos personajes que les habían seguido, los hombres políticos de Roma, todos sus amigos y parientes, querían imitar su ejemplo en alguna parte del mundo que aún no hubiese recorrido las armas romanas.

Concíbese fácilmente que estas esperanzas y necesidades habían de hacer muy popular en toda la sociedad romana la política de conquista. El saqueo militar era ahora la industria más lucrativa de Italia, y cuando los ejércitos obtenían un gran botín, todos se beneficiaban de él en Italia, y singularmente las clases

(1) Cicerón, *A.*, VI, I, 4 sig.; VI, II, 7 sig.

más apacibles que nada arriesgaban, los mercaderes, los contratistas, los artesanos á quienes el Estado enriquecía con los despojos; los generales, los jefes, los soldados mismos, que habían vuelto con dinero, daban trabajo. Así, la población civil, consagrada al comercio y á la agricultura, no era menos entusiasta de las conquistas que el mundo político; quizás hasta reclamaba con más vivo ardor la amplificación del imperio; porque, como todas las clases pacíficas, se dejaba deslumbrar por la gloria militar, por los relatos de las batallas y de las guerras. Este amor literario y platónico del elemento civil por la guerra, que es propio de todas las civilizaciones adelantadas, se difundió entonces por Italia, convirtiéndose en una fuerza de que los partidos é intereses se servían para imponer á la república este imperialismo aventurero. Si el imperialismo moderno toma por modelo al imperialismo romano, éste quería imitar á Alejandro Magno; ningún personaje histórico era entonces tan popular en Italia como el conquistador macedónico; y todos pensaban que Roma tenía que realizar las mismas hazañas. Pero, mientras llegaba el momento de que el imperio de Roma fuese tan extenso como el de Alejandro, todo el mundo—y este era el efecto más inmediato y seguro del enervamiento general—contraía deudas; todos eran á la vez deudores y acreedores. Se prestaba á otro el dinero sobrante; y se tomaba prestado cuando hacía falta. La sociedad italiana se había convertido entonces en una inextricable selva de deudas y de créditos, de *syngraphæ*, como se llamaban entonces las cartas de crédito, que ordinariamente se renovaban al vencer y se negociaban, como hoy los títulos ó las letras de cambio, porque la penuria de los

capitales y las constantes oscilaciones de los valores hubiesen hecho ruinoso su muy frecuente reembolso. Los que necesitaban dinero procuraban vender á un financiero los créditos que tenían contra otras personas, y el financiero limitaba las necesidades del acreedor y la cifra del capital haciendo un descuento más ó menos grande, según la solidez del crédito (1).

La nueva política que César proponía á sus amigos (2) correspondía admirablemente á este estado del espíritu público en Italia, y procuraba satisfacer y avivar al mismo tiempo las grandes pasiones populares de la época mercantil y democrática, el orgullo militar é imperial, la manía de las rápidas ganancias, la locura del placer, del lujo, de las grandezas en la vida pública y en la vida privada. Conquistas fuera, profusión de dinero dentro—el oro y el hierro;—tales eran los dos puntos esenciales de esta política, y el uno estaba conexionado con el otro. Las conquistas suministrarían el dinero necesario para las grandes profusiones; la prosperidad creada por éstas activaría la energía de las conquistas. Ya este invierno había repartido César el

(1) Si se quiere conocer más circunstanciadamente este género de negocios, puede estudiarse la venta intentada por Cicerón en el año 45 de un crédito que tenía contra Faberio. De él habla Cicerón en muchas cartas, en la 5.ª, en la 40, en la 47. del libro XII, de las cartas á Ático, y en las cartas 1-5, 27-33 del libro XIII. Sobre la cronología é interpretación de estas cartas, véase Schmitz, *B. W. C.*, 291 y sig.

(2) Suetonio, *César*, 24, dice que las convenciones de la conferencia de Luca las concibió César, y fué él quien las propuso é hizo aceptar por los otros. La afirmación es indudablemente exacta, pues de los tres, César era el hombre más enérgico y que afrontaba los más graves peligros.

dinero obtenido en la campaña de Bélgica, prestando ó dando grandes sumas á los hombres políticos llegados de Roma para halagarle (1). Pero deseaba realizar más grandes cosas durante los años siguientes. Craso reconciliaría á Clodio con Pompeyo, y ambos se presentarían candidatos al consulado para el año 55; una vez electos, el pueblo les daría un proconsulado de cinco años, y así también harían prolongar por cinco años á César su mando de las Galias, y votar los fondos necesarios para pagar las legiones que había reclutado desde el comienzo de la guerra. Árbitros durante mucho tiempo de la república, pondríanse así de acuerdo para aplicar en más vasta escala el imperialismo agresivo inventado por Lúculo, y para emprender grandes conquistas; con el dinero de ellas realizarían grandes trabajos públicos en Roma y en Italia, darían qué ganar á los contratistas, á los mercaderes, á los obreros, á los soldados, sobornarían al mundo político y al Senado, se ocuparían con un esplendor sin igual de las diversiones del pueblo. Entre otras cosas, se fundarían en Capua grandes escuelas de gladiadores (2). Cuanto á las conquistas por realizar, se decidió la empresa que debía de parecer más sorprendente á estos admiradores de Alejandro, aquélla en que César quizás soñó más tiempo: la conquista de Persia. ¡Qué gloria y poder adquirirían el hombre y el partido que aumentasen el Oriente romano con este inmenso imperio tan lejano, tan rico y casi fabuloso! Pero

---

(1) Appiano, *B. C.*, II, XVII.

(2) Se ve en César, *B. C.*, I, XIV, que éste tenía escuelas de gladiadores en Capua. Supongo que las fundó cuando las guerras de las Galias empezaron á ser lucrativas.

César tuvo que resignarse á ceder esta guerra á uno de sus amigos. Estaba harto ocupado en los asuntos de las Galias, y la reciente conquista aún necesitaba demasiado de su presencia. Cuanto á Egipto, Craso y Pompeyo abandonaron la idea de su conquista; pero procurarían que Gabinio, sin autorización del Senado, acompañase á Ptolomeo hasta Egipto, á condición de que se les abonase una cantidad considerable. Parece ser que la suma reclamada por César era de diecisiete millones y medio de sestercios, más de cuatro millones de francos (1). El hombre que como cónsul había deseado curar con una hermosa ley la corrupción, enfermedad crónica de las sociedades civiles, se disponía á corromper Italia entera.

Ignoramos sobre qué discutieron entonces César, Pompeyo y Craso; pero es probable que Craso aprobase los planes de César más fácilmente que Pompeyo. Ocurre con frecuencia á los egoístas demasiado favorecidos por la fortuna que, hartos de los bienes que han poseído fácil y abundantemente, ávidos de satisfacciones nuevas, celosos de los triunfos ajenos, se obstinan por último en el deseo de vencer en una cosa que les resulta imposible. Craso había logrado la influencia y la riqueza, pero no la popularidad de Lúculo, de Pompeyo ó de César, y durante toda su vida había hecho varios intentos para conquistarla, permaneciendo tran-

(1) En ninguna parte se dice que en la conferencia de Luca se hablase de los asuntos de Egipto, pero es más que verosímil. Craso, César y Pompeyo no podían abandonar un negocio que con poco riesgo podía ser provechoso. Sólo por Plutarco (*César*, 48) suponemos que César exigió dinero. Las sumas que los herederos de Ptolomeo le debían el año 48, sólo podían ser las que le prometieron por su restauración en el trono.

quilo algún tiempo tras cada fracaso para recomenzar á la primera ocasión. La gran política imperialista de Lúculo había dado muchísima gloria á su autor y á Pompeyo, y comenzaba á dársela á César, y como al presente los más absurdos ensueños de grandeza parecían á todos posibles y hasta fáciles, Craso ya no quiso continuar con la única gloria de vencedor de Espartaco, cuando todo el mundo pensaba que un general romano hubiese podido igualar fácilmente las empresas de Alejandro Magno. La esperanza de conquistar á Persia era suficiente para que aprobase la convención. Al contrario, Pompeyo, que era el único de los tres que conocía un poco á los partos, y que no había querido intentar la conquista el año 63, abandonó voluntariamente la Persia á su colega; hasta quizás hubiera queido oponerse á todos estos proyectos de política conquistadora y corruptora, que no podían agradarle mucho. Comenzaba á disgustarse ya y á asustarse un poco del giro demagógico que tomaba la política del partido popular, del cual era un jefe, y, como tantos ricos satisfechos, deseaba con gusto para los demás una moral de sencillez, de austeridad y de prudencia. ¿Pero podía separarse de César y de Craso? Amaba á su mujer; cada día se sentía descender más en la opinión pública; tenía en el Senado numerosos enemigos. Clodio, tan audaz ya, hubiese intentado cualquier cosa contra él apenas se sintiese apoyado por César y Craso. Sólo podía consolidar su influencia volviendo á ser cónsul, desempeñando bien su misión anonar y logrando que se le diese algún nuevo mando extraordinario. Solo, no hubiese podido obtener tantas cosas. También él acabó por aceptar las proposiciones de César.

IV

El segundo consulado de César y Pompeyo.

(56-55 ANTES DE CRISTO)

Poco tiempo después de la entrevista de Luca, César tuvo que renunciar á su proyecto de hacer larga estada en la Cisalpina, y apresurarse en pasar los Alpes; porque las rebeliones empezaban ya en la provincia que pretendía haber «pacificado». Galba, atacado por los montañeses, corrió riesgo de quedar aniquilado; muchos pueblos de la Armórica, que se sometieron el otoño precedente, se habían sublevado; los vénetos, que estaban al frente del movimiento habían aherrojado á los oficiales que les enviaron para hacer acopio de víveres. Además, la anexión había irritado á los pueblos galos, sobre todo á los belgas y á los treviros; y los pueblos de la Aquitania, que aún no se habían sometido, disponíanse á ayudar á los vénetos, temiendo que César tuviese el propósito de incluirlos en lo que él llamaba la pacificación de la Galia (1).

Cuando sus amigos ponderaban con tanto énfasis en Roma la conquista de la Galia, César no podía dar mo-

(1) César, *B. G.*, III, 7 y 10.

tivo á nadie de suponer que dudaba en tratar á este país como una provincia ya conquistada. Así, pues, impuso inmediatamente á la Galia una contribución anual de cuarenta millones de sestercios (1); y no sólo se dispuso á reprimir severamente la protesta de los vénetos, pero también decidió someter sin demora los pueblos aún independientes. Envió á Labieno al país de los treviros para tenerlos en respeto, así como á los remos y á los belgas; envió á Quinto Titurio Sabino con unos 10.000 hombres á devastar el territorio de los venelos, de los curiosolitas y de los lesobienos, aliados de los vénetos; encargó á Publio Craso que sometiese la Aquitania, recorriendo el país con dos columnas de caballería y unos 4.000 caballos; y él mismo tomó á cargo el domeñar á los vénetos (2). Como este pueblo poseía una flota numerosa, hizo construir navíos en el Loira, y alistó en todas partes pilotos y remeros; ordenó á los pictones y á los santones, que no se unieron á los rebeldes, pero que tampoco estaban sometidos, que le suministrasen navíos, declarándoles así súbditos de Roma (3); puso al frente de la flota á Décimo Bruto,

(1) Esto parece resultar de un pasaje de Suetonio, *César*, 25, que expone sucesivamente los hechos principales de la conquista en su orden cronológico, excepto al fin, cuando cita la derrota de Gergovio antes de la muerte de Titurio y de Arunculeyo.

(2) César, *B. G.*, III, 11; Dión, XXXIX, XL.

(3) Dice César, *B. G.*, III, 11: «*Ex Pictonibus et Santonis reliquisque pacatis regionibus*». Todavía no ha hablado de la sumisión de los pictones y santones; hasta es la primera vez que nombra á los pictones. Es, pues, probable que esta demanda de socorros fuese uno de los numerosos procedimientos de rapidez que César quería emplear para someter á Roma los pueblos todavía libres de la Galia.

hijo del cónsul del año 77 y de aquella Sempronia que tomó parte en la conjuración de Catilina, y mientras que la flota se preparaba, invadió con su ejército el país de los vénetos. Pero si Titurio y Publio Craso cumplieron pronto y bien sus misiones respectivas, no puede decirse lo mismo de César. Los vénetos se habían refugiado en *castella* construídos sobre líneas de tierra que se adentraban en el mar, posiciones tales, que las grandes mareas con su doble retorno cuotidiano las defendían mejor que cualquier trabajo humano. Alternando con el ritmo de un balancín, la marea alta arrojaba al ejército que sitiaba por tierra, y la marea baja dejaba en seco á la flota que quería atacar por mar. César pasó gran parte del verano haciendo inútiles tentativas contra estos *castella* inexpugnables, que no se podían asediar por mar ni por tierra.

Durante estos meses, Pompeyo, reconciliado ya con Clodio, había vuelto á ser, de acuerdo con Craso, el árbitro de Roma, de Italia y del Imperio. La reconstitución de la triarquía había reducido la oposición conservadora á un escaso número de senadores, muy orgullosos, entrampados ó comprometidos, tales como Catón, Favonio, y Domicio Enobarbo, que no ejercían ningún ascendiente sobre la mayoría del Senado. Hasta el mismo Cicerón había cedido: César prometió á su hermano Quinto un mando en la Galia; y Pompeyo, que había pasado de Luca á Cerdeña para comprar trigo, rogó á Quinto que le dijese que su discurso en el Senado sobre la ley agraria de César le había desagradado mucho (1). Cicerón se dejó así persuadir de la conve-

(1) Cicerón, *F.*, I, IX, 9.

niencia de marcharse al campo el 15 de Mayo, precisamente cuando tenía que hacer uso de la palabra sobre esta cuestión, como él mismo había propuesto (1). Y no tardó en hacer más: se comprometió á hablar en favor de César, cuando á principios de Junio (2) se discutiese ante el Senado la proposición de enviar diez legados para organizar la administración de la Galia, y votar los fondos necesarios para las cuatro legiones reclutadas por él en el 58 y 57. Aunque hubiese vuelto á Italia como un triunfador, los golpes violentos que le había asestado Clodio afectaron profundamente su espíritu, nervioso é impresionable; el humo de la gloria que llenó su cabeza tras la conjuración de Catilina, habíase disipado; Cicerón ya no ambicionaba ser un gran hombre político. Satisfecho de haberse sustraido á la tormenta, procuraba con empeño que no le sorprendiese otra; deseaba permanecer á un lado y sólo desempeñar un papel secundario, siempre que este papel no fuese peligroso; volvía á acalorar la primera pasión de su juventud, la literatura, descuidaba desde que se convirtió en uno de los abogados más notorios de Roma. Comenzó á escribir un libro de grandes alientos, el diálogo *de Oratore*, tan hermoso, tan vivo, tan dramático; y el tranquilo placer que experimentaba en este trabajo parecíale mucho más dulce que las violentas emociones de la ambición y las embriagueces del poder. Las preocupaciones privadas, el mal estado de su patrimonio, gravado ya antes de su destierro con grandes deudas contraídas para pagar su casa, alejábanle de

(1) Cicerón, *ad Q.*, II, VIII.
(2) Lange, *R. A.*, III, 323.

la política. Apesar de la indemnización votada por el Senado, que era además insuficiente, y no obstante la ayuda de Ático, veíase muy comprometido para contentar á sus acreedores y para reconstruir su casa y sus *villas* (1); cosa tanto más enojosa, porque arrastrado él mismo por la corriente, cada vez se aficionaba más á la vida suntuosa (2). En fin, como era un hombre honrado, tenía para con Pompeyo, que le había hecho llamar del destierro, una deuda de gratitud que se convertía en obligación política. ¿Para qué agraviar á Pompeyo, por dar gusto á una pequeña bandería de aristócratas recalcitrantes que le abandonaron en los días de peligro, y que no valían más que sus adversarios? Cuanto á César, si había cometido grandes yerros ¿no había consumado también grandes empresas (3)? ¿Á que buscar sin razón nuevas dificultades? ¿No era preferible imitar á Varrón que, rico, sabio y noble, había ejercido numerosas magistraturas, había sido legado en la guerra de los piratas, había recibido un hermoso montón de recompensas, pero que también había sabido conservar íntegra su libertad en medio de las facciones y banderías? En efecto, juzgando severamente la política de su amigo Pompeyo, manteníase alejado, tranquilo, ocupado en mejorar sus tierras, en protejer las Bellas Artes dando trabajo á Arquelao, uno de los más célebres escultores de Roma (4), escribiendo su gran enci-

---

(1) Cicerón, *A.*, IV, I, 3; IV, II, 7; IV, III, 6.

(2) Idem, *ad Q.*, II, VI, 3.

(3) Véase sobre los motivos de está conversión la interesante carta de Cicerón, *F.*, I, IX.

(4) Overbeck, *G. G. P.*, II, 482.

clopedia en nueve libros, *Disciplinæ*, donde recogió lo que había de mejor en las tradiciones antiguas y la parte de la cultura griega que convenía á esta generación de hombres de acción. Cicerón, que era su amigo, quería emitar su ejemplo, y sólo dos cosas deseaba: testificar su gratitud á Pompeyo y vengarse de Clodio (1). Así, aunque no aprobase la convención de Luca, pronunció en el Senado el discurso *de provinciis consularibus* en el que celebraba, como entonces era de moda, la conquista definitiva de la Galia, respondiendo á los que le preguntaban por qué se necesitaba todavía dinero y soldados tratándose de una conquista rematada, que las grandes operaciones militares habían terminado, pero que aun quedaban pequeños vestigios de la guerra (2). La oposición de los conservadores fué vencida fácilmente; se decidió el envío de diez legados para organizar la nueva conquista; y en la primavera del 56, la Galia fué definitivamente declarada por el Senado provincia romana. Decidióse también que Pisón volviese á fines de año, que el gobierno de Gabinio en Siria terminaría con el año 55, y que la Siria se entregaría como provincia á uno de los cónsules de este año.

Entretanto, se acercaba Julio, el mes de las elecciones. Lucio Domicio Enobarbo ya había anunciado su candidatura para el consulado, y todos esperaban lo que Craso y Pompeyo hiciesen. Pero los días pasaban; ni Craso ni Pompeyo decían nada. ¿Era falso el rumor que había circulado sobre sus candidaturas, ó habían cambiado de idea? Pronto se advirtió que dos tribunos

(1) Lange, *R. A.*, III, 309 y sig.

(2) Véase Cicerón, *de prov. cons.*, XIII y XV, 32-36.

del pueblo oponían metódicamente su *veto* cada vez que iba á fijarse el día de las elecciones (1), y no se tardó en comprender el objeto de estos manejos. Como la opinión pública no era favorable á su candidatura (2), ni Craso ni Pompeyo querían que las elecciones se celebrasen bajo la presidencia de Cneyo Cornelio Léntulo, ni de Lucio Marcio Filipo, que eran conservadores. Uno de ambos tenía que presidir la asamblea electoral, esto es, que encargado de presentar al pueblo la lista de los candidatos, hubiese tenido el derecho de no inscribir los nombres que le desagradasen. Sostenido por la opinión pública, ¿no se hubiese atrevido el presidente á borrar los nombres de Craso y de Pompeyo? (3) Temiendo un golpe semejante por parte de los conservadores, Craso y Pompeyo habían decidido servirse de los tribunos para prorrogar las elecciones hasta el año siguiente, de suerte que, desde primero de Enero fuese preciso que el Senado nombrase cada cinco años un *interrex* que presidiese los comicios en lugar del cónsul, y así esperarían hasta que le llegase el turno á un senador afecto á su causa. La bandería conservadora procuró agitar la opinión, á la que estas intrigas repugnaban, para obligar á Pompeyo y Craso que renunciasen á tal obstrucción, á menos de declararse autores de ella. Léntulo pretendió de diferentes maneras que declarasen ante el Senado si tenían el propósito de presentar su candidatura, hasta celebró un gran mitín popular donde, en presencia de los senadores del partido conservador, que ha-

(1) Plutarco, *Craso*, 15; *Pomp.*, 51; Dión, XXXIX, XXVII.

(2) Idem, *Craso*, 15; *Catón de U.*, 41.

(3) Dión, XXXIX, XXVII.

bían acudido vestidos de luto, acusó á Pompeyo de ser un tirano (1). Todo fué inútil. El público censuró á Craso y á Pompeyo; pero á pesar de esto permaneció indiferente, no pensando más que en divertirse y enriquecerse; en el mundo político sentían todos casi tanto miedo por la triarquía, que muchos ni siquiera osaban presentarse en la curia (2); los meses pasaban; las elecciones no se celebraban y Craso y Pompeyo seguían afectando no ser responsables del obstruccionismo de los tribunos. Los conservadores quisieron vengarse intentando un proceso por usurpación del título de ciudadano contra Lucio Cornelio Balbo, el hábil agente de César y de Pompeyo. Pero Pompeyo rogó á Cicerón que le defendiese: Cicerón hizo una defensa que aún poseemos, y Balbo fué absuelto.

Entretanto, la revuelta de los vénetos quedó vencida cuando Décimo Bruto se presentó con la flota. Sea que considerasen sin valor esta flota compuesta de navíos recogidos en todas partes; sea que fatigados del largo sitio tuviesen confianza en terminar la guerra, tomaron sus navíos y dieron la batalla; pero Décimo Bruto les infligió tal derrota, que decidieron rendirse. Para demostrar nuevamente que la Galia sería en adelante provincia romana, César condenó á muerte á todos los notables. Á fines de verano realizó una expedición contra los morinos y los menapios que aún no se habían sometido. Estos bárbaros belicosos no se ofrecieron en masa al ímpetu de las legiones; dispersáronse en peque-

(1) Plutarco, *Pomp.*, 51; *Craso*, 15; Dión, XXXIX, XXVIII; Valerio Máximo, VI, II, 6.

(2) Dión, XXXIX, XXX.

ñas bandas por las selvas y pantanos, llevándose sus tesoros más preciosos; y observaron un plan de guerrillas, atacando por sorpresa á los pequeños destacamentos romanos. El invierno se acercaba. César comprendió que no era prudente el adentrarse en un país tan inculto; y luego de haber devastado un poco sus tierras, retrocedió, enviando á su ejército para que invernase en los países que se rebelaron aquel año. Así, el tercer año de guerra terminó con éxitos notables y de gran provecho. En efecto, estas represiones dieron pretexto á numerosas devastaciones y saqueos, que resarcieron de sus fatigas á César, á los jefes superiores, sobre todo á Mamurra y á Labieno, y á todo el ejército (1). Pero una empresa más difícil que la de reducir estas resistencias todavía debiles, era para César la de organizar en la Galia el nuevo gobierno. No era posible destruir todos los órganos políticos y jurídicos de la antigua sociedad céltica, y reemplazarlos con un gobierno completamente nuevo; pero no era más fácil el hacer funcionar bajo la inspección romana las antiguas instituciones, de dominar, hasta el punto de servirse de este sistema de tradiciones, de intereses, de fuerzas sociales, que César había encontrado en acción, muchas de las cuales aún subsistían bajo la dominación romana. La situación de los partidos, uno nacional y popular, el otro aristocrático y conservador, estorbaba no poco á César. Aunque la anexión hubiese refrenado su actividad, no por ello había hecho desaparecer esos partidos, cada uno de los cuales conservaba sus posicio-

(1) Suetonio, *César*, 24, dice que el saqueo sistemático de la Galia comenzó después de la entrevista de Luca.

nes, alimentaba sus rencores, procuraba explotar en su favor la nueva situación. Á medida de que César conocía mejor la Galia, iba advirtiendo que el partido nacional, sostenido por la masa popular, era mucho más fuerte que el partido conservador y aristocrático que le había llamado á la Galia: casi en todas partes estaban en decadencia las dietas, las asambleas de los notables, que sólo ejercían una autoridad nominal ante el poder creciente del que César llama *rex*, esto es, del jefe del gobierno, nombrado casi en todas partes por las dietas para ejercer el mando durante cierto tiempo, sobre todo cuando este *rex* era uno de esos ricos demagogos que estaban al frente del partido nacional. Ahora bien, si este partido se resignaba por el momento á tolerar el yugo romano, seguía desconfiando de César y detestando á Roma, lo que significaba que una gran parte de la nación no aceptaría con sinceridad el nuevo régimen ni haría nada por adaptar á él las antiguas instituciones de la Galia. La dificultad era grande; pero con su sutileza, su audacia, su oportunismo temerario, César se propuso trasladar de uno á otro partido el eje de su política gala, abandonando al partido conservador y aristocrático que le había sostenido hasta entonces, para apoyarse en el partido nacional, que le había detestado. En todas partes hizo promesas á estos ricos plutócratas, cuya ambición se cifraba en conquistar una especie de poder monárquico en las antiguas repúblicas; en muchas naciones les dió el título de *reges*, sea por su influencia personal, sea usurpando en beneficio de ellos los poderes de la asamblea; y en la esperanza de tener al frente de las naciones jefes que le fuesen devotos y de conquistar mediante ellos á las masas, no sintió ningún

escrúpulo de sacrificar á sus amigos del primer momento, de convocar las dietas, de apresurar la revolución que desde mucho antes se incubaba en la Galia, en provecho de esta oligarquía plutocrática que en todas partes se mostraba como la clase más fuerte. En el número de sus amigos incluyó á Vercingetórix, el joven jefe de la poderosa familia noble de los alvernios (1). Hizo á Tasgeto rey de los carnutos (2), á Cavarino rey de los senones (3), á Commio rey de los atrebates (4). Hasta parece que tuvo la intención de nombrar á Dumnórix rey de los eduos (5). Aplicando el principio *divide et impera*, también pensó en ayudar á los eduos y á los remos para que obtuviesen la supremacía que habían perdido algunos de sus rivales, como los senones, los secuanos y los alvernios (6). Así esperaba consolidar el poder romano en la Galia (7).

Cualesquiera que fuesen los efectos remotos de esta política, las cosas iban bien por el momento en la Galia y en la metrópoli. Craso y Pompeyo habían logrado diferir las elecciones hasta el año 55, y que se nombrase un *interrex* que les fuese afecto. Sin embargo, Lucio Do-

---

(1) Jullian, *Verc.*, 81. Vercingetórige ó Vercingetórix es ciertamente el nombre de un personaje. Véase Jullian, *Verc.*, 87 y sig.

(2) *B. G.*, V, xxv.

(3) *B. G.*, V, liv.

(4) *B. G.*, IV, xxi.

(5) *B. G.*, V, vi.

(6) *B. G.*, VI, xii.

(7) Jullian, *Verc.*, 80 y sig., tiene el mérito de haber sido el primero en poner de manifiesto este cambio de la política de César en la Galia, del que Fustel de Coulanges, por ejemplo, no se había dado cuenta; véase *G. R.*, 52-55.

micio Enobarbo, sostenido por Catón, no retiró su candidatura, y el día de la elección, al amanecer, salió de su casa escoltado de esclavos y clientes para solicitar los votos. Pero súbitamente, al volver una esquina, fué asaltado por un grupo: el esclavo que precedía con una antorcha resultó muerto, y muchos otros de su séquito, heridos. Domicio huyó asustado (1). César envió muchos soldados al mando de Publio Craso con licencia temporal para que pudiesen votar; Craso y Pompeyo fueron electos sin dificultad, y su primer cuidado fué poner en ejecución los acuerdos tomados en Luca. Un tribuno del pueblo, Cayo Trebonio, hijo de un riquísimo hombre de negocios (2), é incorporado desde poco antes al partido de César, logró—á pesar de los tumultos desencadenados por los conservadores—que se adoptase una ley dando como provincias á los cónsules del año, Siria al uno, las dos Españas al otro, por cinco años y el derecho de declarar la guerra. Aprobada la ley, los cónsules propusieron que se concediera á César por otros cinco años el gobierno de las tres Galias, y la proposición se aprobó sin escándalo ni tumulto, por más de que Cicerón procurase disuadir á Pompeyo en amables conversaciones (3). Tras algún reposo en el campo, Pompeyo y Craso volvieron á Roma en el mes de Abril (4) y propusieron diferentes leyes que debían poner freno al desorden social de la época: Craso pro-

---

(1) Appiano, *B. C.*, II, XVII; Plutarco, *Pomp.*, 52; *Craso*, 15; *Cat. U.*, 41-42; Dión, XXXIX, XXXI.

(2) Cicerón, *Phil.*, XIII, x, 23.

(3) Idem, *Phil.*, II, x, 24.

(4) Drumann, *G. R.*, IV, 93.

puso una ley contra la corrupción, Pompeyo otra más severa sobre el parricidio y una reforma judicial con la que los jueces serían mejor escogidos. Pompeyo quiso proponer una ley contra el lujo, lo cual demuestra que se inclinaba ya hacia ideas que eran en el fondo la negación de la ambición política imperialista de César. Pero Hortensio le persuadió para que la retirase, haciendo en un gran discurso el elogio del lujo, que es el natural ornamento del poder (1).

Por lo demás, las reformas de nada hubiesen servido. El desorden aumentaba todos los días. En Puzzolo, entre los numerosos mercaderes egipcios que frecuentaban el puerto, circuló un rumor singular á principios de la primavera: decíase que Ptolomeo había sido restablecido en Alejandría por un ejército romano (2). ¿Cómo era esto posible, si el Senado no había adoptado ninguna decisión? Sin embargo, la noticia era exacta: Ptolomeo, cansado de pagar sin obtener nada en Roma (3) se había marchado á Efeso; y allí, tras la entrevista de Luca, Rabirio fué á recogerle, marchando juntos, con cartas de Pompeyo, á reunirse en Siria con Gabinio; éste, obedeciendo á Pompeyo, consintió en acompañar á Ptolomeo, sin esperar la autorización del Senado. Gabinio obtuvo rica recompensa, y Rabirio quedó nombrado ministro de Hacienda en Egipto, para velar por los intereses de los acreedores italianos del rey. En fin, hacia últimos del año 56, Gabinio invadió á Egipto y restableció á Ptolomeo en el trono con el

(1) Dión, XXXIX, XXXVII.
(2) Cicerón, *A.*, IV, x, 1.
(3) Plutarco, *Cat. U.*, 35.

ejército en que también servía Marco Antonio (1). Fácil es suponerse las protestas de los conservadores. Pero la impresión de este escándalo aún fué más viva al saberse una cosa mucho más grave: Craso iba á intentar la conquista de Persia. Ya no fué posible dudar, pues se hacía á la luz del día los preparativos para esta expedición; reclutaba soldados, escogía oficiales, arreglaba sus asuntos, y hacía un minucioso inventario de su fortuna. Pudo comprobar que, habiéndole dejado su padre trescientos talentos, tenía ahora siete mil, que correspondían á treinta y un millones de francos (2). Y sin embargo, no estaba satisfecho: la megalomanía de que todos estaban atacados, el orgullo, la temeridad, la ambición insaciable, hacían de este anciano, que, á pesar de sus defectos había sido un hombre serio hasta entonces, un fanfarrón con proyectos desatinados. Quería superar á Lúculo que se había extinguido como un niño el año precedente, en la demencia senil; pretendía seguir hasta la India el camino por donde había pasado Alejandro, y conquistar el universo (3). La emoción causada por esta noticia, por estos preparativos y por estos designios fué inmensa. La gente se entusiasmó poco á poco con este proyecto, muchos jóvenes procuraron que se les aceptase como oficiales, entre ellos figuraba Cayo Casio Longino, casado con una hija de Servilia, y por lo mismo cuñado de Bruto. Sólo el pequeño partido conservador predecía que la guerra sería

(1) Dión, XXXIX, LV-LVIII; Appiano, *Sir.*, 51; Josefo, *A. J.*, XIV, VI, 2; *B. J.*, I, VIII, 7; Cicerón, *pro Rab. Post.*, VIII, 22.

(2) Plutarco, *Craso*, 2.

(3) Idem, *Craso*, 16.

un desastre, pues el país estaba lejos y era desconocido, y el enemigo temible: hasta decía que la guerra era injusta, pues los partos no habían dado ningún motivo para que se les declarase (1). Hacía tiempo que tales argumentos no significaban gran cosa en Roma. Pero ni uno ni otro partido se daban cabal cuenta de las dificultades que suponía la empresa.

César aún reposaba menos que Craso y que Pompeyo. En la primavera del 55 volvió á pasar de la Cisalpina á la Galia, decidido á hacer este año una breve incursión en Bretaña para ver si el país se prestaría á nuevas empresas; pero tuvo que desistir obligado por una invasión de pueblos germanos, los usípetas y los teucteros, secretamente inducidos quizás por los jefes del partido nacional á pasar el Rhin para combatir á los romanos. César, algo inquieto por su número, empleó una estratagema desleal: les atacó de improviso, mientras les entretenía con negociaciones de paz (2). Habiéndoles infligido así una derrota, decidió hacer una excursión al otro lado del Rhin para intimidar á las poblaciones germánicas é impedirlas rebasar el río. Remontó el valle del Rhin hasta el sitio donde hoy se en-

(1) Appiano, *B. C.*, II, XVIII. Véase como testimonio de la aversión que sentían los conservadores por esta guerra, el juicio desfavorable de Floro, III, XI, que proviene seguramente de Tito Livio, historiador conservador.

(2) Plutarco, *César*, 22, afirma que la conducta de César para con sus enemigos fué desleal, y esto se confirma también con la proposición de Catón, que no hubiese presentado si César no hubiese violado el derecho de gentes. También puede verse *B. G.*, IV, XII, donde César procura justificarse echando la culpa sobre sus enemigos.

cuentra Bonn; construyó un puente en diez días, y realizó una rápida incursión en el territorio de los suevos y de los sicambros. Sólo entonces pudo reanudar sus proyectos sobre Bretaña; pero sólo tuvo tiempo de efectuar un rápido desembarco con dos legiones, defiriendo la gran empresa para el año siguiente. Aunque todos estos hechos fuesen de escasa importancia, la noticia de ellos causaron en Roma gran entusiasmo. Decíase que César había vencido á 300.000 germanos; y la incursión en Bretaña había parecido maravillosa. Si César conocía poco la Bretaña, en Roma nadie sabía absolutamente nada de este país; y sin embargo, todos afirmaban que se encontrarían inmensas riquezas en la isla remota, y que en ella se amasarían fortunas colosales (1). Roma ya no razonaba: insaciable de placeres, de emociones y de fiestas, cualquier pretexto le parecía bueno. Á fines del verano se habían quitado las empalizadas que rodeaban el teatro de Pompeyo, y Roma había quedado deslumbrada por aquella inmensa masa de resplandeciente mármol (2), por el soberbio pórtico cuadrado, construído detrás de la escena, exornado con pinturas de Polignoto y con estatuas representativas de las naciones vencidas por Pompeyo, y donde el pueblo podría refugiarse en los días de lluvia. Una tradición quiere que allí haya estado la estatua, obra de Apolonio, hijo de Néstor, cuyo maravilloso fragmento que se llama el Torso del Belvedere ha llegado hasta

(1) Dión, XXXIX, LIII.

(2) Plinio, *H. N.*, VIII, VII, 20. El texto de Aulo Gelio, X, I, 6, parece indicar que el templo añadido al teatro se consagró durante su tercer consulado. Véase Asconio, *in Pison.*, pág. 1.

nosotros (1). En una parte del muro, la columnata, hecha de muros, formaba una sala soberbia, la Curia de Pompeyo, donde hubiera podido reunirse el Senado en pleno (2). Celebráronse fiestas magníficas para inaugurar este primer monumento, digno verdaderamente de Roma y de su grandeza; y entre otras maravillas hubo una cacería de bestias feroces, en que los elefantes heridos se pusieron á bramar, quejándose de tal suerte que enternecieron al público, ¡á este mismo público que se acuchillaba en las pendencias del foro y se divertía viendo correr la sangre de los gladiadores! (3).

Naturalmente que estos triunfos militares, estas munificencias reales, el violento entusiasmo popular, descorazonaban profundamente al partido conservador. De día en dia se aclaraban sus filas; reducíase ya á un puñado de hombres; pero, al menos, éstos compensaban el número con la violencia; y á medida que veían disminuir sus fuerzas, se obstinaban furiosamente en la lucha. Así pudieron elegir cónsul para el año 54 á Domicio Enobarbo al lado de Apio Claudio, hermano mayor de Clodio y amigo de Pompeyo, y obtuvieron la elección de pretores, al mismo tiempo que Cayo Alfio Flavo y Servio Sulpicio Galba—amigo el primero y general de César el otro—á Catón y á Publio Servilio, hijo del vencedor de los isauros; y respondían ahora á las demostraciones populares en honor de César, proponiendo por medio de Catón que, por haber violado el

(1) Loewy, *Zeit, für bildende Kunst*, XXIII (1888), págs. 74 y siguientes. Ha demostrado, sin embargo, que esta tradición es falsa.
(2) Gilbert, *T. R.*, III, 323.
(3) Cicerón, *F.*, VII, 1, 3.

derecho de gentes, César fuese entregado á los usípetas y á los teucteros, según costumbre de la Roma religiosa y austera de los antiguos tiempos. Este partido tan débil aún poseía una audacia más grande. Craso reclutaba soldados en Italia para formar, juntamente con las legiones de Gabinio, el ejército que creía necesitar para su expedición; pero no encontrando suficiente número de voluntarios, procedió á la recluta obligatoria con excesiva prisa para un país que había perdido de mucho tiempo antes el gusto de la vida militar. Aprovechándose del disgusto causado por estos alistamientos, el partido conservador intentó prohibirlos valiéndose de dos tribunos, Cayo Ateyo Capitón y Publio Aquilio Gallo (1). Pero estas intrigas solo sirvieron para excitar á Craso y darle más prisa para marchar en Noviembre. No pudiendo hacer otra cosa—cuando Craso salió de Roma acompañado de su séquito y de su hijo Publio, que César le había enviado con un grupo de caballeros galos—Ateyo le siguió hasta el *Pomœrium* profiriendo contra él maldiciones é imprecaciones. El anciano las oía sin hacer caso; pero es posible que los jóvenes soldados que se llevaba á la fuerza, descontentos y atemorizados de los riesgos que suponía esta remota expedición, quedasen muy impresionados. El proceso de esta guerra y la decadencia militar de Italia, que prefería gozar tranquilamente de las conquistas mejor que realizarlas, dan al menos pretexto para esa suposición.

---

(1) Dión, XXXIX, XXXIX.

V

Primera decepción de la política cesariana.—La conquista de Bretaña.

(AÑO 14 ANTES DE CRISTO)

Inducido por un deseo muchísimo tiempo insaciado, cegado por esa confianza temeraria en el éxito que á todos embriagaba un poco más ó menos en Roma, Craso se envanecía de poder improvisar con toda prisa, á los sesenta años, y sin seria preparación, la conquista de Persia. Llegado á Brindisi, quiso hacerse inmediatamente á la mar, por más de que estuviese en la mala estación; y perdió muchos hombres y navíos (1). Desembarcado en Dyrrachium, se dirigió en seguida, no obstante el invierno, por la vía Ignacia al través del Epiro, Macedonia y Tracia hacia el Bósforo, sin tener en cuenta que aquellos desastres y esta marcha desanimaban á sus jóvenes soldados, tan descontentos ya.

Entretanto, César había decidido para el año siguiente una expedición á Bretaña. Ignoramos con qué objeto, pero es poco probable que César creyese poder realizar la conquista de la gran isla. Quizás no tuviese otra

(1) Plutarco, *Craso*, 17.

intención que la de hacer una vasta *razzia* para recoger botín y ofrecer á los romanos otro motivo de admiración y de orgullo, y para disminuir en la Galia el malestar ocasionado ante todo por la paz, que había impuesto de improviso á un país donde las guerras eran secularmente habituales. Estos bruscos cambios sociales producen siempre el mismo efecto, y de ahí resultó una de las mayores dificultades del nuevo régimen. Muchísimas personas vivían en la Galia de esas guerras y de ellas obtenían influencia y honores. Privados súbitamente por la paz de lo que era la razón de su importancia social y de su existencia misma, no podían por menos de ser un elemento de descontento y de perturbación. Tan bien lo comprendía César que, para ocupar á estos numerosos militares parados, reclutaba entre ellos gran número de auxiliares; y para halagar el orgullo militar de los galos, concibió el proyecto de formar una legión, compuesta exclusivamente de galos, la famosa legión de la Alondra (1), colocando así á los nuevos súbditos de Roma al mismo nivel que los conquistadores del mundo. Es, pues, posible que considerase á Bretaña como un nuevo campo de acción que abrir—bajo la inspección de Roma—á las aspiraciones belicosas de las grandes familias galas, pues tenía el propósito de conducir sus jefes á Bretaña al siguiente año. Por el momento, hacia fines del 55, y luego de haber inventado un nuevo tipo de navío y de ordenar que se construyese cierto número durante el invierno (2), volvió á Italia, se dirigió á Iliria y regresó á la Cisalpina

(1) Suetonio, *César*, 24.
(2) César, *B. G.*, V, 11.

para reunir allí las asambleas locales, acoger á los innumerables pordioseros llegados de Roma, y practicar en gran escala la política de corrupción. Disponiendo ahora de grandes recursos, podía remitir fuertes sumas á sus dos agentes de Roma, Balbo y Opio, ofrecer considerables préstamos á todos los senadores necesitados de dinero, construir *villas* suntuosas, comprar tierras en Italia, pinturas, estatuas, antiguas obras de arte (1), comenzar como Pompeyo grandes trabajos públicos en Roma, dar á ganar mucho dinero á los contratistas y á los obreros, satisfacer el gusto de la gente, que iba despertándose en todo el pueblo. Sus proyectos eran grandiosos. Había encargado á Opio y á Cicerón de ampliar el foro, que era demasiado angosto, y gastó la enorme cantidad de sesenta millones de sestercios para comprar las viejas casuchas que ahogaban el *Comitium*, al pie del Capitolio (2). Como el pueblo aún se reunía para los comicios de las tribus en el Campo de Marte, en el recinto provisional rodeado de empalizadas, y dividido por cuerdas en tantas secciones como tribus había, César quiso erigir para los comicios un gran palacio de mármol blanco digno del pueblo-rey, los *sæpta Julia*. El edificio habría tenido la forma de un inmenso rectángulo, cuya fachada correspondía á la línea actual de los palacios del Corso, á la derecha, cuando se viene de la Plaza del pueblo, del palacio Sciarra hasta la plaza de Venecia (3); debía estar rodeado de un magnífico pórtico de mil pasos, y adornado de un gran jar-

---

(1) Suetonio, *César*, 47.
(2) Cicerón, *A.*, IV, XVI, 14.
(3) Véase Lanciani, *F. U.*, cuadros 15 y 21.

dín público (1). En fin, César empleaba el dinero de la Galia en crearse un numeroso personal de secretarios, correos, archiveros, arquitectos, criados, de que tenía necesidad; compraba muy caros esclavos en todos los mercados y escogía escrupulosamente entre los prisioneros aquéllos que podían serle útiles (2). Así se convertía en uno de los más grandes propietarios de esclavos que había en Italia, lo que implicaba una gran fuerza y riqueza, pero también un gran peligro; pues los esclavos numerosos arruinaban fácilmente á sus amos si no se les conservaba en estrecha disciplina. Pero César era uno de los más hábiles señores de esclavos que había en su tiempo, y mejoraba paulatinamente su *familia*, vigilándola á toda, hasta á los esclavos más humildes, estableciendo un sistema de recompensas, que comenzaba en la comida y el vestido y llegaba á un salario en dinero, á la libertad, al regalo de casas, de propiedades y de capitales. Conservaba la disciplina mediante castigos crueles (3). Y sucedió que en el número de sus más humildes servidores había un chiquillo hecho prisionero en Germania. Pero habiendo sabido por casualidad que este muchacho prestaba á usura á sus compañeros las sobras de su comida, le hizo pasar inmediatamente á las oficinas de su administración (4). Sin duda se figuró que si no remataba en la cruz, este precoz usurero iría lejos. Y no se equivocó.

Por la primavera del año 54, César volvió á la Galia;

(1) Cicerón, *A.*, IV, XVI, 14.
(2) Suetonio, *César*, 47.
(3) Idem, *César*, 48.
(4) *Schol., in Juven.*, I, 109.

Craso, que había pasado el Bósforo y entrado en Siria por el Norte, durante los primeros meses del año 54, relevó á Gabinio de su mando. Al contrario, Pompeyo envió sus legados á España, y él siguió en la vecindad de Roma, con el pretexto de proveer al abastecimiento de la metrópoli. La verdad es que no se consideró oportuno que los tres jefes permaneciesen lejos de Roma. En efecto; el partido conservador, aunque hubiese perdido mucho en número é influencia, no estaba desarmado. Para crear dificultades á la política imperialista de la triarquía, fingía defender los pueblos oprimidos por Roma: en el Senado, en las reuniones públicas, en las conversaciones privadas, en prosa y en verso, protestaba contra la brutal rapacidad de César, contra las fortunas escandalosas de los oficiales, sobre todo, de Mamurra y de Labieno (1); procuraba despertar la conciencia moral, adormecida en la nación. Pero ésta, exaltada por un entusiasmo contagioso, sólo demandaba dinero, conquistas y fiestas; consideraba como ya sometidas á la Bretaña y á Persia, comprometía ó gastaba los tesoros que en ellas se encontrarían: admiraba á César, á Craso y á Pompeyo, á César especialmente, el más popular de todos por el momento, el general único (2), como le llamaban sus admiradores, el hombre hacia quien se convertían todas las miradas. En todas las épocas demasiado ávidas de placeres y de dinero el carácter se debilita; los hombres no saben permanecer

(1) Véase Cicerón, *A.*, VII, VII, 6.—Cátulo, *C.*, XXIX.

(2) Véase el «*imperator unice*», de Cátulo, *Carmen*, XXIX, 11; *Carmen*, LIV, *B.*, 2; alusión irónica á las extravagantes alabanzas prodigadas á César por sus admiradores.

mucho tiempo con la minoría, y cambian fácilmente de opiniones. Así resulta que todos imitaban entonces el ejemplo de Cicerón, que se había inclinado súbitamente del lado de los triunviros. Craso quiso reconciliarse con él antes de partir (1); Pompeyo no desperdiciaba ocasión de mostrársele amable (2); César trataba magníficamente á su hermano, halagaba con habilidad su vanidad literaria; acogía diligente á todas las personas que le recomendaba (3). ¿Cómo resistir tantas amabilidades? Verdad es que de tiempo en tiempo algún escándalo venía á perturbarle é irritarle. Hasta llegó á pensar por entonces en formular ante el Senado una acusación contra Gabinio (4). Luego la timidez, la pereza, el escepticismo de los otros, el sentimiento de la inutilidad de todo esfuerzo contrario, le inducían á dejar hacer, á no ocuparse ya en los asuntos políticos, sino en sus informes (5) y trabajos literarios. Estaba á punto de convertirse en un verdadero hombre de letras. Al presente trabajaba en ordenar los manuscritos de Lucrecio, que se había suicidado el año anterior en un acceso de su melancolía, exasperado, á lo que parece, por el abuso de las bebidas afrodisíacas (6); también se proponía escribir un poema sobre las hazañas de César en Bretaña; en fin, consuelo académico de los hombres de Estado desocupados, componía un voluminoso tra-

(1) Cicerón, *F.*, I, IX, 20.
(2) Idem, *ad Q.*, II, 15, *B.*, 2.
(3) Idem, *F.*, I, VIII, 12-18; *F.*, VII, v; VII, VIII, 1.
(4) Idem, *ad Q.*, III, II, 2.
(5) Lange, *R. A.*, III, 339; Cicerón, *ad Q.*, II, XVI, 1; *A.*, IV, XVI, 1.
(6) Véase Giussani, *L. R.*, 147; Stampini, *Il suicidio di Lucrezio*, *R. S. A.*, I, fasc. 4; Cicerón, *ad Q.* II, XI, 4.

tado sobre política, el *de República* (1). La democracia sufría en Roma las últimas convulsiones: la aristocracia ya no existía; la monarquía detestábase hasta tal punto, que nadie la hubiese considerado como un remedio á los males presentes. ¿De qué reforma podría esperar la república su salud? Este es el problema que Cicerón se propone en su libro. Y cree resolverlo con la reconciliación aristotélica de la monarquía, de la aristocracia y de la democracia, proponiendo una magistratura suprema de la República, la elección de un ciudadano eminente, que colocado por un tiempo determinado y con grandes poderes al frente del Estado, haría respetar por todos las leyes del pueblo y del Senado. Desgraciadamente, mientras se entregaba á estas profundas meditaciones políticas, Cicerón, también conquistado por la manía del lujo, seguía contrayendo deudas. Aunque todavía no hubiese concluído de pagar la casa que le destruyó Clodio; aunque la indemnización concedida por el Senado fuese insuficiente para reconstruir su palacio y sus *villas*, seguía disipando dinero en su *villa* de Pompeya; compraba otra en Puzzolo; edificaba en Roma, y aumentaba el número de sus esclavos (2). César escogió hábilmente un momento de apuro, y le hizo aceptar un préstamo considerable (3).

---

(1) Cicerón, *ad Q.*; II, XIV, 1.

(2) Lichtenberger, *De Ciceronis re privata*, París, 1895, páginas 9 y 14.

(3) De pasajes del mismo Cicerón, (*A.*, V, IV, 3; V, V, 2; V, VI; 2) resulta que fué deudor de César. Como estas cartas, que son del año 51, hablan de la restitución, paréceme verosímil que el préstamo se hizo en esta época, que fué la de más íntima amistad entre César y Cicerón, y también la de mayor riqueza para César.

Al contrario, Cátulo, convertido en un aristócrata á ultranza, lanzaba contra los hombres del partido popular sus violentos yambos. Vuelto á Roma, rompió definitivamente con Clodia; y después de escribir una última poesía de adiós, amarga y dolorosa (1), cambió de motivos, de metros y de estilo. Ahora se dedicaba á la política conservadora y cultivaba la poesía erudita, mitológica y refinada de los alejandrinos; escribió en el bárbaro ritmo galiyámbico el extraño *Carmen* LXIII, que tiene relación con el culto orgiástico de Cibeles; compuso el *Epitalamio de Tetis y de Peleo* (2), y atacó en poemas breves y violentos á César, á Pompeyo y á sus principales partidarios (3), afectando él, joven provinciano, sentimientos ultraristocráticos, el horror de aquella democracia vulgar, que confundía ahora las clases, aun en los más altos cargos. «¡Hasta Vatinio, que jura estar seguro de ser algún día cónsul!—¡Qué te queda, oh Cátulo, sino morir!» (4). Pero su salud estaba arruinada. Presintiendo un cercano fin, apresurábase en recoger sus mejores poemas para formar un pequeño volumen, y exhalaba en bellas poesías la profunda tristeza que le consumía: «Tu amigo Cátulo anda mal, ¡oh Cornificio! Anda mal y está lleno de sufrimientos» (5).

Llegó el verano; Craso, sin previa declaración de guerra invadió la Mesopotamia, ocupando sus diferen-

---

(1) Cátulo, *Carmen*, XI.
(2) Giussani, *L. R.*, 167.
(3) Cátulo, *Carmen*, XIX; LIV; LVII; XCIII.
(4) Idem, *Carmen*, LII.
(5) Idem, *Carmen*, XXXVIII.

tes ciudades. Al contrario, César tardó en invadir la Bretaña. En Roma comenzaba la lucha electoral. Los candidatos numerosísimos para todas las magistraturas, no bajaban de cinco para el consulado: Cayo Memmio Gemelo, antiguo enemigo y ahora candidato favorito de César; Marco Valerio Mesala, noble de antigua familia, bien visto de los conservadores; Marco Emilio Escauro; Cayo Claudio, otro hermano de Clodio, y en fin, Cneyo Domicio Calvino (1). Lo que sobre todo sirvió de motivo de escándalo, fué la fiera lucha de ambiciones que estalló súbitamente. Jamás vió Roma nada semejante. Todos los magistrados en funciones pedían dinero á los contrincantes para ayudarles (2); los dos cónsules concertaron un tratado regular con Memmio y Calvino, comprometiéndose á ayudarles á condición de que si resultaban electos les otorgarían por una complicada supercheria las provincias que deseaban, y que en caso de frascasar les pagarían 400.000 sestercios (3); la corrupción superó muy pronto cuanto se había visto hasta entonces: habiendo acusado de corrupción un candidato á otro de sus rivales, los demás imitaron su ejemplo, y en seguida todos fueron acusadores y acusados (4). Pasmado, espantado el público, se preguntaba qué iba á ocurrir el día de las elecciones: las acusaciones, las invectivas, las amenazas redoblaban en violencia y la corrupción en audacia á medida que se acercaban los comicios: sin duda que ese día co-

(1) Lange, *R. A.*, III, 337.
(2) Appiano, *B. C.*, II, XIX.
(3) Drumann, *G. R.*, III, pág. 4; Cicerón, *A.*, IV, XV, 7; IV, XVIII.
(3) Cicerón, *A.*, IV, XVI, 8.

rrería la sangre á oleadas en el campo de Marte. Pero nadie hacía otra cosa que lamentarse. Catón, que era pretor, acabó por exigir que los candidatos al tribunado le entregasen un millón de sestercios, amenazándoles con confiscárselos, si corrompían á los electores (1). Pero Pompeyo, irritado y digustado, dejaba hacer; los senadores no querían adoptar ninguna iniciativa peligrosa, y aunque celebrasen largas y laboriosas sesiones, no llegaban á ponerse de acuerdo (2). Los grandes calores del verano llegaron, y todos decían que nunca había sido tan ardoroso (3) y que era necesario refugiarse en el campo; el Senado prorrogó las elecciones consulares hasta el mes de Septiembre, esperando que así se calmase la fiebre electoral; entretanto, se discutirían los procesos (4).

También Cicerón partió para Arpino en busca de frescura y para vigilar la construcción de una hermosa *villa* y de otros importantes trabajos ordenados por su hermano Quinto, que empleaba así el dinero ganado en la Galia (5). Sin embargo, para Cicerón, que amaba tiernamente á su hermano Quinto, la expedición á Bretaña era causa de mayores inquietudes que la situación de Roma (6). Pero ¿era cierto que iba á realizarse la expedición? Á primeros de Julio le escribió Quinto diciéndole que César estaba á punto de abandonar su idea.

---

(1) Plutarco, *Cat. U.*, 44, refiere este episodio con algunas inexactitudes, como resulta de un pasaje de Cicerón, *A.*, IV, XV, 7.

(2) Cicerón, *Q.*, II, XVI, 2.

(3) Idem, *Q.*, III, I, 1.

(4) Idem, *Q.*, II, XVI, 3.

(5) Idem, *Q.*, III, I, I-II.

(6) Idem, íd. II, XVI, 4.

Habían sabido—le decía—que los bretones se aprestaban á defenderse vigorosamente, y que la conquista no aportaría metales preciosos ni esclavos de valor (1). Pero otra razón que Quinto ignoraba ó no osaba confiar á su hermano, hacía dudar á César: era la situación interior de la Galia (2). La reconciliación con el partido nacional no se consumaba; las instituciones nacionales funcionaban muy mal bajo la intervención romana, y en vez de asegurar el orden y la paz engendraban toda suerte de imprevistas dificultades; las medidas inspiradas en las mejores intenciones surtían efectos completamente distintos de los esperados. Así es que apenas vuelto á la Galia, César tuvo que hacer una breve expedición al país de los treviros, que, como solía ocurrir en la época de la independencia, estaban á punto de hacerse una guerra civil por la elección del primer magistrado. César contuvo la guerra imponiendo á Cingetórix, uno de los dos aspirantes; pero sin granjearse por esta intervención el reconocimiento del pueblo, se enajenó todo el partido del otro candidato, Induciomaro, que no podía resignarse á abandonar la lucha sin combatir. La guerra de Bretaña, esa diversión ofrecida á la nobleza gala, tampoco produjo el efecto esperado. Muchos nobles galos no la aprobaban y Dumnórix les persuadió á no marchar, diciendo que César quería ha-

(1) Véase Cicerón, *A.*, IV xvi 13 y Cicerón, *F.*, VII, vii.—Vogel, *I. P. P.*, 153, págs. 276 y sig., me parece haber demostrado que el *Britannici belli exitus expectatur* de Cicerón, *A.*, IV, xvi, 13; y el *Sine Britannia* de Cicerón, *F.*, VII, vii, 2, aluden á la idea de abandonar la expedición; y que los capítulos I al VII del V libro de los *Comentarios* confirman esta interpretación.

(2) Véase Estrabón, IV, v, 3 (200).

cerles perecer á todos durante el viaje (1). Inquieto de este sordo descontento, César se preguntó un instante si no sería más prudente renunciar á la empresa; y quizás hubiese abandonado su proyecto, si la espera de la expedición no hubiese sido muy viva en Italia ni los preparativos tan adelantados (2). Sin embargo, había reducido la empresa á más modestas proporciones, no destinando á ella más que cinco legiones y dos mil caballeros, y llevando á Bretaña para su servicio personal sólo tres esclavos (3), dejando las otras tres legiones en la Galia, al mando de Labieno; adoptando, en suma, todas sus disposiciones para regresar muy pronto y para que vigilasen á la Galia durante su ausencia. Adoptadas todas estas precauciones, César dirigió á sus legiones y á los jefes galos que le acompañaban á un puerto que es difícil encontrar en las cartas modernas, y apenas soplaron los vientos favorables, comenzó el embarque; pero entonces ocurrió un incidente gravísimo: Dumnórix se fugó con la caballería edua. Temiendo una revolución general, César envió toda su caballería en persecución del fugitivo, que al ser alcanzado se hizo matar antes que rendirse. Atemorizados los demás jefes galos, decidiéronse entonces á seguir á César; y en los últimos días de Agosto (4), Cicerón supo por una carta de su hermano que el ejército había arribado á

(1) César, *B. G.*, V, VI.

(2) Idem, *B. G.*, V, IV.

(3) Ateneo, VI, 105 (273).

(4) Véase Cicerón, *Q.*, II, XVI, 4. Esta carta se escribió hacia fines de Agosto, como lo indica el pasaje: *Scauri judicium statim exercebitur*. En efecto, sabemos por Asconio que el proceso contra Escauro tuvo lugar el 2 de Septiembre.

Bretaña sin ningún incidente grave, á fines de Julio, por consiguiente (1), pues las cartas tardaban unos veintiocho días en llegar de Bretaña á Roma. Cicerón quedó tranquilo: puesto que César había podido desembarcar, la victoria le parecía segura (2).

En esta época, hacia fines de Agosto ó primeros de Septiembre, murió Julia, la mujer de Pompeyo, poco después que su abuela, la venerable madre de César (3). La joven generación era tan débil y las muertes prematuras tan frecuentes, que no sorprendían á nadie. Este año también murió Cátulo, que apenas tenía treinta y tres años. Pero la muerte de Julia produjo en Roma vivísima emoción, porque la joven había unido durante cuatro años á los dos hombres más célebres de la época. Todos se preguntaban si esta muerte modificaría la situación política. Luego, nuevos escándalos ocuparon la atención pública. En vano se esperó que el retraso de las elecciones calmase los espíritus. Muy pronto recomenzaron los escándalos, las intrigas, la corrupción, al mismo tiempo que la venalidad y la violencia. Habiendo reñido Memmio con Calvino, un día leyó públicamente ante el Senado la convención que habían estipulado con los dos cónsules en ejercicio (4); las bandas de los candidatos libraban verdaderas batallas, y cada

(1) Vogel, *I. P. P.*, 153, 275, establece esta fecha, y existen sólidos argumentos contra la fecha menos tardía admitida por Napoleón III.

(2) Cicerón, *Q.*, II, XVI, 4.

(3) Idem, *Q.*, III, I, 5, 17; III, I, 7, 25; III, VIII, 3; Dión, XXXIX, LXIV; Suetonio, *César*, 26

(4) Cicerón, *Q.*, III, I, 5, 16; *A.*, IV XVIII, 2.

día había muertos. Disgustada y asustada, la gente deseaba que las elecciones se celebrasen lo antes posible para acabar de una vez; pero cuando llegó la fecha, los tribunos del pueblo volvieron á retrasarlas. Temiendo Memmio el no triunfar después del escándalo, quiso esperar que César volviese de la Galia para que le ayudase mejor, é imitó lo que Pompeyo y Craso hicieron el año precedente (1). Por desgracia, César tenía entonces otras preocupaciones. Cicerón había recibido cartas de su hermano y de César hasta fines de Septiembre (la última de César estaba fechada el 1.° de Septiembre) y las noticias no revelaban ninguna inquietud (2). Luego de haber construído un campamento á orillas de la mar, César avanzó hacia el interior; pero al cabo de algunos días tuvo que dejar á Quinto y al cuerpo expedicionario para volver á la costa y ver su flota, en la que una violenta tempestad causó grandes averías (3). Cicerón ya no volvió á recibir cartas de su hermano ni de César; nadie las recibió tampoco en Roma; de suerte que no teniendo noticias durante cincuenta días, Cicerón comenzó á inquietarse (4) y á pensar lo que ocurriría en la gran isla fabulosa. Afortunadamente, las cartas llegaron al cabo de algunos días, tranquilizando

---

(1) Cicerón, *Q.*, III, II, 3.

(2) Idem, *Q.*, III, I, 7, 25.

(3) Idem, *Q.*, III, I, 7, 25. Este pasaje está completamente de acuerdo con el de César, *B. G.*, V, X-XI. El *quum ad mare accesserit* de Cicerón alude sin duda al viaje de que César habla en este capítulo, y que tuvo lugar á fines del mes de Agosto. La carta se escribió hacia el 28 de Septiembre. Vogel, *I. P. P.*, CLIII; pág. 281.

(4) Cicerón, *Q.*, III, III, 1 (la carta se escribió hacia el 20 de Octubre. Vogel, *I. P. P.*, CLIII, pág. 281).

á Cicerón, que las contestó el 24 de Octubre (1). César se abismó otra vez en el país; pero el rey Casivelauno, simulando huir ante él, le arrastró lejos del mar, al través de bosques y marismas; y luego dió orden de tomar las armas á los reyes de las regiones que había dejado detrás. Rotas las comunicaciones con el mar, las legiones se vieron obligadas á extenuarse combatiendo las pequeñas columnas de caballería de Casivelauno, y sin poder lograr nunca resultados decisivos; pues para destruir á esas columnas se hubiese necesitado mucha caballería, y César disponía de muy poca, compuesta toda de galos. César comprendió en seguida que la empresa era peligrosa; que los víveres se agotarían pronto. Al fin, se interpuso el atrebate Comio, que era amigo de Casivelauno, y se concertó la paz (2). César dice que impuso un tributo á Bretaña (3); pero lo cierto es que si Casivelauno prometió algo, no pagó nada cuando el ejército romano hubo surcado el mar. César volvió á la Galia en la primera quincena de Octubre (4),

---

(1) Cicerón, *Q.*, III, IV. Sin embargo, obsérvese que, según las justas suposiciones de Vogel, *I. P. P.*, CLIII, pág. 283, falta el comienzo de la carta.

(2) Según Vogel, *I. P. P.*, CLIII, págs. 281 y sig., el largo silencio de que se queja Cicerón, demuestra que el sistema de guerrillas seguido para cortar las comunicaciones de los romanos, y del cual habla César, *B. G.*, V, XXII, fué más serio de lo que él da á entender, y una de las razones que le movieron á concertar la paz lo antes posible. Todo prueba que César—el cual partió á disgusto para comenzar esta empresa—se retiró apenas pudo hacer creer á Roma que había obtenido un éxito.

(3) César, *B. G.*, V, XXII.

(4) Vogel, *I. P. P.*, CLIII, pág. 284.

llevando solamente como botín numerosos esclavos. La conquista de Bretaña resultó una decepción (1).

César supo la muerte de Julia al desembarcar en la Galia (2). Era una desgracia para el padre, pues amaba mucho á la bella joven, que le recordaba el primero y quizás único amor de su vida, los hermosos y lejanos años de la juventud y á Cornelia, la hija de Cinna, otra flor ajada por la muerte en toda su frescura. También era una desgracia para el jefe del partido democrático, pues Julia había sabido conservarle la amistad de Pompeyo. Pero César ni siquiera tuvo el tiempo de entregarse al dolor. Asuntos gravísimos le preocupaban. La situación política se complicaba en Roma de una manera peligrosísima. Memmio continuaba su obstruccionismo; los comicios no se reunían; repetíanse los actos de violencia; el público, cansado y asustado, reclamaba enérgicas medidas, cualesquiera que fuesen, con tal de que el orden se restableciese y se celebrasen las elecciones sin apelar este mismo año al *interrex*. Aprovechándose de esta alarma, los amigos y los aduladores de Pompeyo, lanzaron la idea de nombrarle dictador (3). Pero había comenzado ya una nueva lucha. Los conservadores hacían una oposición encarnizada, y no aceptaban la dictadura de Pompeyo, procurando servirse hábilmente del odio popular que desde Sila se sentía por esta magistratura, diciendo que no combatían la dictadura de Pompeyo, sino la dictadura en

---

(1) Véase Estrabón, IV, v, 3 (200).

(2) Así fué, según Plutarco, *César*, 23. Séneca, *ad Marc.*, 14, dice, al contrario, que César supo la noticia en Bretaña.

(3) Appiano, *B. C.*, II, xx.

sí (1). Pompeyo, que deseaba restablecer el orden, y además sentía la necesidad—cuando César y Craso tanto daban que hablar—de realzar el prestigio de su nombre, quería en el fondo que le nombrasen dictador; pero, al mismo tiempo, dudaba, temiendo la impopularidad del cargo y también el fracaso; y como de costumbre, dejaba que sus amigos trabajasen por él, sin confesar nunca sus intenciones, ni comprometerse en uno ú otro sentido. «¿Quiere; no quiere? ¿Quién lo sabe?»—escribía Cicerón á su hermano (2). Así, el fantasma de esta dictadura comenzaba á pesar sobre Roma, unas veces acercándose, otras alejándose; hasta el punto de desaparecer para volver en seguida. En medio de estas luchas, Gabinio regresó de incógnito en el mes de Septiembre (3), seguido pronto por Rabirio, el ministro de la hacienda egipcia, á quien un alzamiento popular tras la marcha de Gabinio obligó á huir. Pero el escándalo resultó muy grande y la pequeña bandería conservadora quiso aprovecharse de él para atacar en las personas de Gabinio y de Rabirio—ya que era impotente contra César, Craso y Pompeyo—á esta democracia inquieta. Gabinio fué acusado de *majestas* y de concusión; Rabirio sólo de concusión. Pero estos procesos dieron lugar á nuevas intrigas (4). Pompeyo pretendió en vano inducir á Cicerón á que tomase la defensa de Gabinio (5);

---

(1) Cicerón, *ad Q.*, VIII, 4: *Rumor dictatoris injucundus bonis*, III, IX, 3: *principes nolunt.*

(2) Idem, *ad Q.*, III, VIII, 4: *Velit nolit, scire difficile est.*

(3) Idem, *Q.*, III, I, 7, 24.

(4) Dión, XXXIX, LV.

(5) Cicerón, *Q.*, III, I, 5, 15.

sin embargo, éste fué absuelto por una débil mayoría en el primer proceso (1); y se dispuso á responder en la segunda acusación. Pompeyo hizo nuevas tentativas cerca de Cicerón, y logró persuadirle; luego tomó él mismo la palabra para defender á Gabinio ante el pueblo; leyó cartas de César en su favor; pero Gabinio fué condenado (2). En cambio, parece que Cicerón logró, algo después, que se absolviese á Rabirio pronunciando un discurso que aún poseemos.

Pero Memmio esperó inútilmente la vuelta de César. Apenas se retiró de Bretaña, cuando ocurrió en la guerra un suceso gravísimo. Tasgecio, á quien César hizo rey de los carnutos, fué asesinado. ¿Iba á comenzar con este asesinato el partido nacional el desquite contra los grandes que consentían en reconocer la dominación romana? Este hecho, más significativo que grave en sí mismo, inquietó á César hasta el punto de que, para intimidar á la Galia, envió una legión al país de los carnutos. Luego se preparó para regresar á Italia. Pero al ponerse en marcha supo en Samarobrive (Amiens) una noticia mucho más grave. Á su vuelta de Bretaña la la amenaza del hambre le obligó á dislocar sus legiones para que invernasen en sitios diferentes. Valiéndose de esta dispersión, un pueblecillo de Bélgica, los eburones, se sublevaron á las órdenes de dos nobles, Ambiórix y Catuvolco; sorprendieron y astutamente hicieron salir de su campamento á una legión y cinco cohortes reclutadas poco antes en la Cispadana— probablemente para

---

(1) Cicerón, *Q.*, III, iv, 1; *A.*, IV, xvi, 9; Dión, XXXIX. lxii.
(2) Dión, XXXIX, lxiii.

organizar otra legión (1)—que invernaban en su país bajo el mando de Titurio y de Arunculeyo, matando á casi todos; luego, habiendo sublevado á otros pueblos, marcharon contra Quinto Cicerón que invernaba en el país de los nervios, sitiándole en su campamento. La Galia respondía de este modo á la muerte de Dumnórix, el jefe del partido nacional. César tuvo que suspender el viaje y correr inmediatamente en ayuda de Quinto. De manera que César, absorto en esta guerra, Pompeyo ocupado en las intrigas necesarias para salvar á sus amigos procesados, é impotente el Senado, abandonaban el Estado á la aventura. Se llegó al término del año sin haber hecho una sola elección. Á principios del 53 todos los cargos estaban vacantes, y la anarquía era completa.

---

(1) César, *B. G.*, V, XXXIV. «Unam legionem, quam proxime trans Padum conscripserat, et cohortes V, in Eburones... misit». Tal es el texto ordinario. Pero sin duda conviene corregirlo; unam legionem et cohortes V quas proxime trans Padum conscripserat... Como César enumera sus ocho legiones, esta «unam legionem» que es la última citada, no pudo reclutarse *proxime*, sino lo más pronto el 58, cuando reclutó dos nuevas legiones para la guerra contra los belgas. Al contrario, las cinco cohortes, fuera de las ocho legiones, aparecen aquí por primera vez, y es natural que César explique dónde y cuándo las reclutó.

VI

La gran catástrofe de la política cesariana: la invasión de Persia.

(AÑO 53 ANTES DE CRISTO)

Al desorden interior tenían pronto que unirse grandes peligros en el exterior. Los signos inquietantes se multiplicaban en la Galia. Al asesinato de Tasgecio sucedió una revolución contra Cavarino, el rey impuesto por César á los senones, el cual tuvo que huir, porque un partido de que era jefe Accón le amenazaba con procesarle. Tras la de los eburones, otras pequeñas revoluciones estallaron aquí y allá. César no sólo renunció á ir este año á la Cisalpina; pero también adoptó el acuerdo de aumentar su ejército reemplazando las quince cohortes que Ambiórix había destruído, por treinta nuevas cohortes reclutadas en parte por él mismo en la Galia cisalpina, y en parte cedidas por Pompeyo, que también las había reclutado personalmente en la Galia cisalpina (1). La precaución no era excesiva. En la Galia se elaboraba algo mucho más peligroso que cuanto César había podido imaginar

(1) César, *B. G.*, VI, 1.

en sus más sombrías previsiones: un formidable estallido de todas las fuerzas revolucionarias acumuladas durante medio siglo en la sociedad gala. Todo lo que César había hecho en algunos años, hasta sus esfuerzos por asegurar en la Galia el orden y la paz, sólo tenía que servir para provocar el estallido. Los acontecimientos le habían conducido á la Galia cuando las naciones célticas pasaban por una crisis grave y decisiva, análoga á la pasada por Italia tras de los Gracos, y que reconocía las mismas causas: el olvido de las antiguas costumbres célticas, la introducción de ideas y costumbres extrañas, el encarecimiento de la vida y la decadencia de las antiguas clases. Hacía más de medio siglo que la civilización greco-latina penetraba en los pueblos galos, excepto en algunos más bárbaros, como los belgas y los helvecios, y esa civilización importaba muchas novedades, desde el alfabeto hasta el vino y hasta el artístico troquelamiento de la moneda (1). Al mismo tiempo la antigua nobleza de los propietarios contraía deudas y se perdía; veíase aumentar en poder y riqueza á la plutocracia enriquecida por la usura, la guerra, el arriendo de las gabelas públicas, que César procuraba convertir en sostén del gobierno romano; la religión nacional, el druidismo, estaba en decadencia y perdía su influencia sobre las masas; la concentración de las propiedades, así como las guerras, arruinaban á

---

(1) Sobre los principios de disolución aportados á la antigua vida céltica y germánica por los mercaderes extranjeros, véase César, *B. G.*, II, 15; IV, 2; VI, 24. Sobre el comercio de los vinos entre Italia y la Galia, véase Diodoro, V, 26; Ateneo, IV, XXXVI (152). Véase también Jullian, *Ver.*, 51.

numerosos galos, formando en su mayoría los *perditi homines et latrones* de que habla César con tanta frecuencia; otros realizaban el comercio con los diferentes pueblos de la Galia ó con los germanos, los bretones, los romanos (1), otros acudían á vivir en las ciudades. Entre las aldeas rurales que cubrían toda la Galia había algunas ciudades que comenzaban á aumentar la densidad de su población y su riqueza, como Avarico, Gergovia y Bibracte; florecía el comercio de esclavos con Italia; ciertas industrias, como la cerámica, la fabricación de objetos de oro, de plata y de hierro, los hilados, la preparación de los jamones, realizaban algunos progresos (2); la clase obrera se hacía más numerosa en las ciudades y en las aldeas; pero necesitaban protección y capitales (3), contraía deudas con los poderosos plutócratas é ingresaba en su clientela política. En suma, la Galia era víctima del malestar y el desorden que engendran en todas las sociedades en descomposición el cambio de las fortunas, de las ideas y de las costumbres. Todas las clases estaban divididas y descontentas; la opinión pública, caprichosa y excitable, carecía de guía y de norma; las tradiciones caían en desuso; y si la no-

(1) Fustel de Coulanges, *G. R.*, 33.

(2) Estrabón, IV, II, 1 (190); IV, II, 2 (191); IV, III, 2 (192); IV, IV, 3 (196); IV, IV, 3 (197). Estos informes se refieren á una época algo posterior; pero es verosímil que el progreso industrial cuyos resultados consignan, comenzasen en tiempos de César. Jullian, más afirmativo que Fustel de Coulanges (*G. R.*, 32) observa que los *Comentarios* de César y las excavaciones hechas en el monte Bauvrai (Bibracte) demuestran que por esta época había ya en la Galia artes y obreros.

(3) Fustel de Coulanges, *G. R.*, 35.

bleza, la antigua clase directora, se encontraba en decadencia, la nueva é inquieta plutocracia no podía, á pesar de su dinero y de sus intrigas, hacer funcionar las instituciones antiguas, ni crear otras nuevas. Así se acentuaba la decadencia militar y política de la Galia. El gobierno estaba formado en casi todas partes por una asamblea de nobles, es decir, de ricos propietarios que se habían distinguido en la guerra, y el ejército se componía de esos mismos nobles, cada uno de los cuales mandaba un pequeño cuerpo formado de sus conciudadanos y clientes. En cambio, á medida que la nobleza desaparecía, que las propiedades caían en poder de una reducida plutocracia, ésta alteraba con sus clientes el antiguo equilibrio de las libertades republicanas é invadía los ejércitos galos, que en adelante se compondrían singularmente de sus servidores, de los hombres que, á cambio de la comida y de algunos presentes, cultivaban sus tierras y les servían en las grandes mansiones solitarias, erigidas casi siempre á orillas de un río ó entre la espesura de un bosque, y, en fin, de cuerpos de jinetes que mantenían á sus expensas para aumentar su poder, en tiempos de paz como en tiempos de guerra.

Tiempo hacía que César se dió cuenta de que las milicias galas ya no eran lo que antaño (1). Estos ejércitos pasaban por la misma crisis que la sociedad donde se formaron, y se integraban con los servidores de algunos ricachones ambiciosos que sentían mutuos celos, y, por lo mismo, ya no podían ser buenos. No obstante, la superioridad militar no podía constituir para los romanos

(1) César, *B. G.*, VI, 24.

una firme garantía de paz. Apesar de sus continuas guerras, la lengua, las tradiciones, la religión, eran comunes á todos los pueblos galos; el sentimiento nacional también era vivísimo en ellos, y la invasión extranjera lo había excitado, como es natural. Sólo éste peligro era ya grave; pero aumentó todavía por un descontento general contra Roma, y por la necesidad en que César se encontraba de lesionar en múltiples ocasiones los intereses de los partidos y de las clases. Arruinada por las continuas guerras y amenazada por las clases populares, la nobleza quizás hubiese aceptado el protectorado romano, esperando restablecer el orden con ayuda de César, y que terminase así el perenne trastorno de esta disolución social; pero tal protectorado jamás lo hubiese aceptado sinceramente esta pequeña oligarquía de grandes propietarios y capitalistas, cuyas riquezas, la muchedumbre innumerable de sus clientes y el favor del pueblo la hacía orgullosa, ambiciosa y enemiga de las leyes. De suerte que por su política favorable á las ambiciones de éstos, César se enajenó á la aristocracia republicana sin asociarse de una manera definitiva á la oligarquía plutocrática. El descontento aún aumentó con las pérdidas causadas por la dominación extranjera. La Galia estaba obligada á pagar una contribución en dinero; á suministrar buena parte de las cosas necesarias al ejército romano, á dar contigentes militares para las guerras que emprendiese César y que solían ser impopulares; tenía que sufrir también los daños causados por la soldadesca, los gastos necesarios para dar hospitalidad á los jefes superiores en comisión de servicio. En muchas poblaciones de la Galia se veía ya gran número de *negociatores* italianos que habían seguido al

ejército, y que, como es fácil de suponer, no se contentaban comprando el botín, sino que caían como pájaros de presa sobre el país y hacían competencia á los escasos grandes capitalista indígenas.

Al avecinarse la primavera, nuevas inquietudes llegaron de todas partes. Los nervios, los aduáticos, los menapios tomaban las armas; los senones se negaban á suministrar los contingentes y estaban á punto de entenderse con los carnutos; Ambiórix intentaba encender nuevamente la guerra. También parece que se realizaron gestiones cerca de Ariovisto para obtener su apoyo contra los romanos. Inquieto é irritado, César ni siquiera esperó la primavera; y para asustar á todos los rebeldes, hizo con cuatro legiones una súbita irrupción en el país de los nervios, se apoderó de una cantidad enorme de vacas y bueyes y de muchísimos hombres, que distribuyó entre sus soldados (1); luego, en el mes de Marzo, reunió en Samarobrive (Amiens), la asamblea de los pueblos galos; pero no encontró en ella á los representantes de los treviros, de los senones ni de los carnutos. Enojado y queriendo aterrorizar á la Galia, se mostró violento ante los representantes, y los despidió en aquella misma sesión, ordenándoles de reunirse para nueva fecha en la Lutecia de los parisienses, que se encontraba en el confín del país de los senones; luego, partió el mismo día dirigiéndose á marchas forzadas hacía el país de los rebeldes. La súbita violencia del ataque asustó á los senones que imploraron perdón, obteniéndolo á condición de entregar rehenes. Los carnutos no tardaron en imitar su ejem-

(1) César, *B. G.*, VI, 3.

plo. Entonces César, queriendo terminar al menos con Ambiórix, envió á Labieno—que había establecido sus cuarteles de invierno en el territorio de los treviros—todos los bagajes del ejército y dos legiones; luego invadió con cinco legiones el territorio de los menapios, donde creía que se había refugiado el rebelde; pero al aproximarse, los menapios abandonaron sus aldeas y se dispersaron en grupos por las marismas y los bosques: César dividió su ejército en tres columnas; tomó el mando de una, confió la segunda á Cayo Fabio, y la tercera á Marco Craso, unos de los hijos del millonario; luego comenzó la caza de los hombres y de los rebaños, y la destrucción de los poblados. Espantados los menapios, no tardaron en solicitar la paz. Pero Ambiórix no fué habido.

Durante este tiempo los desórdenes continuaban en Roma, cada vez más violentos. Los meses pasaban, y las elecciones no se hacían. Pompeyo esperaba constantemente que los desórdenes impusiesen la necesidad de la dictadura; pero no osaba confesar abiertamente sus aspiraciones. Así, la situación permanecía incierta, y los conservadores, irritados, llegaban hasta acusar á Pompeyo de fomentar secretamente los motines para forzar al Senado. Pero si la situación era poco favorable en la Galia y muy mala en Roma, una calamidad mayor se preparaba en Oriente. En la primavera del 53 Craso marchó por fin á la conquista de Persia; la suerte le escogió como primera víctima del delirio de grandezas que agitaba á Italia. Juntando las tropas que había llevado con las que encontró en Siria, Craso reunió un ejército de 5.000 jinetes, de 4.000 auxiliares y de nueve legiones, compuesta cada una de 3.500 hom-

bres próximamente. Total, 40.000 hombres (1). Apenas llegado á Siria, en el año 54, puso en ejecución un plan de guerra que debe reputarse como excelente. Fortificó en Zeugma el puente sobre el Eufrates, pasó el río, ocupó las ciudades griegas de Mesopotamia, Apamea, Carres, Icné, Niceforión; derrotó fácilmente al general parto que se encontraba en la región con fuerzas insuficientes; luego dejó 7.000 hombres (probablemente dos legiones) y 1.000 caballeros en estas ciudades y volvió á Siria para establecer sus cuarteles de invierno (2). Los antiguos han criticado severamente este regreso, considerándolo como un grave error (3), porque el enemigo tuvo así tiempo de prepararse. Pero es probable que el objetivo de Craso tomando las ciudades griegas de Mesopotamia consistiese en atraer al enemigo del fondo de

(1) Floro, III, 11, atribuye á Craso once legiones; pero, según Plutarco, parece ser que sólo tenía nueve. Dice Plutarco, (*Craso*, 20) que Craso llevaba siete legiones cuando cruzó por segunda vez el Eufrates. Á estas siete legiones hay que añadir (Plutarco, *Craso*, 17) los siete mil soldados que dejó en Mesopotamia, y que sin duda formaban dos legiones de 7.000 hombres, pues los romanos evitaban todo lo posible el dividir sus legiones. Así tendríamos nueve legiones, y el número de soldados de cada una podría determinarse conforme al número de las dos legiones dejadas en Mesopotamia. Es posible que en el texto de Floro haya un error del copista, que escribiese XI en lugar de IX. No hay que tener en cuenta las exageraciones de Appiano, *B. C.*, II, 18, el cual afirma que el ejército de Craso era de 100.000 hombres.

(2) Dión, XL, 12-13; Plutarco, *Craso*, 17.

(3) Idem, XL, 13; Plutarco, *Craso*, 17; Manfrin, que en su libro *La caballería dei Parti* (Roma, 1893) ha hecho tantas observaciones agudas y juiciosas sobre esta guerra, ha sido el primero en observar que el fracaso final ha sugerido á los historiadores críticas injustas y poco sensatas sobre toda la campaña.

Persia hacia el Eufrates para aceptar la batalla lo menos lejos posible de la provincia, mientras que penetrando en Persia hubiese incurrido en el mismo error que Napoleón siglos después, cuando se dirigió sobre Moscou. Craso, pues, obró atinadamente retirándose á Siria en el otoño del 54, donde confiaba obtener dinero y esperar hasta la primavera el efecto de su provocación. Entre otros vació el tesoro de Jerusalén y realizó tentativas para entenderse con el rey de Armenia y los demás príncipes independientes ó semi-independientes de Mesopotamia, tales como Abgar de Edesa, que había sido gran amigo de Pompeyo.

Su plan pareció triunfar al principio, pues en la primavera del 53, las guarniciones que Craso había dejado en Mesopotamia fueron atacadas por los partos. El rey de éstos había dispuesto en realidad dividir sus fuerzas, invadir á Armenia con lo mejor de su infantería y de enviar á Mesopotomia casi toda su caballería á las órdenes del surena ó generalísimo (1), con la misión de atraer á los romanos lo más lejos posible de su base de operaciones. Luego ambos adversarios se proponían el mismo fin, empleando idéntico ardid de guerra. Desgraciadamente, Craso se envaneció con demasiada facilidad de haber logrado engañar al enemigo. Apenas supo que los partos se acercaban, ya no tuvo más que una idea, la de arrojarse inmediatamente sobre ellos, y sólo tuvo un temor, el de no llegar á tiempo. Los fugitivos de las ciudades que los partos sitiaban, trajeron informes singulares; los jinetes eran numerosísimos, muy rápidos, de gran valor, habilísimos en lanzar con fuerza prodi-

(1) Rawlinson, *S. G. O. M.*, 159 y sig.

giosa las flechas de sus grandes arcos. Impresionados por estas noticias algunos generales propusieron discutir todo el plan de la expedición (1). Justamente entonces llegaba el rey de Armenia, Artabazo, con 6.000 caballos, y se declaraba presto á suministrar otros 10.000 y 30.000 infantes si Craso quería invadir el país enemigo por Armenia, donde, á causa de las montañas, los partos no hubiesen podido emplear su caballería (2). Pero Craso, que era un hombre tozudo, dijo que no podía abandonar á su suerte los romanos sitiados; pasó el Eufrates por Zeugma con siete legiones, 4.000 caballos y los auxiliares y se dirigió al través de Mesopotamia en dirección de Carres al encuentro del ejército de los partos (3) Las siete legiones, la caballería, los auxiliares, las 500 bestias de carga que llevaban el trigo y las tiendas que á cada legión correspondían, se prolongaban á lo largo de 21 kilómetros (4). Pero, apenas el ejército se puso en marcha, cuando los exploradores comunicaron informes todavía más extraños. Los partos habían levantado el sitio en todas partes y se reti-

---

(1) Plutarco, *Craso*, 18; Dión, XL, 16.

(2) Idem, *Craso*, 19.

(3) Idem, *Craso*, 20, dice que se dirigió á lo largo del Eufrates. Pero en el mismo capítulo dice Plutarco que Casio intentó persuadir poco después á Craso que fuese á Seleucia siguiendo el Eufrates y que se celebrase consejo de guerra sobre este punto. Dión, XL, 20, también alude á esto. Luego no es posible que fuesen por el camino del Eufrates. Es evidente que Craso tomó por la ruta interior de Mesopotamia, en la cual estaban las ciudades sitiadas para libertarlas y derrotar en seguida á los partos.

(4) Véanse los cálculos de Rustow (*H. K. C.*, 63 y sig.) á propósito de la longitud que ocupaba una legión en marcha sobre un gran camino.

raban; el país quedaba abandonado; sobre el terreno se veían las trazas de numerosísimos caballos que parecían indicar un ejército en retirada. Estas noticias causaron cierta agitación en el cuartel general. ¿Cuál era el propósito de los partos? Casio, el yerno de Servilia, que seguía á Craso como cuestor, y que era un joven inteligente, aconsejó al general que se detuviese en una de las ciudades ya conquistadas para obtener informes más precisos sobre el enemigo, ó bien, puesto que las ciudades ya no estaban amenazadas, que marchase sobre Seleucia, siguiendo á lo largo del Eufrates por la ruta que habían seguido los diez mil de Jenofonte. El flanco derecho del ejército hubiese estado defendido por el río, resultando fácil el aprovisionamiento. Craso pareció convencerse y convocó un consejo de guerra (1).

También ahora tenían razón los que desconfiaban. El surena quería arrastrar al ejército romano lo más lejos posible y hacerle pasar el Cabur, río más allá del cual, comenzaba el desierto (2). Desgraciadamente, el abgar de Edesa, antiguo amigo de Pompeyo, y en quien Craso había depositado toda su confianza, estaba de acuerdo con los partos, y supo excitar hábilmente la precipitación y la avaricia de Craso. Según él, los partos se disponían á transportar sus tesoros á las monta-

(1) Plutarco, *Craso*, 20.

(2) Rawlinson, *S. G. O. M.*, 157 y sig., 162 y sig., Manfrin *C. P.*, 73 y sig., observan que se acusa á Craso sin razón de haber conducido su ejército á un desierto. El desierto comienza más allá del lugar donde se dió la batalla. Esta parte de Mesopotamia tenía ciudades, corrientes de agua y rica vegetación: era, pues, una región próspera y poblada, como lo demuestran muchos testimonios de los antiguos, y el relato de Dión, XL, 21 *(El país... tenía árboles)*.

ñas: Craso debía perseguir sin tardanza al surena, alcanzarle y derrotarle antes de que hubiese unido sus fuerzas á las del rey (1). Así es como indujo á cometer la falta que los historiadores le imputan de no haber cometido el año precedente. La impaciencia, la codicia, la confianza que tenía en su fortuna, la repugnancia en cambiar de plan, le hicieron desoir en este caso los consejos de la prudencia; y Craso lanzó su ejército por las huellas de los partos en la esperanza de alcanzar pronto al enemigo, imponiendo á sus soldados marchas larguísimas durante los grandes calores del mes de Mayo. Pero los días pasaban; las marchas penosas seguían sin dar con el enemigo; el ejército se fatigaba y perdía ánimos en esta persecución enervante de un enemigo invisible: Craso comenzaba á irritarse. No quería desandar lo andado, y al mismo tiempo temía avanzar mucho. Los rumores de traición comenzaron á circular. Un día llegaron embajadores del rey de Armenia para advertir á Craso que no podía enviarle tropas, porque el rey de los partos había invadido su reino. De nuevo le aconsejaba que tomase á Armenia como base de operaciones, y si rechazaba este plan, decíale que evitasen los romanos los desiertos y llanuras, donde la caballería de los partos podría maniobrar. Casio comprendió en seguida que el consejo era atinado; pero Craso, á quien los años, las fatigas y la inquietud hacían irascible, y á quien el destino había escogido para ser el primero en expiar la locura de grandezas que caracterizaba á su época, se enfadó contra el que le daba este buen consejo. Despidió brutalmente á los embajadores, diciendo que, cuan-

(1) Dión, XL, 20; Plutarco, *Craso*, 21.

do la guerra terminase, castigaría al rey de Armenia como se merecía (1). Y prosiguió su marcha de avance, sin ver nunca al enemigo ni siquiera obtener noticias de él. Por fin, tras de largas jornadas y después de una marcha fatigosísima (2)—á últimos de Mayo ó á primeros de Junio—cuando se acababa de rebasar la ciudad de Carres y el ejército estaba á punto de llegar á orillas del Bélik, algunos exploradores volvieron anhelantes, diciendo que habían encontrado á poca distancia un gran ejército enemigo que avanzaba rápidamente para sorprender á los romanos, y que había matado á casi todos los exploradores. ¿Qué razón inducía á los partos á atacar? Quizás fueron secretamente advertidos por el abgar de Edesa que el ejército romano estaba decaído y cansado. Los soldados, enervados ya por la fatiga, no dejaron de conmoverse al saber la noticia. Muchos jefes recibieron la orden de acampar en la margen del río y de esperar allí al enemigo para estudiar su manera de combatir antes de dar la batalla. Pero luego de haber dudado un instante, Craso quiso presentar inmediatamente la batalla, por miedo de que el enemigo se le escapase otra vez.

Comenzó ordenando que las setenta cohortes formasen en una sola línea, compuesta de diez filas. Esto es lo que los tácticos romanos aconsejaban cuando un ejército tenía que ser atacado por grandes masas de caballería. Pero formar de frente en un espacio de doce kilómetros próximamente (tal era el espacio que ocupaban setenta cohortes colocadas unas al lado de

(1) Plutarco, *Craso*, 22.
(2) Rawlinson, *S. G. O. M.*, 163.

otras) (1) un ejército que en columna de viaje ocupaba veintiuno, no podía hacerse en un momento. Craso perdió la paciencia en lo mejor de la maniobra, y, cambiando de propósito, quiso formar las legiones de cabeza y formando un cuadrado, presentando de frente doce cohortes reforzadas cada una por la caballería, y un flanco de ocho cohortes (2) Dió á su hijo el mando de un ala, á Casio el de la otra: él se colocó en el centro, hizo que los soldados comiesen rápidamente y de pie; luego dió orden de que el cuadro, seguido de tres legiones, rebasase el río y atacase al enemigo (3). Pronto se vió al ejército enemigo—en apariencia poco numeroso—desplegarse y grupos de caballería aparecer en el horizonte avanzando lentamente; luego aumentó su número poco á poco. La llanura comenzó á llenarse de gritos, el espacio á centellear con el resplandor de las corazas, en fin, la caballería pesada que formaba el frente del ejército, y que

(1) Sobre la longitud de una legión formada en una sola línea sin intervalos, véase Rustow, *H. K. C.*, 55.

(2) Plutarco, *Craso*, 23. Según Plutarco, las setenta cohortes no figuraban en el cuadro, pues dice que los lados eran de doce cohortes: esto daría 48. Pero si se considera que el *agmem quadratum* solía ser un rectángulo, cuyos flancos estaban con relación al frente en la proporción de 2 á 3 (Rustow, *H. K. C.*, 56) y que tomando por base un frente de 12 cohortes daría un total de 40, esto es, cuatro legiones exactamente, puede suponerse que sólo cuatro legiones formaron en cuadro. El hecho de que los partos intentasen un movimiento envolvente, rechazado por Craso, hace creer que las demás legiones quedaron de reserva. Son éstas las que los partos debieron amenazar por detrás del cuadro. Convendría que un táctico estudiase con cuidado esta batalla tan interesante entre infantería y caballería. Manfrin ha dilucidado algunos puntos obscuros, pero aún quedan otros.

(3) Plutarco, *Craso*, 23.

el surena había ocultado detrás de una colina, apareció, y una masa formidable de jinetes cubiertos de hierro se arrojó sobre el cuadro romano. Las cohortes resistieron el choque, y acogieron las cargas sucesivas lanzando sus dardos; luego escasearon éstas; los caballeros se replegaron como si estuviesen ya cansados. Creyendo Craso que la batalla terminaría pronto, lanzó á los arqueros, á los honderos y á la infantería ligera en persecución de los fugitivos; pero no tardaron en caer acribillados por una lluvia de flechas, lanzada con prodigiosa fuerza por la caballería ligera de los partos, compuesta de arqueros, que ahora avanzaba y se desplegaba, saliendo, á lo que parece, de ambos flancos de la caballería pesada, formando un inmenso semicírculo. Los soldados que Craso lanzó de vanguardia tuvieron que replegarse en desorden buscando las legiones; la caballería ligera de los partos avanzó, y sus flechas, pasando sobre la caballería pesada con tiro parabólico (1), empezaron cayendo en las primeras filas, luego en el centro del cuadro romano. Craso y los oficiales procuraron sostener el valor de los soldados diciéndoles que el enemigo agotaría pronto sus flechas, y el general procuró también lanzar algunas cohortes sobre el enemigo. Pero, apenas avanzaron los romanos, los partos se dieron á la fuga sin dejar de arrojar sus flechas, tendidos de espaldas sobre sus caballos, y las cohortes tuvieron que refugiarse en las legiones, sobre las cuales caía de nuevo la lluvia implacable de las flechas. El carcaj de los partos parecía inagotable. Los oficiales pudieron observar en el horizonte gran muche-

(1) Plutarco, *Craso*, 23; Dión, XLI, 22; Manfrin, *C. P.*, 78.

dumbre de camellos, hacia los que se dirigía de tiempo en tiempo un grupo de jinetes: era un inmenso cargamento de flechas que había seguido al ejército (1). Las legiones, cansadas de no hacer nada y de servir de blanco á esta terrible lluvia de flechas, se acobardaron. Craso decidió al fin realizar un supremo esfuerzo para romper este círculo de hombres y de hierro que rodeaba á su ejército, y ordenó á su hijo Publio que tomase el mando de 1.300 jinetes, entre ellos los 1.000 galos, 500 arqueros y ocho cohortes, y que cargase sobre el enemigo. Éste pareció ceder, y desapareció pronto del horizonte entre nubes de polvo. La terrible lluvia de flechas se calmó. Craso aprovechó este momento para ganar con el ejército una colina, y creyendo terminada la batalla, esperó más tranquilo la vuelta de Publio. Pero los exploradores no tardaron en llegar al galope: Publio pedía socorro; los partos le habían atraído lejos en su fuga, y luego dieron una brusca media vuelta rodeando á la tropa: se había empeñado una lucha terrible, y Publio iba á quedar aplastado si no recibía pronto socorro. Craso se dió prisa en acudir con todo el ejército; pero, apenas se puso en marcha, cuando nuevamente se vió aparecer una gran nube de polvo al través de la cual brillaban las corazas y sonaban gritos salvajes. Los partos volvían furiosos á rienda suelta: un jinete les precedía ostentando en su lanza un objeto negro. Los romanos se detuvieron y esperaron, y cuando los partos estuvieron algo más cerca, los ojos atentos reconocieron que el objeto negro clavado en la punta de la lanza era la cabeza de Publio Craso. La tropa que mandaba había sido

(1) Plutarco, *Craso*, 24, 25.

destruída; el ejército se estremeció; pero Craso, que hubo de resistir una tempestad tan violenta, no decayó, y recorrió las filas de soldados diciéndoles que sólo á él tocaba la muerte de Publio, y que cuanto á ellos, no tenían más que cumplir con su deber rechazando el nuevo asalto. En efecto, el enemigo describió en torno del ejército un inmenso círculo de arqueros que disparaban sobre las cohortes romanas, mientras que del centro las masas de caballería cargaban, unas después de otra, contra el cuadro. Pero también ahora las cohortes se portaron como buenas; y al fin, los jinetes partos, cansados de tanta furiosa carrera, habiendo agotado sus flechas y embotado sus sables, se retiraron (1) cuando el sol traspuso el horizonte.

Es probable que los partos creyesen por la noche que habían perdido la jornada; pues habían pensado sorprender al ejército romano, sembrando el pánico en las legiones y descuartizándolas. Al contrario, á pesar de las considerables pérdidas infligidas á los romanos, la batalla no había sido definitiva; y el fracaso sufrido no hubiese tenido ninguna influencia en el proceso de la campaña, si el ejército de Craso hubiese sido uno de aquellos antiguos y sólidos ejércitos que Roma supo movilizar antaño (2). Pero á la sazón sólo había en el imperio un ejército valiente, el de César. En las filas de Craso era mucho mayor el número de los reclutas que el de los soldados viejos; los oficiales pertenecían casi todos á la juventud dorada de Roma, tan poco seria,

---

(1) Plutarco, *Craso*, 25-26; Dión, XL, 24.

(2) Manfrin, *C. P.*, 88, aprecia muy justamente la conducta de las legiones; pero me parece demasiado severo con Craso.

que no poseía ningún conocimiento profundo del arte militar; el jefe era hombre inteligente, pero viejo y gastado por los éxitos harto fáciles de la guerra contra Espartaco. Así, las pérdidas considerables, la manera inusitada de combatir, la distancia de Siria, la muerte de Publio Craso, bastaron para desanimar de tal suerte al ejército, que por la noche jefes y soldados se consideraron vencidos. Hasta el mismo Craso que, durante la jornada había mandado con maravillosa energía, se desalentó; temió que los partos, exaltados por su victoria, volviesen al siguiente día para atacar á su agotado ejército, y, parece ser que por consejo de Casio, dió aquella misma noche orden de retirarse precipitadamente hacia Carres (1). Fué preciso abandonar sobre el campo de batalla 4.000 heridos en quienes los partos hicieron blanco por la mañana; y durante la noche, en la obscuridad y el desorden, cuatro cohortes se extraviaron y fueron también acuchilladas por el enemigo (2). Una vez en Carres, el ejército romano pudo descansar, reorganizarse tranquilamente y volver sin gran peligro por el camino ya recorrido, en el que los partos no hubiesen logrado perseguirle mucho tiempo

---

(1) Tal es, á mi juicio, la referencia más verosímil de lo que ocurrió durante la noche. Al contrario, es poco probable que, como dice Plutarco (*Craso*, 27), Craso perdiese completamente la cabeza aquella noche, y que fuese Casio quien de propia iniciativa diese la orden de retirada. La enérgica conducta de Craso antes y después de la batalla demuestra que, si sufrió una crisis de dolor momentáneo, supo recobrar pronto su sangre fría. Además, Casio difícilmente hubiese podido arrogarse la autoridad de un general tan bien obedecido y respetado como Craso.

(2) Plutarco, *Craso*, 28; Dión, XL, 25.

por falta de agua y forraje. Efectivamente, en este momento, el generalísimo de los partos temía que el enemigo se le escapase por el camino que había recorrido al venir (1). Desgraciadamente, cada vez más desmoralizados por la retirada precipitada, por el abandono de los heridos y la matanza de las cohortes que se habían extraviado durante la noche, los soldados y los oficiales no comprendieron que el gran peligro había pasado, y concibieron tal miedo de los partos, que ya no quisieron aventurarse fuera de la ciudad, en la llanura. Un consejo de guerra decidió solicitar ayuda al rey de Armenia, esperar en Carres que los socorros llegasen, y luego retirarse, probablemente por Armenia (2). Pero cuando el generalísimo de los partos, que había llegado hasta los muros de Carres, supo que el ejército estaba tan desmoralizado, procuró obtener por la astucia el triunfo definitivo que no había obtenido por la fuerza, é hizo saber de diferentes maneras á los soldados romanos que les dejaría marchar en libertad, si consentían en entregarle á Casio y á Craso. El lazo era hábil: si los soldados se sublevaban y ponían en sus manos á los dos jefes más conspícuos, le sería fácil acuchillar á todo el ejército. Pero la disciplina romana era fortísima. Estos pérfidos consejos no fueron escuchados; y las gestiones del surena no supondrían nada, si los jefes del ejército romano, más tranquilos, hubiesen conservado su confianza en los soldados. Al contrario, apenas supieron que su ejército estaba sordamente agitado por

(1) Plutarco, *Craso*, 28.

(2) El pasaje de Plutarco (*Craso*, 29) sobre «las vanas esperanzas de Armenia», nos demuestra indirectamente que ese fué el plan de Craso.

los emisarios del surena, perdieron la cabeza, ya no quisieron permanecer un momento en Carres por temor de que las legiones, agotadas con tantas pruebas, acabasen por dejarse arrastrar. Comovido al fin por los ruegos de los oficiales, Craso cambió de idea, y dió la orden de retirada sin esperar el socorro del rey de Armenia, que ni siquiera estabas eguro de recibirlo. ¿Pero qué camino tomar? Casio aconsejó que se siguiese la ruta por donde habían venido; pero Craso, sea que fué engañado por Andrómaco, notable de Carres, ó que no quisiera arriesgarse con sus soldados en la llanura, prefirió el camino montañoso de Armenia. El ejército romano se dirigió hacia estas montañas, marchando casi siempre de noche, escogiendo los caminos más difíciles y las regiones pantanosas donde el generalísimo parto no podía lanzar su caballería. Un postrer esfuerzo, y el ejército romano estaba salvo. Pero con la fatiga crecía la nerviosidad de los soldados y la irritabilidad de los oficiales; ya no había acuerdo entre los jefes: Craso perdió la calma en las deliberaciones y su autoridad sobre los oficiales. Un día tuvo una violenta discusión con Casio, que todo lo criticaba, y en su cólera le dijo que si no quería seguirle, podía tomar una escolta y retirarse por donde le pareciera oportuno. Casio aceptó inmediatamente esta proposición: volvió con 500 caballos á Carres, donde tomó en dirección del Eufrates el camino seguido al venir (1). El ejército se desorganizó. Á pesar de todo, Craso continuó su camino; y el gene-

(1) Tal es, á juicio mío, la conjetura más verosímil para explicar esta singular retirada de Casio. Dión, XL, 25, y Plutarco, *Craso*, 29, sólo hacen relatos incompletos y obscuros de este extraño episodio.

ralísimo de los partos veía ya su presa á punto de escapársele, pues la montaña estaba vecina. Entonces, no queriendo regresar á la corte sin un éxito definitivo (1) ideó una perfidia aún más horrible que la anterior. Cierta mañana envió un embajador al campamento romano para decir que deseaba parlamentar con Craso, á fin de concertar la paz. Temiendo una emboscada cuando veía segura la retirada, Craso rechazó la proposición; pero cuando el ejército fatigado supo que podía retirarse tranquilamente, ya no quiso oir nada y amenazó con sublevarse si Craso se negaba á parlamentar. Y en esta hora terrible, ni su nombre, ni su edad, ni su autoridad casi sagrada de *imperator*, ni los inmensos tesoros que había dejado en Italia, le sirvieron de nada. Craso, no obstante sus defectos, era un hombre enérgico: ante la muerte que se le reveló súbitamente, ante los montes de Armenia, lejos de su familia, de su casa, de Roma, como un condenado á pena capital á quien sólo dejan algunos momentos para prepararse, no dudó: llamó á sus oficiales; les dijo que iba á la cita, que sabía que le tendían una emboscada; pero que prefería ser muerto por los partos, que por sus soldados. Marchó con su escolta y fué asesinado (2) el 9 de Junio (3). Craso era un hombre muy

---

Casio solo debió separarse del ejército con el consentimiento de Craso; pero las razones por qué dió ese consentimiento siguen siendo uno de los numerosos problemas obscuros de esta extraña guerra. Véanse también las vagas alusiones de Dión, XL, 28.

(1) Plutarco, *Craso*, 30; Dión, XL, 26.

(2) Plutarco, *Craso*, 30-31. Dión, XL, 27; Polieno, *Strat.*, VII, 41.

(3) Ovidio, *Fast.*, VI, 465, pero carece de precisión, pues coloca el mismo día la batalla de Carres y la muerte de Craso.

bien dotado, inteligentísimo, muy activo, aunque poco generoso y demasiado frío; y había dirigido esta guerra con mucha habilidad. Pero la precipitación, la excesiva confianza que tenía en sí mismo, cierta negligencia en los preparativos, el desorden militar de la época, una serie, en fin, de accidentes desgraciados, le hicieron sufrir la triste suerte á que César pudo escapar por milagro en la guerra contra los helvecios. Muriendo de tal suerte, expió sus numerosas faltas y el orgullo de toda Italia. Se le cortó la cabeza y se envió á la corte del rey de los partos; sus huesos no gozaron de sepultura; al verse el ejército sin jefe se dispersó; muchos soldados fueron muertos; otros, débiles restos del gran ejército que había vadeado el Eufrates, llegaron hasta Siria (1).

La noticia de este desastre llegó á Roma en el mes de Julio (2), cuando acababan de hacerse—al cabo de siete meses de anarquía—las elecciones para los cargos que habían de ejercerse en el mismo año. El desorden aún había aumentado con las discusiones sobre la manera de hacerlo cesar. Unos hubiesen querido restablecer los *tribuni militum consulari protestate* de la antigua Roma; otros proponían que se nombrase á Pompeyo dictador. Esta última proposición acabó por parecer la mejor; pero en el postrer momento, Pompeyo, temiendo á la opinión pública, que desde Sila detestaba este nombre terrible, había rehusado, consintiendo solamente en que entrasen soldados de su ejército en Roma. Con ayuda de estos soldados, el *interrex* pudo reunir los comicios. Así es como Mario Valerio Mesala y Cne-

(1) Drumann, *G. R.*, IV, 109.
(2) Lange *R. A.*, III, 359.

yo Domicio Calvino, fueron electos cónsules (1). Es fácil imaginar la emoción que produjo en Italia la noticia de la muerte de Craso, sobrevenida apenas repuesta la opinión del interminable escándalo de las elecciones. ¡Los conservadores, que se habían opuesto á la manía general por la expedición, tenían, pues, razón! Durante este tiempo, la guerra proseguía en la Galia con mejores resultados, es verdad, pero observando procedimientos cada vez más bárbaros. Labieno había vencido á los treviros; César había pasado por segunda vez el Rhin y hecho una incursión en el país de los suevos para asustar á Ariovisto é impedirle venir á resarcirse con ayuda de los galos; luego, vuelto á la Galia, tuvo que combatir nuevamente á los eburones, quienes, formando pequeños grupos procuraban sorprender y matar á los soldados dispersos ó á los pequeños destacamentos. César quiso exterminarlos ahora completamente, é hizo publicar un edicto en todas las ciudades de la Galia autorizando para robar y matar en el territorio de los eburones. De todas partes de la Galia acudieron partidas de pillos formadas de desesperados y de aquellos *perditi homines atque latrones* de que la Galia estaba llena. Por su parte, César dejó en Aduatuca los bagajes del ejército custodiados por una legión, lanzó en el país nueve legiones divididas en tres columnas, una de las cuales estaba mandada por él, otra por Trebonio, y la tercera por Labieno. Durante muchos meses incendiaron las aldeas, robaron los rebaños, cazaron á los hombres. Pero la violencia es como el fuego, que suele alcanzar más lejos de lo que se pretende quemar. Una partida de

---

(1) Lange, *R. A.*, III, 351 y sig.

dos mil ladrones sicambros había acudido á la invitación de César para saquear el país de los eburones; pero cuando supieron que en Aduatuca estaba el campamento romano con los ricos bagajes de diez legiones y los depósitos de los mercaderes que seguían al ejército, intentaron tomarlo, y poco faltó para que no lo lograsen. Entretanto, aunque tratado como un animal rabioso y perseguido de sitio en sitio, Ambiórix no pudo caer prisionero. Como el invierno se acercaba, César se retiró; reunió la Asamblea de las Galias, hizo el proceso de la insurrección de los senones y de los carnutos, condenó á muerte á Accón, al destierro y confiscación de sus bienes á muchos nobles comprometidos y que se habían refugiado allende el Rhin. Sus bienes se distribuyeron entre los nobles que permanecieron fieles y los soldados de alta graduación (1). César se dispuso luego á volver á Italia.

La pacificación de la Galia degeneraba en una guerra de exterminio. El hosco régimen de la cuchilla sucedía á la diplomacia conciliadora de los primeros años. Es la historia de todas las conquistas; pero la irritación del conquistador era ahora tanto más grande, por cuanto estas protestas contínuas volvían á poner en litigio toda la obra de seis años, y comprometían gravemente su crédito en Roma. La posteridad ha considerado la conquista de las Galias como la gran gloria de César; pero los contemporáneos veían las cosas de otra manera hacia fines del año 53. El desastre del ejército de Craso, había calmado el entusiasmo de las masas en favor de

(1) Á propósito de los bienes confiscados por César á los galos y ofrecidos á otros galos, véase César, *B. C.*, III, 69.

la gran política de expansión y entibiado su confianza en los hombres que la representaban. Naturalmente que Craso, muerto ya, no inspiraba miedo á nadie, y era peor maltratado que César, vivo y poderoso. Acusábasele de haber dirigido la expedición como un loco, de haber cometido las faltas más groseras y de haberlo comprometido todo por su tozudería y su sed de dinero. Mas hasta para César se comenzaba á establecer comparaciones. Cuando Lúculo y Pompeyo anexionaron el Ponto y Siria, todo había concluído en poco tiempo. Al contrario, en la Galia era preciso recomenzar cada año. ¿No era culpa de César, en parte al menos? Además, la escandalosa ostentación que algunos generales hacían de las riquezas saqueadas á la Galia comenzaba á irritar á la gente. Cicerón seguía ocupándose en las construcciones que su hermano había encargado; Mamurra, que sólo era un obscuro caballero de Formio, construía en el Celio un magnífico palacio, cuyos muros estaban recubiertos de bellísimas placas marmóreas á la manera alejandrina, lo que era entonces un lujo inusitado en Roma (1); Labieno, que había comprado vastas propiedades en el Piceno, construía á Cingoli, verdadera población fortificada (2). El pueblo iba sacudiendo ahora los narcóticos de la corrupción y del orgullo, y reaccionaba con más brío cuando, tras una corta tregua, las elecciones para el año 52 desencadenaron otra vez la anarquía. Los candidatos al consulado eran Milón, Publio Plaucio Ipseo y Quinto Cecilio Metelo Escipión, hijo adoptivo de Metelo Pío; para la pretura se presen-

(1) Plinio, *H. N.*, XXXVI, VI, 48; Courbaud, *B. R. R.*, pág. 352.
(2) César, *B. C.*, I, 15.

taba Clodio; para la cuestura Marco Antonio, que, tras la vuelta de Gabinio á Italia, fué llamado por César á la Galia. Éste, que había apreciado pronto sus aptitudes militares, acababa de otorgarle una licencia para que pudiera aspirar á esta magistratura (1). Pero la lucha no tardó en revestir un carácter de violencia tal, que todos los candidatos acudieron á demandar las magistraturas con las armas en la mano. Á cada instante se entablaban luchas sangrientas entre los bandos organizados por los candidatos; un día hasta Cicerón corrió peligro de caer muerto en la vía Sacra (2); otro día Marco Antonio estuvo á pique de matar á Clodio (3). La gente se preguntaba aterrada qué loca furia se apoderaba de los espíritus, y á qué precio de sangre podría restablecerse el orden. En vano las miradas del público se convertían hacia Pompeyo; sea indecisión y debilidad, sea deseo de que su dictadura la hiciesen necesaria los mismos excesos del desorden, Pompeyo no se decidía. Los cónsules intentaron varias veces reunir los comicios; el Senado, no pudiendo hacer otra cosa, acabó por prohibir el culto egipcio de Serapis y de Isis, cuyas extravagancias aumentaban el desorden moral ya grande de Roma (4), y decidió proponer al pueblo una ley, según la cual, ningún magistrado podría obtener una provincia antes de transcurrir cinco años de haber ejercido la magistratura (5). Así se esperaba

---

(1) Lange, *R. A.*, III, 352 y sig.
(2) Cicerón, *pro Mil.*, XIV, 37.
(3) Idem, *pro Mil.*, XV, 40; Dión, XLV, 40.
(4) Dión, XL, 47.
(5) Idem, XL. 46.

calmar algo la furiosa competencia por llegar á todos los cargos. Por tercera vez en cuatro años se llegaba á fines del año sin haber podido realizar las elecciones consulares; pero ahora ni siquiera pudo nombrar el Senado el *interrex*, pues un tribuno de la plebe, Tito Munacio Planco, se oponía. Muchos creyeron ver en esta oposición la mano de Pompeyo, que quería estimular los sucesos y obligar al Senado á que le nombrase dictador (1).

Pero entre tanta violencia, un asesinato colmó el desorden. Milón, que el 18 de Enero se dirigía con una escolta armada á Lanuvio, encontró en la vía Apia, en las inmediaciones de Boville, á Clodio, que con un pequeño séquito volvía del campo á Roma. Ambos bandos vinieron á las manos, y Clodio fué muerto (2). «¡Al fin!», exclamaron muchas personas en Roma, exhalando un suspiro de alivio. Pero, aún después de muerto tenía que agitar á Roma este terrible personaje. El pueblo fué fácilmente excitado por sus clientes, por sus sicarios, por los tribunos del partido popular, por su esposa Fulvia; se acudió en tumulto á ver su cuerpo, expuesto en su casa; de todas partes se clamó venganza; y los funerales se celebraron con pompa grandiosa y casi salvaje. El pueblo acompañó el cuerpo hasta la curia Hostilia, y para manifestar su odio contra los nobles y los ricos, hizo una pira con los bancos, con las mesas y con los registros de que se servían los senadores: el fuego se propagó á la curia y llegó á la basílica

---

(1) Asconio, pág. 32.

(2) Appiano, *B. C.*, II, XXI; Dión, XL, 48; Veleyo, II, 47; Tito Livio, *P.*, CVII; Cicerón, *pro Mill.*, X, 28 y sig.

Porcia, pero el cuerpo del demagogo también desapareció en las cenizas de los dos monumentos más antiguos y venerados de Roma; mientras que el pueblo, poseído de locura, aclamaba á Pompeyo y á César como dictadores. Asustado Planco, cesó de oponerse al nombramiento del *interrex*, y el Senado escogió á Marco Emilio Lépido, hijo del cónsul muerto durante la revolución del 78. Era un joven riquísimo, que se había casado con una hija de Servilia; era amigo de César y de Pompeyo; pero como no gozaba de mucha influencia, su nombramiento de nada sirvió. En lugar de calmarse, el pueblo aún se exaltó más, y cuando se celebró el gran banquete fúnebre en honor del demagogo, hubo terribles desórdenes. La muchedumbre intentó quemar la casa de Milón y la de Lépido, por suponerse que éste le era favorable; una manifestación popular fué á ofrecer las haces consulares á Ipseo y Escipión, y otra proclamó á Pompeyo cónsul y dictador. Por todas partes se suscitaban en Roma riñas, manifestaciones, tumultos. Los bandidos y los ladrones se aprovechaban de estos desórdenes, y con el pretexto de buscar á los cómplices de Milón, asaltaban las casas para robarlas (1).

---

(1) Appiano, *B. C.*, II, 21-22; Dión, XL; Asconio, pág. 34.

VII

La suprema crisis de la política de César: La revolución de la Galia.

Mientras que estos trastornos ocurrían en Roma, César cruzaba los Alpes para volver á la Galia cisalpina. La precipitación, la cólera, la gravísima situación de su partido, su naturaleza, en ocasiones temeraria y arrebatada, la grandeza imposible de su empresa le obligaban fatalmente á acumular falta sobre falta. Así es que para gozar un momento de reposo, durante el cual pudiese observar atentamente lo que ocurriese en Italia, realizó en la Galia una represión feroz, que sólo debía servir para sobreexcitar los odios (1). En efecto; apenas hubo marchado, y probablemente cuando aún estaba en camino, supo por Labieno que su propio amigo Commio preparaba una revolución. Enfurecido César, dió orden á Labieno que invitase amistosamente al atrebate para acudir al campamento, y que le matase (2). Labieno obedeció; pero Commio logró salvarse

(1) Jullian, *Vercingetórix*, 114. «Su actitud (la de César) durante el invierno que comienza (53-52) es de inaudita imprudencia».

(2) César no dice nada de este feroz episodio. Es Hircio, *B. G.*, VIII, XXIII, quien lo refiere con bastante ingenuidad. Si los galos hubiesen escrito también la historia de la conquista romana, sin duda nos hubiesen contado muchos episodios semejantes que nos hiciesen

herido; y esta perfidia no tuvo otro resultado que hacer de Commio un enemigo de César. Éste se extenuaba en un trabajo de Sísifo, que le volvía irritable y cruel. Al menos por el momento, Commio le preocupaba poco: otras inquietudes mucho más graves tenía en Italia.

El partido democrático bajaba de nuevo en el concepto público, como en el 57, porque no había realizado sus extravagantes promesas. La ley agraria del 59, como las precedentes, no llegó á entrar en vigor; las esperanzas fundadas en la Bretaña, decayeron; el ejército romano había sufrido en Persia una derrota vergonzosa; todos habían creído que la Galia quedaría sometida en dos años por el «general único», y estaba en plena protesta; Craso había muerto y la poderosa triarquía reducíase á un gobierno de dos hombres, que ni siquiera eran capaces de reprimir los motines del pueblo romano. Tiempo hacía que la gente estaba cansada de este terrible desbordamiento de corrupción y de violencia, que amenazaba arrastrarlo todo en su furiosa corriente; pero la situación aún se hizo más terrible á la muerte de Clodio. Primero la gente, obedeciendo á un sentimiento de miedo y á la vez de justicia, había juzgado severamente á Milón, ordenando á sus esclavos que rematasen á Clodio herido (1); pero, cuando el

comprender mejor el odio que la nobleza gala sentía por los invasores. Según Hircio, Labieno realizó de propio impulso esta tentativa de asesinato; pero la cosa es imposible. Commio tuvo con César estrecha amistad y Labieno no hubiese obrado sin la autorización del procónsul.

(1) Dión, XL, LVIII.

bajo pueblo se entregó á la violencia, hubo una reacción. Hasta en el campo conservador vencieron los violentos, los que aprobaban al asesino de Clodio; la tarde de los funerales, el Senado decretó el estado de sitio y encargó á Pompeyo, á los tribunos del pueblo y al mismo Milón que ejecutasen este decreto (1). Milón, enardecido por este cambio en su favor, acudió inmediatamente á Roma, y resolvió imponerse á la cobardía general con golpes de audacia, y tuvo el valor casi increíble de volver á solicitar el consulado (2). Pero esta audacia exasperó al bajo pueblo, que amenazó con rebelarse. En suma, la confusión llegó al colmo: la gente empezó á sentir miedo, y los enemigos de César á recobrar valor. Puesto que era César el creador de esta política, se le hacía responsable de todos los males presentes: del desastre de Craso, por inducirle á partir para Persia; de la corrupción universal, que había fomentado con sus larguezas; de los desórdenes de Roma, que fomentaba; de la interminable guerra de las Galias, que había determinado con sus rapiñas (3).

---

(1) Dión, XL, LI.

(2) Idem, XL, XLIX. Appiano, *B. G.*, II, II.

(3) Para comprender cómo la opinión pública varió sobre César en el 53 y en el 52, basta comparar lo que Cicerón decía de él en el 56, en el 55, en el 54 (Cicerón, *F.*, I, IX; VII, VII; VII, VIII; *ad Q.*, II, XV, *B.*, II, XVI; II, I; III, V; III, VIII; III, IX; *A.*, IV, XVI; IV, XVIII, y todo el discurso *de provinciis consularibus)* con lo que escribió en el 51 y en el 50 (Cicerón *A.*, VI, I, 25; VII, I, VII, VII, 5). Véase además, Cicerón, *F.*, II, VIII, 2. Este cambio no estuvo determinado por causas personales, pues César hizo siempre todo lo que pudo por conservar la buena amistad de Cicerón (véase, *A.*, VIII, I, 3), sino por un cambio de opinión en las altas clases y que tuvo por causa la ruína de Craso, el desorden interior de Roma y la insurrección de

César tuvo, pues, que reconstituir por tercera vez el partido democrático. Pero el empeño no era fácil, ahora que Julia, Craso y Clodio habían muerto. Una vez desaparecido el incomparable agitador del pueblo, los *collegia* electorales, que constituían la fuerza de su partido, se disolvieron; y la muerte de Craso después de la de Julia hacia precario el acuerdo con Pompeyo, minado ya por los sucesos de los últimos años. Es un error de los historiadores el considerar la discordia que entonces empezó á surgir entre César y Pompeyo, como efecto de una rivalidad de ambiciones latente desde mucho antes y que estalló con la desaparición de Craso. No en las ambiciones, sino en el temperamento de ambos hombres es donde se incubaba la discordia, y fueron los sucesos y no la voluntad de uno ú otro quien la hizo estallar: no es la lucha entre dos ambiciones lo que comienza, sino el choque supremo de la política conservadora y de la política democrática lo que va á producirse. Después de tantas luchas, estas dos políticas acabaron por encontrarse personificadas en dos antiguos amigos. Los rencores y las intrigas de los con-

---

las Galias. Además, conviene observar que en la correspondencia de Cicerón, apenas poseemos cartas del 52, y las que nos quedan son billetitos sin importancia. Como es probable que la correspondencia se publicase en tiempos de Augusto, y es seguro que fué objeto de una especie de censura previa, me inclino á creer que las cartas del 52 se suprimieron casi todas, porque revelaban bien claro el espanto que produjo la insurrección de las Galias, y porque contenían severos juicios sobre César. El momento en que cambió la opinión pública imparcial — favorable á César tras la conquista de la Galia — fué el año 52: entonces es cuando se dió cuenta de que la anexión del 57 había sido un engaño político.

servadores, la dificultad de luchar contra ellos, y al mismo tiempo contra César, Craso y Clodio, había obligado hasta entonces á Pompeyo á unirse con César, aunque en el fondo, por temperamento, fuese un conservador. Pero el desastre de Craso, los desórdenes de la república y los motines de Roma le asustaban, despertaban sus instintos autoritarios, le arrastraban hacia las ideas profesadas ahora por los mejores ciudadanos; hacia aquel programa ingenioso y quimérico al mismo tiempo que aspiraba á la conciliación de la aristocracia y de la democracia, á la represión de la corrupción pública y privada, al retorno á la vida más sencilla y moral. Las cosas no podían durar así: la república necesitaba orden, paz y justicia; si las magistraturas ordinarias no eran suficientes, sería preciso instituir un nuevo magistrado que pudiera normalizar la situación. Estas ideas se difundían entre las altas clases, y Cicerón, sin darse exacta cuenta, exteriorizaba el nuevo estado de alma escribiendo el tratado *De republica.*

César comprendió el peligro, y procuró ante todo tener á Pompeyo de su parte. Desde Rávena, adonde había ido á pasar el invierno (1), ayudó á su antiguo yerno á hacer en la Cisalpina la recluta que el Senado le había encargado (2); y le propuso un nuevo y doble casamiento. César se casaría con la hija de Pompeyo, que estaba entonces en relaciones con el hijo de Sila, y Pompeyo se casaría con la segunda hija de una sobrina de César, Acia, que casó con Cayo Octavio, muerto

(1) Floro, III, x, 22.

(2) Cicerón, *pro Mil.*, XXIII, 61; XXVI, 70; Asconio, págs. 35, 51; Dión, XL, 49-50; César, *B. G.*, VII, 1.

cuando iba á ser cónsul y que, además de un hijo, Cayo, nacido en el 63 y de once años á la sazón, tenía otras dos hijas mayores (1). Pero Pompeyo, que empezaba á cansarse de su unión con César, no aceptó. La decepción fué grande para César. Le era tanto más necesario conjurar el peligro por lo mismo de que ya lo veía condensarse en lo porvenir. Sus poderes proconsulares expiraban el 1.° de Marzo del año 49, y según la ley de Sila, que sólo autorizaba la reelección al cabo de diez años, no podría ser cónsul nuevamente hasta el año 48. Luego tendría que estar diez meses ocioso, durante los cuales no podría estar protegido por la inmunidad de los magistrados, sino que, como cualquier ciudadano, estaría expuesto á las acusaciones y procesos con que los partidos se hacían la guerra en Roma. Entre tantos enemigos, si la situación de su partido seguía declinando, si Pompeyo le abandonaba, el peligro de un proceso podía ser grande, pues no hubiese sido imposible arrancar á los jueces una condena de destierro, que pusiese brusco término á su carrera política. Luego era preciso que durante esos diez meses conservase el gobierno de su provincia; ¿pero cómo obtener eso? Sin duda que no le hubiese sido difícil el diferir el nombramiento de su sucesor hasta el 1.° de Enero del año 48, y de continuar en su provincia como magistrado interino en espera del sucesor; pero descartada esta dificultad, se le presentaba otra más grave. No hubiera podido aspirar al consulado para el año 48, pues su presencia en Roma era necesaria para ésto. Si entraba en Roma perdía el *imperium*, convertíase en mero ciuda-

(1) Suetonio, *César*, 27.

dano, quedaba expuesto á los golpes de sus enemigos: si continuaba en su provincia, no podía presentarse candidato al consulado. No era fácil salir de esta red de dificultades jurídicas y constitucionales; pero César, que nunca era corto en expedientes, también encontró ahora uno habilísimo. Como mucha gente deseaba que fuese electo cónsul entonces—á pesar de las leyes y por un procedimiento revolucionario—juntamente con Pompeyo, rogó á sus amigos que abandonasen la idea; pero ordenó, en cambio, que los diez tribunos presentasen una ley autorizándole para solicitar el consulado encontrándose ausente de Roma (1). Así podría ser electo cónsul y continuar en la Galia hasta el 1.° de Enero del año 48, evitando de este modo el nombramiento de un sucesor. Inmediatamente comenzó en Roma las gestiones necesarias para que se propusiese esta ley; pero de súbito, los correos de la Galia le llevaron noticias inesperadas y terribles. Otra vez se había engañado creyendo que una represión feroz le daría algún respiro. Apenas hubo dejado la Galia cuando los hombres más eminentes de varias naciones, irritados de las devastaciones y condenas del año precedente, se citaron en los bosques donde examinaron la situación de la Galia, se pusieron de acuerdo y agitaron á sus partidarios y á las clases populares. Ya los carnutos, insurreccionados de nuevo á las órdenes de Gutuatro y de Conconetodumno, acababan de dar muerte en Genabo á los mercaderes italianos, entre los cuales estaba Cayo Fufio Cita, que era director de los servicios de abastecimiento del ejército romano. En Alvernia, su amigo

(1) Appiano, *B. C.*, II, xxv; Dión, XL, 51.

Vercingetórix había hecho una revolución, apoderándose del mando y enarbolando el estandarte de la protesta; los senones, los parisienses, los pictones, los cadurcos, los turones. los aulerces, los lenovices, los andes y todos los pueblos que habitaban en las riberas del Océano se sublevaron escogiéndole por jefe; éste había enviado ya un ejército á las órdenes del cadurco Lucterio á las fronteras de la Galia narbonesa, mientras que personalmente invadía el territorio de los bituriges, tributarios de los eduos (1). Una revolución más extensa y peligrosa que las precedentes amenazaba á los ejércitos romanos dispersos por sus cuarteles de invierno y sorprendía á César, á centenares de millas de distancia, cuando ni siquiera había podido comenzar la obra de restauración política por la que había abandonado presurosamente la Galia.

La situación era horrible para César. ¿Iba á desmoronarse y enterrarse entre ruínas toda su obra en Italia y en la Galia? Pero la grandeza del peligro excitó todas las energías de su espíritu. No pudiendo atender simultáneamente á la crisis gala y á la crisis italiana, obligado á escoger entre una y otra, abandonó sin dubitación á Italia, como en el 57, á su propio destino, y partió en seguida, es decir, probablemente á mediados de Febrero, para la Narbonesa (2). Ya en camino, las noticias

---

(1) César, *B. G.*, VII, I-V.

(2) Habiendo ocurrido la muerte de Clodio el 18 de Enero, me parece que así puede fijarse aproximadamente esta fecha, según el pasaje de César, *B. G.*, VII, I. Observaré de pasada que César, en el relato de esta guerra, ha descuidado casi absolutamente toda indicación cronológica, lo que aumenta en gran manera la dificultad de escribir la historia de ella.

llegaban cada vez más graves; los eduos, los remos, los lingones, que habían continuado fieles en el centro de la Galia, estaban rodeados de pueblos rebeldes, como de un inmenso círculo de fuego; al Este, sólo los secuanos dudaban todavía: todo el ejército romano ocupaba la parte septentrional de este círculo. Si César llamaba sus legiones á la Narbonesa, hubiesen tenido que cruzar toda la Galia insurrecta; si iba á incorporárseles, tenía que cruzar con escasas fuerzas toda la Galia armada y pasar por ese círculo de fuego. La alternativa era terrible. Pero sin perder un instante, con esa rapidez que, como ha dicho un antiguo, parece ser la de la llama, César concibió y ejecutó un plan de extraordinaria audacia. En algunos días organizó lo mejor que pudo la defensa de la Narbonesa, con la guarnición y los soldados que acababa de reclutar en Italia; luego envió un pequeño cuerpo de caballería á la Viena francesa; en fin, con el resto de la guarnición cruzó en pleno invierno los Cevenas, haciendo que los soldados abriesen un camino en la nieve, y se arrojó de improviso sobre la Alvernia. Los alvernios, que se creían al abrigo de cualquier ataque mientras las montañas estuviesen cubiertas de nieve, quedaron tan aterrados ante esta aparición inesperada, que llamaron inmediatamente á Vercingetórix en socorro de la patria invadida—al decir de ellos—por un ejército inmenso. Esto es lo que César deseaba. Cedió el mando á Décimo Bruto, encargándole que devastase el país; luego retrocedió por los Cevenas con una pequeña escolta; recorrió en algunos días las cien millas (150 kilómetros) que le separaban de Viena (la francesa); allí tomó el mando de la escasa caballería que había enviado delante, y cabal-

gando día y noche cruzó la Galia al galope sin ser reconocido, y, por lo tanto, sin que nadie le molestase. Todos le creían aún en la Alvernia. Así se incorporó á las dos legiones que tenían sus cuarteles de invierno en el país de los lingones, y envió á las demás legiones la orden para que se concentrase el ejército en los alrededores de Agendico (Sens); y hacia mediados de Marzo (1), habiéndose dirigido él mismo á Agendico con dos legiones, se encontró al frente de todo su ejército, compuesto de once legiones, inclusa la legión de la Alondra. Total, unos 35.000 hombres, y además los auxiliares galos, cuyo número es difícil de calcular, y la caballería, reducida á poca cosa (2). César había reco-

---

(1) Según Jullian (*Verc.*, 155), César se incorporó á sus legiones hacia fines de Febrero. Esto me parece difícil. El viaje de Rávena á Narbona, las disposiciones que adoptó para la defensa de la Narbonesa y el paso de los Cevenas, no pueden haberle impuesto menos de quinces días. De Alvernia á Sens, pasando por la pequeña Viena, hay unos 600 kilómetros, y aunque parte del viaje se realizase á caballo, aún hay que contar quince días por lo menos. Para que César hubiese podido reunirse con sus legiones hacia fines de Febrero, era necesario que hubiera salido de Rávena á fines de Enero, lo que no es admisible, si se considera que Clodio murió el 18 de Enero, que César llegó á Rávena después de su asesinato, que permaneció allí algún tiempo y realizó gestiones para poderse presentar al consulado durante su ausencia. Todo esto no pudo ocurrir en algunos días. Cuanto al punto de que las legiones se reunieron cerca de Agendico, tal me parece resultar de lo que César dice, *B. G.*, VII, IX (legiones... unum in locum cogit), y VII, X (duabus Agendici legionibus... relictis).

(2) El Duque d'Aumale, en la *Revue des Deux Mondes*, del 1.º Mayo, 1858, en la página 75, ha hecho notar que las legiones de César no podían ser de 5.000 hombres, sino de 3.500 ó 4.000. Si tenemos en cuenta que estamos casi al remate de la guerra, creo que aún se las puede reducir y no evaluarlas en más de 3.000 hombres.

rrido de la pequeña Viena á Agendico—parte á caballo, parte al frente de las dos legiones—otras 300 millas (unos 450 kilómetros).

Comprendiendo Vercingetórix que César le había engañado, volvió al territorio de los bituriges y puso sitio á Gorgobina con su pequeño ejército, que se componía de alvernios y de modestos contingentes enviados por los otros pueblos. Total, unos siete mil ú ocho mil caballeros probablemente y otros tantos, ó quizás menos, infantes (1), siendo la mayoría de ellos servidores suyos ó servidores y clientes de sus amigos. ¿Qué partido debía de adoptar César? Desde el punto de vista político

(1) Jullian (*Verc.*, 159) atribuye á Vercingetórix de seis mil á siete mil caballos y cien mil infantes. La mayoría de los historiadores también se inclinan á considerar como muy importante el ejército de Vercingetórix. Pero esto no parece posible. En primer término, ¿dónde hubiese reclutado tantos soldados? Es verdad que los pueblos insurrectos le enviaban contingentes; pero conviene no olvidar que algunos de ellos, y los más importantes, como los senones y los parisienses, concentraron preferentemente sus esfuerzos militares en su propio país, hasta el punto de que al poco tiempo tuvo César que enviar cuatro legiones contra ellos. Además, si en la antigüedad no era fácil mantener á cien mil hombres en tiempo de guerra (Mitrídates, por ejemplo, tuvo en varias ocasiones que acumular trigo durante años y años para alimentar ejércitos que apenas eran más considerables); también era imposible que tan gran ejército hiciese una guerra de devastación como el ejército de Vercingetórix. Semejante guerra sólo podía dar resultado en el caso de que el ejército devastador fuese menos numeroso que el enemigo, ó si poseía medios de aprovisionamiento muy superiores, sin lo cual, el peligro era mucho mayor para él que para el enemigo. Nada demuestra que fuese tal el caso de Vercingetórix. Además, la caballería fué quien hizo casi todo en la guerra (véase César, *B. G.*, VII, xiv); la infantería sólo desempeñó un papel secundario, y cuando César intentó sorprender el

era el de lanzarse inmediatamente sobre Vercingetórix, para salvar á los eduos y asegurarse así su fidelidad, atemorizar á los rebeldes, terminar la guerra lo más pronto posible y volver sin tardar á Italia. Desde el punto de vista puramente militar, era mucho más prudente esperar la buena estación (1), durante la cual, el ejército podría encontrar en el camino abundantes provisiones. Pero también ahora las consideraciones políticas ejercieron más influencia en su ánimo que las consideraciones militares. César creyó que la rebeldía de los eduos sería más peligrosa para él que una campaña durante el invierno, y quería realzar la reputación de sus armas por la rapidez de rayo de sus ataques y victorias. Solicitó, pues, de los eduos, que hiciesen todo lo posible para proveerle de trigo; dejó dos legiones y todos los bagajes en Agendico, y en pocos días atacó y tomó á Velaunoduno, incendió á Genabo, cruzó el Loira, y penetrando en el territorio de los bituriges, puso sitio á Novioduno. La ciudad iba ya á rendirse cuando llegó Vercingetórix, que estaba en Gorgobina. ¿Quería

---

campamento (VII, XVII), pudo ocultarse en las marismas con los bagajes, y esto tan pronto, que no lo hubiese logrado de ser tan numeroso. En fin, ¿hubiera sido posible que César osase dividir su ejército é ir á Gergovia con seis legiones solamente, esto es, con unos veinte mil hombres, teniendo en contra un ejército de 100.000 hombres, y cuya caballería era superior á la suya? Puede evaluarse en 8.000 el número de caballeros, puesto que Vercingetórix tenía 15.000 al terminar la guerra (César, *B. G.*, VII, LXIV), esto es, luego de haber recibido los refuerzos llegados de la Aquitania y los que se había procurado después de la conferencia de Bibracte.

(1) Conviene recordar que el calendario resultaba entonces adelantado en más de un mes.

medir sus armas con las del ejército romano é intentar seriamente la liberación de la ciudad? No me parece probable; pues sus fuerzas eran demasiado insuficientes. Quizás pretendió socorrer á la ciudad amenazada para tranquilizar un poco á la Galia, asustada por la marcha de César; pero ya en este momento había comenzado á observar el sistema de guerrillas que pensaba emplear contra los romanos. Sea de ello lo que quiera, bajo los muros de Novioduno, se empeñó un combate, cuya importancia exagera César, á consecuencia del cual se retiró Vercingetórix y la ciudad tuvo que rendirse. César marchó sobre Avarico (Bourges), capital de los bituriges, una de las más ricas entre las ciudades que comenzaban á engrandecerse.

Vercingetórix comenzó entonces á poner en ejecución el plan que, según mi opinión, meditaba hacía mucho tiempo, y que César cree, al contrario, que le fué sugerido por su reciente derrota: hacer el vacío en torno de César, incendiando, á medida que avanzaba, las aldeas, las ciudades, la misma Avarico; interceptarle las comunicaciones, capturar los convoyes, aniquilar á sus forrajeros. Este plan era bueno, pues su caballería resultaba mucho más fuerte que la caballería romana; pero para su realización necesitaba gran valor el pueblo. Las bituriges no carecieron de él al principio. César avanzó por un país desierto y devastado, viendo siempre en el horizonte las columnas de humo de las aldeas incendiadas, fatigado sin cesar por Vercingetórix, que le seguía de cerca, negándose á toda acción, haciendo que su tropa acampase en las marismas y en los bosques, al abrigo de los ataques, y procurando capturar los convoyes de grano. Si Avarico también quedaba

destruída, el ejército romano se extraviaría en una marcha sin fin, al través de un país sometido al fuego y á la sangre. Pero los bituriges no se sintieron con ánimos de incendiar á la bella Avarico, y Vercingetórix, cediendo al cabo, la eximió de las llamas. César acudió inmediatamente, y con su prodigiosa actividad, emprendió gigantescos trabajos de sitio, haciendo trabajar á sus soldados en la estación aún fría y lluviosa, sin preocuparse de la guerrilla de Vercingetórix, que con frecuencia le hacía carecer de pan durante días enteros. Jamás ejército romano, á contar desde Lúculo, tuvo que aguantar tan grandes fatigas. Pero César conocía á los soldados de su época mejor que Lúculo, y en estos momentos críticos, lejos de tratarlos duramente, los colmaba de atenciones que contrastaban con la ferocidad de esta guerra terrible. Un día llegó á proponerles levantar el sitio si la prueba resultaba demasiado penosa para ellos. Naturalmente, todos rechazaron, y volvieron al trabajo con más ardor que nunca (1). Así, á pesar del frío, del hambre y de las salidas del enemigo, realizáronse los trabajos de aproche, se erigieron las torres de ataque, se dió el asalto, y la ciudad fué tomada en la segunda mitad de

(1) Conviene observar que debiendo César (*B. G.*, VII, XVIII) contar aquí una tentativa hecha para sorprender á la infantería de Vercingetórix, mientras la caballería estaba ausente, no dice con qué fuerzas marchó contra el campamento galo, lo cual hubiese sido un detalle importante. No debe de considerarse esto como un olvido accidental; es probable que fuese con pocos hombres, porque la infantería gala también era poco numerosa. Es posible que César callase cuántos hombres llevó para que no pueda conjeturarse las fuerzas del enemigo.

Abril (1). César aún quiso dar un ejemplo terrible, entregó la ciudad á sus soldados, y toda la población fué pasada á cuchillo, sin que Vercingetórix se atreviese á acudir en su auxilio.

César apenas había necesitado más de un mes para destruir cuatro focos de rebeldía; para llenar su camino de terribles castigos, como el incendio de Genabo y el saqueo de Avarico; para llenar sus arcas de oro y de plata saqueando los tesoros de las ciudades, de los templos y de los particulares; en fin, para realzar en las legiones esa confianza que es tan necesaria en un ejército pequeño que guerrea en un vasto país en plena revolución. Su impetuosa y genial energía había triunfado de todo, del espacio, de la estación, del hambre, de las murallas fortificadas y de los hombres. Entonces hizo un breve alto en Avarico, como para recobrar aliento. Considerando que con la toma de Avarico estaba realizada la parte más penosa de su obra, y que si la revolución no quedaba completamente extinguida, al menos resultaba definidamente domada, César se propuso que su ejército descansase y se alimentase con las provisiones encontradas en Avarico hasta la primavera que se avecinaba; luego invadiría el país de los alvernios, destruiría su capital Gergovia, y la guerra quedaría terminada. Pero súbitamente sobrevino uno de esos peligrosos incidentes de la política gala, que desde hacía cinco años inspiraban tantos cuidados á Cé-

---

(1) Jullian (*Verc.*, 183) me parece que juzga con razón en cinco semanas el tiempo necesario para esta expedición, desde la salida de Sens hasta la toma de Avarico. Así se llega desde fines del mes de Marzo hasta la segunda mitad de Abril.

sar. La elección del primer magistrado amenazaba con desencadenar una guerra civil entre los eduos; pues se habían formado dos partidos: uno de ellos nombró para la suprema magistratura á Coto; el otro á Convictolitavo, y éste último pretendía que la elección de Coto era ilegal. César tuvo que suspender sus operaciones militares, dirigirse con su ejército á Dececia y resolver la diferencia, reconociendo la validez de la elección de Convictolitavo. Así transcurrieron algunas semanas, durante las cuales, las fuerzas de la insurrección tenían que haberse disuelto y perderse, por miedo al último asalto que hubiesen sufrido. Al contrario, las noticias que llegaban á César indicaban claramente que la insurrección no se había desanimado con sus victorias tanto como era de esperar. Al Norte de la Galia los senones y los parisienses estaban sobre las armas y llenos de ardor; Commio organizaba un ejército; Vercingetórix había recibido recursos de Aquitania; reclutaba arqueros; enseñaba á sus soldados á acampar como los romanos; incitaba á los pueblos que permanecían fieles á los romanos; como los eduos y los secuanos, á secundar la insurrección, enviando á los jefes grandes cantidades de oro, pues las minas más importantes estaban en Alvernia. Sin embargo, tan persuadido estaba César de que la guerra tocaba á su fin, que se creyó bastante fuerte para dividir su ejército. Como no habla nunca de la legión gala de la Alondra, y siempre da á entender que no disponía más que de diez legiones, dice que entregó cuatro á Labieno, enviándole al Norte hacia mediados de Mayo, contra los parisienses y secuanos; mientras que él mismo se dirigía con seis legiones al Sur para invadir la Alvernia por el valle del Allier,

obligar á Vercingetórix á aceptar la batalla y poner término á la guerra.

Por su parte, Vercingetórix había llegado hasta las márgenes del Allier, había cortado todos los puentes, y seguía á lo largo de la orilla izquierda los movimientos de César en la opuesta para impedirle pasar á la Alvernia, César tuvo que apelar á una estratagema. Cierta mañana logró ocultar en un bosque, cerca de un puente destruído, á veinte cohortes (había entresacado dos de cada legión), y cuando el resto del ejército se hubo alejado á lo largo del río, las veinte cohortes salieron de su refugio, reedificaron el puente y lo ocuparon. Advertidas las legiones, volvieron y lo pasaron. No queriendo aceptar la batalla, Vercingetórix las dejó hacer: fiel á su táctica recomenzó á huir ante el enemigo. Cinco días después, César llegó, dió vista al otero de abruptas pendientes en que estaba erigida Gergovia, y sin perder un momento comenzó los trabajos de aproche. Pero seis legiones no eran suficientes para tomar una ciudad tan bien fortificada por la naturaleza y el arte; y la situación del ejército romano no tardó en hacerse crítica. Vercingetórix seguía acampando á poca distancia, teniéndose á cubierto en las selvas y marismas, siempre molesto para el enemigo y siempre inatacable: los nobles eduos, corrompidos por el oro de Vercingetórix, comenzaban á dudar; Gergovia se sostenía bien. Cierto día faltó poco para que los soldados que le enviaban los eduos se pasasen al enemigo. César quiso entonces espantar á la Galia, tomando á Gergovia de viva fuerza, y lanzó sus seis legiones á un asalto general. Pero este desesperado golpe de audacia fracasó: los asaltantes fueron rechazados con grandes pérdi-

das (1). Reconociendo entonces su error y el peligro que correría obstinándose ante la plaza, César decidió levantar el sitio é ir en busca de Labieno—probablemente en la segunda mitad de Junio—que estaba en el Norte.

La decisión era prudente; pero suponía un peligro inmediato. En la sobreexcitación general de los espíritus, este primer fracaso manifiesto de César pareció ser el comienzo de su ruína. Casi en todas partes se creyó que César llevaba las de perder, y esto decidió á los que aún dudaban en combatir contra él. En el camino supo que los mismos eduos habían concluído por insurreccionarse, que habían muerto á los mercaderes romanos, capturado en Novioduno su tesoro, los rehenes galos, sus bagajes, sus caballos y cortado el puente sobre el Loira; también se habían llevado, quemado ó arrojado al río su trigo, y que se disponían á rechazarle en la Narbonesa, interceptándole el paso del Loira (2). La defección de los eduos, el más rico y poderoso pueblo de la Galia, cortaba su mejor base de aprovisionamientos y sus comunicaciones con Labieno, anulaba todo el efecto de sus precedentes victorias y desencadenaba la protesta en toda la Galia, arrastrando á los pueblos que hasta entonces habían dudado. Y así ocurrió: las antiguas instituciones galas que habían procurado hacer funcionar bajo su inspección, se convertían ahora en órgano de la protesta, en la gran máquina de guerra contra Roma. De uno á otro extremo de la Galia se tra-

---

(1) Véase en Napoleón III, *J. C.*, II, 281 las observaciones sobre el relato que César hace de este asalto. *B. G.*, VII, XLV-LI.

(2) Véase César, *B. G.*, VII, LVI.

taba ya de convocar una gran dieta nacional en Bibracte. Otra vez se veía César al borde del abismo; pero tampoco ahora se dejó amilanar por la insurrección de los eduos. Comprendiendo que si se retiraba sólo á la Narbonesa dejando á Labieno en el Norte, los galos podrían aniquilarles fácilmente á los dos, decidió unirse á Labieno, á cualquier precio y lo más pronto posible. No queriendo perder el tiempo en construir un puente sobre el Loira, muy caudaloso con el deshielo, encontró un vado por donde sus soldados podrían pasar con el agua hasta los sobacos, y llevando sobre la cabeza las armas y el hato: colocó la caballería de manera que rompiese como una mole viva la corriente, y lanzó todo el ejército en el río. Luego, habiendo recogido todo el trigo y ganado que pudo encontrar y cargando con ellos á los esclavos, las mulas, los soldados mismos, avanzó á marchas forzadas, y acabó por reunirse á Labieno en el territorio de los senones, probablemente en la vecindad de Agendico (Sens). De Gergovia á Agendico, César aún había recorrido 200 millas (300 kilómetros); suponiendo que emplease en esto unos quince días, se encontró á comienzos del mes de Julio al frente de su ejército entero. Mientras él sufrió el fracaso de Gergovia, Labieno obtuvo importantes victorias sobre los senones y los parisienses.

Y hubo una tregua. Los *Comentarios* no dicen cuánto duró; pero fué de un mes cuando menos, durante el cual hubo gran actividad y febriles preparativos de ambas partes. La derrota de Gergovia parecía haber cambiado las probabilidades de la guerra. Los eduos habían arrastrado á la protesta con el ejemplo de su defección á casi todos los pueblos galos, excepto los remos, los

lingones de Tréveris y algunos pueblos belgas. El joven héroe alvernés se había dirigido á Bibracte, convertido en centro de la insurrección, y donde se reunieron los diputados de todos los países galos para organizar una dieta en la que se tratase de la formación de un ejército nacional: inmenso entusiasmo conmovía á toda la Galia. Al contrario; sintiendo que la protesta le amenazaba por todas partes, César consideró á la Galia como perdida, y sólo tenía una idea: sacar á sus soldados de este horno. Pero la retirada parecía ahora dificilísima al general, que dos meses antes consideró haber reconquistado por siempre á la Galia. Los soldados estaban muy desanimados (1); los aprovisionamientos, siempre difíciles, lo iban á ser mucho más en un país completamente subvertido; la falta de caballería podía causar grandes perjuicios. En este momento supremo, el espectro de Craso se ofreció á César: ¿conduciendo al través de la Galia con tan escasa caballería sus legiones decaídas, no corría el riesgo de caer como Craso bajo los ataques de la caballería gala, que era tan numerosa? Este temor es sin duda lo que le hizo conducir su ejército en dirección á Germania, á un lugar donde, según unos está hoy Vitry-sur-Marne (2) y según otros Bar-sur-Aube (3) para reclutar gran número de caballeros germanos. El general que siete años an-

(1) Plutarco, *César*, 26.

(2) El Duque d'Aumale ha sido el primero en observar que es necesario suponer un movimiento de César hacia el Este, del que nada dicen los *Comentarios*. Supone que César se dirigió á Vitry-sur-Marne. Véase *Revue des Deux Mondes*, 1.º Mayo 1858, páginas 76-77.

(3) *Spectateur militaire*, Abril, 1863.

tes había entrado en la Galia como el destructor del poder germánico, alistaba ahora germanos contra galos, pagándoles con el oro del saqueo de la Galia. César pasó así todo el mes de Julio y quizás parte del de Agosto alistando germanos, formando un gran cuerpo de caballería, y preparando su retirada. Pero sus soldados estaban abatidos, y los galos llenos de confianza y ardor.

La desanimación de los unos y la alegría de los otros no debía durar mucho tiempo. César se engañaba creyendo que el peligro fuese tan grande, como se engañó antes creyendo que la guerra hubiese terminado. Vercingetórix debía todos sus éxitos á la guerrilla; y ciertamente, si en toda la Galia se hubiese podido organizar la guerra de partidas con jefes como él, César se hubiese visto obligado á emprender la retirada por hambre. Pero el fracaso sufrido por César ante Gergovia salvó la dominación romana. Envalentonados por este triunfo, parte de los galos quisieron cambiar la guerrilla por una guerra regular, en la cual, la Galia desunida, agitada por una profunda crisis social, no podía triunfar de los ejércitos romanos. Las primeras dificultades para los galos comenzaron cuando, en la dieta de Bibracte, se trató de escoger un generalísimo y de establecer un plan de guerra. Los eduos querían designar á uno de sus conciudadanos; otro partido propuso confirmar en el mando supremo á Vercingetórix; un partido quería la gran guerra, otro la continuación de la guerrilla. Vercingetórix fué designado; pero para no hacer sentir demasiado su autoridad á los eduos y para conciliar á los partidos opuestos, propuso una guerra mixta, es decir, uno de esos compromisos tan peligrosos y, sin embargo, tan frecuentes en la historia, por-

que se imponen fatalmente, aun á los hombres más resueltos é inteligentes, por la debilidad ó la tontería de los otros. Los eduos y los segusiavos enviarían diez mil infantes y ochocientos caballos al mando de un noble para invadir el territorio de los alóbroges en la provincia romana; los gabalos y los alvernios entrarían á saco en el territorio de los helvios; los rutenes y los cadurcos el de los volces arecomices, de suerte que pudieran invadir por diversos puntos la provincia romana, y que César bajase del Norte para defenderla. Vercingetórix transportaría su cuartel general á Alesia (Alise-Sainte-Reine), pequeña ciudad fortificada de los mandubianos (1) alrededor de la cual se cruzaban todos los caminos por donde César podía pasar para descender del Norte á la Narbonesa, y que era una garita excelente para espiar al enemigo. Luego de haber provisto á Alesia de víveres y fortificaciones, Vercingetórix, con un cuerpo de 15.000 jinetes y la infantería que ya poseía, procuraría estorbar la marcha del enemigo, interceptarle los víveres y hostilizarle cuando pasase por allí para ir en socorro de la Narbonesa. En efecto, César—probablemente en la primera mitad del mes de Agosto—luego de organizar un gran cuerpo de caballería germana, comenzó su retirada hacia la Provincia (2) al frente de sus once legiones fatigadas y descorazonadas, desastrosa conclusión de una empresa

(1) El Duque d'Aumale, en la *Revue des Deux Mondes* de Mayo, 1858, pág. 94, ha puesto de manifiesto las ventajas estratégicas de esta plaza, y demostrado que fué á ella donde Vercingetórix trasladó su cuartel general. No me detengo á discutir si Alise-Sainte-Reine es la antigua Alesia, porque lo considero fuera de duda.

(2) Dión, 40-30, nos dice que César quería socorrer la provincia.

que había tenido tan brillantes comienzos. La guerra—en la cual había empeñado toda su fortuna política—terminaba con una retirada precipitada; la obra en que había trabajado durante siete años y que tenía que hacer de César el igual de Lúculo y de Pompeyo, quedaba destruída; estos treinta mil hombres que marchaban abatidos y tristes, conduciendo en mulas que les seguían formando un largo cortejo, las máquinas de guerra, los bagajes, los esclavos de las legiones, los restos del botín, los mercaderes italianos escapados á la matanza; en suma, todo lo que aún quedaba, en hombres y cosas, de italiano, en el país que se creyó por un momento conquistado, representaba el término de la dominación romana al otro lado de los Alpes, y la ruína final de la política conquistadora en que César había pensado imitar y aún superar á Lúculo.

Es difícil saber por donde pasó. Unos le hacen partir de la región donde hoy está Troyes y dirigirse por Gray y Dijón á Besanzón (1); otros le hacen partir de Vitry-sur-Marne para descender por el valle del Tille, pasar á Dijón, crüzar el Saona cerca de Saint-Jean-de-Losne, y dirigirse á la Narbonesa, á lo largo de la margen derecha del Saona (2); otros, en fin, le hacen partir de Bar-sur-Aube, en la dirección de Pontailler-sur-Saône (3). Lo cierto es que hacia el cuarto día de marcha (4), por la mañana, cuando llegó á Beneuvre, entre

(1) Von Goler, *Cæsars Gallischer Krieg in dem Jahre, 52*, Karlsruhe, 1859.

(2) *Revue des Deux Mondes*, 1858, 1.° Mayo, pág. 87.

(3) *Spectateur militaire*, Abril, 1863.

(4) *Revue des Deux Mondes*, 1858, 1.° Mayo, pág. 95.

Brevón y el Ource, según von Goler y en las márgenes del Vingeanne, según Napoleón III, en la vecindad de Montigny, según el Duque d'Aumale, ó cerca de Allofroy, según el escritor anónimo del *Spectateur militaire*, César fué atacado de improviso por Vercingetórix y tuvo que aceptar una batalla formal (1).

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué Vercingetórix abandonó su sistema de guerrilla para intentar la guerra grande? Como el general galo se nos ofrece, aun en el relato de César, lleno de inteligencia y de energía, á falta de documentos precisos cabe suponer que el estado de su ejército es lo que le obligó á buscar este encuentro, que César deseaba. Puede hacerse la guerrilla con poco ejército, con escasos recursos, y sin disponer de grandes generales; pero sí se necesitan soldados valerosos, resueltos y pacientes. Mientras que Vercingetórix mandó pequeños cuerpos de caballería é infantería, compuestos casi exclusivamente de alvernios, que eran sus clientes, sus criados ó sus amigos, tuvo bastante autoridad para imponerles las pesadas fatigas de la guerrilla. Pero ahora que estaba al frente de un ejército heterogéneo, se encontró con muchos más soldados y mucha menos autoridad. Es probable que surgiesen discordias entre los numerosos jefes de estas tropas, y que las rivalidades nacionales aumentasen diariamente en un ejército organizado en pocos meses, en un mo-

(1) Lo declaro francamente: he puesto empeño en estudiar las cartas geográficas de Francia, en medir las distancias y en calcular los días de marcha, y no he podido confirmar ninguna de esas hipótesis. Quizás el problema sea insoluble. En todo caso se necesitarían conocimientos estratégicos y topográficos superiores á los que yo poseo.

mento de exaltación, y que no estaba sometido á una disciplina regular; ejército en que los soldados solían ser clientes de grandes señores, habituados á las pequeñas guerras galas de corta duración, y en que los jóvenes se reclutaban á prisa en todas las clases y estaban desprovistos de suficiente preparación militar. Vercingetórix debió temer en cierto momento que el entusiasmo patriótico se extinguiese pronto, si él no lo alimentaba con algún éxito análogo al de Gergovia; pensaría también que el ejército romano debía de estar cansado y desalentado; que si el año precedente habían destruído los partos las legiones de Craso lanzando sobre ellas grandes masas de caballería, lo mismo podía hacer él. Lanzó, pues, su caballería sobre el ejército de César que estaba en marcha, y formó la retaguardia con la infantería, dividida en tres cuerpos, que permaneció inmóvil.

Pero Vercingetórix quizás ignoraba que César no había reclutado del otro lado del Rhin una nueva caballería, y en lugar de las poco numerosas y débiles *turmæ* romanas, se encontró frente á vigorosos escuadrones germanos. El choque entre ambas caballerías fué violento, pero breve; pues los germanos de César, con ayuda de las legiones, no tardaron en dispersar á los galos, matando gran número de ellos. Esta batalla, á pesar de que no había sido terrible, tuvo grandes consecuencias, que no podrían explicarse sin admitir que el ejército galo carecía de organización y de resistencia, y que César lo había creído más peligroso de lo que realmente era. En efecto, inmediatamente después de la batalla, Vercingetórix se replegó con sus tropas sobre Alesia; y César, comprendiendo en seguida que esta retira-

da á una ciudad fortificada significaba un profundo decaimiento del ejército, cambio su plan, y en lugar de proseguir su retirada hacia la Provincia, resolvió tomar la ofensiva intentando un golpe supremo. Esto sería el término de la guerra, si resultaba vencedor, y el medio de reconquistar su crédito en Roma: si resultaba vencido sucumbiría allí con su ejército, y se adelantaría en la Galia misma al destino que le esperaba seguramente en la Provincia, si regresaba á ella con sus legiones vencidas. Desde la siguiente mañana, pues, empezó á perseguir al ejército galo; y cuando llegado ante Alesia vió la roca en que se erigía la ciudadela, no dudó—estando en país enemigo y sin aprovisionamientos seguros—en sitiar con 30.000 hombres á un enemigo cuyas fuerzas eran iguales y quizás superiores (1), á esperar allí el ataque de los ejércitos galos idos á la Narbonesa, si volvían en socorro de los sitiados; á venir á las manos si era preciso, ante los muros de Alesia, con toda la Galia insurrecta. ¡Esta sería la prueba suprema! Este hombre que llevaba consigo los destinos de Europa estaba decidido á arriesgarlo todo. Los legionarios descargaron de las bestias sus palas y picos y otra vez se

(1) Se admite ordinariamente sustentándose en César, *B. G.*, VII, LXXVII, que, además de la caballería se refugiaron en Alesia 80.000 soldados. Pero conviene observar ante todo que esta cifra está puesta en boca de Critognato que pronuncia un discurso; y en seguida, es difícil admitir que, uniéndose 80.000 hombres á la población, pudiesen encontrar sitio en una pequeña ciudad gala y vivir en ella casi dos meses; en fin, no es posible explicarse la inercia de Vercingetórix, si disponía de tantos soldados. Véanse las consideraciones del Duque d'Aumale en la *Revue des Deux Mondes* del 1.° de Mayo 1858, en la página 111.

pusieron á abrir trincheras y á levantar terraplenes en torno de la ciudad.

Vercingetórix procuró, ante todo, estorbar los trabajos de los romanos dando cargas de caballería; pero no tardó en advertir que así podría retrasar, pero no impedir la ejecución de las obras. ¿Qué hacer? Intentar una salida y arriesgarlo todo en una batalla formal era una solución demasiado peligrosa; pero dejarse encerrar sería un suicidio. Convocó á un consejo de guerra y, después de vivas discusiones, decidió que saliese la caballería—antes de que los trabajos del enemigo estuviesen rematados—con el encargo de ir á solicitar la ayuda de los diferentes pueblos célticos y excitar á la Galia para un alzamiento en masa. Doscientos cincuenta mil hombres debían reunirse y arrojarse sobre las trincheras romanas. En efecto, una noche salió sin ruído toda la caballería gala, logrando burlar la vigilancia de los centinelas romanos, pasó al través de los trabajos de sitio, todavía sin concluir, y desapareció en numerosos escuadrones por los cuatro puntos del horizonte. La primera parte del plan se había realizado. ¿Qué iba á ocurrir ahora en la Galia? ¿Respondería el país entero á la llamada de los sitiados de Alesia, de los supremos defensores de su libertad? ¿Por todos los caminos, al través de los bosques druídicos y de las marismas desiertas, de aldea en aldea, iba á encenderse el fuego anunciando el peligro é implorando socorro? Los mensajeros de la independencia ¿llegarían hasta las últimas aldeas de la montaña para hacer saber que la patria gala demandaba un supremo y sangriento sacrificio? ¿Y esta ola formidable de hombres armados vendría á estrellarse en el arrecife de Alesia?

César no podía responder á estas preguntas inquietantes. Pero la suerte estaba echada. Ya no podía retirarse; no podía, como Lúculo ante los muros de Tigranocerta, dejar parte de sus treinta mil soldados para continuar el sitio, y marchar con el resto al encuentro del ejército de socorro, pues el suyo era demasiado pequeño y dividiéndolo, cada parte correría el riesgo de ser aniquilada; sin embargo, tampoco podía dejarse sorprender por un gran ejército ante los muros de Alesia. Volvía, pues, á encontrarse en posición muy crítica. Entonces este hombre, cuyo espíritu borboteaba desde hace siete meses como una gran fuente que surgiese por una apertura harto estrecha, concibió y ejecutó sin darse respiro, y con rapidez inaudita, una de las ideas más extraordinarias y grandiosas de la guerra antigua: encerrarse, él también, en una gran fortaleza improvisada. Del lado de la llanura practicó una segunda circunvolución con torres y garitas, dejando gran espacio entre esta trinchera y la que abrió del lado de la ciudad. Su ejército tenía que vivir entre ambas como en una gran fortaleza. Corriendo de una á otra trinchera y moviéndose en el estrecho espacio intermedio procuraría resistir los dobles asaltos que le darían los sitiados de Alesia y los doscientos cincuenta mil hombres que debían acudir de la Galia. ¿Pero hubiesen tenido tiempo los soldados de concluir los inmensos trabajos, para los cuales se ha calculado que necesitó extraer dos millones de metros cúbicos de tierra? (1). ¿No corría el riesgo César de ser sitiado á su vez por el ejército de socorro, como Mitrídates ante los muros de

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1.º Mayo, 1858, pág. 113.

Cícico, y verse reducido á morir de hambre? La situación era terrible. Aunque el enemigo todavía estuviese lejos y le ayudasen los remos y los lingones (1) el abastecimiento de las legiones resultaba ya difícil. ¿Qué sería cuando una inmensa muchedumbre de hombres armados ocupase todo el país y cerrase todos los caminos? Sin embargo, desde por la mañana hasta la noche, César, ayudado de Mamurra, de Antonio, de Labieno, de Décimo Bruto, de Cayo Trebonio, de Cayo Caninio Rébilo, de Cayo Antistio Regino, dirigía el gigantesco trabajo y comunicaba su ardor al ejército; estudiaba los textos de poliorcética, consultaba á Mamurra y á los esclavos orientales más hábiles en trabajos militares, les hacía trazar dibujos y los distribuía á los centuriones convertidos en contramaestres; enviaba á buscar por todas partes madera y hierro, mientras que nueve mil soldados trabajaban sin descanso, amontonaban la tierra, abrían agujeros á lo lejos, en la llanura, colocando en ellos ganchos ó estacas puntiagudas que recubrían de leña ó yerba, para llenar el terreno de peligrosas trampas.

Así pasaron las semanas. Entretanto, por todas las aldeas galas se reclutaba á la juventud para la guerra, se organizaban los contingentes, se limpiaban las armas, se sacaba de los establos á las caballerías y se las cargaba de trigo; por todos los caminos se encontraban los jóvenes y los convoyes dirigiéndose hacia los lugares escogidos para la concentración, y desde los cuales se dirigirían á Bibracte, donde los nobles de los princi-

(1) Es una suposición verosímil del Duque d'Aumale, *Revue des Deux Mondes*, del 1.° Mayo 1858, pág. 112.

pales Estados galos estaban ya reunidos para deliberar sobre el mando del ejército y sobre el plan de guerra. Pero en torno de Alesia imperaba el desierto silencioso y siniestro. Á César sólo llegaban vagas noticias del ejército de socorro, y desde lo alto de las murallas de Alesia los centinelas de Vercingetórix interrogaban en vano el horizonte. En Alesia no se tardó en padecer hambre, y día llegó en que Vercingetórix, luego de haber racionado á todos, tuvo que prescindir de las bocas inútiles enviando á toda la población no combatiente fuera de las murallas, al espacio comprendido entre éstas y la trinchera interior de los romanos. Confiaba en que César los recogería para venderlos, y que así se eximirían de la muerte. Pero César no tenía bastante pan para sus soldados (1). Inútilmente esta muchedumbre de ancianos, de mujeres y de niños abandonados á la intemperie y al hambre extendían sus brazos á las cadenas, suplicando á los romanos que les diesen pan. Los sitiados de Alesia y los romanos podían ver todos los días á las mujeres, á los ancianos y á los niños mordisquear la yerba, llorar, lamentarse y caer desfallecidos; el espacio comprendido entre las trincheras y la colina cambiábase en campo de agonía, en un cementerio donde los moribundos eran ya esqueletos; pero los gritos desgarradores de estos desgraciados que morían de hambre no conmovían los corazones romanos ni los corazones galos, empedernidos unos y otros por el peligro, por la escasez, por la furiosa convulsión de la lucha del hombre contra el hombre. Si entre los muros de Alesia y las trincheras se moría de

(1) Dión, LX, 40; César, *B. G.*, III, pág. 47.

inanición, en la misma Alesia agotaba la guarnición sus últimos recursos, y en las trincheras romanas trabajaban los soldados con el vientre vacío. Si en este terrible momento, en vez de reclutar un gran ejército de socorro, se hubiesen organizado numerosas partidas de guerreros devastándolo todo en torno y capturando los convoyes de los lingones y de los remos, el ejército de Vercingetórix y la población mandubiana quizás hubiesen muerto de hambre, pero no entrarían en la nada sin arrastrar treinta mil soldados romanos, muertos también de hambre y de sufrimientos alrededor de la roca de Alesia.

Pero en lugar de esto, la gran guerra salvó otra vez á César. Un numerosísimo ejército galo—aunque contase menos de 250.000 hombres—llegó en socorro de Alesia (1); pero sólo era una inmensa batahola, reclutada de prisa entre todas las clases de la sociedad gala, y mandada por cuatro generales, Commio, Vercasivelauno, Eperedórix y Viridomar, que no parecen haber estado muy de acuerdo. Con razón se ha observado que dos de estos generales eran eduos, y que los eduos, que sólo habían entrado en el movimiento revolucionario á última hora, parecen haber tomado parte en esta suprema lucha con una indolencia, que hacía posible su reconciliación con Roma en breve plazo. De todas ma-

---

(1) César, *B. G.*, VII, LXXVI, dice que el total de ios contingentes se elevaba á 250.000 hombres y á 8.000 caballos. La prisa con que se reclutaron, la dificultad de alimentar á 250.000 hombres, aunque fuese durante poco tiempo, hacen suponer que estas cifras son algo exageradas. No obstante, el ejército tenía que ser muy numeroso.

neras, si este ejército hubiese sido un ejército verdadero y bien mandado, hubiese podido aniquilar á César sacrificando á Vercingetórix. Era necesario sitiar á César como Lúculo sitió á Mitrídates ante los muros Cícico, obligándole á abrirse un camino por la fuerza ó á morir de hambre. En lugar de esto, la falta de acuerdo entre los jefes, la poca cohesión del ejército, la prisa de salvar á Vercingetórix, movió á los jefes á intentar repetidos asaltos contra las trincheras romanas, mientras que Vercingetórix las atacaba del exterior. Estos ataques duraron siete días (1), pero los galos no consiguieron expugnar la gran muralla de tierra y de hombres, que el genio de César sólo necesitó un mes para erigir. Antonio, Labieno, Trebonio, Antistio y Caninio, á las órdenes de César, rechazaron con energía los asaltos sobre todos los puntos atacados: estas tentativas inútiles que costaron muchos hombres, fatigaron y desanimaron al ejército de socorro, que por su composición tenía que vencer pronto y disolverse. Y acabó por desbandarse, dejando numerosos prisioneros en poder de los romanos, y sin haber podido romper el círculo de hierro que rodeaba á Alesia. Vercingetórix tuvo que capitular; su ejército, los mandubianos que sobrevivían y gran parte de los prisioneros fueron distribuídos entre los soldados. De esta manera singular y con gran admiración de todos, la guerra terminó hacia fines de Septiembre.

País bárbaro á punto de civilizarse, y por lo mismo lleno de contradicciones, la Galia no supo hacer la guerrilla terrible y tenaz de los bárbaros, ni la guerra sabia

(1) Jullian, *Verc.*, 286,

y metódica de los pueblos civilizados. Hizo la una después de la otra. Encuéntrase en esta guerra la incoherencia que entonces reinaba en la sociedad gala, y así se explica que la Galia fuese vencida por un pequeño ejército de 30.000 hombres. Vercingetórix fué el héroe y la víctima de esta contradicción, que sólo podía resolverse con una gran ruína. Pero al tomar á Alesia, el ejército romano y su general habían triunfado en una gran prueba, que podía haber rematado en catástrofe, no sólo si el general hubiese sido menos audaz, menos ingenioso, menos fuerte de cuerpo y de espíritu, pero también si los soldados hubiesen sido menos resistentes. Á estos treinta mil hombres seguramente que les hubiese sorprendido el pánico, siendo tan mediocres como los de Craso, cuando se encontraron sólos en un vasto país enemigo, amenazados por todas partes, sin base de operaciones, rotas con Italia las comunicaciones. Con un ejército tan decaído, hasta la mezcolanza de guerra y de guerrilla que hicieron los galos hubiese sido bastante para acarrear un desastre: César habría podido perecer en el camino de la Narbonesa, como Craso había sucumbido en el camino de Armenia, y toda la historia de Europa tomar así otro curso. ¿Qué hubiese ocurrido si Roma sufre en la Galia un desastre análogo al del año precedente en Persia? El momento era terriblemente crítico, y tras la ruína de Craso, el choque moral producido en el alma de la nación por una segunda catástrofe que alcanzase ahora á César podía haber sido formidable. Es lícito preguntarse si Italia no se hubiese desanimado para siempre de semejantes empresas, y si no hubiese renunciado á avanzar en lo sucesivo hacia el interior del continente europeo. Fué du-

rante los lúgubres días del sitio de Alesia cuando se decidieron los destinos de la civilización europea. Si, como le acusaban sus enemigos, César no había conquistado la Galia con la rapidez del relámpago, había hecho una cosa más modesta, pero no menos importante: en siete años había creado un ejército pequeño, pero admirable, tal como Roma no lo había tenido en mucho tiempo, y que, en un momento decisivo supo imprimir á los acontecimientos una dirección definitiva, que los siglos ya no podrían cambiar.

VIII

Los desórdenes y los progresos de Italia.

Mientras que esta terrible crisis maltrataba á la Galia, en Roma se realizaba un hecho importante: la aproximación entre Pompeyo y los conservadores. Poco después de la marcha de César, los trastornos fueron tan violentos y la enérgica represión había parecido tan urgente al público aterrado, que al fin se impuso á todos la dictadura de Pompeyo, sin esfuerzo, hasta á sus más encarnizados adversarios. Catón había logrado que se nombrase á Pompeyo, no dictador, sino cónsul único, para que fuese responsable al terminar su magistrara (1); pero, á pesar de esta sutileza constitucional, Pompeyo fué elevado sólo á la suprema dirección del Estado, con el encargo de restablecer el orden á cualquier precio. Y Pompeyo desempeñó su misión con una energía de que nadie hubiese creído capaz á un hombre que de costumbre ejercía sus prerrogativas con tanta molicie. Es cierto que, empleando toda su influencia, había hecho aprobar la ley que permitía á César pre-

---

(1) Appiano, *B. C.*, II, xxiii; Dión, XL, 50; Plutarco, *Pomp.*, 54; *Cat. U.*, 47.

sentarse al consulado sin ir á Roma (1); pero hecha esta última concesión al partido democrático, también revisó severamente las listas de los ciudadanos entre los cuales se sacaba á la suerte los cien jueces de los procesos y los redujo á 950 entre senadores, caballeros y plebeyos, no escogiendo más que personas sobre las que ejercía gran autoridad (2). Además, propuso una *lex Pompeia de ambitu* y una *lex Pompeia de vi* que abreviaba los procesos, aumentando las penas para todos los delitos de corrupción política cometidos desde el 70, simplificando y haciendo más vigoroso el procedimiento contra los delitos de violencia (3). Igualmente propuso una *lex Pompeia de provinciis* que erigía en ley el senatoconsulto del año precedente, según el cual, no se podía ser gobernador de una provincia sin haber transcurrido cinco años desde que se ejerció la pretura ó el consulado (4); y, en fin, una *lex Pompeia de jure magistratuum* en la que, entre numerosas disposiciones que no conocemos, un artículo confirmaba pura y simplemente la prohibición de aspirar al consulado estando ausentes de Roma. ¡Años hacía que los conservadores reclamaban en vano todas esas leyes! Su alegría, pues, fué grande; y los enemigos más encarnizados de Pompeyo cambiaron de opinión sobre él. En cambio, los amigos de César no quedaron tan satisfechos de estas proposiciones. Pero como César y Pompeyo aún eran amigos, no osaron opo-

---

(1) Suetonio, *César*, 26; Dión, XL, 51; Cicerón, *A.*, VII, I, 4; Cicerón, *A.*, VII, III, 4.

(2) Cicerón, *A.*, VIII, XVI, 2; Veleyo, II, 76.

(3) Lange, *R. A.*, III, 361-2.

(4) Dión, XL, 56.

nerse á ellas, y sólo se quejaron de la *lex de jure magistratuum* que parecía anular el privilegio concedido poco tiempo antes al procónsul de la Galia. Así, gracias á su autoridad, al apoyo de los conservadores, de las clases superiores y de la opinión pública desalentada, Pompeyo consiguió que se aprobasen sus leyes sin lucha y en breve tiempo, sin hacer á los amigos de César más que una concesión, una excepción en su favor, inserta en la ley *de jure magistratuum*, cuyos términos no conocemos; pero de tal naturaleza, que los adversarios de César pudieron declararla nula en seguida. Pero si estas leyes eran buenas, otras, excelentes también, hacía mucho tiempo que estaban en vigor, y sin embargo, no servían para nada, pues entre las luchas de los partidos, de las intrigas de los clientes y del relajamiento general, ningún magistrado tenía ya fuerza para aplicarlas. ¿No ocurriría lo mismo con estas leyes? Pero, desde que había sido electo cónsul único, Pompeyo se había convertido en otro hombre y, con gran sorpresa de todos, este gran señor escéptico, lleno de dudas, indolente, había encontrado una energía brutal para aplicar sus leyes. Como un pequeño Sila resucitado, había hecho reinar en Roma una especie de terror judicial, comunicando prisa á los procesos, oponiéndose á todos los envíos de uno á otro tribunal, cerrando, por decirlo así, la boca á los defensores, tan locuaces de ordinario, usando de toda su autoridad para imponer á los jueces las sentencias. En algunas semanas fueron condenados á destierro numerosos amigos de Clodio y de César que se habían comprometido durante los años últimos, y también algunos conservadores de los más turbulentos, como Milón, con lo cual aún aumentó más la admira-

ción pública por Pompeyo. La irritación que causaban los motines predisponía á todas las personas deseosas de ver restablecido el orden á aprobar la severidad, aunque no siempre revistiese carácter jurídico. Era necesario pegar duro, y no perdonar nada con tal de limpiar á Roma. De suerte que nadie se inquietaba viendo al gran justiciero—que pegaba duramente en el montón—salvar á sus amigos cuando eran acusados: á Escipión, por ejemplo, que se había casado con su hija, con la bella y joven Cornelia, viuda de Publio Craso. No solamente le había hecho absolver; pero también le había escogido como colega para el consulado. En fin, aunque algo parcial, esta severidad había restablecido la calma; las elecciones se celebraron sin desórdenes, y si Catón no obtuvo el consulado por no querer gastar ni un sestercio, los cónsules electos no podían desagradar á los conservadores. Uno de ellos, Marco Claudio Marcelo era enemigo declarado de César, y el otro, Servio Sulpicio Rufo, era el jurisconsulto que, diez años antes, se había presentado candidato frente á Catilina. La reacción contra las extravagancias y las corrupciones de la política cesariana iba creciendo. El mismo Cicerón, que terminaba entonces su libro sobre la República, había sacudido su indolente escepticismo de los últimos años escribiendo tantas bellas cosas y resumiendo la más alta sabiduría política de Grecia. Admiraba sinceramente á Pompeyo, recomenzaba á sentir la esperanza, y por un escrúpulo que muestra su fondo de honradez, pensaba pagar la deuda que había contraído con César.

Fué este mismo año tan turbulento, cuando los mercaderes exportaron por primera vez á las provincias el

aceite elaborado en Italia (1). Hasta entonces habían abastecido Grecia y Asia á los mercados del Mediterráneo y de la misma Italia; en adelante podría competir ésta con sus cultivos perfeccionados y extensos. La cosa no pareció muy importante á los contemporáneos que, entre tantas luchas, apenas repararon en el caso, y nosotros también lo hubiésemos ignorado si uno de los más laboriosos eruditos del mundo antiguo no nos hubiese conservado su recuerdo. Pero este modesto suceso tiene su importancia; porque nos demuestra que aun en medio de esta terrible disolución política, y fuera de algunos guerreros y políticos cuya personalidad llena la historia, una muchedumbre de hombres anónimos, continuaba infatigablemente transformando la agricultura y la industria de Italia: los libertos, los pequeños y medianos propietarios, los emigrados, los antiguos legionarios y los centuriones con licencia, que adquirían con sus economías algunos pedazos de tierra de las grandes familias aristocráticas llenas de deudas, compraban esclavos y perfeccionaban el cultivo, ó se consagraban al comercio é introducían artes y oficios nuevos.

Los progresos en el cultivo del olivo que nos revela el caso citado por Plinio, los adelantos que por la misma época realizaba el cultivo de la viña, no hubiesen sido posibles si entre la gran propiedad y lo que quedaba de los pequeños propietarios que trabajaban personalmente sus tierras, no se hubiese formado una clase media de propietarios que con modestos capitales y esclavos inteligentes no hubiesen ensayado los sabios cultivos de Oriente. Los pequeños propietarios no hu-

---

(1) Plinio, *H. N.*, XV, 1, 3.

biesen sabido perfeccionar así la agricultura; los grandes propietarios no poseían los inmensos capitales necesarios para recubrir vastas regiones de olivares, viñas, árboles frutales, edificios de explotación, ni podían ocuparse casi nunca de sus propios dominios, lo que es tan necesario para el cabal logro. Negociantes, ricos usureros, nobles, hombres de letras, políticos ó generales célebres podían ensayar en sus tierras, por capricho ó por seguir la moda, estos nuevos cultivos (1); pero si se exceptúa cuando sus tierras estaban vecinas de las ciudades, lo que más solía convenir á los grandes propietarios era la cría de ganados. Efectivamente, en los bosques y en las praderas, vastas todavía, del valle del Pó, en la Italia meridional que jamás se había repoblado bien desde el paso de Aníbal, los esclavos de los grandes señores romanos apacentaban numerosos rebaños (2), los grandes propietarios de pasturaje, como Domicio Enobarbo, formaban la parte todavía rica de la nobleza romana, y constituían lo que de más vigoroso tenía el partido conservador. Al contrario, todos los progresos que, en la Italia del Norte y del centro, singularmente, realizaba el cultivo intensivo y de la viña y el olivo, se debía á modestos propietarios de la clase media, que ya no vivían modestamente como antaño, con numerosa familia y trabajando ellos mismos sus tierras, sino pasando buena parte del año en la ciu-

(1) Por ejemplo: C. Fundiano, P. Agrasio, el publicano, C. Agrio el caballero (Varrón, *R. R.*, I, II, 1); el *præfectus fabrum* Libón Marcio (Varrón, *R. R.*, I, II, 7); M. Seio (Varrón, *R. R.*, III, II, 7); el caballero Gaberio que negociaba en cabras (Varrón, *R. R.*, II, III, 10).

(2) Blumner, *G. T. A.*, pág. 98. Véase todo el segundo libro del *R. R.*, de Varrón.

dad vecina, vigilando de cerca á sus esclavos y *coloni*, viviendo célibes ó con pocos hijos, é ingeniándose en sacar de sus tierras la mayor cantidad posible de dinero. Esta transformación de la agricultura implicaba al mismo tiempo un progreso industrial bien determinado. En un período anterior, el propietario italiano se hacía casi todo, sus vestidos, sus muebles, sus instrumentos agrícolas, y procuraba que su familia se bastase á sí misma. La división del trabajo se acentuaba ahora en toda la vida social. El propietario, más refinado en sus necesidades, quería poseer trajes más finos é instrumentos más perfectos; comprendía que sus esclavos no podían saberlo hacer todo, y que era preferible comprar en el mercado muchos objetos que antes se fabricaban en el propio hogar. Así progresaron la industria y el comercio. El que poseía esclavos orientales, hábiles en algún oficio, tenía interés en que trabajasen para el público, no sólo en Roma, pero también en las pequeñas ciudades de Italia. Los libertos, los emigrantes, los vagabundos que recorrían Italia y procuraban ganarse la vida, solían encontrar trabajo en una colonia latina, en un municipio ó en alguna de esas ciudades federadas que desde lo alto de sus murallas ciclópeas aún parecían amenazar de muerte al extranjero que osaba acercarse á ellas sin el privilegio de la hospitalidad. De esta época, probablemente, datan los progresos industriales que veremos realizarse en cincuenta años. En toda la Italia del Norte, desde Verceil hasta Milán, Módena y Rímini comenzaban á abrirse las alfarerías y fábricas de lámparas, de ánforas, tan célebres más adelante (1).

(1) Forcella, *I. C. M.*, págs. 12 y sig.; pág. 25.

En Padua y en Verona, los artesanos y los mercaderes intentaron fabricar y exportar los célebres tapices y cubiertas que algún día había de usar toda Italia (1). En Parma y en Módena el bajo pueblo procuró vivir tejiendo en casa las magníficas lanas de los grandes rebaños que pacían en los alrededores, pertenecientes á dueños que habitaban á lo lejos. Muchas personas se dedicaron entonces al comercio de lanas en Italia (2); alrededor de Faenza se sembró lino, y en las ciudades se comenzó á hilar y tejer (3); Génova, al pie de sus agrestes montañas, se convirtió en un mercado muy concurrido para las maderas, las pieles, la miel y los ganados que los ligures, todavía semisalvajes, llevaban de los valles solitarios (4). En Arezzo, los propietarios de las antiguas alfarerías que se remontaban á la época etrusca, se aprovecharon de la abundancia de esclavos para renovar su personal, para comprar esclavos griegos hábiles en el dibujo y empezar la fabricación de las páteras, de las lámparas, de los vasos rojos, tan célebres después (5). Las minas de hierro de la isla de Elba se explotaron en grande; Puzzolo se convirtió en centro del comercio de hierro, donde los ricos mercaderes hacían forjar el de Elba, fabricar las espadas, cascos, clavos, barras que expedían á toda Italia (6). Nápoles fué la ciudad de los perfumes y de los perfu-

(1) Blumner, *G. L. A.*, 102.
(2) Idem, *G. T. A.*, 100.
(3) Plinio, *H. N.*, XIX, 1, 9.
(4) Estrabón, IV, VI, 2 (202).
(5) Fabroni, *Storia degli antiche vasi fittili aretini*, 1841, página 55.
(6) Diodoro, V, 13.

mistas. En Ancona se crearon florecientes tintorerías de púrpura (1). Así se difundió por todas partes el bajo pueblo de obreros que trabajaban en las necesidades locales: tintoreros, lavanderos, fabricantes de *sagæ* y de togas, zapateros, mozos de cuerda y carreteros (2). Las ciudades de Italia que habían languidecido dolorosamente durante los cincuenta años de la gran crisis, se repusieron; una nueva burguesía sustituía á la antigua clase media arruinada desde tiempo de los Gracos, y recogía la herencia de las antiguas seculares instituciones políticas de las ciudades aliadas, que ahora iban á servir de instituciones municipales. La parte mejor y más holgada de esta burguesía formaba en cada ciudad el orden de los *decuriones*, entre los cuales se escogía con diversos procedimientos de elección el pequeño Senado y los magistrados que administraban las ciudades (3).

En todas partes, en la agricultura como en el Estado, en las costumbres como en la vida intelectual, el fin de la antigua Italia se anunciaba con signos cada vez más claros. Las distinciones de clase desaparecían. César acogió en sus legiones á la juventud de toda Italia, así á los descendientes de las nobles familias romanas como de las familias holgadas de las ciudades secundarias, còmo Placencia, Puzzolo ó Capua (4): Marco Antonio y aquel Ventidio Baso, piceno, hecho prisionero en la guerra social cuando aún era niño; y que, li-

(1) Blumner, *G. T. A.*, 117-116.
(2) Forcella, *I. C. M.*, 45 y sig.
(3) Á esta clase se alude en César, *B. C.*, I, 13; I, 23.
(4) Véase César, *B. C.*, III, 71.

bertado, fué primeramente empresario de transportes, y luego, cansado de alquilar bestias y esclavos á los gobernadores que iban de viaje, se marchó á la Galia con César (1). El cargo de *præfectus fabrum* ó jefe de ingeniería en un ejército podía ser para los contratistas versados en el arte de las contrucciones un fácil tránsito del mundo de los negocios al de los políticos (2). Tras la guerra y los negocios, la educación era un factor no menos poderoso de nivelación democrática. En las escuelas—á cargo casi todas de libertos—que eran muy numerosas, aún en las ciudades de segundo orden, el hijo del liberto pobre se codeaba con el hijo del rico centurión, del caballero, hasta del senador (3); en las escuelas de Roma se relacionaban entre sí los miembros de la poderosa bandería de letrados y políticos; que debían de gobernar algún día el imperio: Cayo Cilnio Mecenas, joven de unos veinte años, oriundo de una antigua familia real de Etruria, cuyo padre ó abuelo había sido un riquísimo publicano; Cornelio Gallo, que sólo tenía dieciocho años y pertenecía á una modesta familia de la Cisalpina; Asinio Polión, descendiente de una antigua familia mársica, de veintitrés años; Quintilio Varo y Emilio Mácer, de Verona y un tal Publio Virgilio Maro, de Mantua. Este último contaba entonces dieciocho años: su padre, á lo que parece, era un antiguo alfarero de una aldea vecina de Mantua, que criando abejas y comerciando en madera, realizó una pequeña fortuna suficiente para dar estu-

(1) Gelio, XV, 4.

(2) Además del caso de Mamurra, véase el del abuelo de Veleyo Patérculo: Vel., II, 76.

(3) Hor., *Sat.*, VI, 71 y sig.

dios á su hijo, primero en Cremona, luego en Milán, después en Roma, por el año 53 (1). Y todos estos jóvenes eran νεώτεροι, como los llamaba Cicerón, que los estimaba poco: entraban con entusiasmo en el nuevo movimiento intelectual que, como un torrente, amenazaba llevarse los antiguos monumentos del pensamiento latino, la antigua y pesada poesía épica de Ennio y de Pacuvio, los fatigosos dramas clásicos, las comedias de Plauto, las groseras chanzas de Lucinio y los graves poemas didácticos escritos en alejandrinos. El helenismo triunfaba en toda la línea. Valerio Catón, el maestro de poesía de toda la juventud culta de Italia (2) y algunos griegos, entre otros Partenio, oriental hecho prisionero por Lúculo en Nicea, vendido en Italia y amigo de los jóvenes italianos aficionados á las letras, les habían hecho gustar la poesía elegante, delicada y espiritual de los alejandrinos. El mismo Cátulo había sido el maestro del nuevo coro; y después de muerto, su espíritu le sobrevivía entre los amigos y discípulos apasionados de la nueva poesía, tales como Cayo Helvio Cinna que, según parece, venía de la Galia cisalpina; Cayo Licinio Calvo, Cayo Memmio, Quinto Cornificio, que pertenecían á nobles familias romanas. Todos querían ahora arrojar al fuego los antiguos despojos nacionales, suspirar quejosas elegías, componer refinadas poesías eróticas, ejercitarse en la difícil y delicada psicología, superar todavía la rara erudición mitológica de la poesía alejandrina (3). Otros se consagraban

(1) Donato, pág. 54, 10.
(2) Schanz, *G. R. L.*, I, 143.
(3) Idem, *G. R. L.*, I, 141.

á los estudios filosóficos. El mismo Virgilio, que llegaba de su escuela de Milán con ideas rancias é ingenuo deseo de componer—sirviéndole Ennio de modelo—un gran poema nacional sobre los reyes de Alba (1) se puso á estudiar elocuencia al lado del célebre Elpidio, profesor de todos los jóvenes de la aristocracia, pero se cansó muy pronto, y desanimado por su timidez, por su dificultad de palabra, sustituyó la elocuencia con la filosofía, y concurriendo á la escuela de Sirón, epicúreo relacionado con Cicerón, se consagró íntegramente á inquirir el misterio del universo. El ardiente deseo de leer, de estudiar, de adornar el espíritu con grandes ideas generales, de sondar la esencia de las cosas, así como la pulcritud por la forma y una percepción exquisita de la finura, de la delicadeza, de la perfección en los detalles que la generación declinante no había conocido, se convertían en rasgos característicos de la nueva generación.

Los hombres maduros y de inclinaciones conservadoras, como Cicerón, juzgaban severamente este desprecio de los jóvenes por todo el pasado venerable de Roma (2). ¿No se trataría de una nueva forma que revestía ese espíritu revolucionario que agitaba á Italia? ¿Estos jóvenes que consideraban á Ennio y á Plauto como groseros mamarrachos, no estaban animados del mismo espíritu que inducía á César y á su partido á pisotear la antigua constitución? ¿Qué iba á quedar de la antigua Roma? La constitución republicana se había

---

(1) Donato, pág. 58, 21; Servio, *ad ecl.*, VI, 3.

(2) Véase Cicerón, *A.*, VII, II, 1; *Tusc.*, III, XIX, 44; *Orat.*, XLVIII, 161.

cambiado en una serie de dictaduras revolucionarias. La joven generación despreciaba lo que aún subsistía de las viejas costumbres. La imitación griega entusiasmaba, y el espíritu revolucionario amenazaba con destruir á Italia como la pira de Clodio había destruído la Curia reduciéndola á cenizas. Los conservadores, siempre tímidos y pesimistas, hasta se preguntaban ya si la expiación no había comenzado. ¿Qué quedaba de las pretensiones belicosas y democráticas de los años precedentes? Una gran guerra en Oriente, una gran guerra en la Galia y deudas contraídas aturdidamente durante los años en que tanta gente, creyendo poseer ya los fabulosos tesoros de Persia y Bretaña, se habían puesto á gastar sin cordura. La nación señora del mundo parecía no poderse librar nunca de esas deudas. El alivio aportado por los capitales procedentes de las conquistas de Pompeyo, había durado poco, y los capitales que César enviaba de la Galia sometida al saqueo, eran insuficientes para atender á las nuevas necesidades. En la agricultura y en la industria se obtuvieron grandes mejoras con el dinero prestado á alto interés; pero á las deudas antiguas que no se habían pagado, vinieron á sumarse nuevas deudas todavía más pesadas. Toda la sociedad italiana parecía reposar sobre las bases de un frágil crédito. Hasta las altas clases estaban empeñadas, excepto un pequeño número de ricos capitalistas. Absortos en la política, la mayoría de los personajes eminentes ni siquiera tenían tiempo de ocuparse en la administración de su fortuna: dejábanse robar por sus arrendatarios, libertos, administradores, esclavos; singularmente por estos últimos, que implicaban un gran gasto, sobre todo en una ciudad como Roma

donde el trigo costaba tan caro (1) y con amos que no sabían disciplinar su turba de criados tan bien como César. ¿Eran superiores sus deudas á sus ingresos? ¿Se enriquecían ó se hacían más pobres? La mayoría de los hombres poderosos de Roma á quienes estaba confiada la suerte de tan vasto imperio, no hubiese sabido qué responder á esta pregunta. Así es que Craso, Cicerón y su hermano Hortensio, Aulo Torcuato y muchos otros encontraban más sencillo desentenderse del cuidado de sus intereses confiando al servicial Ático la administración harto complicada de sus patrimonios, y haciendo de él, no sólo su banquero y su cajero en los momentos de apuro, pero también su consejero íntimo en todas las complicaciones privadas ó públicas (2). Pero esta general miseria inspiraba mayor aversión por los usureros y capitalistas. Aun entre las altas clases, Catilina hacía escuela, y no era peregrino ver á grandes señores como Domicio Enobarbo alzarse en el Senado con más violencia que los hombres del partido popular contra los publicanos y los manipuladores del dinero (3).

---

(1) Cicerón, *F.*, XIV, VII, 3.
(2) Cornelio Nepote, *Ático*, 15.
(3) Cicerón, *ad Q.*, II, XIII, 2.

IX

El «De bello gallico».

(AÑO 51 ANTES DE CRISTO)

César salió victorioso de la guerra contra Vercingetórix; pero desacreditado. Su gloria de conquistador de las Galias y su reputación de general único estaban comprometidas. Durante los siete largos meses tan agitados que duró la guerra contra Vercingetórix, Italia llegó á comprender que esta conquista de la Galia, que César anunció en el año 57 y que el Senado ratificó en el 56, aún estaba por realizar; y de la antigua confianza pasó á una inquietud violentísima, temiendo que César no supiese rematar la empresa comenzada (1). El público de las democracias juzga siempre en política según el éxito, y por lo mismo, su juicio no podía

(1) El golpe dado al renombre militar de César por los sucesos militares del 53-52, no sólo es una suposición á la que prestan verosimilitud tantos otros hechos análogos de que la historia está llena; sino que está probado por la facilidad con que entonces se daba crédito en Roma á los rumores que circulaban sobre derrotas sufridas por César (Véase Cicerón, *F.*, VIII, 1, 4) y sobre el gran descontento que se decía propagarse entre su ejército (Véase Plutarco, *Pomp.*, 57; Plutarco, *César*, 29).

ser ahora muy favorable á César. Nadie consideraba que, á diferencia de Pompeyo y de Lúculo, César no había tenido que luchar contra ejércitos de Estados civilizados en disolución, sino contra un pueblo semibárbaro, donde aún permanecían vivaces el sentimiento de la raza, el amor de la independencia y las tradiciones guerreras; que las guerras contra los grandes ejércitos son juegos de niños en comparación de las guerras contra un pequeño pueblo belicoso, parte del cual está resuelto á no dar cuartel al invasor. Y las antiguas acusaciones de los conservadores obtenían ahora más crédito; creíase que César había sido en la Galia temerario, rapaz, pérfido y violento.

La situación se había modificado al mismo tiempo en Roma de una manera aún más peligrosa. Pompeyo ya no necesitaba de César. Mientras que el crédito de éste amenguaba, Pompeyo se había convertido, gracias al éxito de las represiones, en árbitro de la situación, y tenía á su lado todo el mundo, así á los hombres del partido popular que seguían considerándole uno de sus jefes, como á los conservadores que le adulaban y rodeaban para excitarle á marchar resueltamente por el nuevo camino que había tomado. En efecto, como mando proconsular de su nuevo consulado, había obtenido del pueblo, sin lucha, por una ley, el gobierno de España durante cinco nuevos años, con dos legiones más, y el Senado le había concedido sin discusión 1.000 talentos para el sostenimiento de sus legiones durante el año próximo (1). En suma, Pompeyo gozaba para lo

---

(1) Dión, XL, 44; XL, 56; Appiano, *B. C.*, II, XXIV; Plutarco, *Pomp.*, 55; *César*, 28.

sucesivo de una influencia tan preponderante, que César ya no podía forjarse la ilusión de ejercer sobre él gran influjo. Además, el partido conservador recobraba brío, entreviendo la posibilidad de una ruptura entre ambos amigos y un completo cambio de frente por parte de Pompeyo. Este estado de la opinión pública preocupaba de tal modo á César, que sentía necesidad de refutar las imputaciones de los conservadores sobre la política gala. Durante los últimos meses del año 52 (1), sin embargo de estar muy preocupado, aún encontró tiempo de escribir su *De Bello Gallico*, libro popular habilísimamente compuesto y destinado á mostrar al gran público de Italia que César era un general valiente, y que su política en la Galia no había sido violenta ni rapaz. Con estudiada modestia disimula en todas partes su personalidad y su papel; preséntase como un bienhechor algo ingénuo, obligado contra su voluntad, por las provocaciones de los galos, á hacerles la guerra y siempre víctima de su ingratitud; dejó en la penumbra las circunstancias más importantes de su conquista; ocultó los fracasos y exageró los triunfos, pero con habilidad, alterando ligeramente la verdad sin jamás dejarse coger en flagrante delito de mentira. Así procuró hacer creer que había vencido y exterminado á multitudes de enemigos; pero sin dar nunca como ciertas las

(1) Los eruditos están ahora de acuerdo en reconocer que los *Comentarii de bello gallico* se publicaron el 51. Creo con Nipperdey y Schneider, que ya estaban terminados á principios del 51, y que fueron así escritos en los últimos meses del año 52, después de la guerra contra Vercingetórix y antes de comenzar las nuevas guerras. En efecto, de haberlos escrito en el año 51 y tras las guerras de este mismo año, es natural que también las hubiese narrado.

cifras inverosímiles: unas veces ha leído esas cifras en tabletas recogidas en el campamento enemigo (1); otras se las han comunicado los informadores (2), otras, en fin, las pone en boca de un enemigo que pronuncia algún discurso (3). Cuanto al botín, sólo habla de venta de esclavos, sabiendo que no se las habían de reprochar severamente; no se detiene en referir los movimientos estratégicos que el lector, ignorando la geografía de la Galia, hubiese seguido difícilmente; en cambio, da muchos detalles sobre los combates y los sitios cuyas narraciones podían agradar á los pacíficos burgueses de Italia, que, como todos los que no van á la guerra, gustan imaginarse los peligros y las batallas.

La obra se escribió con una rapidez que admiró á los amigos de César (4). Probablemente no le exigió más de dos meses, y quizás debía prepararle el terreno para una carta que, á principios de año, tenía intención de dirigir al Senado para solicitar la prolongación de su gobierno hasta el año 48, por lo menos, en la Galia transalpina. Pero la narración, bastante tranquila en los primeros libros, se precipita acercándose al fin. César tuvo que darse prisa en contar la guerra de Vercingetórix, pues iba á comenzar otra guerra. Los grandes de la Galia que huyeron el año precedente, procuraban encender otra vez la protesta, y los pueblos del Norte y del Oeste volvieron á insurreccionarse. ¿Pero no iba á terminar nunca esta guerra? Furioso César, ni siquie-

(1) Por ej., César, *B. G.*, I, XXIX.
(2) Por ej., César, *B. G.*, II, IV.
(3) Por ej., César, *B. G.*, VII, LXXVII.
(4) Hirt., *B. G.*, VIII, pref.

ra quiso esperar la primavera, y en pleno invierno envió á sus legiones al país de los bituriges insurreccionados, con orden de matar á todos, de saquear y quemar. Luego entró en el país de los carnutos, que también volvieron á sublevarse bajo el mando de Gutuatro, y realizó en él las mismas horribles devastaciones. Al contrario, en Roma comenzó el año de una manera bastante apacible. Las represiones de Pompeyo habían calmado la locura de violencia que Roma había sufrido el año precedente; los partidarios de Clodio permanecían tranquilos, así como el bajo pueblo y las facciones; los agitadores más audaces habíanse eclipsado, y al mismo tiempo, se apaciguó como de costumbre el acceso de severidad que la opinión pública experimentó el año anterior. Muchas personas empezaron á interceder en favor de los desterrados, y Cicerón se entendió con los amigos de Milón para intentar salvar el patrimonio de éste que se había puesto á subasta. Todo se arregló para que adquiriese los bienes en apariencia por una cantidad mínima, un liberto de la mujer de Cicerón, Filótimo, que sólo debía ser un propietario ficticio, explotando los bienes por cuenta de Milón (1).

(1) Los detractores de Cicerón han querido ver en este negocio una intriga, que en puridad no lo es. Los pasajes de Cicerón, *A.*, V. VIII, 2; *F.*, VIII, III, 2, me parecen muy claros: trátase de una compra ficticia de los bienes de Milón, hecha por Filótimo para salvarlos de acuerdo con Milón y sus amigos. En suma, Milón recobró sus bienes por una suma mínima, gracias al apoyo desinteresado de Cicerón, La intriga comenzó después, cuando encontrándose Cicerón en Cilicia, Filótimo quiso pasar por el verdadero propietario de una parte de los bienes, en perjuicio de Milón. De ahí la ansiedad de Cicerón, que temía se le sospechase de haber faltado á la *fides*, tomándole por cómplice del liberto.

En suma, los tiempos se hacían más tranquilos; y en el mes de Marzo se reunió el Senado para ocuparse de las provincias y especialmente de Cilicia y de Siria, donde los partos ya habían hecho en el 52 una incursión para vengarse de la invasión de Craso. Casio, que sólo era cuestor, los había rechazado con gran facilidad mandando como procónsul; pero se esperaba una nueva invasión para el año 51, y era preciso enviar magistrados superiores. Ahora bien, como según la ley aprobada el año precedente sólo podían ser procónsules ó propretores los que habían sido cónsules ó pretores cinco años antes, fué preciso buscar todos los magistrados que no habían ido á gobernar una provincia al salir del consulado y de la pretura, y colocar sus nombres en la urna, de donde se sacaban á la suerte los mandos. La caprichosa fortuna concedió Siria á Bíbulo, que había sido colega de César durante su consulado, y Cilicia á Cicerón (1).

Cicerón sintió gran disgusto (2). Acababa de terminar su tratado *De Republica*; meditaba otros trabajos; había renunciado casi completamente á la política para consagrarse á las letras. Su ambición no se cifraba en ser un grande hombre de Estado, sino un gran escritor. ¡Y he aquí que él, hombre de pluma y no de espada, mejor predipuesto para la vida de la biblioteca que para la del campo de batalla, la ciega suerte le enviaba al fondo del imperio para dirigir la guerra contra el enemigo que había destruído á uno de los más grandes ejércitos de Roma! Pero el hombre que en el tratado

(1) Plutarco, *Cic.*, 36.
(2) Cicerón, *F.*, III, II, 1; *A.*, V, II, 3.

De Republica había censurado severamente el egoísmo cívico y la tendencia á rechazar los cargos públicos, ¿podía dar ejemplo de ese egoísmo, rehusando el primer cargo que se le ofrecía en circunstancias tan graves? Hubiese sido una contradicción muy fuerte. Por otra parte, motivos de orden menos elevados le inducían á aceptar. El estado de su fortuna era mala por las muchas deudas de que no lograba verse libre, aunque en el presente año y en el anterior hubiese recibido dos herencias. Dos amigos se habían acordado de él en su testamento (1). Ahora bien, si un hombre desprovisto de escrúpulos podía acumular grandes riquezas en el gobierno de una provincia, un hombre honrado podía reunir una modesta fortuna. Cicerón acabó por aceptar, y rogó á su hermano Quinto, vuelto de la Galia, y á su amigo Cayo Promptino, que le acompañasen por ser más competentes que él en el arte militar. Luego escogió entre sus esclavos y libertos á los que podían ayudarle en el gobierno de la provincia: algunos secretarios, entre los cuales figuraba un liberto con su mismo nombre, Marco Tulio (2) y un joven esclavo, Tirón; correos para que llevasen cartas á Roma y recogiesen las suyas; portadores de literas para el vieje; domésticos que se adelantarían en cada etapa para preparar los alojamientos en las ciudades donde se detuviese. Luego se entendió con uno de los contratistas que alquilaban á los gobernadores las bestias necesarias para transportar los bagajes (3); las cargó con los suyos y

(1) Lichtenberger, *De Ciceronis re privata.* París, 1895, pág. 48.
(2) Cicerón, *F.*, V, xx, 1.
(3) Aulo Gelio, XV, 4.

los de su séquito y con las ánforas llenas de moneda de oro que el *ærarium* le había asignado para el gobierno de su provincia (1); alquiló los esclavos necesarios para la guardia de este tesoro durante el viaje; encargó á Celio que le diese noticias detalladas de cuanto ocurriese, y se puso en marcha, llevándose consigo á su hijo (2), así como á Quinto, y dejando á su esposa en Italia. Quinto se separó sin dolor de Pomponia, hermana de Ático, mujer histérica y acerba, que no cesaba de promoverle escándalos (3).

Pero, poco antes de su marcha, Cicerón había visto al pequeño grupo de los conservadores intransigentes recomenzar las hostilidades contra el procónsul de las Galias. Aunque las relaciones entre Pompeyo y los conservadores fuesen cada día más cordiales, como aquél se había eclipsado después de su consulado, no era de ninguna manera responsable de estas primeras hostilidades contra su antiguo suegro. Entonces se encontraba en la Italia meridional; y nadie sabía lo que pensaba de la situación política. Cicerón, que tenía que verle de paso, hasta estaba encargado de sondarle (4). Pero los enemigos de César recobraban audacia, aún sin el concurso de Pompeyo, porque la guerra de la Galia no terminaba, á pesar de las espantosas devastaciones. Ambiórix, Commio, Lucterio, habían tomado otra vez las armas; los belovacos se habían insurreccionado, así

(1) Un pasaje (de Aulo Gelio) nos dice que el dinero solía transportarse en ánforas.

(2) Cicerón, *A.*, V, 1, 3; Schmidt, *B. W. C.*, 73.

(3) Véase la hermosa descripción de una escena de este género en Cicerón, *A.*, V, 1.

(4) Cicerón, *F.*, VIII, 1, 3.

como los atrebates, los cadurcos, los veliocasos, los aulercos y los senones. César tuvo que abrumar á la Galia asestándole golpes furiosos; tuvo que hacer morir bajo los vergajos, en presencia de las legiones, á Gutuatro, jefe de los carnutos; cortar las manos á todos los prisioneros de Uxeloduno: si estas supremas luchas agotaban á la Galia, no por eso tranquilizaban á Roma, y la nación ya no sentía por César la confianza de antaño. Cada momento circulaban por la ciudad rumores desfavorables, que sus enemigos se apresuraban en fortificar y divulgar. Por ejemplo: un día se dijo que César había perdido una legión y toda su caballería; otro día que, cercado por los belovacos, se encontraba en una situación desesperada (1). Además, César cometía en este momento un grave error, derramando á manos llenas por Italia y por el imperio el botín que había obtenido en la Galia este mismo año y durante la guerra contra Vercingetórix (2). Sintiéndose decaer en la opinión pública, procuró consolidar su influencia con prodigalidades inauditas: prestó largamente á los senadores entrampados; dobló el salario de los soldados, y llegó hasta hacer presentes á los esclavos y libertos de los grandes personajes de Roma para tener en sus casas amigos ó espías. En memoria de su hija Julia hizo servir al pueblo un banquete colosal; proporcionó grandes ganancias á los carniceros y á todos los comerciantes de comestibles; hizo presentes á las ciudades de Grecia; envió como regalo á los reyes de Orien-

(1) Cicerón, *F.*, VIII, 1, 4.

(2) Véase Dión, XL, 43: no alude al tributo regular impuesto á la Galia de que habla Suetonio, *César*, 25, sino á las contribuciones extraordinarias impuestas después de la guerra.

te millares de prisioneros galos; usó y abusó de las prerrogativas de la *lex Vatinia* para hacer ciudadano á los libertos de todos los países y aumentar así el número de los electores que le serían favorables (1). Pero ahora que su prestigio declinaba, esta extrema audacia en corromper á la gente sólo lograba aumentar el descontento contra él (2). Indignaba sobre todo verle conferir á tantos el título de ciudadado romano. Así, cuando en el mes de Abril se discutió en el Senado su demanda de que se le conservase hasta el 1.° de Enero del año 48 en el mando de la Galia transalpina, uno de los dos cónsules, Marco Claudio Marcelo, no dudó en oponerse abiertamente, bien que el otro, Servio, que era hombre más prudente, se esforzó en retenerle. Noble, amigo del fausto, poseedor de fortuna, de inteligencia, de instrucción, y no viéndose obligado como la nobleza arruinada á ganar dinero en la política, Marcelo pudo permitirse el lujo de influir durante muchos años en la aristocracia de vieja cepa, de afectar las pretensiones pasadas de moda de un conservador intransigente á la manera de Catón, y de despreciar siempre á César, el falso ídolo de la admiración popular. Tal hombre no podía dejar escapar esta ocasión de provocar al partido popular, atacando á su jefe. En efecto, no sólo propuso que se rechazase la demanda de César, pero también que se anulasen los títulos de ciudadano concedidos por César á los comascos (3).

(1) Suetonio, *Cesar*, 26-28.

(2) Idem, *César*, 28.

(3) La serie de estas discusiones que prepararon el gran conflicto, no podría establecerse por los confusos relatos de Appiano, *B. C.*, II, XXV-XXVI, y de Suetonio, *César*, XXVII; pero afortunada-

Los tribunos se interpusieron y la proposición no pudo aprobrarse. Sólo fué tomada en cuenta (1). Sin embargo, los enemigos de César no tenían motivo de estar descontentos, pues les había sido posible presentar en medio de la tranquilidad general proposiciones contra César que, algunos años antes, hubiesen estado muy cerca de provocar una revolución. Así, Marcelo fué elevado á las nubes por la bandería conservadora. Y no tardó en circular un grave rumor: decíase que César, para tomar venganza, quería conceder el derecho de ciudad á todos los cisalpinos. Pero este rumor no

---

mente poseemos la correspondencia de Cicerón. En una carta á Ático (Cicerón, *A.*, V, II, 3) dice que el 8 de Mayo no sabía cómo César había acogido una *auctoritas præscripta* del Senado acerca de los transpadanos. Es muy posible que Cicerón aluda á una proposición que Suetonio nos dice haber sido presentada por Marcelo (*César*, XXVIII): *ut colonis quos rogatiane-Vatinia Novumcomun deduxisset, civitas adimeretur*. Appiano, al contrario, no dice nada de esta proposición, y se limita á referir la violencia con que Marcelo trató la cuestión de los comascos. Esa violencia fué evidentemente resultado de la lucha provocada por la proposición. Luego esta sesión se celebró en el mes de Abril, y me parece verosímil que sea á la que Cicerón, *F.*, IV, III, 1, dice haber asistido, y en la que oyó los prudentes consejos de Servio. Por otra parte, Appiano (cap. XXV) hace preceder el incidente de los comascos de una sesión en que se rechazó la solicitud de César para que se prolongase su mando. Suetonio no habla de esta proposición; pero según el orden que sigue Appiano en la narración me inclino á creer que esta discusión tuvo lugar antes del incidente de los comascos, y por lo tanto, al mismo tiempo probablemente que la discusión de la proposición sobre estos mismos comascos. Ambas discusiones sólo fueron un pretexto para atacar á César. Así se comprenden todavía mejor los prudentes consejos de Servio.

(1) Lange, *R. A.*, III, 372; Cicerón, *Æ.*, V, II, 3.

llegó á confirmarse (1), y excitado por el éxito, Marcelo quiso responder al veto de los tribunos con un acto de autoridad. Hacia fines del mes de Mayo hizo castigar con el vergajo, castigo que no podía infligirse á los ciudadanos romanos, á un comasco que César había hecho ciudadano. Si no podía anular los títulos que César había conferido, al menos quería demostrarle el caso que de ellos hacía. Las personas razonables desaprobaron esta violencia (2); pero la opinión de las personas razonables supone muy poco en todas las grandes crisis políticas, y la audacia de un partido crece á medida que se debilita la del partido contrario. Tras el incidente del comasco, Marcelo, embriagado por el triunfo y excitado por sus amigos, quiso ir más lejos y proponer sencillamente en la sesión del 1.° de Junio que se llamase á César y que se le nombrase un sucesor. El momento era oportuno: el populacho, aterrado por las represiones de Pompeyo, no osaba chistar; el partido democrático estaba desacreditado y desorganizado; si Pompeyo no era favorable, demostraba al menos con su ausencia que se desentendía. Pero en este momento se complicó la situación. Los conservadores no se engañaban al suponer que la política de Pompeyo en el año precedente era el signo de un cambio en su favor; que el antiguo amigo de Sila iba á reingresar en las filas del partido donde hizo sus primeras armas. En efecto, Pompeyo habló franca, abiertamente, sin rodeos, casi á la manera de Catón, con Cicerón que, en

---

(1) Cicerón, *A.*, V, II, 3; *F.*, VIII, I, 2.

(2) Appiano, *B. C.*, II, XXVI; Plutarco, *César*, XXIX; Cicerón, *A.*, V, XI, 2.

el curso de su viaje, se detuvo tres días en Tarento para verle y hablar de política (1). Á pesar de esto, era demasiado prudente para querer provocar á su antiguo suegro con la brutalidad de Marcelo; y en la sesión del Senado que se celebró el 1.° de Junio ó uno de los días siguientes, Pompeyo, sin que sepamos si fué en persona ó indirectamente, se opuso á la proposición. Marcelo pronunció un gran discurso manifestando que, si el mismo César afirmaba que la Galia estaba pacificaca, convenía disolver al ejército y llamar al procónsul; añadiendo que el privilegio de solicitar el consulado estando ausente de Roma, y que el pueblo había concedido á César, no era válido, pues estaba abolido por la ley de Pompeyo. Pero éste ú otro senador autorizado por él para hablar en su nombre hizo observar que la ley *Licinia Pompeia* del año 55 prohibía tratar la cuestión de la sucesión de César antes del 1.° de Marzo del año 50 (2). Desde el punto de vista constitucional el argumento era de difícil refutación, y Marcelo, así como sus amigos, no eran tan ciegos que se enredasen á la ligera con Pompeyo. Marcelo se rindió, no insistió y la atención pública se convirtió á las eleccio-

---

(1) Cicerón, *F.*, II, VIII, 2; *A.*, V, VII.

(2) Cicerón también nos sirve aquí de gran socorro para determinar la fecha de esta discusión. Dice, *F.*, VIII, 1, 2, que Marcelo «in Kalendas Iunias distulit relationem... provinciarum Galliarum». Es evidente que á esta sesión alude Suetonio (*César*, XXVIII): M. «Claudius Marcellus... retulit ad senatum, ut ei succederetur ante tempus». Esta es la proposición á que Pompeyo hizo la oposición de que Suetonio nada dice, pero que Appiano, *B. C.*, II, XXVI, consigna. Sin embargo, podría hacerse una objeción. Según cierto pasaje de Cicerón (*A.*, V, VII), Pompeyo estaba en Tarento el 20 de Mayo. ¿Podía estar presente en la sesión del Senado de 1.° de Junio? Si se

nes para el año 50, que se celebraron en Junio ó Julio. César envió gran número de soldados para votar; pero su candidato al consulado, Marco Calidio, fracasó. Los cónsules electos fueron Cayo Claudio Marcelo, primo de Marco, que también era enemigo encarnizado de César, aunque pariente suyo, y L. Emilio Paulo, que pasaba por conservador; pero que no era tan seguro, pues César le había dado el cargo lucrativo de construir por su cuenta grandes edificios en Roma. En cambio, las otras elecciones fueron más favorables á César; y aun entre los tribunos uno sólo, Cayo Furnio era favorable al partido conservador. Los conservadores intentaron un proceso de corrupción á uno de los tribunos electos, Servio Pola; consiguieron condenarle, y se esforzaron en elegir para sustituirle á Curión, enemigo encarnizado de César (1). Cuanto á las elecciones para la pretura, se habían retrasado. Apenas terminada la agitación electoral, los enemigos de César recomenzaron sus ataques, y procuraron ante todo que Pompeyo definiese claramente su actitud. ¿Qué pensaba de César y de su política, qué de las demandas y de las pretensiones del procónsul de la Galia? Como el 22 de Julio se discutiese en el Senado el sueldo de las legiones de Pompeyo que deseaba ir á España (2), se le pidió cuenta de

---

viajaba rápidamente no era difícil ir en diez ú once días de Tarento á Roma. Pero si no quiere admitirse esa rapidez insólita, puede suponerse que la sesión no se celebró el 1.° de Junio, como era intención de Marcelo, sino algunos días después; ó también que Pompeyo no hizo esa oposición personalmente, sino que encargó á uno de sus amigos.

(1) Lange, *R. A.*, III, 377.

(2) Cicerón, *A.*, V, XI, 3.

la legión que había prestado á César. Pompeyo se declaró dispuesto á reclamarla, pero no inmediatamente, para que no se creyese que daba la razón á los enemigos de su amigo. También se le preguntó lo que pensaba sobre la llamada de César, y respondió vagamente que todos los ciudadanos debían de obedecer al Senado. Luego quiso diferirlo todo hasta su vuelta de un viaje á Rímini, á donde tenía que dirigirse para inspeccionar las reclutas que se hacían en el valle del Pó (1). Todos pensaban que se hablaría de la cosa en la sesión del 13 de Agosto. Pero se dejó para otro día, á consecuencia del proceso de corrupción instruído contra uno de los cónsules designados; y cuando el Senado se reunió la vez siguiente, el 1.° de Septiembre, resultó que no había número suficiente (2). Este *club* de hombres de negocios y de aficionados, comenzó á preocuparse. ¿Á qué venían aquellos ardides? Pompeyo, no obstante sus represiones del año anterior, seguía pasando por amigo de César. Sin embargo, á pesar de la falta de número, los enemigos de César dieron en esta sesión un paso adelante. Pompeyo dió á entender que no aprobaba que César se presentase candidato estando ausente, y Escipión propuso que el único punto que se tratase en la sesión del 1.° de Marzo fuese el de la provincia gala; cosa de la que se quejó amargamente el agente de César, Cornelio Balbo (3). En las elecciones restantes, Favonio, candidato conservador para la pretura, fracasó; pero Marco Celio Rufo y Marco Octavio

(1) Cicerón, *F.*, VIII, IV, 4.
(2) Idem, *F.*, VIII, IX, 2.
(3) Idem, *F.*, VIII, IX, 5.

fueron electos curules y Curión tribuno del pueblo. Todos éstos eran enemigos de César (1). En fin, poco después de esta época, el Senado adoptó una grave medida: inquieto del gran número de deudores y de la falta de dinero, consecuencia fatal del loco despilfarro de los años 55 y 54, ordenó que el máximo interés legal fuese del 12 por 100, y que los intereses no pagados se añadiesen al capital, pero sin ningún rendimiento (2).

Era esta una decisión inaudita en apariencia. Al cabo de diez años, ¿volvía el Senado á la política de Catilina, aunque atenuada? Los hombres de negocios exclamaban: ¿si el Senado da ese ejemplo y suprime el carácter sagrado de los contratos, no tendría razón el partido popular de pedir nuevamente que se quemasen todas las *syngraphæ* (3). Hay ciertas cosas sobre las que es muy difícil obrar á medias: transigir es ceder. Y, sin embargo, esta debilidad del Senado era un signo de los tiempos, así como el gran éxito del nuevo libro político de Cicerón, el *De Republica*. Puesto en circulación cuando él iba á partir, buscábase y se leía con avidez por todas las personas cultas (4); se copiaba y recopiaba muchas veces por los esclavos y libertos que ejercían el oficio de copistas y libreros, como los de Ático, que comerciaban en libros de un modo muy considerable. El sentimiento público inclinábase

---

(1) Lange, *R*, *A*., III, 378.

(2) Cicerón, *A*., V, XXI, 13.

(3) Idem, *A*., V, XXI, 13.

(4) Idem, *F*., VIII, 1, 4; Schmidt, *B. W. C*., pág. 12, es el primero en poner de manifiesto la importancia de este libro desde el punto de vista político.

ahora á dulcificar los antagonismos políticos y económicos mediante transacciones y conciliaciones, en vez de resolverlos con una lucha decisiva; ninguna clase, ningún partido poseía ya la energía, el valor, la firmeza necesaria para arriesgarse en una lucha á muerte contra sus rivales. ¡Estaba tan remota la época de Mario y de Sila! Se quería poner término á las dificultades entre acreedores y deudores; pero sin arruinar á nadie, arreglando la cuestión amistosamente. Se quería reorganizar el Estado; pero sin revolución, y, como lo proponía Cicerón en el *De Republica*, con un gobierno que fuese un compuesto armónico de democracia, de aristocracia y de monarquía.

Desgraciadamente, á pesar de este espíritu de conciliación, no se veía apaciguarse el odio de un grupito contra un hombre. Los enemigos de César no se desanimaban. Marcelo propuso al Senado, en presencia de Pompeyo—el 30 de Septiembre—que decretase que el 1.° de Marzo del año siguiente, los cónsules pondrían á discusión el punto referente al mando de las Galias que el Senado se reuniría todos los días hasta que se hubiese deliberado, y hasta los senadores que desempeñasen funciones de jueces tendrían que estar presentes. Esta proposición fué aprobada. Pero cuando Marcelo propuso que se considerasen como nulos todos los vetos que los tribunos pudieran oponer ese día, y que los tribunos opuestos á esta medida se les considerase como enemigos públicos; cuando propuso que se tomasen en consideración las demandas de licencia solicitadas por los soldados de César, como para invitarlos á presentarse, diferentes tribunos, y entre ellos Cayo Celio y Cayo Vibio Pansa, interpusieron su veto. Pero lo que

aún tuvo más importancia que el veto, fueron las declaraciones de Pompeyo. No sólo declaró que, si antes del próximo Marzo no se podía deliberar sobre las provincias que César ocupaba entonces, se podría y hasta se debería deliberar á partir del 1.° de Marzo; pero también añadió que si César hacía que los tribunos opusiesen su veto, debía considerársele, en opinión suya, como rebelde. Animado por esta declaración, le preguntó un senador qué haría si César quería persistir en el mando del ejército, á lo cual respondió Pompeyo: «¿Qué haría yo si mi hijo me diese una bofetada?» (1). Jamás había anunciado tan claramente que se separaba de César. La conversión de Pompeyo á las ideas conservadoras se realizaba rápidamente, y el gran éxito del *De Republica*, que era un verdadero acontecimiento, es posible que contribuyese á ese cambio. Era evidente—pues todos leían este libro con gran pasión—que Italia pedía un ilustre, inteligente y elegante salvador. ¿Quién sino él, que el año anterior había salvado la república, hubiese podido ser el hombre anunciado por Cicerón, y que todos deseaban?

César terminaba entonces su última campaña en las Galias; pero Roma no tardó en inquietarse de las malas noticias que llegaban de Oriente, por las cartas de Casio y de Dejotaro anunciando que los partos habían pasado el Eufrates con fuerzas considerables. Los escépticos no querían darles crédito, y decían que Casio había inventado esa invasión para atribuir á los partos los saqueos que él había hecho. Pero la carta de Dejo-

---

(1) Sobre toda esta sesión, véase la importantísima carta de Celio: Cicerón, *F.*, VIII, VIII.

taro no podía inspirar ninguna duda (1). Unos proponían enviar Pompeyo á Oriente; otros preferían á César. Los cónsules tuvieron mucho miedo de que el Senado, no queriendo escoger á César ni á Pompeyo, encargase de esta guerra á uno de ellos; pues ni Marcelo ni el viejo y quisquilloso Servio querían ir, ya que los partos inspiraban gran terror desde la muerte de Craso á los señores del mundo. Los cónsules comenzaron, pues, á retrasar las sesiones del Senado, impidiendo así las deliberaciones cuando todos se creían en Roma amenazados de una guerra terrible (2). Los amigos de Cicerón estaban singularmente inquietos: ¿qué iba á ocurrir al gran escritor, que con tan pocos soldados se encontraba gobernador de una provincia invadida por un enemigo tan terrible? Efectivamente, los comienzos de su gobierno habían sido poco agradables para Cicerón. Al pasar por Samos, durante su viaje, una diputación de publicanos italianos que residían en la provincia había acudido para saludarle y rogarle que conservase en su edicto ciertas disposiciones de su predecesor (3). Apenas desembarcado en su provincia, se detuvo algún tiempo en Laodicea para cambiar por monedas del país las cantidades que había llevado de Italia, vigilando las operaciones para que fuesen honradas (4). Pero en medio de estos cuidados no tardó en asustarse del desorden que reinaba entre las tropas. El ejército que debía haber servido para defender la provincia contra los par-

(1) Cicerón, *F.*, VIII, x, 2.
(2) Idem, *F.*, VIII, x, 3.
(3) Idem, *F.*, III, VIII, 4.
(4) Idem, *F.*, II, XVII, 7; III, v, 4.

tos, estaba fraccionado en pequeños destacamentos al servicio de los usureros italianos que infestaban la provincia, y se valían de los soldados para obtener *manu militari* el dinero de sus deudores recalcitrantes. En esta dispersión del ejército se habían perdido tres cohortes y nadie sabía lo que era de ellas (1). ¡Fácil es imaginarse el efecto que por el mes de Agosto produciría en Cicerón la noticia de que el enemigo había pasado el Eufrates con grandes fuerzas! Primero creyó que su colega de Siria sabría rechazar á los partos; pero enterado de que Bíbulo aún no había llegado á Siria, escribió al Senado una carta llorona pidiendo socorros: las provincias y sus rentas se hallaban en peligro; era preciso enviarle soldados de Italia, pues los reclutas asiáticos no servían para nada, y no era prudente servirse de los aliados que estaban cansados del mal gobierno romano (2). Sin embargo, aún hizo más, y esto prueba su celo cívico así como su habilidad: reunió los pocos soldados de que disponía, y marchó con ellos para defender el camino de Capadocia en caso de que los partos intentasen invadir la provincia de Asia: en efecto, la frontera de Cilicia por el lado de Siria era fácil de defender con un pequeño número de soldados. Pero habiendo sabido poco después que los partos habían invadido la Siria y marchaban hacia Antioquía, corrió á esta frontera y llegó á Tarsos el 5 de Octubre; dirigiéndose desde allí por la cadena del Amano. Pero hacia el 10 de Octubre, al saber que Casio había vencido á los partos más abajo de Antioquía y que el enemigo se retiraba, Cicerón pen-

(1) Cicerón, *F.*, III, VI, 5.
(2) Idem, *F.*, XV, I.

só un poco en su bolsa y en la de su soldados, é intentó una expedición contra las tribus bárbaras que vivían del merodeo en la cadena del Amano. Siguiendo los consejos de su hermano y de Promptino, libró una pequeña batalla, puso sitio á la ciudad de Pindeniso y recibió de sus soldados el título de *imperator;* cogió esclavos y caballos, vendió los primeros en Pindeniso, y distribuyó entre sus soldados el dinero que obtuvo. Luego, satisfecho de haber actuado de general durante dos meses, volvió á su provincia (1).

La carta de Cicerón solicitando socorros y la de Casio anunciando la victoria llegaron al mismo tiempo á Roma y se leyeron al Senado en la misma sesión, hacia fines de Noviembre (2). La una borró la impresión causada por la otra. Se creyó vencido al terrible enemigo, y nadie volvió á acordarse de él en Roma.

---

(1) Cicerón, *A.*, V, XX.

(2) Idem, *A.*, V, XXI, 2, donde me parece necesario aceptar la correción de Hoffmann: *litteræ in Senatu recitatæ sunt datæ* (en lugar de *id est) Nonis*... Véase Schmidt, *B. W. C.*, 82. La carta de Celio (Cic., *F.*, VIII, x, 2) escrita el 18 de Noviembre demuestra que aquellas cartas se leyeron después del 18 y no antes, como sostiene Schmidt.

X

Preocupaciones de un gobernador romano.

En cambio, comenzaron para César días de trastorno. Desde la muerte de Julia no le había salido nada bien: el desastre de Craso, la muerte de Clodio, la protesta de Vercingetórix, la conducta insegura de Pompeyo, la nueva guerra que, en el 51, había estallado en la Galia, comprometieron gravemente su situación. Mientras que algunos años antes se le atribuía el mérito de todos los acontecimientos felices que alegraban á la república, la mayoría le hacían ahora responsable de todas las desgracias: de los peligros que parecían amenazar en Oriente, de la interminable guerra de la Galia, de la corrupción desbordante y de la inminente disolución del Estado. En fin; las últimas declaraciones de Pompeyo en la sesión del 30 de Septiembre, habían quebrantado no poco su crédito, dando á entender que era probable una ruptura entre ambos amigos. Hablar mal de César y despreciarle era ahora casi obligatorio para todas las personas distinguidas, aristócratas, ricos propietarios, jóvenes elegantes y á la moda. Catón decía muy alto que quería llevarle ante los jueces para que le condenasen á destierro tan pronto como hubie-

se terminado su mando (1); muchos que habían sido admiradores suyos los años precedentes, se revolvían contra él, y hasta el prudente Ático le pedía la restitución de 50 talentos que le había prestado antes de ser cónsul (2). César sólo podía encontrar una débil compensación en la admiración de los pequeños contratistas (3) á quienes había dado y seguía dando tanto trabajo; en la del bajo pueblo de los artesanos y libertos, en quienes la muerte de Clodio había avivado el odio contra los grandes.

El momento era grave, y César no lo ignoraba. Después de haber personificado ya tantas situaciones políticas, la democracia conciliadora del 70 al 65, la irritación de los odios populares del 65 al 60, el imperialismo ambicioso, rapaz, corruptor y pródigo del 58 al 55, este hombre de ardiente iniciativa, siempre dispuesto á hacer lo que le convenía, y cuyas combinaciones rápidas, imprevistas, indefinidamente multiplicadas, derrotaban contínuamente á sus adversarios, se disponía con maravillosa habilidad á adoptar una nueva actitud: la de ciudadano ejemplar, moderado, dispuesto á todas las concesiones, no teniendo otro objetivo que el del bien público. Comprendía que no era el momento de mostrarse exigente; y, además, esta moderación quizás convenía mejor á su verdadera naturaleza que muchas exageraciones que las circunstancias le habían impuesto; pues, por temperamento y por necesidad, era más conservador de lo que había dejado entrever después

(1) Lange, *R. A.*, III, 381.
(2) Cicerón, *A.*, VI, I, 25.
(3) Idem, *A.*, VII, VII, 5.

de la conjuración de Catilina. Como todos los hombres de gran inteligencia pertenecientes á las clases superiores, no sólo le era imposible resignarse á estar toda la vida privado de su admiración; también comprendía muy bien que, si al frente de los artesanos de Roma había podido apoderarse por sorpresa de un sitio importante en el Estado, no podría permanecer mucho tiempo en él sin gozar como Lúculo, Pompeyo y Cicerón, de gran popularidad entre las clases que, á pesar de su escepticismo político, poseían los dos instrumentos más poderosos de dominación: la riqueza y el saber. Por otra parte, César ni siquiera pensaba entonces en apoderarse del poder absoluto (1); en cambio deseaba algo que era contrario á la letra y al espíritu de la constitución: ser electo cónsul para el año 48 sin abandonar su mando y sin verse obligado á volver á Roma, lo que hubiese equivalido á poner su suerte en manos de Pompeyo, el cual disponía desde el año 52 de todo el jurado de Roma que á César inspiraba desconfianza (2). Ahora bien, por muy decaída y desmoronada que estuviese la constitución, aún era bastante sólida para resistir los ataques violentos, lo que nos explica por qué todas las usurpaciones se hacían aún entonces empleando alguna ficción constitucional, esto es, eludiendo el espíritu de la ley, pero respetando la letra y la forma. César, tan desacreditado y débil ¿po-

(1) Véanse las ingeniosas consideraciones de Schmidt en el *Rh. Mus.*, 47, pág. 261. Es necesario admitir que César no quería provocar la guerra civil y que la consideraba como imposible, para explicar de una manera satisfactoria todo lo que hizo de importante en el año 50.

(2) Véase Cicerón. *F.*, VIII, XIV, 2.

día recurrir á la violencia? Sólo un loco se hubiese atrevido. Al contrario, entonces dió la prueba más maravillosa de espíritu sutil haciendo simultáneamente en la Galia una feroz guerra de devastación que argüia una energía casi furiosa, y urdiendo pacientemente en Italia una intriga para salir á fuerza de hábiles contorsiones y sin romper con nadie, de las dificultades constitucionales en que poco á poco se había enredado. No hay duda de que, desde el puro punto de vista constitucional y jurídico, su caso no tenía defensa. Podía sostener que el pueblo, concediéndole el derecho de ausencia, también le había otorgado implícitamente la prórroga de su mando hasta el año 48, pues sin esto, el privilegio hubiese carecido de valor; pero el sofisma era evidente, y los adversarios podían responder que el privilegio sólo se le había concedido para el caso de que su presencia hubiese sido necesaria en la Galia durante todo el año 49. Pues bien, para tranquilizar á la opinión pública preocupada por la duración de la guerra, veíase ahora obligado á afirmar que la conquista de la Galia estaba terminada; pero los conservadores sacaban de esta afirmación la consecuencia rigurosamente lógica de que ya no era necesario prolongar el mando de César, y por lo mismo, que el privilegio no tenía razón de ser. César comprendió que lo mejor era ganar tiempo, diferir el nombramiento de su sucesor, que debía de recaer el 1.° de Marzo del año 50; pero sin emplear la violencia ni los medios escandalosos que hubiesen indignado á la gente; sin acudir siquiera al antiguo expediente de que tanto se había abusado, de hacer intervenir á los tribunos. Tras las últimas declaraciones de Pompeyo, este recurso no hubiese carecido de peligro.

Una vez más le era preciso derrotar á sus enemigos con una combinación imprevista, genial, audaz. Y este cerebro inagotable aún tuvo que encontrar esa dificilísima combinación, la más imprevista y audaz de todas las que había imaginado hasta entonces: hacer un instrumento de su más encarnizado enemigo, de Curión, el joven inteligente y culto, gran orador y escritor, acribillado de deudas, disoluto, ambicioso, anhelante de que se hablase de él, cínico, sin escrúpulos, de ese verdadero «bribón de genio (1)» como lo definió un antiguo, que representaba tan bien la genial depravación de la antigua nobleza romana. Proponiéndole pagar sus deudas y ofreciéndole grandes cantidades de dinero, Opio le atrajo al partido de César, conviniendo secretamente que Curión, siempre fingiéndose enemigo de aquél, complicaría las cosas para que no se votase el 1.° de Marzo próximo la cuestión del mando de la Galia (2). Como en el 59 había procurado tener secreta su alianza con Craso y Pompeyo, así entonces, para no irritar al público con una nueva corrupción más audaz que las precedentes y para mejor sorprender á sus adversarios, quiso César ocultar su juego. Como él había hecho con Craso en el 65, Curión tenía que afrontar al principio el peligro de las intrigas necesarias para llegar al término. Por lo demás, el disimulo era fácil, pues la gente apenas podía dudar de que dos hombres cuya enemistad era tan antigua se hubiesen reconciliado.

Curión, apenas entrado en ejercicio, sorprendió á

---

(1) Veleyo, II, XLVIII, 3.

(2) Dión, XL, 60; Appiano, *B. C.*, I', XXVII; Plutarco, *César*, 29; Veleyo, II, XLVIII, 4; Suetonio, *César*, 29; Servio, *ad Æn.*, VI, 621.

todos proponiendo diversas leyes, de las cuales unas habían de desagradar á los conservadores, y otras al partido popular. Así se encontraron numerosos pretextos para demorar las discusiones hasta los dos primeros meses del año, esto es, casi á comienzos de Marzo (1). Y Curión dejó hacer; pero al avecinarse Marzo, propuso en su calidad de *pontifex* que se intercalase entre el 23 y el 24 de Febrero el mes mercedonio, que según costumbre antigua, tenía que añadirse cada dos años, para poner el calendario de acuerdo con el curso del sol: así—decía—se dispondría del tiempo necesario para discutir sus proposiciones antes del mes de Marzo, destinado á la discusión del tema sobre las provincias. Pero Curión no logró que se intercalase el mes mercedonio. Entonces fingió indignarse y propuso dos leyes popularísimas sobre los caminos y sobre el precio de los trigos (2). La necesidad de discutir estas leyes fué un buen pretexto para que el cónsul Lucio Emilio Paulo, que presidía este mes el Senado y era amigo de César, retrasase la discusión de las provincias (3). César logró así su objeto, gracias, según parece, á la peregrina intervención de uno de sus enemigos; nadie, pues, podía acusarle de ese ardid.

Pompeyo aceptó este retraso, no obstante sus declaraciones del año precedente. Sin decir nada en público, hizo saber que, según su opinión, podría conciliarse las pretensiones de César y la estricta observancia de

---

(1) Lange *R. A.*, III, 382; Dión, XL, 61.

(2) Dión, XL, 62; Cicerón, *F.*, VIII, vi, 5.

(3) Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 66; Cicerón, *F.*, VIII, xi, 1; *A.*, VI, iii, 4.

la constitución, conservando á César en su mando hasta el 15 de Noviembre, época en que ya se habrían celebrado las elecciones (1). Menos aún que César, Pompeyo no quería precipitar los acontecimientos. Tenía entonces cincuenta y seis años, y estaba constantemente enfermo (2), comenzando á sentir el efecto de las fatigas militares que había soportado en su juventud, y la tensión nerviosa de tantas intrigas políticas; veíase entonces respetado por el partido popular, que le permanecía adicto, así como por los conservadores, que habían vuelto á él; en una palabra, era el hombre más célebre é influyente del imperio. ¿Á qué arriesgar esta situación privilegiada irritando excesivamente á los amigos de César? Verdad es que los pesimistas consideraban ya como inevitable una guerra civil entre César y Pompeyo (3), pues uno y otro eran demasiado ambiciosos para poder permanecer juntos al frente de la república; y esta terrible expresión de «guerra civil» que despertaba tantos hoscos recuerdos, comenzaba á circular nuevamente. Pero esos rumores y temores mejor obraban como frenos que como estimulantes sobre los partidos y sus jefes. Todos estaban intimidados por la opinión pública, á la que inspiraba indecible horror el oir nada más que hablar de guerra civil. ¿Se iba á ver otro Sila en Roma? La guerra civil hubiese quemado las granjas, incendiado las casas, saqueado en los templos, que servían ahora de bancos, los tesoros particulares; hubiese imposibilitado el crédito, tan necesario como el

(1) Cicerón, *F.*, VIII, XI, 3.
(2) Idem, *A.*, VIII, II, 3.
(3) Véase Cicerón, *F*, VIII, XIV. 4.

aire y el pan, á muchísimas personas de todas las clases; hubiese quebrantado bruscamente la fidelidad de los esclavos. Como en todas las sociedades donde existe la esclavitud, esta Italia, tan orgullosa de su poder mundial, tan confiada en su fortuna, sentía una terrible inquietud que la atormentaba sin cesar: la muchedumbre de esclavos que había crecido demasiado. Tenerlos sumisos en una época tan agitada, no era fácil, ni siquiera en tiempo ordinario; pero ¿qué hubiese ocurrido de esta masa servil con una guerra intestina? Entorpecida por sus deudas, desconfiando de todos los partidos, cansada de la corrupción, agotada por el gran esfuerzo realizado en los diez años precedentes, Italia quería la paz. Ningún hombre, ningún partido osaba ir á sangre fría contra esta aspiración universal. Luego nadie pensaba entonces en la guerra.

Pero en las grandes crisis políticas, ni los partidos ni los hombres logran nunca dominar á los acontecimientos, y frecuentemente se ven obligados á hacer lo que al principio consideraban imposible. Este conflicto tenía que envenenarse poco á poco, por la fuerza de las cosas, á pesar de César y de Pompeyo. Con el gran ejército que mandaba, con sus parientes, con sus clientes, con el prestigio de que gozaba, Pompeyo disponía de una autoridad suficiente para inclinar la balanza del lado que se le antojase. Tan bien lo comprendían los conservadores, que se agolpaban á su alrededor llenándole de alabanzas y adulaciones. Naturalmente, César tenía que contrarrestar estas intrigas de los conservadores cerca de Pompeyo. Pero, ¿á qué medios podía recurrir? ¿Era necesario halagar ó amenazar? Luego de haber visto rechazadas sus proposiciones de casamien-

to, y después de las últimas declaraciones de Pompeyo, César no podía tener mucha confianza en la adulación. Podía ofrecer muy poco á Pompeyo, que desde lo alto de su magnífica posición no tenía ninguna necesidad de él. Cuanto á las amenazas, si las hacía abiertamente, podrían irritar á Pompeyo, lanzarle completamente del lado de los conservadores, presentar á César como el provocador. Y también ahora pensó en servirse de Curión. Conociendo el carácter impresionable de Pompeyo, encargó á Curión que le suscitase dificultades y obstáculos, en la esperanza de obligarle á cesar después en la oposición solapada que hacía á sus demandas. Curión, que era muy diestro, supo consumar con extraordinaria habilidad su difícil misión. Súbitamente, en grandes discursos, atacó á Pompeyo, el hombre respetado de todos, y no lo hizo como partidario de César, sino como crítico imparcial, lleno de buen sentido y de espíritu de justicia. ¿Por qué fingía Pompeyo observar con tal rigor la constitución cuando él mismo, por sus leyes del año 55, creaba la presente situación? (1). ¿Podía erigirse en guardián de la constitución, él, que había violado todas las leyes, y hasta había sido simultáneamente cónsul y procónsul? Los ataques de Curión produjeron grandísimo efecto (2). Estas acusaciones eran tan justas, que lo mismo sorprendió que nadie osara formularlas hasta entonces, como que al fin apareciese un hombre con el valor de lanzarlas contra el poderoso Pompeyo. Tanto se turbó éste, que hizo previos ejercicios de elocuencia para responder á los

---

(1) Cicerón, *F.*, XI, 3.

(2) Appiano, *B. C.*, II, XXVII.

discursos de Curión (1). Pero estas molestias tardaron poco en fatigarle, y sintiéndose ya quebrantado quiso partir para Nápoles, donde apenas llegado, cayó gravemente enfermo (2). Estaba, pues, ausente de Roma, cuando en el mes de Abril (3), el cónsul Marcelo que presidía el Senado, invitó á la asamblea para tratar la cuestión de las provincias, y consecuentemente la de otorgar al ejército de Pompeyo los fondos necesarios para un nuevo año, y la del mando de las Galias (4). Curión, animado por la ausencia de Pompeyo, declaró que la proposición de Marcelo era justa, pero que no había motivos para que César abandonase su mando si Pompeyo conservaba el suyo: propuesta así la cuestión, reducíase á una miserable querella de ambiciones personales, que podía engendrar gravísimas dificultades: el único modo de resolverla en beneficio de la república era transportarla al terreno de los grandes principios constitucionales, esto es, concluir con todos los poderes excepcionales y reingresar en la constitución. Propuso, pues, llamar á los dos, y opuso su veto á todas las proposiciones de Marcelo que no se inspirasen en este sentido (5).

Este medio estaba hábilmente escogido. Los conservadores acusaban á César de encontrarse en una situación ilegal: ¿Por qué toleraban para Pompeyo otra ilegalidad y privilegios aún mayores? Todavía más: ¿no querían aumentarlos? Así, el público imparcial, que te-

(1) Suetonio, *de clar. rhet.*, I.
(2) Plutarco, *Pomp.*, 57; Cicerón, *F.*, VIII, III, 2.
(3) Lange, *R. A.*, III, 386, n. I.
(4) Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 66.
(5) Appiano, *B. C.*, II, XXVII.

mía una guerra civil, encontró excelente la proposición de Curión y manifestó que ese era el medio de resolver definitivamente esta cuestión tan complicada. Terminar con todos los poderes excepcionales, y reingresar en la constitución que los excluía: tal era el grito de todos los buenos ciudadanos. En efecto, el Senado no aprobó la proposición anunciada por Marcelo de aplicar la decisión del año precedente, según la cual, no tendría validez la intervención de los tribunos (1), y Curión fué por un instante uno de los hombres más célebres y populares de Roma (2). Sólo un escaso número de personas clarividentes sospechaban que César actuaba detrás de Curión. Pero César había contado excesivamente con la timidez de Pompeyo, y si el éxito inmediato de la proposición de Curión fué grande, erró el fin principal: que Pompeyo se inclinase á transigir con César. Las proposiciones de Curión atacaban harto directamente á su interés y á su prestigio, y en lugar de acercarle á César, consumaron el acuerdo de Pompeyo con el partido de los conservadores intransigentes (3). El cambio no fué inmediatamente visible; Pompeyo escribió al Senado desde Nápoles, declarándose dispuesto á renunciar su mando (4). Pero no era sincero. Una ley le había concedido el ejército de España por cinco años, y no quería renunciar á sus derechos por satisfacer á Curión: si César—á quien su-

(1) Cicerón, *F.*, VIII, XIII, 2; Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 66.

(2) Appiano, *B. C.*, II, XVII; Veleyo, II, XLVIII.

(3) Los sucesos subsiguientes demuestran que la propaganda de Curión fué el motivo inmediato de la ruptura entre César y Pompeyo, y nos confirma en esto una explícita afirmación de Dión, XL, 63.

(4) Appiano, *B. C.*, II, XXVIII.

ponía detrás de éste—quería infligirle esta humillación, no la sufriría de ningún modo. Además, ¿esta constitución que no admitía los poderes excepcionales, no se había convertido en una pura ficción desprovista de valor? Si el pueblo había arrojado flores al paso de Curión cuando salió del Senado, las ciudades de la Campania celebraban entonces grandes fiestas para solemnizar la cura de Pompeyo, como si la salud del imperio sólo dependiese de la salud de este hombre, á quien Curión pretendía hecer reingresar en la vida privada, como un magistrado cualquiera, al terminar el año (1). Cuando regresó á Roma, Pompeyo aun declaró que estaba dispuesto á aceptar la conciliación propuesta por Curión; pero sus manifestaciones se acogieron con tan gran escepticismo, que Curión reanudó sus ataques, declarando en numerosos discursos que no tomaba en serio lo dicho por Pompeyo; añadió que las palabras no eran suficientes, que se necesitaban actos; y para ponerle á prueba, completó su anterior proposición añadiendo que se declararía rebelde al que no obedeciese de ambos, y que se apercibiese un ejército para declararle la guerra (2). Vivamente irritado (3), Pompeyo aún se inclinó más hacia los conservadores intransigentes; y cuando en Mayo ó Junio (4) decidió el Senado que Pompeyo y César destacarían una legión de sus respectivos ejércitos y la enviarían á Siria contra los partos, se aprovechó del momento para pedir á

(1) Plutarco, *Pomp.*, 57.
(2) Appiano, *B. C.*, II, XXVIII.
(3) Idem, *B. C.*, II, XXIX.
(4) Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 69; Lange, *R. A.*, III, 388.

César la legión que le había prestado en el 53 (1). Y entonces pensó en sus fuerzas y en las de César. Él tenía siete legiones en España; César once. Después de la restitución, á César le quedarían nueve. Era una ventaja para éste, si la guerra estallaba realmente. Luego se suspendieron las discusiones: las elecciones se acercaban y todos los partidos esperaban ansiosos su resultado.

Durante este tiempo, César se esforzó en reparar un poco en la Galia los estragos de las últimas guerras y de consolidar la dominación romana; y Cicerón, en su provincia, se esforzaba con sincero celo, pero con escaso éxito, en realizar algunas reformas. Durante su viaje había observado lo célebre que era en todo el imperio, hasta en los países helénicos. Esta admiración mundial, y aún más el éxito de su libro *De Republica*, del que nos informa Celio, hacían renacer en él la ilusión casi extinguida durante los diez años que siguieron á su consulado, de ser un gran hombre de Estado. Quería, pues, parecer en su provincia digno de su libro, ofrecer á los contemporáneos el ejemplo de una administración perfecta (2). Pero la empresa era más difícil de lo que se figuraba. Los gobernadores de las provincias se habían convertido en agentes de la oligarquía política y mercantil de Roma. ¿Cómo el hombre que debía ser el instrumento de los opresores se iba á convertir en defensor de los oprimidos? Y, entretanto, la miseria de la provincia era grande, la necesidad de socorro urgentí-

---

(1) Hircio, *B. G.*, VIII, 54; Appiano, *B. C.*, II, XXIX; Dión, XL, 65 (fecha inexacta); Plutarco, *Pomp.*, 56; *Cesar*, 29.

(2) Cicerón, *A.*, VI, I, 8; VI, II, 9.

sima. Si al llegar se había asustado Cicerón del desorden reinante en el ejército, apenas se retiraron los partos y pudo considerar más tranquilo la situación del país, había visto extenderse ilimitadamente, de uno á otro extremo de la Cilicia, la inmensa desolación de una provincia romana devastada por los usureros y los políticos llegados de Italia. Poblada de griegos é indígenas—los primeros mercaderes en su mayoría, obreros, artistas, hombres de letras y propietarios habitantes en las ciudades, y los otros campesinos, pastores, humildes artesanos y bandidos—Cilicia estaba dividida en cierto número de distritos que tenían por capital á una ciudad importante donde residía el Senado ó el consejo que la población escogía entre las personas ricas, es decir, casi exclusivamente entre los griegos, y que estaban encargados de administrar la ciudad con leyes propias del país, pero bajo la inspección del gobernador y del Senado romano (1). Esta organización municipal era excelente, y los romanos, cansados de la variedad de las antiguas instituciones todavía vigentes en las ciudades italianas, hacía algún tiempo que las estudiaban cuidadosamente. Pero la miseria, las largas guerras, la anarquía y el desorden social que duraba un siglo, habían hecho degenerar estas instituciones en un monstruoso instrumento de tiranía y de expoliación. En todos los Senados, los consejeros se entendían para aprovecharse de las rentas de las ciudades, que casi siempre consistían en impuestos y bienes inmuebles, y decretaban trabajos públicos, fiestas, misiones, toda suerte de gastos inútiles para participar en las ganancias de

---

(1) Mommsen, *P. R.*, I, 307 y sig.

los contratistas; también se entendían con los publicanos y los financieros italianos para que las ciudades concertasen empréstitos ruinosos, y gozaban con ellos los frutos de una dilapidación criminal de los dominios municipales y de un espantoso aumento en los impuestos (1). Así, apenas llegado, Cicerón encontró los bandos municipales ocupados en enviar embajadores á Roma para celebrar ante el Senado las virtudes de Apio Claudio y decretar templos y monumentos en su honor, según los ritos serviles que los orientales habían transferido de sus antiguos soberanos á los gobernadores romanos (2). Pero el derroche y los robos de estas banderías indígenas, sólo eran el menor mal de que la desgraciada provincia sufría. Mucho más terrible era el esfuerzo supremo de la plutocracia itálica encarnizándose sobre ella como sobre una presa casi consumida. El antiguo acusador de Verres podía ahora certificar con sus propios ojos de lo que se había convertido la explotación financiera de las provincias en los últimos veinte años. Esta explotación había acabado por sustentarse en la fuerza militar; por todas partes se procuraba arrancar el dinero á los miserables deudores agotados, con ayuda de los soldados; cada instante se cometían crueldades y violencias terribles. En fin, todos los años, los políticos de Roma, el gobernador y sus amigos, venían á colmar la medida del mal dando prisa para pagar á las ciudades y á los particulares (3), reduciendo á la última miseria á los artesanos y á los pequeños mer-

---

(1) Cicerón, *F.*, III, VII, 2; III, VIII, 2. Véase Cicerón, *A.*, V, XXI, 7.

(2) Idem, *A.*, V, XXI, 7.

(3) Idem, *A.*, V, XXI, 7.

caderes de las ciudades, á los pequeños propietarios de los campos, á los campesinos libres, obligándoles á vender sus campos, sus casas y hasta sus hijos (1).

Estas depredaciones espantaron á Cicerón como habían espantado á Publio Rutilio Rufo y á Lúculo. Pero no quiso declarar la guerra á ultranza á los financieros italianos, como Lúculo y Rufo; hasta en esta lucha contra la usura prefirió representar el espíritu de conciliación y transacción que caracterizaba á su época. En los límites de la probidad, fué un gobernador servicial. Trató con los cazadores de panteras por contentar á su amigo Celio que necesitaba fieras para sus fiestas de la edilidad (2); expidió á Éfeso los asuntos de Ático (3) y le compró vasos artísticos (4); acogió amistosamente á sus amigos y á los parientes de sus amigos que acudían á él con cartas de recomendación; invitó algunas veces á comer al hijo de Hortensio, que en vez de estudiar, se divertía y malgastaba el dinero (5); también acogió amablemente á un elegante joven, Marco Feridio, hijo de una familia acomodada de Italia, que vino á Cilicia como administrador de una sociedad que había arrendado los impuestos de una ciudad (6). En fin, realizó la tarea ordinaria de un gobernador: liquidación de herencias, rescate de los italianos capturados, percepción de los intereses correspondientes á las cantidades prestadas por los italianos en Asia. Sin embargo, también se

---

(1) Véase Cicerón, *A.*, V, XVI, 2.
(2) Idem, *F.*, II, XI, 2.
(3) Idem, *A.*, V, XIII, 2.
(4) Idem, *A.*, VI, I, 13.
(5) Idem, VI, III, 9.
(6) Idem, *F.*, VIII, IX, 4.

esforzó en aportar algún alivió á los pobres pueblos. Rechazó las fiestas y los presentes de las ciudades; vivió é hizo vivir con sencillez á su comitiva, para no imponer á las provincias excesivos gastos; se mostró atento con los principales ciudadanos; quiso que todos pudieran hablarle, hasta las personas más humildes (1) y que los procesos se tramitasen rápidamente; sobre todo, se negó absolutamente, no obstante las más apremiantes demandas, á que los soldados estuviesen á disposición de los usureros para arrancar el dinero á sus deudores (2). Solicitar, rogar, escribir cartas, lo hacía Cicerón gustoso; pero nunca se decidió á servirse del ejército para recobrar los créditos de sus amigos. Así se vió muy fastidiado, sobre todo á causa de los préstamos que Bruto hizo á Ariobarzanes, rey de Capadocia. Desangrado mucho tiempo por los usureros italianos, el viejo rey invertía el escaso dinero que le quedaba en pagar los intereses que debía á Pompeyo, y que, probablemente por la acumulación de los atrasos, ascendían ahora á 33 talentos cada mes (3). Los agentes que Pompeyo tenía en Asia expedían casi todos los meses en mulas escoltadas por esclavos esa suma, que representaría hoy unos 120.000 francos; se la llevaba así hasta el mar y se la embarcaba para Italia. Pero ya no quedaba casi nada para los otros. Cicerón escribía al rey cartas y más cartas (4); decíase en toda Asia que á Pompeyo se le enviaría pronto á Oriente al mando de

(1) Véase Cicerón, *A.*, VI, II, 5; Plutarco, *Cic.*, 36.
(2) Idem, V, XXI, 10; VI, I, 6.
(3) Cicerón, *A.*, VI, I, 3.
(4) Idem, VI, II, 7.

un gran ejército para hacer la guerra á los partos, y Ariobarzanes sólo pensaba en liquidar sus cuentas con él (1). Los otros podían esperar, y lo mismo Bruto, aunque estuviese bien recomendado por Cicerón. Pero éste no se contentaba con ahorrar á los deudores las violencias de los centuriones; aún hizo más: declaró en un edicto que cualesquiera que fuesen sus convenciones particulares, no reconocería intereses anuales superiores al 10 por 100, y que ya no admitiría que se exigiese el beneficio de los intereses atrasados. Así redujo todos los intereses como el Senado había hecho en Roma (2). Al mismo tiempo revisó con gran cuidado todos los presupuestos de las ciudades durante los diez últimos años; anuló implacablemente los gastos supérfluos, los contratos ruinosos, las exigencias inícuas; obligó á numerosos concusionarios que restituyesen á las ciudades lo que les habían quitado, y cuidó de que los intereses reducidos á un 10 por 100 de los empréstitos hechos á las ciudades se pagasen puntualmente (3). De este modo esperaba contentar á todos, á los súbditos cilicios y á los publicanos de Italia, gracias á una transacción hecha á expensas de las banderías locales (4).

Pero no era fácil obrar bien en esta época. La anulación de todos los decretos votados en honor de Apio Claudio valió á Cicerón cartas insolentes de éste, y la reducción de los intereses al 10 por 100 sirvió de oca-

---

(1) Cicerón, *A.*, VI, I, 3.
(2) Idem, V, XXI, 11.
(3) Idem, *A.*, V, XXI, 7; VI, I, 20; VI, II, 5; *F.* XV, IV, 2; Plutarco, *Cic.*, 36.
(4) Cicerón, *A.*, VI, I, 16.

sión á graves disentimientos con Bruto. Dos hombres de negocios, Escapcio y Matinio, que figuraban como acreedores de los salaminios, se le presentaron para solicitarle el pago del modesto interés de un 48 por 100, que era lo tratado, y no habiéndolo obtenido, le hicieron saber que el verdadero acreedor era Bruto. Esta revelación produjo gran sorpresa en Cicerón; pero no quiso ceder, y resistió aunque Bruto le escribiese cartas insolentes. Animados por su benevolencia, los pobres deudores le demandaron autorización para colocar en un templo el interés del 10 por 100 que Escapcio y Matinio no querían aceptar y declararlos así libres. Pero Cicerón careció en este momento de valor; no se atrevió á desafiar abiertamente á Bruto, y dejó pendiente el asunto. Precisamente era lo que deseaban Escapcio y Matinio, no pudiendo esperar más. Sabían que el sucesor de Cicerón no sería tan obstinado, y obligaría á los salaminios á pagar según lo tratado (1).

Por otra parte, ¿cómo un gobernador hubiese podido hacer plena justicia, cuando todos estaban interesados en estas rapiñas? Cicerón no quería tocar ni un sestercio de las sumas procedentes del botín de guerra ó de las que se le habían asignado por el Senado para el gobierno de la provincia: las primeras las confiaba á los prefectos y las segundas al cuestor (2). Pero todo el mundo especulaba ó traficaba á su alrededor. El cuestor era hermano de un gran comerciante que residía en Elis (3)

(1) Todos los detalles de esta intriga se encuentran en Cicerón, *A.*, V, XXI; VI, I; VI, II.

(2) Cicerón, *F.*, II, XVII, 4.

(3) Véase Cicerón, *F.*, XIII, XXVI.

y le había escogido de consejero (3); uno de los legados de Cicerón y el jefe de ingenieros, Lepta, se habían comprometido de tal suerte en una intriga que, para sacarlos libres, tuvo que atemperar esta vez su habitual rigor administrativo. Era regla fundamental en la administración romana el no terminar nunca un contrato sin que el contratante presentase cierto número de personas que le garantizasen para que, á falta del contratante, pagasen las multas en caso de que el contrato no estuviese bien hecho. Así, cuando los negocios aumentaron en número é importancia, se buscó por todas partes personas garantizadoras que fuesen aceptables por su fortuna ó crédito político, y se hizo con tanta prisa como hoy se buscan para las letras de cambio endosadores que gocen de buen crédito cerca de los bancos. Para encontrarlos se apeló á todos los medios posibles: la amistad, la solidaridad política, las promesas de gran beneficio. Es probable que muchos políticos de Roma se prestasen á ganar dinero por este medio, sirviendo de garantía mediante una indemnización prometida por el contratante; luego, si llegaba el caso de que éste no cumplía sus compromisos con el Estado, que necesitaba proceder contra ellos, los políticos empleaban sus influencias para no pagar. Así es como el jefe de ingenieros, Lepta, y un general de Cicerón habían garantizado á un tal Valerio, que había suscripto un contrato. Pero este Valerio no había podido satisfacer sus compromisos, y, probablemente por una pequeña cantidad, había transferido el negocio á un usurero llamado Volusio (que tal vez estuviese de acuer-

(1) Cicerón, *F.*, V, XX, 2.

do con el cuestor Rufo), encargado de ejecutar el trato, pero no de pagar la multa que había de abonar Valerio, y en su defecto, quienes le habían garantizado. Desesperados éstos, dirigiéronse á Cicerón, que tuvo lástima de ellos, y habiendo encontrado un pretexto jurídico para declarar nula la cesión de Valerio á Volusio, rompió el contrato, ingresó en el Tesoro la cantidad que aún había de pagar el contratante, y redimió de sus compromisos á los garantizadores, con gran sentimiento de Volusio, que perdió su dinero y el beneficio que pudiera reportarle el negocio (1). Además, el fraude y la concusión eran tan comunes en esta sociedad donde el dinero era al presente el único lazo moral entre los hombres, que mientras Cicerón ponía todo su cuidado en administrar honradamente la provincia, solía recibir cartas de sus amigos solicitándole préstamos, pues le decían que con el botín de la guerra no debía carecer de dinero. Y Cicerón se veía obligado á responderles finamente que el botín no era suyo, sino de la república, y que no le era posible prestar á nadie (2).

La manera como gobernó á Cilicia honra grandemente á Cicerón, y es inútil que los historiadores modernos hayan querido rebajar su mérito burlándose de él y criticándole sin razón (3). Verdad es que los siguientes años pasaron sobre sus reformas como las olas del

---

(1) Paréceme que puede interpretarse así el obscuro pasaje de Cicerón, *F.*, V, xx, 3.

(2) Cicerón, *F.*, II, xvii, 4.

(3) Véase sobre la administración de Cicerón las justas réplicas de Schmidt (*B. W. C.*, 5 y sig.) á las críticas de Drumann, de Tirrel y de Purser

mar pasan borrando las figuras que un niño traza en la arena. Pero la influencia de Cicerón era la de un hombre y no la de un dios. Él sólo no podía curar el mal espantoso que atormentaba al mundo. No en los resultados, sino en las intenciones, es significativa su obra. Cicerón fué el primero en aportar á la vida ese espíritu de justicia, de solidaridad, de misericordia que aspira á emanar de la contemplación filosófica para transformarse en acción. Como la mañana de los Alpes donde algunas rocas que se doran sobre las cimas más altas con una luz de rosa, mientras el valle aún duerme en la obscuridad y la montaña sigue envuelta en sombras, anuncian alegremente á los ríos, á los bosques, á los campos, á las casas, que el sol se alza y que un nuevo día va á comenzar, así la conciencia de este tímido escritor y algunas otras almas solitarias anunciaban ya en las alturas el alba de los tiempos nuevos, cuando el mundo estaba todavía en las tinieblas de una infinita perversión moral.

Pero Cicerón no se daba cuenta de ello. Las variadísimas ocupaciones de su cargo, desagradables casi todas, le molestaban profundamente. La fatiga que al cabo de un año sintió el único hombre que se había esforzado en gobernar bien, demuestra aún mejor que la negligente administración de las otras provincias, que el imperio no podría subsistir mucho tiempo en aquel estado. El proconsulado de Cicerón dice que la universalidad enciclopédica de las funciones, en que el mismo hombre tenía que ser á la vez general, orador, juez, administrador, arquitecto, era un vestigio arcáico de otra época menos complicada, que ya no podía durar en esta civilización superior, en que empezaba la divi-

sión del trabajo para que cada cual realizase mejor su cometido. Al fin había aparecido un gobernador honrado, celoso é íntegro, pero sentía impaciencia por marcharse; solicitaba á todos sus amigos que se opusieran á la prórroga de su mando (1); sólo una cosa deseaba, salir lo antes posible de este matorral de cifras, de *syngraphæ*, de garantías, contratos, y regresar á Italia, donde le solicitaban muchos asuntos privados y públicos. Á su hija, su querida Tulieta, que había tenido ya dos maridos y se había divorciado dos veces, la pretendían muchos altos personajes suponiendo que su padre volvería de Cilicia con la bolsa bien repleta y podría darle una gran dote. Su madre, la hábil Terencia, había preferido á Cneo Cornelio Dolabela, joven disoluto, pero de nobilísima familia. Cicerón no ignoraba lo que era su futuro yerno ni las deudas que tenía (2), pero su ambición por aliarse á una nobleza antigua y auténtica era en él más fuerte que cualquier otra consideración, y hasta su ternura paternal se ilusionaba. Como suprema recompensa de sus penas, ¿no había ensoñado intimar con los grandes? También los negocios públicos, que cada vez se embrollaban más, le invitaban á regresar lo antes posible. Había encargado á Celio que le comunicase frecuentes noticias, y Celio pagó á un tal Cresto, periodista de profesión, que enviase á Cilicia una crónica política y mundana, compuesta con las parlerías de Roma (3). Los correos, siempre viajando entre la provincia y Roma, le llevaban así las noticias;

---

(1) Cicerón, *F.*, II, VII, 4; II, XI, 1; Cicerón, *A.*, VI, III, 2.
(2) Idem, *F.*, II, XVI, 5.
(3) Idem, *F.*, II, VIII, 1; *F.*, VIII, 1, 1.

también las recibía por los correos de las sociedades de publicanos, que solían conducir las cartas de los personajes ilustres. Pero, á pesar de todo, las noticias llegaban tarde por la mucha distancia: su orden no se cumplía frecuentemente, y Cicerón había llegado al límite de la paciencia.

XI

Initium tumultus.

(AÑO 50 ANTES DE CRISTO)

Las elecciones se acercaban, y la lucha para el consulado creíase que sería muy áspera. Como la cuestión del mando de la Galia tenía por fin que resolverse al año siguiente, ambos partidos pusieron más empeño en apoderarse de la suprema magistratura. César, siempre dispuesto á la moderación, se hubiese contentado con uno de los dos cónsules, y envió á Roma soldados con licencia (1), para que ayudasen al triunfo de su antiguo general Servio Sulpicio Galba. Pero los conservadores le opusieron dos candidatos, Lucio Cornelio Léntulo y Cayo Claudio Marcelo, primo del cónsul entonces en ejércicio, hermano del cónsul del año precedente, y tan mal dispuesto en favor de César como los dos citados Marcelos. Ambos partidos se disputaron la victoria con encarnizamiento, y César sufrió una derrota. Si logró que se eligiese á Marco Antonio tribuno del pueblo, no pudo conseguir el consulado para Servio Sulpicio Gal-

(1) Plutarco, *Pomp.*, 58.

ba. El cargo más disputado é importante recayó en poder de los conservadores.

Esta victoria produjo en los enemigos de César increíble alegría (1). Creyeron que terminaría con todo el poder é influencia de César. Y el fracaso era realmente grave para éste, no tanto por el fracaso en sí, como por la impresión que causó en la gente tímida é insegura. ¿Declinaba, pues, su fortuna, como afirmaban sus enemigos? En realidad, César, que instalaba entonces en la Galia sus cuarteles de invierno (2) para que las legiones tomasen algún reposo, se excitó hasta tal punto al conocer el mal resultado de las elecciones y las intrigas de sus enemigos, que teniendo que celebrarse en Septiembre la elección de un augur (3), adoptó el partido de ir en persona á la Cisalpina para ayudar á An-

---

(1) Hircio, *B. G.*, VIII, L.

(2) Como hace observar Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 67, n. 1, los términos de que se sirve Hircio, *B. G.*, L, *hivernis peractis*, no significan que los cuarteles de invierno del 52-51 hubiesen concluído, sino que se preparaban los del 51-50. En realidad, durante el invierno del 52-51, casi todas las legiones tuvieron que combatir en vez de decansar.

(3) Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 68, n. 1, me parece haber demostrado que la elección del augur, y por consecuencia, el viaje de César á la Cisalpina, tuvieron lugar después de las otras elecciones y no antes — como se había creído — y que fué en el mes de Septiembre. La prueba se encuentra en Cicerón, *F.*, VIII, XII, 3, que alude á los *ludi circenses*, que se celebraron en Septiembre, y en Plutarco, *Ant.*, 5, el cual dice que Antonio fué primero electo tribuno, y luego augur. Además, no se comprendería por qué César hubiese hecho tan largo viaje sólo por la elección de un augur, si á ello no le hubiese inducido el fracaso de Sulpicio. Aunque estas razones sean más confusas, también se las puede encontrar en Hircio, *B. G.*, VIII, L.

tonio, que era candidato en contra de Lucio Domicio Enobarbo. Quería hacer todo lo posible para evitar el nuevo fracaso que le preparaban los conservadores envalentonados por sus recientes éxitos. Durante el viaje supo que Antonio había sido electo (1); pero como ya se encontraba á mitad del camino, lo aprovechó para ejecutar un proyecto que es posible meditase desde mucho antes. César era popular en la Galia cisalpina; pues se sabía que estaba dispuesto á concederle el derecho de ciudad; porque muchos soldados suyos habían nacido en las aldeas del país; y, en fin, porque las poblaciones del valle del Pó comprendían que la conquista de la Galia transalpina, enriquecería á la Galia cisalpina, que de país fronterizo, se convertiría en país de tránsito para lo que hoy llamaríamos un vasto y pobladísimo *hinterland*. Hábiles agentes, enviados delante, consiguieron inducir fácilmente á los notables de la Cisalpina para que organizasen grandes manifestaciones en honor del conquistador de la Galia, y César pudo hacer un rápido viaje triunfal por la provincia Las diputaciones salieron á recibirle en las afueras de cada población; las municipalidades y las colonias le invitaron para asistir á sus fiestas; los habitantes de los campos, que le habían dado tantos soldados y que conocían sus hazañas por los relatos de ellos, acudieron en tropel para saludarle en los caminos (2).

Estas manifestaciones no estaban destinadas á satisfacer la vanidad del guerrero; sino á mostrar desde lejos á Italia, descontenta del conquistador de la Galia,

(1) Hircio, *B. G.*, VIII, L.
(2) Idem, *B. G.*, VIII, LI.

el entusiasmo que despertaba esa conquista entre las poblaciones que más tenían por qué temer á los galos y que los conocían mejor. Pero César se sentía siempre tan inclinado á la conciliación, que por entonces envió á Italia la legión que se le pedía para la guerra contra los partos, y devolvió á Pompeyo la que éste le habia prestado (1), ordenando al mismo tiempo á Curión que cesase en la oposición que hacía á Pompeyo y retirase el veto que había opuesto sobre los fondos que habían de destinarse á las legiones de España (2). En suma, después de haber creado dificultades á Pompeyo, César le proponía ahora la paz, y creía oportuno el momento para un acuerdo. Además, tan persuadido estaba de que sus enemigos no provocarían una guerra civil por un pretexto tan fútil que, hacia fines de Septiembre, se puso en marcha, y volvió á pasar los Alpes para dar la última mano en la Galia transalpina á la instalación de los cuarteles de invierno.

Cicerón, entretanto, había terminado su año de gobierno, ó mejor de destierro, y había partido inmediamente, sin preocuparse de arreglar las cuentas de su administración. Había rogado á su cuestor que fuese á Laodicea para hacer esta operación (3); pero no habiéndole encontrado, y siendo su impaciencia muy grande, dió á su escriba la orden de preparar las cuentas de acuerdo con el cuestor y fijarlas, como disponía la *lex Julia* del 59, en dos edificios públicos, en Laodicea y en Apamea, para que el público pudiera contrastarlas;

(1) Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 69.
(2) Cicerón, *F.*, VIII, XIV, 4.
(3) Idem, *A.*, VI, VII, 2.

luego se marchó (1) sin llevarse nada del presupuesto de la provincia. Dejó una parte á su cuestor, á quien confió el gobierno, para que no tuviese ningún pretexto de saquear á Cilicia; el resto lo ingresó en el Tesoro de la provincia—sobre un millón de sestercios—con gran indignación de sus amigos y oficiales, no comprendiendo que el gran orador se preocupase más de la bolsa de los frigios y de los cilicios, que de la suya propia (2). Realmente, el caso no tenía precedentes. Sea de ello lo que quiera, y aun excluído todo esto, Cicerón pudo, *legibus salvis*, como él dice, traerse á Italia una cantidad para gastarla en el triunfo que esperaba se le decretase por sus victorias, y depositar entre los publicanos de Éfeso dos millones doscientos mil sestercios (3), que valdrían hoy más de un millón de francos. Tal era, probablemente, su parte del botín de guerra. Hasta los procónsules honrados del vasto imperio estaban bien remunerados, como puede verse, de sus fatigas durante el año de su gobierno. Estando en marcha recibió una carta de protesta del cuestor diciéndole que su secretario había ingresado en el Tesoro cien mil sestercios que tenían que devolvérsele (4); y le respondió consolándole y declarándose dispuesto á indemnizarle él mismo. Viajó con bastante lentitud para que su hijo y su sobrino viesen los monumentos de Asia y de Grecia (5), se detuvo algún tiempo en Atenas, donde

(1) Cicerón, *F.*, V, XX, 1-2. Creo que así puede resolverse la contradicción entre este pasaje y el citado (*A.*, VI, VII, 2) más arriba.

(2) Cicerón, *A.*, VII, I, 6.

(3) Idem, *F.*, V, XX, 9.

(4) Idem, *F.*, V, XX, 8.

(5) Idem, *A.*, VI, VII, 2.

supo la muerte de su amigo Precio, que le nombraba heredero (1). Desgraciadamente, en Patrás cayó enfermo Tirón; el joven esclavo que amaba como á un hijo (2) y el viaje se retrasó algo. Como la enfermedad se prolongaba, Cicerón, con gran sentimiento, tuvo que dejar á Tirón, pero no reanudó el viaje sin adoptar antes todas las disposiciones necesarias para que estuviese bien asistido, sin reparar en los gastos. Manio Curio, rico mercader italiano de Patrás, á quien él conocía y que estaba muy relacionado con Ático, fué el encargado de poner á disposición de Tirón todas las cantidades que necesitase (3) con cargo á Cicerón. En fin, el 24 de Noviembre embarcó en Brindisi (4).

Los espíritus se habían tranquilizado un poco en Italia después de las elecciones; pero el mundo político y las altas clases se habían sorprendido viendo aparecer en Roma á un censor de severidad antigua, á un verdadero émulo del viejo Catón. El hecho era extraño en sí mismo, pero aún era más extraña la persona en que había encarnado súbitamente el espíritu de severidad y de disciplina de las pasadas generaciones. Era Apio Claudio, el hermano de Clodio, el antiguo gobernador de Cilicia relevado por Cicerón, que tanto había trabajado en reparar el mal hecho ó dejado hacer por aquél en la provincia. Publio Cornelio Dolabela; prometido de Tulia, hasta le había acusado de concusión; pero Apio

---

(1) Cicerón, *F.*, XIV, v, 2.

(2) Idem, *A.*, VII, ii, 3.

(3) Idem, *F.*, XVI, iv, 2. Este Curio es seguramente el Manio Curio de la carta *ad F.*, XIII, xvii.

(4) Cicerón, *F.*, XVI, ix, 2.

era suegro de Bruto y de un hijo de Pompeyo, y Bruto y Pompeyo no sólo habían obtenido su absolución; pero también lograron que se le eligiese censor (1). Ya electo, Apio fué un censor terrible. Arrojó del Senado á muchos senadores, instruyó procesos, atormentó á los propietarios de dominios demasiado extensos y á los que tenían deudas; hasta persiguió el lujo de los cuadros y estatuas (2). Entre el número de sus víctimas figura Salustio, que perdió su asiento en el Senado; Celio y Curión también fueron de los que persiguió. En suma, Apio quiso imitar las represiones de Pompeyo; pero su censura sólo fué una parodia que suscitó descontentos y burlas. Todo se gastaba pronto en Roma, y esta severidad que tanto estimaban los conservadores y que dos años antes parecía haber restablecido Pompeyo como norma de gobierno, no tardó en convertirse en objeto de risa. El mal ni siquiera era grande por el momento, pues Italia se encontraba bastante tranquila. Pompeyo había vuelto á Nápoles (3); y César, luego de adoptar las necesarias disposiciones en la Galia transalpina, regresó á la Cisalpina; pero sin otra intención que preparar su candidatura para el año siguiente. Tan lejos estaba de creer en la posibilidad de una guerra civil, que sólo llevó á Italia una legión para sustituir en la guarnición de la Cisalpina á la legión que había destacado para la guerra de los partos, dejando

(1) Lange, *R. A.*, III, 389.

(2) Cicerón, *F.*, VIII, xiv, 4; Dión, XL, 63.

(3) Así parece, pues las conferencias de Cicerón y de Pompeyo se celebraron probablemente en Nápoles, durante el mes de Diciembre. Véase Schmidt, *B. W. C.*, 94.

á las otras ocho en la Galia, cuatro al mando de Cayo Fabio, en el país de los eduos y otras cuatro bajo las órdenes de Trebonio, entre los belgas, es decir, lo más lejos posible de Italia (1). Pompeyo ya no era su amigo como antes; pero era un hombre cuerdo y prudente; los demás enemigos, excepto Catón, pertenecían á grandes familias casi todos, pero no tenían autoridad; apenas osaban oponerse á la opinión pública y á Italia entera que deseaba la paz. Sin duda ninguna podría llegar á entenderse con Pompeyo y con el Senado.

César discurría cuerdamente, y poi eso mismo se engañaba. En el desorden de una gran crisis social, el equilibrio moral de los partidos y de las clases es tan inestable, que la ligereza, la animosidad, los rencores de algunos hombres ó de algunas pequeñas banderías se convierten en importantísimas fuerzas históricas, pues pueden hacer estallar súbitamente los antagonismos latentes y precipitar transcendentales acontecimientos. Marcelo no quería dejar el consulado sin vengarse de Curión, que siempre le había vencido, y los enemigos de César no renunciaban á sus designios, sobre todo ahora que estaban sostenidos por una nueva esperanza. Si los hechos habían de demostrar pronto que la fidelidad de los soldados de César era á toda prueba, parece que entre sus oficiales, y singularmente entre los que pertenecían á las altas familias, reinaba cierto descontento, quizás porque habían sentido mejor que los soldados la repercusión de la creciente im-

---

(1) Hircio, *B. G.*, VIII, LIV.

popularidad de César entre las altas clases. En el número de los descontentos figuraba el mismo Labieno. Ahora bien, en Roma se traducía fácilmente este descontento de algunos oficiales por el ejército entero; pues la facilidad en creer lo que se desea, hacía dar crédito al rumor de que el ejército de César, cansado de la guerra, pedía que se le licenciase, y los adversarios de César creían encontrar ayuda en su mismo ejército. Marcelo, pues, quiso intentar un supremo esfuerzo en la sesión del 1.° Marzo, y para rechazar una proposición análoga dirigida contra Pompeyo. Si lograba triunfar, obtendría una doble ventaja: humillaría á Curión, y prestando á Pompeyo tan gran servicio, le obligaría á unirse al partido conservador convirtiéndose en su jefe. En efecto, el 1.° de Diciembre, se reunió el Senado. La asamblea se encontraba casi en pleno, pues se hallaban presente unos cuatrocientos miembros (1); pero su indecisión era grande. Casi todos, inquietos é irresolutos, tenían miedo de desagradar á César y de ofender á Pompeyo, por las consecuencias que podían acarrear sus deliberaciones, y sólo deseaban dos cosas: no comprometerse y no desencadenar la guerra civil. Sólo Marcelo y Curión habían acudido con ideas bien decisivas: uno, quería que se votase la llamada de Pompeyo; otro, la de César. Al comienzo de la sesión Marcelo tomó la palabra y propuso claramente la cuestión de saber si César iba á regresar á Roma, como hombre privado, el 1.° de Marzo. Todos se figuraban que Cu-

---

(1) Apiano, *B. C.*, II, xxx. Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 71, n. 1, me parece haber demostrado de una manera definitiva que la sesión se celebró el 1.° de Diciembre.

rión iba á oponer su veto, y que no habría necesidad de entrar en una discusión tan grave y peligrosa. Pero con gran sorpresa de todos, Curión permaneció silencioso é inmóvil en su banco. La proposición de Marcelo pudo, pues, votarse y resultó aprobada por gran mayoría. É inmediatamente, sin que Curión hubiese podido intervenir, Marcelo volvió á hacer uso de la palabra, y declaró someter al Senado la otra cuestión que había propuesto: saber si Pompeyo debía de resignar su mando. Así propuesta, la proposición afectaba directamente á Pompeyo, y parecía la violación de una ley aprobada por el pueblo. Marcelo lo sabía, y por eso mismo la había formulado él mismo adelantándose á Curión. El Senado, que tenía miedo de ofender á Pompeyo, la rechazó. El ardid había triunfado: Curión y César sufrieron otro fracaso; y Marcelo, muy contento, estaba ya á punto de levantar la sesión. Pero Curión, con gran presencia de ánimo, pidió inmediatamente la palabra y en un hábil discurso presentó al Senado otra proposición: César y Pompeyo tenían que abandonar á la vez su mando. Así formulada, la proposición perdía su carácter de hostilidad personal contra Pompeyo, y sólo parecía una medida de alta equidad y de con cordia, que solamente los malos ciudadanos podían desaprobar. Sin embargo, Marcelo la sometió á votación persuadido de que el Senado, empeñado ya por el voto precedente, la rechazaría, y que la derrota de Curión sería así completa y definitiva. Pero suele ocurrir que las asambleas se contradicen sin vergüenza en algunos instantes de intervalo. La proposición de Curión correspondía al deseo de todos, y cuando se llegó á votar, 370 lo hicieron en pro y 22 en con-

tra (1). Curión vencía una vez más, y el fracaso era tanto más vergonzoso para los enemigos de César, porque así se demostraba que sólo disponían de veintidós votos en el Senado. Marcelo despidió á éste exclamando furioso que se había votado en favor de la tiranía de César.

Si no había votado por la tiranía, lo cierto es que sin quererlo el Senado, y no obstante su deseo de paz, el Senado había decidido la guerra. Esta votación fué la causa ocasional y directa de la guerra civil. Marcelo y los enemigos de César, furiosos de este fracaso, idearon un supremo recurso para vindicarse: proponer un golpe de Estado á Pompeyo, que debía sentirse tan molesto como ellos ó más, con la votación del Senado. Marcelo propondría al Senado que declarase á César enemigo público; y si los tribunos intervenían ó si el Senado no aprobaba, declararía por su propia autoridad el estado de sitio, y encargaría á Pompeyo que ve-

---

(1) Appiano, *B. C.*, II, XXX; Plutarco, *Pomp.*, 58. Si se compara el pasaje de Appiano, *B. C.*, II, XXX-XXXI, con el de Plutarco, *Pompeyo*, 58, se verá que Plutarco refiere á una sola sesión los hechos que, según Appiano, corresponden á dos sesiones con algún intervalo. La versión de Appiano debe ser la verdadera: sólo ella permite explicar el golpe de Estado de Marcelo, de que pronto hablaremos, y la actitud de Pompeyo. Éste había observado hasta entonces gran reserva, aunque se mostrase frío con César: necesitábase un motivo muy grave para que se colocase resueltamente á la cabeza del partido revolucionario conservador y que aceptase en Nápoles el mando de las legiones de Italia. El acontecimiento que explica semejante actitud es esa votación y por las razones expuestas en el texto. Pero el golpe de Estado tuvo que ser combinado entre los jefes del partido conservador y Pompeyo; y como éste se encontraba en Nápoles, la cosa exigía algún tiempo.

lase de los negocios políticos dándole el mando de las dos legiones de César que debían ir á Persia; pero que todavía estaban en Lucera (1). El éxito de este golpe de Estado no parecía dudoso. Con las dos legiones que le entregase el cónsul, el ejército de Pompeyo se elevaba á nueve, esto es, al efectivo de que disponía César. Disponiendo Pompeyo de fuerzas iguales y habiendo formulado serias amenazas, ¿era posible que César y sus amigos aún quisiesen resistir á riesgo de provocar una guerra que hubiera sido desastrosa para ellos? La mayoría del Senado hubiese cedido entonces, y obedeciendo al mayor de los miedos, también hubiese votado cuanto quisiesen los enemigos de César. Verdad es que un observador imparcial pudiera haber objetado que la situación militar no era tan favorable á Pompeyo, porque sus nueve legiones estaban separadas—dos en Italia y siete en España—mientras que César tenía á mano en la Galia sus nueve legiones. Pero en todas partes inspiraba confianza el prestigio y la habilidad de Pompeyo; hasta se llegaba á creer que César no osaría provocar la guerra, por temor de que la Galia se sublevase nuevamente, en cuanto retirase su ejército (2). Con gran prisa y sigilo se expidieron cartas y mensajes á Pompeyo. Marcelo y sus amigos pensaron bien. Pom-

---

(1) No poseemos ningún informe sobre esta confabulación; pero me parece necesaria admitirla, pues resulta absolutamente imposible que Marcelo intentase su golpe de Estado sin haberse entendido con Pompeyo. De otro modo hubiérase expuesto á un terrible fracaso. ¿No es probable que en las siniestras palabras dirigidas por Pompeyo á Cicerón el 10 de Diciembre (*A.*, VII, IV, 2), aludiese al golpe de Estado que creía inminente en Roma?

(2) Véase Cicerón, *F.*, XVI, XII, 1.

peyo, que nunca había pensado seriamente en renunciar á su mando proconsular, estaba más resuelto tras la votación del Senado á no ceder ante las intimidaciones de Curión, que obraba indudablemente por cuenta de César; á no renunciar un derecho que se le había concedido por una ley; á no acatar una votación arrancada de sorpresa al Senado por un inquieto tribuno, y en contradicción con una decisión adoptada algunos momentos antes. Quizás él mismo hubiese anulado todos sus derechos, si esto hubiese sido útil á la paz deseada por toda Italia; pero no podía capitular ante los manejos de un tribuno como Curión, de un politicastro de tan baja estofa, él, que había sido electo cónsul sin ejercer antes ninguna magistratura, que había prestado tantos servicios á Roma, destruído á los piratas, vencido á Mitrídates, conquistado á Siria, duplicado las rentas públicas y restablecido el orden. Si César, derramando dinero, é incapaz de cumplir las promesas falaces que había hecho, quería trastornarlo todo y provocar una guerra civil, él le esperaría á pie firme (1). Pompeyo fiaba mucho en su prestigio, y algunos jefes descontentos de César con quienes estaba en relación, parecían comunicarle ilusiones: entre otros, Labieno que ya había empezado á intrigar con él, y el jefe encargado de conducir las dos legiones destinadas á la guerra contra los partos, que le había dicho que el ejército de César jamás combatiría contra él (2). En resumen, Pompeyo se creía dueño de la situación: Italia estaba dispuesta á sublevarse al primer signo y á darle

---

(1) Suetonio, *César*, 30.
(2) Plutarco, *Pomp.*, 57.

todas las legiones que necesitase. El enemigo no osaría hacerle cara: la guerra civil no era posible. Cuando se viese amenazado, César cedería.

Pompeyo aceptó, pues; y el público no tardó en comprender que la situación era amenazadora; pero sin comprender la razón. Cicerón, que se encaminaba á Roma por la vía Apia, se detuvo en Nápoles, y visitó á Pompeyo el 10 de Diciembre. Pero sintió sorpresa y tristeza al encontrarle irritadísimo, muy pesimista, y al oirle confesar que la guerra era segura y que ya no le era posible entenderse con César (1). Cicerón, que no conocía las intrigas que se tramaban entre Roma y Nápoles, preguntábase por qué era inevitable la guerra y no podía explicarse la nueva actitud de Pompeyo. En Roma estaban muy inquietos los amigos de César, y, singularmente, Cornelio Balbo: olfateaban el peligro; espiaban á los vencidos del 1.° de Diciembre y sus secretos trabajos, y esperaban con impaciencia la llegada de César, que durante este tiempo se dirigía tranquilamente á la Cisalpina sin figurarse nada, hasta suponiendo que á su llegada estaría ya concertado su acuerdo con el Senado. El 6 de Diciembre llegó á Roma un oficial de César, Hircio, que llevaba cartas para Pompeyo, y paró en casa de Balbo. Muy inquieto éste, no

(1) Cicerón, *A.*, VII, IV, 2. En lo que concierne á la fecha y lugar de esta entrevista, véase Schmidt, *B. W. C.*, 94. Á menos de que Pompeyo estuviese loco, este cambio imprevisto sólo puede explicarse por algún acontecimiento, y yo no veo otro que la votación del 1.° de Diciembre. Es esta una nueva prueba de que hubo dos sesiones importantes. En efecto, cuando Cicerón escribió esta carta, aún no se había dado el golpe de Estado, que fué la conclusión de una sesión del Senado.

le dejó continuar su camino hasta Nápoles, y se encargó de transmitir el mensaje á Escipión, suegro de Pompeyo; é hizo regresar á Hircio aquel mismo día, para que se incorporase á César á marchas forzadas y anunciarle, mejor que por correspondencia, el brusco cambio de la situación y los grandes peligros que amenazaban. Pero esta situación insegura y ansiosa no duró mucho tiempo. Apenas llegó el consentimiento de Pompeyo—es decir, hacia el 9 de Diciembre (1)—Marcelo convocó al Senado, pronunció un violento discurso tratando á César de bandido y propuso que se le declarase enemigo público, ordenando á Pompeyo que tomase el mando de las legiones que se encontraban en Lucera, donde tenían que embarcarse para Siria. Pero Cu-

(1) Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 72, refiere esta sesión al 4 de Diciembre; Schmidt, *B. W. C.*, 97, la coloca en el 10 de Diciembre. Ambas fechas me parecen igualmente imposibles, la primera, porque no hubiese habido tiempo de entenderse con Pompeyo, que no se encontraba, como Nissen cree, á las puertas de Roma, sino en Nápoles, ó cuando menos en un sitio distante tres ó cuatro días de Roma, según resulta del pasaje de Cicerón, *A.*, VII, IV, 2. Además, si el golpe de Estado se hubiese dado entonces, hubiera sido el principal tema en la conversación sostenida el 10 de Diciembre entre Cicerón y Pompeyo, de que habla el primero, *A.*, VII, IV. Al contrario, Cicerón sólo habla del golpe de Estado—desaprobándolo por cierto—en *A.*, VII, V, 4. También la segunda fecha es imposible, porque Curión ya no era tribuno el 10. Appiano, *B. C.*, II, XXXI; Dión, XL, 66; Plutarco, *Pomp.*, 56, están de acuerdo para decir que Curión opuso su veto, y no puede suponerse que todos hayan escrito Curión por Antonio. La suposición de Schmidt sobre que Marcelo quisiese esperar la entrada en ejercicio de los nuevos tribunos, resulta inútil: desde que se decidió el golpe de Estado, la resistencia ó la complacencia de los tribunos carecía de significación. Creo, pues, que la sesión se celebró el 8 ó el 9, apenas llegó el consentimiento de Pompeyo.

rión declaró que todo aquéllo no revestía ninguna seriedad y opuso su veto. Marcelo comenzó entonces el asalto teatral que había organizado de antemano: declaró que, como los facciosos le impedían defender la república, tendría que recurrir á otros medios que los legales. Salió del Senado, partió de Roma aquel mismo día con un tropel de aristócratas furiosos, y se dirigió apresuradamente á Nápoles, donde llegó el 13 de Diciembre, para buscar á Pompeyo (1).

Esta marcha tuvo que sembrar la sorpresa y la inquietud entre el públiico, ignorante de las intrigas que la habían preparado. ¿Aceptaría al fin Pompeyo la oferta temeraria que se le hacía? Curión, convertido en simple ciudadano desde el 10 de Diciembre, juzgó prudente alejarse de Roma, y partió para incorporarse á César, que, escalonando su legión á lo largo de la vía Emilia (2), se dirigía de Placencia á Rávena para pasar aquí el invierno (3). ¡Todavía creía César en la conserva-

---

(1) Schmidt, *B. W. C.*, 97-98. Creo excelente la rectificación de fechas que ha hecho Schmidt.

(2) Véase Schmidt, en el *Rh. Museum*, XLVII, pág. 248.

(3) No me parece necesario modificar, como Schmidt desearía, *B. W. C.*, 99, el verosímil relato de Appiano, *B. C.*, II, XXXII, el cual dice que Curión sólo hizo á marchas forzadas el viaje de regreso. Es probable que Curión partiese el 10 ó el 11 de Diciembre, que se incorporase á César en Placencia ó más allá, y que fuese con él á Rávena; y que, cuando llegó la noticia del golpe de Estado, marchase á Roma para presentar el *ultimatum* de César. De todas maneras, paréceme seguro que Curión salió de Rávena, que dista unas 200 millas de Roma, y no de Placencia ó de Milán que distan más de 400. En efecto, no es posible que un hombre pudiese recorrer 400 millas en tres días. Luego es necesario aceptar la corrección propuesta por Mendelssohn y en vez de τρισχιλίοις leer δισχιλίοις.

ción de la paz! Pero hacia el 18 ó 19 de Diciembre llegó á Roma una terrible noticia (1), y tres ó cuatro días después á Rávena: Pompeyo había aceptado la proposición de Marcelo, pronunciando un discurso aparentemente moderado, y se había puesto en camino para Lucera, donde llegaría pronto y tomaría el mando de las legiones. El estupor fué tan general como la indignación y el terror. Los hombres imparciales, y Cicerón entre ellos, desaprobaron la conducta de Pompeyo que provocaba la guerra (2); en una reunión popular, Antonio pronunció un violentísimo discurso contra él, recordando entre otras cosas el gran número de víctimas que sus leyes y sus procesos habían causado en Roma (3). Sólo los conservadores intransigentes estaban encantados. Pero el más desconcertado de todos era César que, apenas llegado á Rávena, el 24 ó 25 de Diciembre (4), recibió la noticia, viendo súbitamente todas sus esperanzas por tierra. No podía forjarse ilusiones. La conversión de Pompeyo hacía desaparecer los últimos restos de favor que aún gozaba entre las altas clases: todas las personas distinguidas estarían en adelante con Pompeyo, mientras que la palabra partidario de César se convertiría en sinónima de nada (5); muy pocos se hubiesen atrevido á provocar la cólera de Pompeyo, y si éste seguía pidiendo que César abando-

(1) Schmidt, *B. W. C.*, 98.

(2) Cicerón, *A.*, VII, v, 4. Sobre la fecha véase Schmidt, *B. W. C.*, 101. El *iter Pompei* es de fijo el viaje á Lucera.

(3) Cicerón, *A.*, VII, VIII, 5. Véase Schmit, *B. W. C.*, 98.

(4) Schmidt, *B. W. C.*, 99.

(5) Véase Cicerón, *A.*, VII, III, 5, y el interesantísimo pasaje, *A.*, VII, VII, 7.

nase su mando el 1.° de Marzo, el Senado no osaría oponerse. César no tenía otra alternativa que ofrecerse en franca rebeldía ó someterse.

César reunió un consejo de amigos, en el que Curión propuso llamar al ejército de la Galia, y marchar en seguida sobre Roma. Puesto que la guerra era inevitable, convenía precipitarla. Pero César, que conocía la opinión pública, favorable á la paz (1), aún creía poder interponer á Italia entera entre sus enemigos y él. Estaban muy lejos los tiempos terribles de Silà; ya no existían aquellos irreductibles antagonismos de clase que habían suscitado la última guerra civil; si las pendencias mezquinas de algunos politicastros desencadenaban otra, esto sería una cosa monstruosa. César llamó inmediatamente á Italia dos legiones, la duodécima y la octava, ordenó á Cayo Fabio que fuese con tres legiones de Bibracte á Narbona, para oponerse á una posible marcha de las legiones que Pompeyo tenía en España (2). Pero aún quiso intentar una reconciliación. Era el 25 ó 26 de Diciembre; el Senado debía reunirse el 1.° de Enero; si antes de ese día podía llegar un correo á Roma, aún sería tiempo de parar el golpe que sus enemigos proyectaban seguramente para este día. Curión se mostró dispuesto á realizar este prodigio de velocidad. César escribió una carta al Senado y otra al pueblo, y Curión partió el 27 al amenecer (3). En su carta al Senado, César se declaraba presto á abandonar su mando si Pompeyo hacía lo mismo; de no ser

---

(1) Cicerón, *A.*, VII, VI, 2.
(2) Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 75.
(3) Schmidt, *B. W. C.*, 99.

así, pensaría en defender sus derechos. En la carta al pueblo se confesaba pronto á reingresar en la vida privada y á dar cuenta de lo que había hecho, é invitaba á Pompeyo á hacer lo mismo (1).

Los últimos días del año fueron muy agitados para todos. En efecto, las declaraciones de Pompeyo habían hecho enemigos de César—á despecho de la voluntad—á buen número de senadores y á las altas clases, que no osaban oponerse abiertamente á un hombre tan poderoso. Este cambio de opinión envalentonó á Pompeyó que, irritado por los violentos discursos de Antonio, había manifestado á Cicerón, en las inmediaciones de Formio, que se opondría resueltamente á que César volviese á ser cónsul, en el 48, ni nunca. Un segundo consulado de César hubiese sido fatal para la república. Si era bastante loco para hacer una guerra, no tenía más que intentarlo. Él, Pompeyo, no tenía miedo (2). En suma, el bajo pueblo que había ayudado y admirado á Catilina era el único que ahora sostenía á César. Pero todo el mundo, en uno y otro campo, estaba inquieto y dividido por aprensiones y temores quiméri-

---

(1) Esta carta puede restaurarse con los pasajes de Appiano, II, XXXII; Dión, XLI, 1; César, *B. C.*, I, IX; Suetonio, *César*, 29; Plutarco, *Pomp.*, 59; *César*, 30; Cicerón, *F.*, XVI, XI, 2.

(2) Cicerón, *A.*, VII, VIII, 4. Esta carta, que nos refiere una conversación con Pompeyo, es de gran importancia; pues nos demuestra que el 25 de Diciembre del año 50, Pompeyo mismo pensaba que César no quería provocar la guerra civil por la ambición de un mayor poder, sino defender solamente su posición política. En efecto, Cicerón dice que Pompeyo «*putat eum, quum audierit contra se diligenter parari, consulatum hoc anno neglecturum ac potius exercitum provinciamque retenturum*». Cicerón aún añade que Pompeyo no

cos. ¿Qué ocurriría en la sesión del 1.° de Enero? Cicerón casi deploraba el haber dejado su provincia. Sentíase más obligado á Pompeyo que á César, y ahora que la ruptura era inminente, deploraba no haber pagado todas sus deudas al procónsul de las Galias; pero, sobre todo, deseaba la paz, y fiaba en una reconciliación para evitar la más absurda y funesta de las guerras civiles; pues él no se forjaba ilusiones, como tanta gente, sobre las fuerzas de César (1). Además, ¿qué sería de su triunfo si la guerra estallaba? Pero es á César, en la pequeña ciudad de Rávena, á quien estos horribles días debieron ocasionar mayores tormentos. Á pesar del escepticismo contraído en medio de tantas luchas, corrupciones y mentiras, no podría por menos de sentir terrible desesperación contra los hombres, contra el mundo y contra la fortuna. ¿Qué le reservaría el porvenir? Hasta entonces no había tenido mucha suerte. ¿Todo lo que tan bien había resultado á Pompeyo, no se había convertido en mal para él? Ambos habían cortejado á la muchedumbre, adulado las pasiones democráticas, corrompido al pueblo, combatido al Senado, procurado destruir las antiguas instituciones para adquirir gloria, poder y

---

quería la paz: *pacificationis... ne voluntas quidem.* Compárense estas palabras con las de Hircio, *B. G.*, VIII, LII *(Cæsar), judicabat... liberis sententiis patrum conscriptorum causam suam facile obtineri*, y se verá que dos autoridades muy serias afirman directa ó indirectamente que César no quería la guerra. ¿Si se añaden á estos testimonios los mismos actos de César, inexplicables si no se admite que creía en la paz, no se llegará á la conclusión absoluta de que no fué él, sino Pompeyo y los conservadores, los responsables de la ruptura?

(1) Cicerón, *A.*, VII, VII, 6.

riqueza. Pero Pompeyo había sido tres veces cónsul y había celebrado muchos triunfos; había reunido un inmenso patrimonio y de él gozaba en Roma, donde era bien visto del pueblo y de los grandes; se le admiraba como al primer general de su tiempo y se había convertido en el representante de las altas clases, sin dejar de ser respetado por la multitud. Su vida entera había sido una serie de triunfos. Al contrario, á él, César, ¿de qué le habían servido tantas fatigas? Había tenido que ascender lentamente, escalón tras escalón, la escala de las magistraturas; sólo había podido llegar lanzándose en la pelea, intrigando, luchando y haciéndose enemigos; y cuando ya tenía más de cuarenta años, había obtenido al fin una provincia para conquistar gloria y riqueza, y había caído mal; habíanle dado un país muy pobre en comparación de Oriente, y de dificilísima conquista, en el que tuvo que luchar durante nueve años contra sucesivas insurrecciones. ¿Y en fin de cuentas, qué le reportaba todo ésto? ¿Gloria? Era el hombre más despreciado y odiado de las altas clases, y cualquier italiano que hubiese leído á Jenofonte creía poderle dar consejos sobre la mejor manera de terminar pronto la guerra de las Galias. ¿Riquezas? De esta lucha gigantesca salía casi tan pobre como cuando la comenzó, pues para corromper al mundo político tuvo que emplear casi todo lo que había obtenido en los saqueos de la Galia, y sin alcanzar siquiera el agradecimiento que merecía tan gran generosidad. Toda Italia le acusaba justamente de estas rapiñas, que tanto la beneficiaron, y de esta política, cuyo fruto había sido íntegramente para ella. Y si César convertía sus miradas á lo pasado para inquirir la causa de una suerte tan diferente, no

podía por menos de reconocer que si Pompeyo había resultado tan favorecido, es porque había tomado parte en las matanzas de Sila. Este lejano principio había ejercido tan gran influencia en sus respectivos destinos, que aún experimentaban sus efectos. Pompeyo había adquirido en esa terrible crisis tan gran consideración entre las altas clases, que le sirvió para hacerse popular pasando al lado de los demócratas sin comprometerse demasiado; pues una vez conquistada la popularidad, había tenido cuanto deseaba: honores, provincias, mandos, triunfos, y esto, dando muy poco al partido popular. Así acabó siendo reconocido unánimemente como el hombre necesario en todo. Al contrario, César se había atraído el odio de la bandería reinante mientras duró la reacción; y de ese odio resultaron todas las desgracias de su vida: sus difíciles comienzos, las enormes deudas contraídas para darse á conocer, sus primeras luchas con los conservadores, la necesaria revolución del consulado, la política del imperialismo á ultranza que había seguido para sostener la revolución democrática, y la alianza con la demagogia á la que nunca pudo sustraerse, y que amenazaba llevarle á su ruina. Todas sus desgracias eran consecuencia fatal de su parentesco con el vencedor de los cimbrios y de sus primeros actos, verdaderamente nobles: de la fe guardada en medio del terror á la hija y á la memoria de Cinna; de la noble actitud que había adoptado frente á Sila; de su horror á las luchas fratricidas. De haber traicionado entonces á los vencidos, su carrera hubiese sido más rápida y también hubiese sido él feliz y poderoso.

Las desgracias de César eran en gran parte efecto de

una profunda injusticia: injusticia de las cosas, de los hombres y de los acontecimientos. Que esa injusticia no le exasperase y le incitase al odio, á la crueldad y á la violencia durante esta terrible crisis, es una demostración de la energía de su espíritu y al mismo tiempo uno de sus más grandes títulos de gloria. La guerra civil hasta Farsalia es quizás la parte más hermosa de su vida, porque en ella dió pruebas de una moderación, de una inteligencia y de una previsión que compensan las imprudencias y las atrocidades de la guerra gala. Aun en este momento, mientras que Curión galopaba sin tomar aliento por la vía Flaminia, César, siempre confiando en la paz, esperaba que su carta, concebida en términos enérgicos y á la vez moderados, llegase á tiempo y moviese al arrepentimiento á los espíritus intransigentes. Todo parecía depender de la rapidez de Curión y del efecto de la carta. Curión logró realizar un gran esfuerzo. Cuando el Senado se reunió el 1.º de Enero, la carta se encontraba ya en poder de Antonio. Pero los cónsules temían tanto el efecto que pudiera causar, que intentaron impedir la lectura. Naturalmente, Antonio y los amigos de César aún se obstinaron más en leerla, confiando en producir uno de esos cambios tan frecuentes en los últimos tiempos. Así, pues, sólo tras una discusión muy larga y violenta se permitió la lectura (1). Pero el efecto fué desastroso para los partidarios de César. Sea irritación verdadera, sea temor á Pompeyo, de quien los senadores no ignoraban que se oponía ahora á César, sea necesidad de encontrar un pretexto para exteriorizar el mal humor que do-

---

(1) César, *B. C.*, I, 1: Dión, XLI, 1.

minaba á la asamblea, la carta de César fué acogida con indignadas protestas, como documento amenazador é insolente (1); y en menos de que se guiña un ojo la causa de César quedó perdida en el Senado. Antonio tuvo que callarse desconcertado; el partido conservador, olvidando que había procurado impedir la lectura de esta carta, aprovechó la ocasión para aniquilar al adversario: Léntulo y Escipión pronunciaron violentos discursos; los defensores de César sólo pudieron hablar entre rumores. El mismo Marcelo, el cónsul del 51, fué silbado y obligado á callarse, porque osó preguntar si antes de provocar una guerra no convendría asegurarse de estar suficientente preparados (2). ¿No había dicho Pompeyo que todo estaba presto? Así es como entre la excitación general y una gran confusión se aprobó la proposición declarando á César enemigo de la patria, si no dejaba su mando el 1.º de Julio (3). Gracias á la intervención de Antonio y de Quinto Casio, la votación no tuvo efecto inmediato (4); pero esto fué casi indiferente para los conservadores. Ahora estaban seguros de hacer votar cuando quisieran el estado de sitio, que anularía el veto de los tribunos.

Súbitamente, se vió entonces aparecer á los conciliadores celosos, á los instigadores malvados, á los consejeros inoportunos, á los profetas fúnebres, á los plañideros inconsolables, que aparecen siempre en vísperas

(1) No es César quien lo dice, sino Appiano, *B. C.*, II, XXXII.
(2) César, *B. C.*, I, II.
(3) Es una suposición verosímil de Nissen, *H. Z.*, XLVI, 80, n. 1.
(4) César, *B. C.*, I, II.

de las grandes crisis sociales. La tarde misma del 1.° de Enero, Pompeyo llamó á su casa numerosos senadores; les dirigió alabanzas y exhortaciones, y les invitó á asistir por la mañana al Senado. Al mismo tiempo comenzó la recluta y se llamó á los veteranos para que acudiesen á Roma (1). Sin embargo, durante la noche parece que se hizo una reacción en el espíritu de los senadores: á la mañana siguiente, los tribunos opusieron su veto, y los cónsules no osaron pasar adelante. El suegro de César y el pretor Roscio solicitaron una suspensión de seis días para intentar una reconciliación. Otros pidieron que se nombrasen embajadores (2). La casualidad quiso que el Senado no celebrase sesión el 3 ni el 4, y que Cicerón llegase el 4 de Enero á los suburbios de Roma, acogido con alegría por la parte más razonable del Senado, que deseaba la paz y esperaba que él pudiera intervenir (3). Efectivamente, Cicerón no se descuidó, habló con los jefes de los partidos, fué partidario de que se autorizase á César para que solicitase el consulado estando ausente, y que Pompeyo marchase á España (4) durante su consulado. Al mismo tiempo, Curión recibía de César nuevas proposiciones aún más moderadas: estaba dispuesto á darse por satisfecho con la Galia cisalpina é Iliria y el mando de dos legiones (5). Por un momento llegó á creerse que

(1) César, *B. C.*, I, III.

(2) Idem, *B. C.*, I, III.

(3) Cicerón, *F.*, XVI, XI, 2.

(4) Idem, *F.*, VI, VI, 5.

(5) Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 84, n. 1, ha demostrado refutando el error de Appiano, *B. C.*, II, XXXII, que era ésta la época en que hizo la proposición.

estas dos proposiciones arreglarían las cosas. Pompeyo, que pareció arrepentirse un instante, encargó secretamente á un joven, cuyo padre era general en el ejército de César, Lucio César, que fuese á concertar la paz. Lucio Roscio, á quien Pompeyo manifestó estar dispuesto á aceptar las últimas condiciones propuestas por Curión, marchó por otro lado en busca de César (1). Pero Léntulo, Catón y Escipión vinieron en ayuda rodeando á Pompeyo y aturdiéndole con sus protestas: ¿sería bastante incauto para caer en la red que le tendía César? (2). Sin embargo, lo mismo que Pompeyo, el Senado dudó el 5 y el 6 de Enero, y discutió sin adoptar ninguna decisión. Pero en la tarde del 6 Pompeyo fué reconquistado por los conservadores intransigentes; el 7 se decretó el estado de sitio (3), y Antonio y Cayo Casio tuvieron que huir de Roma. Al cabo de año y medio de luchas, de intrigas y de astucias, el enemigo detestado quedaba al fin vencido: ya no sería cónsul, á

---

(1) Yo no creo, como Schmidt *(B. W. C.*, 123) que á Roscio y César se les enviase tras la noticia de la toma de Rímini, y como delegados oficiales del Senado. Cicerón, *A.*, VII, XIII, B., y César *B. C.*, I, VIII, demuestran que cada cual fué por su lado y mandados por Pompeyo. Lange, *R. A.*, III, 401, me parece más cerca de la verdad, con la diferencia de que yo no creo que fuesen enviados tras la noticia de la toma de Rímini que acaeció el 14 de Enero; pues no hubiesen podido estar el 23 en Minturno, ya que, según Schmidt *(B. W. C.*, pág. 123) sólo hubiesen tenido tiempo para llegar hasta Fano; y como César afirma que la entrevista se celebró en Rímini, no encuentro razón para ponerlo en duda. Se les tuvo que enviar en cuanto hubo nuevas esperanzas de concertar la paz.

(2) Cicerón, *F.*, VI, VI, 6; Veleyo, II, XLIX; Suetonio, *César*, 29; Plutarco, *Pomp.*, 59; *César*, 31.

(3) César, *B. C.*, I, V.

menos de empeñarse en una guerra civil. ¿Y cómo osaría intentarla? Los enemigos de César serían en adelante, con ayuda de Pompeyo, los amos del Estado; dispondrían del Tesoro, de las provincias, de los aliados, de los ejércitos; tendrían á su lado al más célebre de los capitanes, al más ilustre de los ciudadanos. Al contrario, César sólo contaba con nueve legiones extenuadas por la larga guerra; una pequeña provincia y la Galia sometida poco antes y todavía hostil. También era opinión común que jamás se atrevería á invadir Italia, dejando á retaguardia los galos apenas vencidos, y que más bien se mantendría á la defensiva en el valle del Pó (1). Los siguientes días celebró el Senado varias sesiones presididas por Pompeyo; se escucharon las declaraciones tranquilizadoras de éste sobre la situación militar, y se aprobaron sin dificultad diferentes medidas contra César. Se puso á disposición de Pompeyo el Tesoro del Estado, las cajas de los municipios y las cajas privadas; se le autorizó para hacer empréstitos forzosos (2), se distribuyeron las mejores provincias entre los favoritos del partido conservador. Escipión obtuvo á Siria; Domicio la Galia transalpina; Considio Noniano la Galia cisalpina (3). Se acordó, en fin, comenzar una gran recluta, y á este propósito se dividió Italia en cierto número de circunscripciones; y para cada cual se escogió un senador influyente y que poseyese bienes: á Cicerón se le asignó Capua (4); á Domicio el territorio de

(1) Cicerón, *F.*, XVI, XII, 4.
(2) Appiano, *B. C.*, II, XXXIV.
(3) César, *B. C.*, I, VI; Cicerón, XVI, XII, 3.
(4) Cicerón, *F.*, XVI, XI, 3.

los marsos; á Escribonio Libón, la Etruria; á Léntulo Espinter, el Piceno. El gobierno conservador parecía ya restablecido.

Pero súbitamente, la mañana del 14 de Enero (1) cayó como un rayo en Roma una noticia extraordinaria. César había pasado el Rubicón y ocupado á Rímini con numerosas fuerzas; el jefe de los demagogos, de los aventureros y de los desesperados, marchaba sobre Roma al frente de sus legiones y de la caballería gala.

(1) Schmidt, *B. W. C.*, 106.

XII

Bellum Civile.

La verdad era mucho menos terrible de lo que daban á entender esas noticias exageradas por el miedo. Si César no iba á limitarse á adoptar la defensiva en el valle del Pó, como muchos creían ingenuamente, tampoco era su intención el marchar sobre Roma. El 4 de Enero quizás sabía ya la acogida que el Senado había hecho á sus proposiciones conciliadoras, y tuvo que decidirse á hacer cara á las terribles eventualidades de la situación. ¿Qué partido le convenía seguir? Esperar sin hacer nada ó escribiendo cartas inútiles hasta últimos de Julio fijado por el Senado, era peligroso; pues sus enemigos tendrían tiempo de reunir fuerzas y de sembrar la discordia entre los soldados. Hacía tiempo que había oído susurrar que Labieno estaba á punto de tratar en secreto con sus enemigos (1). Como remedio más eficaz necesitaba apoyar con hechos sus protestas y palabras, apelando á las amenazas; pero ¿cómo hacerlo sin desencadenar en seguida la guerra civil? ¿Qué

---

(1) Hircio, *B. G.*, VIII, 52.

efecto produciría en sus soldados un acto revolucionario? La actitud de éstos en la crisis que se avecinaba era el gran motivo de inquietud, así para él como para sus amigos y enemigos. Tras las fatigas de tan larga guerra ¿le seguiría su ejército á una guerra civil? César se había aplicado cuidadosamente durante los diez años anteriores, á hacerse adictos sus soldados. Sin duda que había exigido siempre de ellos una disciplina rigurosa y un gran celo en el servicio; frecuentemente había aparecido de improviso para confirmar si todo estaba en orden; jamás había dejado de castigar con mucha severidad las infracciones en el servicio. Pero, por otra parte, había recompensado magníficamente á los soldados de las fatigas experimentadas, prodigándoles el oro y los presentes; había cuidado de su bienestar material; había aumentado el número de sus legiones, disminuyendo en cada una el de los hombres para multiplicar los cargos de centurión; había estimulado en sus soldados el amor del lujo, el gusto de las armas, de los cascos, de las corazas doradas. En fin, había empleado todos los procedimientos de halago que pudieran dar resultado tratándose de hombres sencillos é ignorantes, procurando conocer el nombre de todos, conociendo su historia, hablando de ellos y ponderando su bravura en los documentos públicos y en sus *Comentarios*. Los soldados, que eran casi todos pobres campesinos del valle del Pó, hasta habían oído á este patricio de Roma arengarlos, llamándoles «camaradas» y no «soldados» (1). Indudablemente, era muy amado de ellos. Sin embargo, aunque el gobierno de Roma ya no fuese más que

---

(1) Suetonio, *César*, 65-70.

una inmensa ficción legal, todavía inspiraba gran respeto: el Senado, las magistraturas, todo el edificio monumental de la antigua república era objeto de profunda veneración por el bajo pueblo italiano. Que hubiese un momento de duda, de desconfianza, de miedo al comienzo de la guerra, y la adhesión que sus soldados sentían hacia él, podía desaparecer ante estos sentimientos seculares. Lo mismo hubiese ocurrido con los soldados galos, que se hubiesen dispersado.

Jamás estuvo César tan perplejo como durante los cinco ó seis días que siguieron (1). Pero la noticia de que el estado de sitio se había proclamado en Roma el día 7 de Enero, y de que los tribunos habían huído, puso término á sus dudas, adoptando bruscamente—sin duda en la mañana del 10—una suprema resolución: la de apoderarse por sorpresa de Rímini, primera ciudad de Italia allende la frontera del Rubicón; partir de Rímini para ocupar otras ciudades importantes; dar á entender al Senado y á Pompeyo con este golpe de fuerza que no temía la guerra civil, y que si se trataba de un duelo á muerte, se defendería como un desesperado. En seguida procuraría tratar otra vez con sus enemigos, á quienes el miedo hacía—y no sin razón—más conciliadores. Y al punto obró con la rapidez que le era habitual. Comunicó su designio á algunos amigos y oficiales que estaban con él y debían acompañarle (Asinio Polión entre éstos); y con ellos adoptó las necesarias disposiciones para que el rumor de la cosa no llegase á Rímini: al caer la noche, cada cual saldría solo de la ciudad por distinto camino; se encontrarían

(1) Plutarco, *César*, 32.

con las cinco cohortes que César había hecho ya partir al mando de un tal Hortensio; con ellas, antes del alba, tomarían á Rímini: durante el día se arreglaría César de tal suerte que engañase la atención del público. En efecto, durante todo el día se mostró en Rávena; fué á tomar un baño; asistió á un espectáculo público; examinó el plano de una escuela de gladiadores, y por la tarde hasta dió una gran comida, á la que asistió con la más perfecta calma. Y, sin embargo, lo que iba á intentar era bien peligroso. Si sus intenciones se hubiesen conocido, si Rímini cierra sus puertas, no la hubiera podido tomar con 1.500 hombres, y, en cambio, violando inútilmente la frontera de Italia sin otro resultado que la vergüenza de un fracaso, hubiese provocado en algunas horas una guerra desastrosa para él. Á mitad de la comida dijo que se veía obligado á abandonar por algunos instantes á sus comensales, reclamado inopinadamente por el servicio; montó en el carro de un mercader; salió de Rávena por otro camino que el de Rímini; pero no tardó en cambiar para incorporarse á sus legiones. Con ellas encontró á sus amigos; despertó á los soldados y les dió orden de ponerse en marcha, sin más arma que la espada. Cuando en la mañana del 11 de Enero se levantaron los moradores de Rímini advirtieron que César había ya tomado la ciudad con 1.500 legionarios (1). Habiendo encontrado en Rímini á Antonio, que había huído de Roma, presentó á los soldados su antiguo general con el disfraz de esclavo que había tenido que adoptar para poder huir, él, el tribuno, persona sagrada. Y les pronunció

(1) Plutarco, *César*, 32; Suetonio, *César*, 31.

un vigoroso discurso, en el que les ofreció grandes recompensas, afirmando que deseaba defender las libertades del pueblo y combatir la tiranía de las facciones. Este discurso tuvo gran éxito; los legionarios, sorprendidos y entusiasmados, le juraron fidelidad (1). César envió á Antonio para que tomase el mando de las otras cinco cohortes que estaban en la vía Emilia, probablemente cerca del sitio donde hoy se encuentra Forlimpópoli (2), dándole orden de pasar los Apeninos y tomar á Arezzo; luego, con las cinco cohortes que él mismo mandaba, ocupó los siguientes días las principales ciudades de la costa, Pésaro, Fano, Ancona (3). Como sólo llevaba á sus órdenes tres mil soldados, no es posible que tuviese intención de comenzar en esta forma la

---

(1) Según Suetonio, *César*, 33, y Dión, XLI, 4, este pronunciamiento tuvo lugar en Rímini; según César, *B. C.*, I, 7, en Rávena. Véase en Schmidt, *B. W. C.*, 105, n. 1; Nissen, *H. Z.*, XLVI, página 97, n. 1, las razones por qué no hay que conceder crédito á César en este punto. Probablemente quiso disimular que sorprendió en cualquier forma á sus soldados y que les reveló su plan cuando ya había empezado á ejecutarlo.

(2) Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 96.

(3) Idem, *H. Z.*, XLVI, pág. 97, y Schmidt, *B. W. C.*, 114 y siguientes, han demostrado que, de los pasajes de Cic., *A.*, VII, XI, 1 y *F.*, XVI, XII, 2, resulta, que el 17 de Enero ya se sabía en Roma que Ancona y Arezzo habían sido tomadas. Es, pues, necesario que estas ciudades las tomase César el 14, lo más tarde. Por consecuencia, algunos puntos del relato de César son inadmisibles: v. gr.; no puede ser que ocupase á Pésaro, Fano y Ancona, luego de ver fracasar las tentativas por la paz de que Roscio y Lucio eran intermediarios. En otros términos, César alteró los primeros episodios de la guerra para dar á entender que se sorprendió grandemente con las violentas decisiones del Senado.

guerra (1); sin duda quería apoderarse de una prenda que le permitiese tratar de la paz en las mejores condiciones, y mostrar á sus enemigos que, si se le provocaba, respondería á la violencia con la violencia. En efecto, cuando Roscio y Lucio César le encontraron hacia el 19 de Enero (2) en una de las ciudades de la costa adriática de que se había apoderado, propuso las siguientes condiciones: Pompeyo se iría á España; todas las milicias reclutadas en Italia serían licenciadas; los comicios se reunirían en Roma estando ausentes los ejércitos, y, cuanto á él, renunciaría á su provincia y volvería á Roma para solicitar en persona el consulado (3).

Pero ocurrió á César lo que con tanta frecuencia ocurre cuando dos enemigos procuran mutuamente inspirarse miedo: erró el golpe, y no porque dejase de asustar al enemigo, sino por inspirarle demasiado miedo. Cuando los días 14, 15 y 16 de Enero llegaron á Roma las noticias de las sucesivas ocupaciones á lo largo de la costa adriática; cuando se supo que después de Rímini habían caído Pésaro y Fano; que asustado Libón, abandonaba á Etruria y se retiraba precipitadamente á Roma (4), se difundió tal pánico en el mundo político de Roma, que Pompeyo no pudo atajarlo. Seguramente que César no pensaba llenar de pavor con tan poca cosa

---

(1) Véase Schmidt, *Rh. mus.*, XLVII, pág. 261; *B. W. C.*, 123, cuyas consideraciones me parece que muestran perfectamente las verdaderas intenciones de César.

(2) Véase Schmidt, *B. W. C.*, pág. 123, n. 1.

(3) César, *B. C.*, 1, 9; Cicerón, *F.*, XVI, 12, 3.

(4) Floro, IV, 2; Lucano, II, 462.

á sus enemigos. Todo el mundo estaba persuadido de que César preparaba un golpe de mano contra Roma; que estaba ya en camino con su caballería gala y sus legiones ávidas de botín; que no tardaría en llegar (1); que Roma, así como Italia, estaban á merced suya, pues Pompeyo sólo podría oponer á este furioso torrente las dos antiguas legiones de César. Los senadores y magistrados acudían asustados mañana y tarde á las casas de Pompeyo para saber noticias, lamentarse, pedir consejos ó darlos; la confusión era tan grande, que los libertos y esclavos ya no podían guardar las puertas: todo el mundo entraba é iba á depositar en el seno de Pompeyo su angustia, su temor, su irritación. Hubo escenas violentas en su presencia. La mayor parte de los senadores, que habían aceptado la guerra á su pesar, revolvíanse ahora contra la pequeña mayoría conservadora, y sobre todo contra Pompeyo; acusábanle de imprevisor y de precipitado; deploraban no haber aceptado las proposiciones de César (2); algunos hasta tuvieron para Pompeyo palabras que parecían insultos (3). Este pavor general desconcertó á los cónsules, á los jefes del partido conservador y á todos los que eran responsables de la ruptura; los preparativos que á toda prisa se hacían el 12 (4), quedaron interrumpidos; el Senado no se convocó el 14, ni el 15 ni el 16, pues los cónsules temieron que, asustados los senadores, quisieran rendirse sin condiciones; reuníanse los jefes

(1) Plutarco, *Pomp.*, 60; Appiano, *B. C.*, II, xxxv.
(2) Appiano, *B. C.*, II, xxxvi.
(3) Plutarco, *Pomp.*, 60; *César*, 33.
(4) Cicerón, *F.*, XVI, 11; 3.

de la bandería conservadora, pero sin poder acordar nada (1). Sorprendido con tanto suceso inesperado el mismo Pompeyo, que se encontraba débil por la enfermedad y no poseía la rápida energía de César, no pudo orientarse entre tantas noticias y consejos contradictorios. Ni siquiera sabía de qué fuerzas militares disponía César (2), y perdió tres días en consultas con los cónsules y los grandes personajes de Roma, sin decidir nada. Se dió cuenta de que debía salir lo antes posible de Roma, tomar el mando de las tropas ya prevenidas, activar la recluta y organizar la defensa; pues creía, como todos, que César iba á tomar en seguida la ofensiva. ¿Pero cómo dejar en Roma los negocios del Estado en manos de un Senado tan medroso, que tan fácilmente había asustado César? Bastaría un momento de pánico cuando no estuviese allí, para que el Senado le desautorizase, y la situación sería para él terriblemente difícil. Era preciso que con él saliese de Roma el Senado y los magistrados, y llevarse también todo el gobierno para sustraerlo á la acción de César y de sus amenazas. Pero esto resultaba muy grave y complicado; y durante esos tres días Pompeyo no osó proponer y que se aprobase su proyecto. Pero el 17 (3) se supo que no sólo Ancona, pero también Arezzo había caído en poder de César. ¡Luego éste marchaba sobre Roma con espantosa rapidez! El terror, que ya era grande, se

(1) Appiano, *B. C.*, II, XXXVI.

(2) Un pasaje de Cicerón, *A.*, VII, XVI, 2, nos demuestra que Pompeyo no se dió cuenta de las escasas fuerzas de que disponía César hasta la llegada de Labieno, es decir, hasta Febrero.

(3) Schmidt, *B. W. C.*, 115.

hizo terrible. Pompeyo salió al fin de su inercia (1): logró entenderse con Catón, con los cónsules, con los personajes más influyentes que comprendían que era necesario hacer algo, y de acuerdo con ellos, convocó al Senado. La sesión fué agitada, confusa, muy larga y llena de contradicciones. Varios senadores reprocharon á Pompeyo su imprevisión (2); Volcacio, Tulo y Cicerón propusieron que se enviasen embajadores para tratar de la paz (3); Catón, al contrario, propuso que se concediese á Pompeyo plenos poderes para dirigir la guerra (4). Éste recibió los reproches con desdeñosa indiferencia; y ya no quiso ocultar nada de la verdadera situación (5). Dijo tranquilamente que proveería á la defensa de Italia; pero combatió la proposición de Tulo que equivalía, según él, á decir que se tenía miedo (6).

---

(1) Los pasajes de Cicerón, *F.*, XVI, XII, 2; *A.*, IX, X, 2, prueban que el 17 de Enero se celebró una sesión del Senado en la que Pompeyo, *plenus formidinis* á consecuencia de la toma de Ancona y de Arezzo, hizo aprobar el abandono de Roma. Creo que esta sesión fué la misma en que Pompeyo hizo las declaraciones de que hablan Cicerón, *A.*, VII, XI, 1, Plutarco, *Pomp.*, 60; César, *B. C.*, I, XXXII, 8, y Appiano, *B. C.*, II, XXXVI, y en la que Catón (Plutarco, *Pomp.*, 60; *Catón U.*, 52) propuso que se concediese á Pompeyo la dictadura, y se dictó el *decretum tumultus*. Cuanto á éste, creo con Schmidt, *B. W. C.*, 106 y sig., que se dictó después de haber hecho César su irrupción en Italia, pero no el 14 de Enero, pues todo induce á creer que sólo hubo entonces una sesión, la del 17: el estado general de irresolución quizás impidió que antes no se celebrase otra, de la que seguramente sabríamos algo en caso de haberse celebrado.

(2) Plutarco, *Pomp.*, 60; *César*, 33; Appiano, *B. C.*, II, XXXVII.

(3) Idem, *Pomp.*, 60; Appiano, *B. C.*, 2, 36.

(4) Idem, *Pomp.*, 60; *Cat. U.*, 52.

(5) Véase Cicerón, *A.*, VII, XI, 1 (las palabras de Pompeyo).

(6) César, *B. C.*, I, 32, 8.

La resuelta actitud de Pompeyo, hizo así prevalecer el partido de la guerra; la proposición de Catón fué aprobada y se decretó el *tumultus* (1). Pompeyo dió entonces á conocer su plan: los cónsules y el Senado abandonarían á Roma, se retirarían á Capua y allí se llevarían el Tesoro; Pompeyo castigaría á las ciudades que abriesen sus puertas á César, y consideraría como enemigos á todos los senadores que no saliesen con él de Roma (2). Es fácil imaginarse el estupor general. ¡Se entregaba Roma al enemigo! Esta orden dada por Pompeyo era un golpe de Estado que ni el mismo Sila hubiese intentado.

Parece ser que, cuando Pompeyo salió del Senado, se fué inmediatamente á Capua. La noche iba avanzando (3), y muchos senadores que no se habían hecho acompañar de esclavos porta-lámparas, no quisieron aventurarse en Roma, que estaba á obscuras, y pasaron la noche en la curia. La agitación era extrema. Se consideraba enojosa una marcha tan precipitada. Pom-

---

(1) Nissen, *H. Z.*, XLVI, pág. 100, sustentándose en los vagos términos de Plutarco (*Pomp.*, 60 y *Cat. U.*, 52) y en la debilidad de Pompeyo durante la guerra, cree que no se aprobó la proposición de Catón. Schmidt, *B. W. C.*, 135, parece ser de la misma opinión. Pero Veleyo, II, 49, dice que *consules senatusque... Pompeio summam imperii detulerunt.* Me parece que Veleyo tiene razón. No puede explicarse de otra manera que Pompeyo ordenase la evacuación de Roma y la retirada á Grecia, no sólo del ejército, pero también de todo el Senado. Además, durante la guerra en Italia dirigió desde Lucera todas las operaciones. Si este alto mando no resultó eficaz, la culpa no consistió en la carencia de poderes legales, sino en la debilidad misma de Pompeyo y de su partido.

(2) Cicerón, *A.*, IX, x, 2; Appiano, *B. C.*, II, XXXVII; Dión, VLI, VI.

(3) Véase Appiano, *B. C.*, II, 37.

peyo, que tenía en todas partes tantos esclavos, tanto dinero, tantos hombres de negocio y tantos amigos, no había reflexionado que la mayoría de los senadores no estaban en su caso. ¿Qué hacer de las numerosas *familiæ* de esclavos que tenían en su domicilio? ¿Las dejarían en Roma sin amo, cuando el desorden de la guerra civil iba á aumentar probablemente el precio del trigo y á excitar entre los esclavos el espíritu de protesta? (1). ¿Adónde enviar á sus mujeres é hijos? (2). Muchos de ellos ni siquiera disponían del dinero necesario para un viaje que podía ser largo, y no sabían cómo proporcionárselo. Los amigos estaban ya cansados; el comercio de las *syngraphæ* se había casi paralizado; los préstitos eran muy difíciles, porque los capitalistas temían la guerra civil (3). Sin embargo, gracias á su actitud resuelta y á sus amenazas, Pompeyo había reconquistado su ascendiente en el mundo político, débil y cambiante. Pasado el primer descontento, mucha gente empezó á reflexionar en su verdadero interés. Si vencía César, ¿no sobrevendría una revolución política en que á los ricos se les despojaría de sus bienes? Así, aunque la conducta de Pompeyo ocasionase mucho malhumor, la mayoría de los senadores se decidieron á partir con él. Hasta Cayo Casio, el cuestor de Craso, se puso de parte de Pompeyo, y con él su cuñado Bruto, para quien César había sido un segundo padre, y cuyo verdadero padre había sido asesinado traidoramente por Pompeyo en la revolución de Lépido, en Módena. Bru-

(1) Véase Cicerón, *F.*, XIV, VII, 3.
(2) Idem, *A.*, VII, XIII A., 3.
(3) Idem, *A.*, VII, XVIII, 4.

to se había negado hasta entonces á ser amigo de Pompeyo; pero en esta suprema crisis también cedió. Los partidarios de César fueron poco numerosos: entre ellos figuraban Salustio y Celio, que deseaban vengarse de las persecuciones de Apio Claudio, Dolabela, este libertino convertido en yerno de Cicerón, y Asinio Polión. Al siguiente día, en medio de una gran confusión, todos comenzaron sus preparativos de marcha; pero sin darse mucha prisa, pues no pocos aún esperaban que algún suceso inesperado les permitiera quedarse. Para procurarse el dinero necesario al viaje muchos senadores acudieron á Ático, que puso á disposición de sus amigos las grandes cantidades ocultas en las cuevas de su casa, ó guardadas en los templos de Roma (1). Sin embargo, costaba trabajo ponerse en camino, y muchos aún hubiesen prolongado sus preparativos si, por dicha de Pompeyo, no hubiese circulado el 18 la falsa noticia de que César marchaba sobre Roma al frente de la caballería gala (2). Fué un súbito pánico: los cónsules partieron inmediatamente sin haber sacado el Tesoro; los que más entretenidos parecían en los preparativos, los remataron en seguida: y aquel mismo día la vía Apia se vió llena de literas, de esclavos, de carros y de bestias. Gran número de senadores, de ca-

(1) Cornelio Nepote, *Ático*, 7.

(2) Me parece que puede corregirse así el relato de César, verdadero en el fondo, pero exagerado (*César*, *B. C.*, I, XIV), si se le compara con el de Dión, XLI, VI. Sin embargo, César se engaña en decir que el pánico lo ocasionó la noticia de la toma de Osimo. En efecto, él mismo dice que el pánico se extendió el 18 de Enero, día que siguió á la marcha de Pompeyo. Ahora bien, este día aún no había tomado á Osimo.

balleros, de libertos y de plebeyos en buena posisición, esto es, toda la sociedad rica y culta (1) salía de Roma, y, cosa peregrina de las revoluciones, dejaba á las mujeres, á los niños y á los esclavos en una ciudad donde se creía que César iba á caer con toda la caballería gala. Cicerón había salido antes de difundirse el pánico—la mañana del 18 (2)—de malhumor también y muy descontento de Pompeyo. No consideraba prudente que así se abandonase á Roma (3), y tampoco creía que Pompeyo pudiese organizar ún ejército en Italia con tanta rapidez como él pretendía (4). Estaba, pues, inquieto: parecíale que Pompeyo había sido demasiado violento, y á la vez, demasiado débil, sobre todo, ante la resuelta actitud de César: quería mucho á éste, y se sentía más inclinado á creer en su triunfo que en el de Pompeyo. Los hechos confirmaron los siniestros presentimientos que tuvo al comienzo de esta guerra. Estaba arrepentido de haber aceptado la misión de Capua, y ahora que Capua se convertía en el puesto avanzado del ejército de Pompeyo, quería renunciar á ella, aceptando en cambio vigilar la llanura y las costas del Lacio (5). Mientras que era presa de tan gran ansiedad, no experimentó ningún sentimiento al ver que su yerno Dolabela se ponía de parte de César. Sin duda era una vergüenza para la familia; pero resultaría ventajoso

(1) Dión, XLI, VII.
(2) Cicerón, *A.*, VII, X; *A.*, IX, X, 4.
(3) Idem, *A.*, VII, XI, 3.
(4) Idem, *A.*, VII, XII, 2.
(5) Véanse las interesantes observaciones de Schmidt, *B. W. C.*, 117, sobre los pasajes de Cicerón. *A.*, VIII, XI B, 3; *A.*, 8, 11 D, 6; *F.* XVI, XI, 3.

para él si César vencía: Dolabela podría interceder con el vencedor (1).

César no pensaba de ninguna manera en marchar sobre Roma, como todos creían. Luego de haber tomado á Ancona y á Arezzo, aún envió el 19 de Enero á Curión para apoderarse de Gubbio, de donde el pretor Termo partió con cinco cohortes (2); luego se detuvo en espera de refuerzos. No podía ir más lejos con 3.000 hombres. Pero bien pronto los acontecimientos, que había provocado, le arrastraron más lejos de lo que pensaba. Molestísimo al saber que Pompeyo, los cónsules y parte del Senado habían dejado á Roma, temiendo que Pompeyo hubiera querido despojarle del medio de negociar con el Senado una paz equitativa y obligarle á hacer al través del imperio una gran guerra que le horrorizaba, escribió inmediatamente é hizo escribir á muchos senadores que huían, y entre ellos á Cicerón, para que continuasen en Roma (3). Pero un peligro bastante mayor le amenazaba por el lado de Osimo. Accio Varo armaba á toda prisa numerosas cohortes, y se decía que quería atacar al enemigo, que sólo disponía de 3.000 hombres dispersos en un gran triángulo entre Arezzo, Ancona y Rímini. César, que sólo podía disponer de su pequeño ejército de la Galia, comprendió que le era necesario impedir á toda costa que el enemigo reclutase tropas; pues la desproporción de fuerzas no hubiese tardado en ser peligrosa para él. Reunió, pues, su legión á orillas del Adriático, quizás

(1) Cicerón, *A.*, VII, XIII A, 3.
(2) Schmidt, *B. W. C.*, 122; in *Rh. mus.*, XLVII, pág. 261.
(3) Cicerón, *A.*, VII, XVII, 3; *A.*, VII, XXI, 3.

en Ancona, y ordenó á Curión y á Antonio que evacuasen á Gubbio y á Arezzo (1). ¡Tan cierto es que Arezzo sólo se tomó para infundir miedo! Entretanto, hacia fines de Enero, llegó la respuesta á las condiciones de paz que había propuesto. Al volver de su entrevista con César, el embajador de Pompeyo había encontrado á los cónsules y á muchos senadores en Teano, camino de Capua (2): la mayoría estaban tan enojados de su brusca partida de Roma y de la peligrosa aventura cuyo término nadie veía claramente, que se hallaban dispuestos á aceptar las condiciones de César en ausencia de Pompeyo. César quería la paz; el Senado también la quería: ¿cómo no concertarla? Pero los hombres ya no eran árbitros de los acontecimientos. En efecto, los senadores reunidos en Teano añadieron á las proposiciones de César la condición de que se retirase á su provincia para que el Senado pudiera deliberar con plena independencia (3): condición muy natural de su parte, pues querían tener esta prenda que les garantizase la sinceridad de César. Desgraciadamente, éste no podía aceptar, pues comprendía cuán fácil sería á sus enemigos encontrar un pretexto de guerra en cuanto se sintiesen los más fuertes. En efecto, Accio Varo continuaba armando á sus soldados, y César se veía obligado á impedir las reclutas de sus adversarios, costase lo que costase. Así, cuando tuvo á sus órdenes

---

(1) César, *B. C.*, I, XII. Á propósito de esta concentración, véase Schmidt, *B. W. C.*, 125.

(2) Cicerón, *A.*, VII, XIV, 1; VII, XV, 2. Véase para las fechas á Schmidt, *B. W. C.*, 124.

(3) Cicerón, *A.*, VII, XIV, 1.

toda la legión—probablemente el 1.° de Febrero—marchó sobre Osimo, deshizo á Varo, tomó la ciudad tras una escaramuza, se atrajo, prometiéndoles buena soldada, á gran número de los soldados de Varo (1); luego se apoderó de Cingoli y de todo el Piceno (2). Pocos días después, quizás el 3 de Febrero (3), habiéndosele incorporado la duodécima legión (4), avanzó en dirección á Fermo (5), con propósito de marchar sobre Asculo, que Léntulo Espinter ocupaba con diez cohortes.

Estas operaciones militares á que César se había visto obligado para impedir las reclutas de sus adversarios, inutilizaron las tentativas de paz en el momento que parecían á punto de triunfar. El destino arrastraba hacia la guerra civil á los mismos que más repugnaba. Pero cada día parecían aumentar más las fuerzas de César y disminuir las de sus enemigos. Estas primeras operaciones tan audaces, el desorden que había introducido inopinadamente entre sus adversarios, la fuga de Pompeyo, la posesión de una parte de Italia, arrastraban el ejército á la guerra civil, y le llevaban paulatinamente á la revolución. ¿No había circulado el rumor

---

(1) César, *B. C.*, I, XIII.
(2) Idem, *B. C.*, I, XV.
(3) Schmidt, *B. W. C.*, 127, n. 1.
(4) César, *B. C.*, I, XV.
(5) Schmidt me parece que está en lo cierto cuando traduce las palabras de César, *B. C.*, I, XV, *Asculum Picenum proficiscitur*, por «marchó en dirección de Asculo». Así puede explicar el *recepto Firmo* del I, XVI, sin suponer que César tomase primero á Asculo, y que luego diese media vuelta para marchar sobre Fermo, sin cuidarse de corregir el texto.

de que César haría caballeros á todos los soldados que le siguiesen? La esperanza de esta recompensa aún había aumentado la antigua admiración de los soldados de de las Galias por su *imperator* (1). Al contrario, si Pompeyo había conseguido sacar de Roma al gobierno y sustraerle á la acción de César, tampoco supo servirse de él. ¿Cómo hacerse seguir á las aldeas y pequeñas poblaciones—donde tal muchedumbre no podría alojarse—de este Senado acobardado, descontento de él, y cuyas opiniones discordantes le servían de estorbo? Á los pocos días abandonó á los senadores y resolvió dirigirse á Lucera para tomar el mando de las dos legiones y reconcentrar en esta ciudad todas las tropas que se reclutasen en la costa del Adriático (2). El Senado se desparramó así por la Campania: los cónsules estaban en un punto, los tribunos en otro, la turba de los senadores dispersa por todas partes, por las *villas* solitarias, por los campos desiertos en esta época del año; los correos no sabían dónde ni á quién entregar las cartas; las noticias más importantes no llegaban al mismo tiempo á Pompeyo y á los cónsules (3). Las órdenes llegaban así demasiado tarde, y con la distancia eran menos observadas. En suma, la confusión era extrema entre los conservadores: todos se quejaban, pero muy pocos obraban, y aún éstos no obedecían á Pompeyo, que sólo en apariencias era el jefe. Los enganches se hacían con lentitud, pues en todas partes se encontra-

(1) Suetonio, *César*, 23.
(2) Cicerón, *A.*, VII, xv, 3.
(3) Por ejemplo, la noticia de la pérdida de Piceno, Cicerón, *A.*, VII, xxi, 2.

ba mala voluntad (1); Pompeyo había enviado al tribuno Cayo Casio de Lucera á Capua, para comunicar á los cónsules la orden de ir á Roma á recoger el Tesoro; pero los cónsules, pretextando que los caminos no eran seguros, le desobedecieron (2). El Tesoro público iba, pues, á caer en poder del enemigo. Acobardados ya por el proceso de la guerra y por los daños que les causaba tal confusión, los senadores aún se volvían más cobardes en la soledad de las casas de campo y de las poblaciones, donde las noticias llegaban tarde y como la voz extinguida de un mundo muy lejano. El abandono de Roma, sobre todo, llenó los espíritus de un terror casi supersticioso. Roma, la gran ciudad, la metrópoli, se había visto por primera vez abandonada á sí misma. ¿De qué manera comunicar un poco de ardor guerrero á gentes tan abatidas? Fué satisfactorio el saber que Labieno se había pasado al partido de Pompeyo. Ignoramos exactamente las razones que le decidieron. Parece que desde algún tiempo antes hubo ya divergencias y rozamientos entre César y Labieno, y que después de la guerra contra Vercingetórix, durante la cual, las únicas grandes victorias verdaderas fueron las obtenidas por Labieno contra los senones y los parisienses, este obscuro plebeyo, á quien la amistad con César había hecho un personaje rico y de notoriedad, se creyó que era superior al mismo César como capitán. De cualquier manera, su defección reanimó un poco los espíritus abatidos de los partidarios de Pompeyo; pero su descontento seguía siendo grande. Cicerón iba y ve-

(1) Cicerón, *A.*, VII, XXI, 1.
(2) Idem, *A.*, VII, XXI, 2.

nía contínuamente de Formio á Capua, impaciente de saber noticias, siempre agitado por diversos sentimientos: tan pronto se indignaba de la audacia de César como de la inercia de Pompeyo; luego volvía á su proyecto favorito de intervención y de paz. En su dominio de Formio se reunieron el 10 de Febrero diferentes amigos y miembros influyentes del partido de Pompeyo, C. Casio, M. Lépido, L. Torcuato: discutieron ampliamente á propósito de la situación y todos convinieron en que si era inevitable una batalla, también era preciso que fuese única. Todos los hombres de buena voluntad se entenderían en seguida para inducir al vencido á renunciar sus pretensiones y obligarle á concertar la paz (1).

Mientras que sus adversarios organizaban la defensa con lentitud y molicie, César avanzaba resueltamente. Llegado á Fermo, supo que se había evacuado á Asculo, y que Léntulo, asustado por su rapidez y por sus fuerzas, había cedido en el camino el mando á Víbulo Rufo (2) y se había retirado á Corfinio, donde Domicio Enobarbo estaba á punto de reunir fuerzas considerables. Lucinio Hirro, que había dejado á Camerino, también se retiraba á Corfinio con sus soldados. Corfinio se convertía, pues, en punto de cita para sus adversarios; y por lo mismo de que éstos huían, César se veía obligado á seguir adelante. Comprendiendo que era ya imposible llegar á concluir la paz sin dar primero una batalla que venciese la obstinación de unos y la indecisión de otros, concibió en Fermo un nuevo designio,

(1) Cicerón, *A.*, VII, XXII, 1; *F*, XV, XV, 1.
(2) Véase Schmidt, *B. W. C.*, 131.

que puso inmediatamente en ejecución. Haría en Italia una guerra breve y rápida, destruiría las fuerzas que se concentrasen en Corfinio, obligaría á Pompeyo y á los cónsules á concentrar una paz razonable, y la tranquilidad volvería pronto á establecerse en Italia. Se detuvo un día en Fermo para aprovisionarse; dirigió por numerosos correos un manifiesto á las principales ciudades italianas en el que exponía sus intenciones pacíficas; luego, con su habitual rapidez, se puso en marcha el 8 de Febrero, á grandes jornadas y á lo largo de la costa (1), en dirección de Corfinio. En esta ciudad, en Sulmona y en Alba se habían reunido treinta y una cohortes, es decir, algo más de 10.000 hombres (2). Pompeyo, con gran prudencia, quería concentrar sus tropas más al Sur, en Lucera, y encontrar á César en el país de los marsos, ya abandonado. Sin embargo, la incertidumbre y la lentitud seguían entorpeciendo los mejores proyectos de Pompeyo. Disponía de una autoridad ilimitada; pero dudaba en servirse de ella con un personaje como Domicio Enobarbo: así, le dijo en forma de consejo y no de orden que se replegase sobre

---

(1) El hecho de que César haya costeado el mar es un hecho demostrado por Cicerón, *A.*, VIII, XII B, 1. Véase Schmidt, *B. W. C.*, 129.

(2) César, *B. C.*, I, 15, estima en 33 las cohortes de esta región, de las cuales 22 estaban á las órdenes de Domicio; Cicerón, *A.*, VIII, XI A y *A.*, VIII, XII A, 1, dice que, según el testimonio de Pompeyo, había 31: 14 al mando de Vitelio, 5 al de Hirro, 12 (11 según ciertos editores) al de Domicio. Los informes de Pompeyo son más seguros que los de César, que sólo indirectamente los poseía. Las guarniciones de Sulmona (7 cohortes según César, *B. C.*, I, XVIII) y las de Alba Fucecia, estaban incluídas en estas 31, de suerte que sólo había 18 en Corfinio. Véase *Cic.*, *A.*, VIII, XII A. 1. Schmidt, *B. W. C.*, 133.

Lucera (1), y quedó satisfecho al saber el 10 de Febrero que Domicio pensaba ponerse en camino el 9 (2). Luego, ya no recibió noticias de Domicio hasta que, pasados algunos días, supo indirectamente que éste había cambiado de propósito, y que ahora deseaba esperar á César á pie firme. Pompeyo, que conocía la debilidad de las altas clases italianas, cayó en la cuenta de que en el ejército de Domicio había grandes propietarios de los alrededores de Corfinio, y que éstos le insistirían para que defendiese el país, impidiendo que los soldados de César lo saqueasen (3). Gran propietario él mismo, indulgente con las debilidades de este género, y muy poco enérgico para imponerse, Pompeyo hizo entonces una cosa indigna de un general: rogó á Domicio el 12 de Febrero que le enviase diecinueve cohortes y que conservase las restantes para la defensa (4). Pero el 13 ó el 14 (5), habiendo perdido la esperanza de ver á Domicio conformarse, y persuadido de que César iba á sorprenderle, concibió el proyecto de retirarse á Grecia. Ya no era posible defenderse en Italia: había, pues, que abandonar la península, ir á Oriente, reorganizar un ejército y diferir la guerra para más tarde, para cuando dispusiese de mayores fuerzas. Pero aun después de adoptar este partido careció Pompeyo

(1) Ciceron, *A.*, VIII, XII A, 1.

(2) Idem, *A.*, VIII, XI A.

(3) Idem, *A.*, VIII, XII B, 2.

(4) Idem, *A.*, VIII, XII B, 2. Para la fecha de esta carta, véase Schmidt, *B. W. C.*, 136. Véase Cicerón, *A.*, VIII, XII A, 1.

(5) Cicerón, *A.*, VIII, XII A, 3. Para la fecha, que puede fijarse consultando el texto de Cicerón, *A.*, VIII, XI D, 1, véase Schmidt, *B. W. C.*, 136.

de la energía necesaria. El 13 (1) envió á Décimo Lelio en busca de los cónsules con una carta en que les rogaba, «si la cosa les parecía oportuna», que uno de ellos se dirigiese á Sicilia con tropas reclutadas en los alrededores de Capua y con doce cohortes de Domicio, para proteger aquel importante granero, y que el otro, con el resto de las fuerzas, se dirigiese á Brindisi para embarcar allí (2). También invitó á Cicerón para que se le reuniera en Brindisi (3). Desgraciadamente, los temores que había concebido á propósito de Domicio eran harto fundados. El 14 de Febrero, Domicio se dejó sorprender y sitiar en Corfinio con dieciocho cohortes. La emoción fué grande en Italia al saberse esta noticia. ¡Todos creyeron que Pompeyo iba á dirigirse inmediatamente en socorro de los sitiados!

Pero á la noticia del sitio de Corfinio y del desastre que amenazaba, Pompeyo sacudió su pereza, se repuso, recobró su energía, y desde este momento ya no cesó de mostrar gran firmeza. Á riesgo de precipitar la república en un espantoso desorden y de morir con los suyos en un gigantesco desplome, quiso resarcirse de César. Considerando que las dos legiones que tenía en Lucera no eran suficientes para socorrer á Domicio y que un fracaso hubiese sido desastroso para su prestigio, resistió á las súplicas de toda la Roma elegante y aristocrática que, impaciente de socorrer á Domicio, quería lanzarse ciegamente en una aventura harto pe-

(1) Para la fecha á que se dió este orden, véase Schmidt, *B. W. C.*, 136.

(2) Cicerón, *A.*, VIII, XII A, 3.

(3) Idem, *A.*, VIII, XI D, 1.

ligrosa; y tuvo el valor de adoptar la más difícil resolución: declararse vencido por el momento. Consideró como perdidos los reclutamientos hechos en las costas del Adriático; abandonó á Domicio á su suerte; adoptó el partido decisivo de retirarse á Grecia; viendo sus fuerzas insuficientes, hasta renunció á su idea de conservar á Sicilia, y envió á los cónsules la orden bien precisa de concentrar en Brindisi todos los reclutas que hubiesen hecho en Capua y todas las armas de qué pudiesen disponer (1). Domicio capituló al cabo de siete días, mientras que Pompeyo se retiraba á Brindisi, donde se estaba organizando la flota que debía trasladarle á Grecia. Después de Corfinio capituló Sulmona y en seguida se incorporó á César otra de las legiones de la Galia, la octava, así como veintidós cohortes de las recién reclutadas y 300 jinetes enviados por el rey de Nórica (2).

Las altas clases de Italia se espantaron á la noticia de la caída de Corfinio. El terrible demagogo había capturado á cinco senadores que le eran muy hostiles, á gran número de caballeros y de jóvenes nobles. Pero César les concedió á todos la libertad, les restituyó todas las riquezas que tenían en su poder, y les trató con suma benevolencia. Á medida que las circunstancias le llevaban más lejos en una guerra que no había deseado, César se encariñaba aún más con su sincero deseo de poner rápido fin á la lucha en Italia y de obligar á Pompeyo á suscribir un acuerdo honroso para dar satisfacción á la opinión pública que quería, que reclamaba la

(1) Cicerón, *A.*, VIII, XII A. 4; Schmidt, *B. W. C.*, 139.
(2) César, *B. C.*, I, XVIII.

paz, que estaba pronta á adorar al que supiera concedérsela. Esta guerra civil, aunque todavía bastante restringida, comprometía ya demasiados intereses; el crédito resultaba tan difícil, que los deudores se veían obligados á vender para pagar los intereses. Y comenzó una nueva liquidación de las deudas, ruinosísima, en que todo adquiría vil precio; el trabajo amenguaba mientras que la miseria realizaba rápidos progresos, sobre todo en Roma, de la que tantos grandes personajes estaban ausentes. César quería llegar en cualquier forma á un acuerdo con Pompeyo, en la misma Italia, en pocas semanas, y de suerte que á los ojos de Italia todo el mérito fuese para él. Siempre prodigiosamente activo, escribió á Cicerón que estaba dispuesto á reingresar en la vida privada, y dejar á Pompeyo el primer puesto en la república, siempre que pudiera vivir en seguridad (1); envió el sobrino de Cornelio Balbo al cónsul Léntulo para rogarle que volviese á Roma y se ocupase en concertar la paz (2); escribió á Opio, que estaba en Roma para que hiciese constar que él no pretendía ser el Sila de la democracia, sino reconciliarse con Pompeyo y triunfar por su generosidad (3), en fin, el 21 de Febrero, día mismo en que se apoderó de la ciudad, abandonó á Corfinio con seis legiones: tres que formaban parte del ejército de la Galia, y las otras tres formadas en el mismo lugar donde se habían hecho las nuevas reclutas y con soldados de Domicio. Durante su marcha puso en libertad á todos los oficiales y par-

(1) Cicerón, *A.*, VIII, IX, 4.
(2) Idem, *A.*, VIII, XI, 4; IX, 5.
(3) Idem, *A.*, IX, VII C, 1.

tidarios de Pompeyo que cogió á lo largo del camino; en fin, el 9 de Marzo, devorando etapas llegó ante los muros de Brindisi. Pero Pompeyo se había decidido ya por la guerra, y había adoptado sus disposiciones. Acordándose al fin de que tenía un ejército en España, envió á Bíbulo Rufo para que tomase el mando; por otra parte encargó á Domicio que fuese á Marsella para mantenerla en fidelidad (1); había enviado ya al Epiro parte del ejército, á las órdenes de los cónsules, y sólo esperaba que los barcos volviesen para partir él. ¿Era aún posible la paz en tales condiciones? César se forjó una última ilusión cuando vió llegar á Magio (2) llevándole proposiciones de parte de Pompeyo. Y en verdad, si Cicerón se hubiese encontrado en Brindisi en este momento supremo, aún hubiese podido intentar esta reconciliación, cuya idea acariciaba tanto tiempo. Desgraciadamente, el viejo escritor no acudió á la invitación de Pompeyo, pretextando que los caminos no eran seguros, pero en realidad, porque no había querido aventurarse en esta guerra civil que le era odiosa como á todos los italianos un poco sensatos; y á la hora en que era preciso obrar y marchar permanecía en su posesión de Formio, ensoñando, complaciéndose en su melancolía, en sus inquietudes y en sus esperanzas. La clemencia que César reveló en Corfinio, le había emocionado profundamente; y las cartas de César y de Balbo le habían halagado infinitamente; aunque procurase

---

(1) César, *B. C.*, I, XXXIV.

(2) Paréceme que así puede concertarse á César, *B. C.*, I, XXVI, y á Cicerón, *A.*, IX, XIII A. Schmidt, *B. W. C.*, pág. 152, supone que el envío de Magio era un fingimiento, y la cosa me parece verosímil.

disimular su placer con una amarga desconfianza para poder hablar más francamente con sus amigos y oirles repetir que César no le engañaba y que fiaba en él para concertar la paz.

Sin embargo, desperdició la última ocasión, si es que la paz todavía era posible. César esperó en vano muchos días la vuelta de Magio (1); en vano envió también á Tito Caninio Rébilo para conferenciar en Brindisi con un íntimo amigo de Pompeyo, Escribonio Libón. La respuesta fué que no podía tratar de la paz en ausencia de los cónsules (2). El envío de Magio sólo fué una treta para ganar tiempo (3). Pompeyo quería la guerra, y la quería grande y decisiva. Tras la rendición de Corfinio, Italia seguiría considerándole como vencido por César, si accedía á concertar la paz sin haberse resarcido. La atrocidad de esta guerra civil, los males infinitos que implicaba, todo desaparecía ahora en la conciencia de este hombre desvanecido por las grandezas, y que ya sólo respondía á su áspero egoísmo. La extraordinaria fortuna de que había gozado hasta entonces, le llevaba á la ruína. César no pudo evitar que el 17 de Marzo partiese Pompeyo con toda la flota (4). Así, la pequeña querella surgida entre dos facciones se había agrandado desmesuradamente, dando comienzo á una verdadera guerra civil.

---

(1) Creo que así debe interpretarse á César, *B. C.*, I, XXVI.
(2) César, *B. C.*, I, XXVI.
(3) Schmidt, *B. W. C.*, 152.
(4) Cicerón, *A.*, IX, XV A, I.

XIII

La guerra de España.

(AÑO 49 ANTES DE CRISTO)

César sólo se detuvo un día en Brindisi y partió inmediatamente para Roma, poseído de una violenta irritación y manifestando á sus amigos que, pues Pompeyo y la mayoría del Senado querían una guerra á ultranza, la tendrían sin cuartel y que iría sin retraso á atacar los ejércitos de España (1). Curión y Celio, que le habían visto tan moderado hasta entonces, no volvían de su sorpresa oyéndole hablar de esta manera (2).

(1) Cicerón, *A.*, IX, XV A.

(2) Cicerón, *A.*, X, IV, 8; X, IX A, I. Estos testimonios de Curión y de Celio, que veían entonces á César todos los días, son importantísimos, y nos dan á conocer su estado de espíritu después de la marcha de Pompeyo. No es dudoso que sean verídicos. En efecto, cuando Celio escribió á Cicerón no tenía ningún motivo para atribuir falsamente á César palabras violentas, y Curión, que procuraba atraer á Cicerón al partido de su general, más bien hubiese exagerado su moderación que su arrebato. Trátase de confidencias de una sinceridad absoluta y de un gran valor psicológico. Por lo demás, no existe contradicción entre esta violencia de César y su primitiva moderación: las circunstancias habían cambiado de tal suerte, se habían hecho tan peligrosas, que podía estar fuera de sí.

Pero César tenía sobrado motivo de estar preocupado y furioso, después de los increíbles sucesos de Enero y de Febrero. La trascendencia de esos sucesos era tan grande, que Italia entera estaba subvertida, y la situación que habían creado era tan obscura, tan extraña, tan imprevista, que César no podía contemplarla tranquilamente, á pesar de los espléndidos triunfos de sus armas. Por grande que fuese el pesimismo de las clases superiores, acostumbradas á considerar la república como un estado en disolución, los hechos habían sobrepujado á las más sombrías previsiones. Se había visto una cosa increíble: el Senado, las magistraturas, todo el edificio monumental y venerado de la antigua república desplomarse en dos meses bajo los golpes de algunas legiones; el pequeño y valiente ejército de César, destrozar en un abrir y cerrar de ojos al gobierno legal, barrer sus restos del suelo de Italia y enseñorearse de ésta. Roma aún no había visto una catástrofe tan súbita ni extraña. Pues bien, justamente la grandeza inopinada de esta catástrofe es lo que espantaba á César. Dábase cuenta de que estaba en la situación peligrosa de un rebelde que, gracias á un éxito brillante sobre el gobierno legal, no hace otra cosa que provocarle á una acción más vigorosa; y también comprendía que, tras la humillación de esta fuga, que no había podido impedir, Pompeyo y el Senado jamás consentirían en volver á Italia sin haberle aplastado. Ninguna fuerza humana podría ya atajar el curso fatal de la guerra civil, para la cual, sus adversarios—no obstante sus primeros fracasos—disponían de fuerzas muy superiores á las de César. Poseían casi todo el imperio, el mar, un gran ejército en España; iban á reclu-

tar otro aún más formidable en Oriente. En cambio, él sólo disponía de catorce legiones, de poco dinero, de ninguna flota, y, preocupación suprema, el tener que vigilar á la Galia, apenas sometida. Si llamaba á las legiones de la Galia para la guerra civil, ¿no provocaría una nueva insurrección general? Sus adversarios contaban bastante con esta dificultad.

César comprendió inmediatamente que la única probabilidad de salud para él consistía en una extrema rapidez de acción. Un examen más tranquilo le confirmó en la idea que concibió durante su primer arrebato, cuando vió que Pompeyo se le había escapado. Era necesario atacar á las formidables fuerzas de sus adversarios mientras que aún estaban dispersas; comenzar á destruir el ejército de España, que amenazaba de cerca á la Galia y en la cual fundaban grandes esperanzas los amigos de Pompeyo. Hasta circuló el rumor de que éste iría á tomar el mando para reconquistar á Italia (1). En efecto, con su habitual rapidez, mientras iba ya de camino, César concibió un plan de vasta acción, y empezó á ejecutarlo, lanzando por todas partes mensajes y órdenes, haciendo así presente su voluntad, en un esfuerzo supremo, por cien sitios distintos. Estableció guarniciones en las principales regiones de la Italia meridional (2); ordenó á todas las ciudades marítimas de Italia que enviasen cierto número de navíos á Brindisi y que construyesen otros: confió á Hortensio y á Dola-

(1) Cicerón, F., XVI, XII, 4; *A.*, VII, XXVI, 1; VIII, II, 3; VIII, III, 7.

(2) César, *B. C.*, I, 32; Appiano, *B. C.*, II, 40; Cicerón, *A.*, IX, XV, 1.

bela el cuidado de todo esto (1); adoptó sin pérdida de tiempo disposiciones para apoderarse de los graneros más vecinos de Italia y encargó á Q. Valerio que fuese con una legión á Cerdeña; á Curión que ocupase á Sicilia con dos legiones, y luego que se trasladase á África (2), y á Dolabela que se dirigiese á Iliria (3). Al mismo tiempo, apenas llegase á Roma, pensaba convocar á los pocos senadores y magistrados que allí quedaban, y restaurar una imagen de gobierno que pudiera decirse legal. Era ésta una cosa de extrema necesidad, así para él como para Italia. Esta Italia sin magistrados, que Pompeyo le había dejado, era un gran obstáculo para él (4); pues si en dos meses había podido desbaratar con su ejército al gobierno de la república, no podía reemplazarle con su ejército, que necesitaba para la guerra, ni abandonar tampoco á Italia, dejándola sin gobierno. Además, siendo el más débil tenía gran interés en que un poder legal justificase todo lo que había hecho ó iba á hacer; sobre todo, obtener autorización para llevar la guerra á España y á tomar del Tesoro el dinero que necesitaba.

Este plan, como todas las creaciones de César, era audaz y grande; ¡pero qué prodigioso esfuerzo físico y

---

(1) César, *B. C.*, I, 30; Appiano, *B. C.*, II, 41.

(2) Idem, *B. C.*, I, 30; Dión, XLI, XVIII; Appiano, *B. C.*, II, 40-41 (se equivoca al decir que Asinio Polión fué enviado á Italia).

(3) De algunos pasajes de Orosio, VI, XV, 8, y de Dión, XLI, XL, me parece resultar, en contra de lo que dice Appiano, *B. C.*, II, 41, que fué Dolabela y no Cayo Antonio quien marchó á Iliria. Cayo Antonio parece ser que fué en socorro de Dolabela, y quizás lo envió su hermano Marco.

(4) Véase Cicerón, *A.*, VII, XIII A, 1; IX, IX, 3.

moral tendrían que realizar todos—él, sus amigos y sus soldados—para ejecutarlo! Las dificultades económicas, militares y políticas eran inmensas. Sobre todo la opinión pública, llena todavía de estupor y extremadamente desorientada, tenía que preocupar á César. Verdad es que se había modificado un poco en su favor á consecuencia de los últimos sucesos. Á lo largo del camino, cierto número de ciudades que el año anterior dispensaron á Pompeyo una brillante acogida, festejaron ahora á César (1); bastantes senadores á quienes Pompeyo había hecho salir de Roma, se disponían á reingresar con él (2); mucha gente se inclinaba ahora á dar la razón á César en contra de Pompeyo, reconociendo que César no había sido el provocador, y que había dado pruebas de moderación y de espíritu conciliador. Hasta se sentía complacencia en decantar sus méritos, su fortuna y su poder, diciendo que si quisiera podría sacar de la Galia un ejército innumerable y que poseía inmensos tesoros (3). Pero en el fondo, Italia sólo sentía por César—así como por Pompeyo y por todos los jefes de esta lucha que la enojaba profundamente—desconfianza, irritación, disgusto; y la acogida que le dispensaban las antiguas ciudades, aunque amistosa, era diferente de la que habían tributado cuarenta años antes á su tío, cuando volvió de África. Italia había cambiado mucho en esos cuarenta años. Los hijos y los nietos de los nobles, de los propietarios, de los campesinos miserables que, medio siglo antes, se ha-

(1) Cicerón, *A.*, VIII, XVI, 1-2.
(2) Idem, *A.*, VIII, I, 3; VIII, XI, 7; VIII, XVI, 1; IX, I, 2; IX, VIII, 1.
(3) Idem, *A.*, IX, XIII, 4; X, VIII, 6.

bían sacrificado sin saberlo por el porvenir de Italia, poseían ahora granjas cultivadas por esclavos y casas en las ciudades; se habían convertido en mercaderes activos, en usureros avaros, en hombres políticos que, deslizándose hábilmente en los diferentes partidos, habían conquistado reputación y bienestar: unos eran abogados y jurisconsultos amigos de los grandes, otros pequeños propietarios industriales cuyos hijos, bien vestidos, se dirigían acompañados de un esclavo á la escuela frecuentada por los hijos de las mejores familias. Pues bien, toda esta gente formaba una opinión pública egoísta, exigente é imbécil, que no comprendía la situación trágica creada por los acontecimientos, que, teniendo un miedo horroroso á la guerra civil, se figuraba que la paz era una cosa fácil de lograr, pues sólo dependía de la voluntad de César y de Pompeyo. Nadie quería reconocer que César se veía ahora obligado á combatir; el débil cambio en su favor había sido, al contrario, determinado por la esperanza de que pondría término á las hostilidades (1). En suma, favorable ó adversa, la opinión pública no hacía más que crearle dificultades gravísimas con sus pretensiones ingénuas, absurdas, contradictorias.

César pudo darse cuenta de esta dificultad en el coloquio que tuvo con Cicerón. Debía pasar por Formio; y queriendo asegurarse en este momento crítico la amistad del más influyente escritor de la época, le hizo una visita, en la mañana del 28 de Marzo (2), según parece; pero este coloquio, que un mes antes hubiese podido

(1) Dión, XLI, xvi; Véase Appiano, *B. C.*, II, 41.

(2) Cicerón, *A.*, IX, xviii, 1; véase Schmidt, *B. W. C.*, 161.

ser un acontecimiento de la historia universal, sólo resultó una ceremonia inútil. César se mostró amable é invitó gentilmente á Cicerón que regresase á Roma para negociar allí la paz; y cuando Cicerón le preguntó si sería libre de proceder del modo que mejor le pareciese, le respondió que sí, y que nunca podría imponer condiciones á un hombre como él. Cicerón le dijo entonces que quería oponerse en el Senado á las expediciones de España y Grecia que, según decían, pensaba realizar. César se vió obligado á responderle que tales consejos eran inútiles, pues se veía en la necesidad absoluta de no retrasarse en hacer esta guerra. «Lo sabía—replicó Cicerón—pero yo no podía hablar de otra manera». El coloquio aún prosiguió algo frío y superficial. Después de hablar de varias cosas, César dijo á Cicerón para terminar, que aún debía de reflexionar; Cicerón le prometió desde luego que reflexionaría, y César se puso en camino para Roma (1). El séquito de César produjo en Cicerón, irritado ya por el coloquio, la peor impresión: en él sólo había visto jóvenes libertinos, hombres que habían quebrado ó sufrido condenas, en fin, una partida de aventureros; y después de la conversación había adoptado su determinación. Este hombre y esta partida deseaban seguramente la ruína de Pompeyo, la confiscación de los bienes de los ricos, el saqueo de la república. No, no iría á la sesión del Senado; al contrario, iría á Grecia para incorporarse á su amigo (2).

El 29 de Marzo del año 48 (3) llegó César á Roma,

---

(1) Cicerón, *A.*, IX, XVIII, 1.

(2) Idem, *A.*, IX, XVIII, 2.

(3) Groebe, Ap. de Drumann I ², pág. 402.

de donde había salido como procónsul nueve años antes. ¡Qué tiempo tan lejano! ¡Qué de cosas habían ocurrido durante esos años tan abundantes en sucesos! ¡Qué de cambios y de embellecimientos en Roma! Pero César apenas tuvo tiempo de admirar todo eso. Tenía prisa de partir para España y de apoderarse del Tesoro que Pompeyo había dejado. Antonio y Quinto Casio convocaron fuera del *Pomœrium* á los senadores que se quedaron en Roma; César simuló encontrarse ante el Senado reunido legalmente, y pronunció un discurso moderado, justificando sus acciones, asegurando que no emplearía la violencia contra nadie y que dejaría en libertad á todos los que quisiesen ir en busca de Pompeyo. Propuso que se enviasen embajadores á Grecia para negociar la paz; luego dirigió al pueblo un discurso análogo, dando órdenes para que se le distribuyese trigo, y prometió trescientos sestercios por persona (1). Pero estas declaraciones no hicieron más que despertar las primeras sospechas sobre las intenciones de César en la opinión pública, descontenta é insegura. Se hizo observar que la intención de concertar la paz no podía tenerse por seria, si César no suspendía sus preparativos de guerra hasta recibir la contestación (2), y se buscaron inútilmente embajadores: nadie quería marchar, hasta tal punto habían surtido efecto las amenazas de Pompeyo (3). Sin embargo, durante los primeros días de Abril, el Senado y César parecieron trabajar de

(1) César, *B. C.*, I, 32; Dión, XLI, xv-xvi; Appiano, *B. C.*, II, 41; Plutarco, *Cesar*, 35.

(2) Cicerón, *A.*, X, 1, 3; véase Schmidt, *B. W. C.*, 166.

(3) César, *B. C.*, 1, 33; Plutarco, *César*, 35.

acuerdo para reorganizar el gobierno con los magistrados que quedaban en Roma. Y resultó que Marco Emilio Lépido, hijo del cónsul muerto en la revolución del 78, yerno de Servilia, amigo de la niñez de César, y pretor este año, estaba en Roma. Por su parentesco con Servilia y por su antigua amistad, César podía fiarse de él, é hizo decidir por el Senado que ejercería las funciones de cónsul (1); Antonio—y su cargo lo confirmó un decreto del Senado—se encargó del mando de las tropas que había en Italia; otro decreto del Senado ratificó la elección de Q. Valerio para Cerdeña, de Curión para Sicilia y África, de Marco Licinio Craso para la Galia transalpina y de Dolabela para Iliria (2). Pero cuando César, obligado por la necesidad de obrar con rapidez, apresuró las cosas y pidió al Senado autorización para servirse de los fondos del Tesoro, estalló la lucha. Aunque no lo declarase, se comprendió que era para la guerra de España, y sea que el Senado diese ó negase su aprobación (3), la idea de que los fondos públicos se empleasen por uno de los rivales para prolongar una guerra inícua y calamitosa, exasperó hasta tal punto á la opinión pública, que un tribuno del pueblo, Lucio Cecilio Metelo, adoptó el partido de oponer su persona sacrosanta á los herreros y soldados que César

(1) Appiano, *B. C.*, II, 41: sin embargo, atribuye esto equivocadamente á César. La constitución atribuía á los pretores el poder de reemplazar á los cónsules ausentes.

(2) Appiano, *B. C.*, II, 41. Creo verosímil que todos estos acuerdos fueron ratificados por el Senado. Zumpt, *S. R.*, 203, supone lo contrario.

(3) En ausencia de documentos puede conjeturarse lo uno ó lo otro. Véase Dión, XLI, XVII.

enviaba para forzar las puertas del subterráneo del templo de Saturno, donde estaba guardado el dinero, y cuyas llaves se habían llevado los cónsules. César perdió entonces la paciencia: se presentó en persona al frente de sus soldados y amenazó al tribuno con mandarle matar, si no se apartaba inmediatamente (1).

Por ventura de César, el tribuno no supo morir en defensa de la ley y de su derecho sagrado, y César pudo apoderarse de 15.000 libras en lingotes de oro, de 35.000 libras en lingotes de plata y de 40 millones de sestercios en numerario (2), sin derramar la sangre de un magistrado inviolable. Pero la opinión pública de todas las clases se sintió lastimada con esta violencia ejercida sobre el más popular y sacrosanto de los magistrados. ¿No eran éstos los primeros signos de una nueva tiranía como la de Sila? ¿Y osaba afirmar el jefe del partido popular que había tomado las armas para defender el derecho de los tribunos? Las confiscaciones y el saqueo iban á demostrar muy pronto lo que él era. César se turbó de tal suerte con este descontento, que resolvió partir bruscamente, sin haber obtenido una autorización legal para hacer la guerra, y hasta renunció á pronunciar al pueblo el gran discurso que ya había preparado (3).

---

(1) Dión, XLI, XVIII; Appiano, *B. C.*, II, 41; Plutarco, *César*, 35. Véase César, *B. C.*, I, 33: se observará los términos que emplea para disimular un hecho tan grave.

(2) Son las cifras de Plinio, *H. N.*, XXX, 17.—Orosio, VI, XV, 5, da cifras menos verosímiles.

(3) Poseemos un testimonio muy seguro mostrándonos que César se desconcertó al ver la indignación del bajo pueblo tras la amenaza que hizo á un tribuno: es el de Curión. Cicerón, *A.*, X, IV, 8; véase también Cicerón, *A.*, X, VIII, 6.

Para tranquilizar á la clase baja y demostrarle que no sería un nuevo Sila, aún hizo que Antonio propusiese á los comicios la abolición de la ley de Sila, que, si bien casi olvidada, aun existía de nombre, la cual excluía de las magistraturas á los descendientes de los proscritos (1). Luego partió, á los seis ó siete días de su llegada—probablemente el 6 de Abril (2)—con un pequeño séquito de amigos (3).

En realidad, su corta permanencia en Roma le fué más nociva que útil. Durante estos pocos días había perdido en la consideración pública cuanto había ganado en los cuatro meses precedentes. Muchas personas imparciales, en quienes la moderación revelada durante Enero y Febrero había causado gran impresión, sentíanse nuevamente arrastradas hacia Pompeyo; la sinceridad de César hablando de la paz se hacía sospechosa á los que habían sido testigos de su acto de violencia con un tribuno, y que también habían visto la triste banda de aventureros que le acompañaba (4). Era imposible forjarse ilusiones: con tales compañeros ó rodaba al abismo, ó si resultaba vencedor, el antiguo ami-

(1) Dión, XLI, XVIII; Plutarco, *César*, 37, coloca esta reforma al volver de España.

(2) Cicerón, *A.*, X, VIII, 6; véase Groebe, Ap. de Drumann, *G. R.*, I ²., pág. 402.

(3) De las seis legiones que César tenía en Corfinio, las tres nuevas fueron seguramente de guarnición á Brindisi, á Tarento y á Siponte (Cicerón, *A.*, IX, XV, 1). una se entregó á Q. Valerio y dos á Curión. César, *B. C.*, I, 30). La guerra de España y de Marsella se hizo, pues, con las ocho legiones que habían quedado en la Galia.

(4) Véase la importantísima carta de Cicerón, *A.*, X, VIII, y sobre odo los párrafos 6 y 7.

go de Catilina no podría defraudar las esperanzas que en él había cifrado la hez de Roma. Esto aún daba más prisa á César para obtener en España un gran triunfo. Pompeyo tenía dos legiones en Lusitania al mando del legado Marco Petreyo; tres en la España citerior al mando del legado Lucio Afranio, y dos en la España ulterior, al frente de las cuales estaba Varrón. Total, siete legiones, quizás demasiado habituadas á la guerrilla en la montaña y contra los bárbaros (1); pero, desde luego, legiones curtidas ya en campaña y mandadas por generales hábiles y seguros. Pompeyo había dado orden de que se mantuviesen á la defensiva para retener en la Galia—ante la amenaza de pasar los Pirineos—á parte del ejército de César, ó para obligar á éste á hacer en España una peligrosa invasión. En efecto, los tres generales se pusieron de acuerdo para organizar la defensa: Varrón continuaría en la España ulterior con dos legiones para mantener en obediencia á los pueblos más bárbaros y que sólo á medias estaban sometidos (2); Afranio y Petreyo reunieron sus cinco legiones y avanzaron hasta Ilerda (Lérida) ciudad fortificada y bien situada cerca de la frontera de los Pirineos, para esperar allí al enemigo si osaba realizar una invasión.

---

(1) César, *B. C.*, I, 44.

(2) Á juzgar por lo que dice César, *B. C.*, I, 38, tal parece haber sido el verdadero motivo porque Varrón continuó en la España ulterior, y, en cambio, no lo fué el que él mismo da en *B. C.*, II, 17. Este relato, en el que se presiente la malignidad y aun la calumnia, no puede ser verídico y tuvo que escribirse en un momento de inquina contra Varrón, pues no sólo está en contradicción con lo que César dice en *B. C.*, I, 38, pero también con el carácter de Varrón, reservado y frío, es cierto, pero digno y honrado.

Al mismo tiempo, Pompeyo había inducido á los nobles de Marsella á no abrazar el partido de César. Sin la amistad de Marsella—Pompeyo lo había comprendido en la guerra contra Sertorio—era difícil sostener un ejército en España, donde las poblaciones indudablemente serían hostiles á César (1), pues se acordaban muy bien del vencedor de Sertorio, mientras que César les era casi desconocido (2). Si las legiones de España no habían prestado todos los servicios que los cándidos estrategas de Roma esperaban, no por eso dejaban de ser con Marsella una barrera formidable colocada en el camino de César.

De hecho, éste no tardó en verse detenido. Habiendo llegado—probablemente el 19 de Abril (3)—ante los muros de la ciudad, encontró las puertas cerradas y el Senado dispuesto á no abrirlas, con el pretexto—decía—de permanecer neutral en el conflicto. Como era necesario poseer á Marsella para realizar una guerra enérgica en España, César resolvió inmediatamente tomarla por la fuerza, y llamó tres legiones de la Galia; pero antes de que los soldados se le incorporasen, Domicio llegó por mar á la ciudad, y comenzó á organizar la defensa. Con Domicio por adversario, el sitio de Marsella se convertía en una empresa más larga y difícil. Ahora bien, César tenía necesidad de ha-

---

(1) No es posible comprender esta campaña sin darse cuenta de que las operaciones militares en España y el sitio de Marsella eran cosas estrechamente relacionadas. Esto es lo que Cicerón comprendió muy bien, pero en lo que no han reparado muchos historiadores modernos. Véase Cicerón, *A.*, X, XII, 6.

(2) César, *B. C.*, I, 61.

(3) Schmidt, *B. W. C.*, pág. 176.

bérselas lo antes posible con el ejército de España. Irritado por este retraso imprevisto y dispuesto á arriesgarlo todo para concluir pronto, César adoptó bruscamente dos temerarias decisiones: quiso retirar todas sus tropas de la Galia, y apresurar las operaciones, lo mismo ante los muros de Marsella que en España. Apenas llegaron las tres legiones, comenzó el sitio, y á la vez ordenó á las tres legiones que estaban ya en la Narbonesa á las órdenes de Cayo Fabio y á las otras dos legiones que quedaban en la Galia, que invadiesen á España (1). Fabio procuraría separar de Pompeyo las poblaciones de España mientras que él sitiaba á Marsella: una vez tomada la ciudad, iría á España, á medias conquistada para destruir los ejércitos de Pompeyo.

Por lo que concierne á la Galia, este golpe de audacia triunfó plenamente. Gracias á las medidas adoptadas por César y á un feliz concurso de circunstancias, en la Galia no se suscitó ningún movimiento. Con su rapidez y su sutileza acostumbradas, César supo lograr esto cambiando una vez más su política de terror por una política de cordialidad y apaciguamiento; y no sólo se esforzó en reparar lo mejor posible los daños causados por las últimas guerras; pero que en lugar de perseguir implacablemente á los jefes supervivientes de la revolución, procuró concertar la paz con ellos. Así parece que logró entenderse con el mismo Commio (2). Y todavía más. Los nobles galos eran en su mayor parte hombres de espada: muchos de estos caballeros y de

---

(1) César, *B. C.*, I, 37.

(2) Paréceme que puede interpretarse así el obscuro pasaje de Dión, XL, XLIII.

estos guerreros que estaban á sueldo de los ricos, se encontraban desocupados; muchos nobles semiarruinados también hubiesen escogido voluntariamente una ocasión de adquirir gloria y riquezas. Con el dinero del Tesoro y el que le prestaron los tribunos militares y los centuriones—era ésta una contribución útil y una prenda de fidelidad—César alistó en la Galia á caballeros é infantes, tomó á su servicio muchos nobles prometiéndoles los bienes que había confiscado; de suerte que pudo enviar á España, además de las cinco legiones, á 5.000 auxiliares y 6.000 jinetes galos (1). En suma, con su maravillosa habilidad logró encontrar ayuda en la Galia, que después de sus adversarios, tenía que haberle creado los mayores obstáculos. Pero sus esfuerzos por concluir pronto la guerra sólo tuvieron al principio resultados bien mezquinos. Mientras que activaba los trabajos del sitio de Marsella y hacía construir una modesta flota, Fabio había pasado los Pirineos y rechazado tan fácilmente á las tropas de Afranio y de Petreyo, que es cosa de preguntarse si no fué una huída simulada para inducir al enemigo á proseguir. Fabio acampó á orillas del Segre, á algunas millas de Ilerda (Lérida); se puso á derramar grandes cantidades de dinero entre las ciudades y poblaciones vecinas para separarlas de la amistad de Pompeyo, y aunque se le incorporaron las otras dos legiones (2), se

(1) César, *B. C.*, I, 39.

(2) El texto de César, *B. C.*, I, 39, en que se enumeran las fuerzas enviadas á España, está alterado. Debían ser más de cuatro legiones y no debían ser más de cinco. Más de cuatro; pues en la batalla de que habla César, *B. C.*, I, 40, Fabio hizo salir del campamento cuatro legiones contra las cuatro del enemigo, y seguramente

mantuvo á la defensiva en espera de que se rindiese Marsella. Pero pasó el mes de Mayo sin que este acontecimiento, tan impacientemente esperado por el partido de César, se verificase: lo cual amenazó con determinar una catástrofe. En Italia comenzó el cambio en favor de Pompeyo tras la partida de César y se acentuó luego: si la resistencia de Marsella pareció compensar primeramente al partido pompeyano de la pérdida de Sicilia abandonada por Catón y de la que se había apoderado Curión (1), no tardó en considerarse que el golpe de audacia tentado por César en Marsella y en España no triunfaría (2). Y circularon los rumores más estupendos: hasta se dijo que Pompeyo pasaría por Iliria y Germania para habérselas con César en la Galia (3). Otros sucesos irritaban también á la opinión pública, y singularmente la actitud escandalosa de Antonio. Dejado por César dueño á medias de Italia, este joven, extraordinariamente vigoroso de cuerpo, sensual, alegre, gran comedor, gran bebedor y gran liber-

---

dejó una para guardar el campamento. Y no más de cinco; pues César tenía entonces catorce legiones: dejó tres para defender las ciudades marítimas de Italia (Cicerón, *A.*, IX, xv, 1); envió una á Cerdeña, dos á Sicilia, y empleó tres en el sitio de Marsella (César, *B. C.*, I, 36). Sin embargo; aún subsiste una dificultad: ¿con qué fuerzas hizo Dolabela su campaña en Iliria, y dónde se recogieron las quince cohortes enviadas en su socorro al mando de Cayo Antonio y de que habla Orosio, VI, xv, 9? Sólo puede conjeturarse que se entresacaron de la guarnición de las ciudades marítimas, y esta conjetura es tanto más verosímil, porque las legiones tenían que ir á Iliria por mar.

(1) Plutarco, *Cat. U.*, 53; César. *B. C.*, I, 30; Dión, XLI, xli.

(2) Cicerón, *A.*, X, xii, 6.

(3) Idem, *A.*, X, ix, 1.

tino, violento, valeroso, sanguinario; este noble de antigua cepa, educado en una independencia salvaje, lejos de toda tradición familiar y social, primero en malos sitios de Roma, luego en los campos, no había tardado en escandalizar hasta á sus contemporáneos por su licencia desenfrenada, llegando á tener en Roma un harén de ambos sexos, y paseándose llevando en su litera, cual si fuese su mujer, á Citérida, la hetaira griega (1). Verdad es que ya se habían visto semejantes escándalos; pero la conducta de Antonio produjo más efecto ahora, en que se buscaban pretextos para censurar á César y á sus amigos, y en que los espíritus eran tan impresionables. Muchos senadores salieron indignados de Roma; por todas partes circuló el rumor—y era verdad—de que Cicerón también quería partir. Antonio se irritó, y no encontró otra cosa que hacer más que escribirle: primero una carta bastante pulida (2), luego otra en seco tono (3), dándole orden de permanecer en Italia. Desgraciadamente, hacia fines de Mayo tomó la guerra un sesgo todavía peor para César. Marsella resistía bien; Fabio no triunfaba en sus incitaciones á la protesta: las poblaciones españolas seguían adictas á Pompeyo por su renombre, por las cinco legiones de Afranio y de Petreyo, por los rumores que también se hacían circular hábilmente. Llegaba hasta á decirse que Pompeyo llegaría pronto á África con un gran ejército (4). Fabio tardó poco en encontrar tantas dificulta-

(1) Cicerón, *A.*, X, x, 5.
(2) Idem, *A.*, X, VIII A.
(3) Idem, *A.*, X, x, 2.
(4) César, *B. C.*, I, 39.

des para alimentar á su ejército, que sintió miedo de tenerse que retirar. Una batalla afortunada era necesaria para hacer favorable á César el espíritu de las poblaciones españolas y para comprometerlas á llevar y vender víveres á sus tropas y no á las de Pompeyo.

César se resolvió entonces á dejar que Décimo Bruto y Trebonio continuasen el sitio, é ir personalmente á tomar el mando del ejército para intentar una batalla. Hacia mediados de Junio (1), partió de Marsella con una escolta de 900 jinetes; pasó los Pirineos, se incorporó al ejército, y marchó en seguida hasta Ilerda y la colina donde había acampado Afranio, para presentarle la batalla. Pero Afranio, que conocía la crítica situación de su adversario, se negó á aceptar el combate (2). César buscó entonces un medio para obligar al enemigo á combatir: habiendo divisado una pequeña eminencia situada entre Ilerda y la colina en que había acampado Afranio, que dominaba las comunicaciones de éste con la ciudad y también al puente de piedra sobre el Segre, un día lanzó de improviso tres legiones al asalto de esta posición. Pero Afranio y Petreyo estaban alerta: sacaron sus cohortes y arrojaron de la eminencia, tras de una larga y sangrienta pelea, á los legionarios de César. El fracaso debió ser bastante grave (3); pues César, que tanta necesidad tenía de una batalla, ya no in-

---

(1) Esta es la fecha que resulta de lo que dice César, *B. C.*, II, 32. Él nos informa de que sus operaciones contra Afranio y Petreyo duraron cuarenta días. También resulta lo mismo del *C. I. L.*, I, pág. 398, según el cual, Afranio y Petreyo capitularon el 2 de Agosto.

(2) César, *B. C.*, I, 41.

(3) Véase Dión, XLI, XX.

tentó tomar la ofensiva, y las consecuencias de esta derrota y de esta inercia no tardaron en hacerse sentir. Las pequeñas poblaciones españolas, que Fabio había atraído en favor de César, cesaron de enviarle víveres; los aprovisionamientos resultaron difíciles; una súbita crecida de los ríos, en medio de los cuales había acampado César, se llevó los puentes y aún aumentó las dificultades; el ejército no tardó en encontrarse, como ante los muros de Alesia, presa de un espantoso enemigo, el hambre (1). En pocos días se hizo la situación desesperada.

La noticia del gran peligro en que César se encontraba se difundió rápidamente por todo el mundo ro-

---

(1) Lo que dice César, *B. C.*, I, 43-56, merece ser examinado cuidadosamente, y compararse con lo que dice Dión, 41, 20 y siguientes. César describe (c. 43-48) el asalto dado á la eminencia como un incidente de escasa importancia que no tuvo ningún efecto decisivo en el proceso de la guerra; y, al contrario, en los capítulos 48-56, considera las crecidas de los ríos como la causa de la crítica situación en que súbitamente se encontró. Pero en este relato hay algo sin explicar: ¿por qué César, teniendo tanta prisa de librar una batalla que por ella hasta dejó el sitio de Marsella, ya no procuró empeñar ningún combate serio después de ese encuentro que, según él, fué de dudoso resultado? Además, parece extraño que la crecida de los ríos fuese suficiente para ocasionar tal hambre. Más verosímil es que este hambre proviniese de la actitud hostil de los pueblos españoles, actitud que aún se empeoró después de la semiderrota sufrida por César. Confírmanos en esto una importante y luminosa observación de Dión, XLI, XXI, el cual dice que los primeros reveses de César ocasionaron el hambre, y que la abundancia volvió al campamento de éste, no cuando los ríos decendieron, sino cuando la noticia de la victoria obtenida por Décimo Bruto en Marsella, devolvió á César la amistad de los pueblos españoles de los países vecinos. En otros términos, paréceme que la necesidad de concluir pronto

mano y llegó á Roma bastante exagerada (1), al mismo tiempo llegaron buenas noticias de Pompeyo, procedentes de Tesalónica, donde preparaba activamente la guerra. Allí estaba reuniendo una flota numerosa suministrada por los Estados aliados de Oriente y que había de mandar Bíbulo. Llamó á una legión de Cilicia para incorporarla á las cinco legiones que había llevado de Italia, y reclutó otra entre los soldados romanos que se habían establecido en Grecia ó en Macedonia, y dos más por medio de Léntulo en Asia; dió orden á Escipión para que le trajese dos de Siria; á fuerza de dinero alistó jinetes, honderos y arqueros entre los galos, los germanos, los gálatras, los capadocios, los dardanios, los besos; imponía tributos ó la obligación de suministrar considerables contingentes militares á las ciudades de Asia y de Siria, á los reyes y á los soberanos de Oriente, á las grandes sociedades financieras italianas que tenían negocios en Oriente (2). Sería pronto el árbitro del mar, el general de un ejército formidable, el jefe de una coalición de todos los Estados de Oriente protegidos por Roma. Estas noticias no dejaron de inclinar todavía más el espíritu público, tan impresionable, del lado de Pompeyo. Muchos senadores imitaron el ejemplo de Cicerón, que, después de largas indecisiones, ha-

---

con esta guerra, hizo incurrir á César en el error de querer sitiar á Marsella y de combatir al mismo tiempo en España; que este error y el resultado poco halagüeño de la primer batalla, le expusieron á un gran peligro, y que en seguida procuró disimular su error lo mejor posible, diciendo que la inundación había causado todo el mal.

(1) César, *B. C.*, I, 53.

(2) Idem, *B. C.*, III, 4; Appiano, *B. C.*, II, 49.

bía salido de Formio el 7 de Junio (1) para unirse á Pompeyo. Apenas creía probable la victoria, y la aventura antojábasele peligrosa; pero irritado por las groseras intimaciones de Antonio, disgustado por la actitud de César que parecía querer provocar á un duelo á muerte á su amigo y bienhechor, sintió remordimientos y no quiso mostrarse ingrato y atemorizado, él, el escritor del *De Republica*, el maestro admirado por las antiguas como por las nuevas generaciones. Hasta su mujer le había suplicado en vano que esperase al menos el término de la guerra de España (2).

César encontrábase nuevamente en un peligro extremo. Pero otra vez le salvó la fortuna. Hacia mediados de Julio, Décimo Bruto obtuvo en el mar una notable victoria sobre la flota de los marselleses, y la noticia de esta victoria, que parecía hacer inevitable la caída de Marsella, exagerada por los emisarios de César, causó indecible espanto en las poblaciones españolas, singularmente en las que moraban entre los Pirineos y el Ebro. Las legiones—pensaban—sitiadoras de Marsella, iban á cruzar los Pirineos, y la victoria quedaría asegurada para César. Por un brusco cambio de los espíritus, la mayor parte de esas poblaciones abandonaron la causa de Pompeyo, y trasladaron al campamento de César los víveres que suministraron antes á Afranio y á Petreyo: el hambre saltó de un campamento al

---

(1) Cicerón, *F.*, XIV, VII. Injustamente, pues, reprocha Duruy (*H. R.*, III, 305) á Cicerón de haber huído en busca de Pompeyo cuando César parecía perdido en España. El 7 de Junio todavía estaba César en Marsella.

(2) Cicerón, *A.*, X, IX, 2. Véase Cicerón, *A.*, X, VIII, 7.

otro, y César quedó así milagrosamente salvado (1), pues la falta de víveres obligó pronto á Afranio y Petreyo á levantar el campamento y retirarse al través de una región montañosa á Octogesa, para pasar el río y refugiarse en la Celtiberia, entre pueblos más amigos. Informado de esta intención, César adoptó inmediatamente sus disposiciones para marchar en su persecución. Dándose cuenta de que su ejército sólo podría pasar el Segre con extrema lentitud por los puentes de madera poco sólidos, quiso bajar el nivel del río abriendo en sus orillas depósitos y canales: así formaría un vado artificial que sus soldados podrían pasar á pie. Éstos cogieron el pico y la pala, y realizaron activamente su trabajo; pero aún no iban en la mitad cuando los enemigos se percataron de lo que hacían y aceleraron su retirada. ¡El río aún era profundo y torrentoso; Afranio y Petreyo iban á huir! Tras de una corta indecisión, César hizo suspender los trabajos, lanzó su ejército en el vado y pasó el río sin perder un hombre. Salido del peligroso islote, hubiese podido atacar en marcha á Afranio y Petreyo, y darles la batalla. Pero, temiendo que las legiones de España no pudiesen demostrar en este supremo peligro un valor desesperado, prefirió obligar al enemigo á rendirse sin combatir; y lanzando sus legiones aligeradas de los bagajes al tra-

(1) César, *B. C.*, I, 59-60, apenas alude á este cambio que se produjo entre las poblaciones españolas, y no da á entender que fuese tal la verdadera causa de la *commutatio rerum*. En cambio, está bien descrita la verdadera marcha de los sucesos en Dión, XLI, XXI: esto demuestra todavía que Dión sigue el texto de un autor que había estudiado con discernimiento la historia de las guerras de César, y que no siguió ciegamente *Los Comentarios*.

vés de las colinas y de los valles, fuera del camino y á marchas forzadas, rebasó al ejército enemigo que se retiraba hacia Octogesa. César fué el primero en llegar á una garganta formada por las colinas, y por la cual pasaba el camino, y así obligó al ejército enemigo á desandar lo andado para volver á Ilerda. Pero, en cuanto se puso en marcha, César también avanzó picándole la retaguardia, hostilizándole y haciéndole sufrir hambre. Afranio y Petreyo hicieron todos los esfuerzos posibles para salvar el ejército; pero al fin, los soldados demandaron con tanta instancia el rendirse, que tuvieron que capitular el 2 de Agosto (1). César les propuso condiciones magnánimas: concedió á todos la vida y la fortuna; cada cual quedó en libertad para ir donde quisiese: de marcharse con Pompeyo, de alistarse bajo los estandartes de César, ó de reingresar en la vida privada. Algún tiempo después, Varrón que había permanecido con dos legiones en la España ulterior, se rindió sin combatir; sus dos legiones pasaron bajo los estandartes de César (2), y toda España se encontró así en poder del procónsul de las Galias. César reunió en Córdoba una especie de dieta; hizo á gran número de españoles ciudadanos romanos; impuso muchos tributos de dinero, y se dirigió á Cádiz, á la que concedió el derecho de ciudad romana (3); luego fué por mar á Tarragona. En fin, dejando á Q. Casio para gobernar á España con cuatro legiones, regresó

---

(1) *C. I. L.*, pág. 398. Esta parte de la guerra la refiere César, *B. C.*, I, 61-87.

(2) Orosio, VI, xv, 7.

(3) Dión, XLI, xxiv.

por tierra á Marsella, donde llegó hacia fines de Septiembre, enterándose allí de que Marco Lépido, aprovechándose de la impresión causada por la capitulación de los pompeyanos, le nombró dictador hacia mediados de Agosto, luego de haber hecho decretar por el pueblo una ley autorizándole para que él, pretor, pudiese indicar al dictador, como se le permitía al cónsul (1). Probablemente César y Lépido se habían entendido para esta ley y para este nombramiento durante los meses precedentes. César desconfiaba de los senadores que habían quedado en Roma, y no quería que las elecciones para el año 48 fuesen presididas en ausencia de los cónsules por un *interrex* que ellos nombrasen: al contrario, quería presidirlas él mismo como dictador.

(1) César, *B. C.*, II. 21; Dión, XLI, xxxvi; véase Zumpt, *S. R.*, 205 y sig.

XIV

Farsalia.

(48 ANTES DE CRISTO)

Para Lépido y para el fragmento de Senado que estaba en Roma, la dictadura de César era quizás el único modo de sustraerse á las espantosas responsabilidades que se acumulaban. Desde que César abandonó á Roma, Italia había caído en una horrible miseria. La suspensión de los pagos públicos, decretada por el Senado al mismo tiempo que el *tumultus;* el agotamiento del Tesoro, que César había vaciado, y al que Pompeyo ya no dejaba llegar los tributos de Asia; la interrupción de los trabajos públicos; la brusca salida de gran número de personajes que habían abandonado á Italia; la requisa de todos los navíos que se necesitaban para transportar soldados y víveres; el préstamo de grandes cantidades que Pompeyo había recibido de los templos de Italia; la recluta de gran parte de la juventud; la interrupción de las luchas electorales y políticas, habían provocado una de las más graves crisis económicas. El trigo escaseaba; nadie quería prestar (1); los deudores

---

(1) Véase Cicerón, *A.*, IX, IX, 4 *(propter nummorum caritatem).*

que hasta entonces habían pagado sus deudas al vencer, ó cuando menos los intereses, contraían nuevas deudas y ya no encontraban de quién recibir; los padres ya no estaban en situación de pagar las dotes prometidas á sus hijas, ni los maridos divorciados de restituirlas íntegramente; en Roma y en Italia los dueños de casas no lograban cobrar sus alquileres; acreedores y deudores andaban siempre en riña, y mucha gente se veía obligada á vender lo que tenía, cuando podían hacerlo. Pero había mucha oferta y poca demanda, y todo se reducía á vil precio, los objetos de oro y de plata, las alhajas, las preciosas estofas, los muebles, los terrenos, las casas. El decreto del Senado que el 51 redujo los intereses, sólo aportó un débil alivio, pues la mayoría de las personas, dada la necesidad en que estaban, habían seguido contrayendo deudas aceptando las condiciones que les imponían los capitalistas y sin hacer caso de ese decreto, que nadie, por otra parte, quería hacer observar. Así, el gran problema de las deudas se hacía más irritante (1).

Lépido, que no era hombre de gran valer, se descargó pronto y gustoso de las responsabilidades del gobierno, echándolas sobre César. Por desgracia, éste, que regresaba apresuradamente á Italia, se encontraba con grandes dificultades, á pesar de sus triunfos en España, que de seguro habían mejorado su situación; pero los peligros aún eran numerosos y el conflicto lejos de su definitiva solución. Todavía podía cambiar la fortu-

---

(1) Dión, XLI, XXXVII; Appiano, *B. C.*, II, 48. Las medidas adoptadas luego por César y propuestas por Celio y por Dolabela, prueban que era éste el mal de que entonces sufría Italia.

na. Marsella se rindió al desvanecerse la esperanza de socorro por la parte de España, y su derrota le costó grandes cantidades de dinero (1), pero en África y en Iliria el partido de César había sufrido grandes reveses. Curión, que se había aventurado en África sólo con dos legiones—aunque César le envió otras dos (2)—pagó cara su temeridad; derrotó sin trabajo á Accio Varo, el desgraciado general del Piceno que había huído á África para reclutar allí un pequeño ejército; pero, atraído á una emboscada por Juba, rey de los númidas y amigo de Pompeyo, fué sorprendido, cercado y muerto. Sólo algunos restos de su modesto ejército pudieron volver á Italia (3). Por su parte, Dolabela, que había ido con parte de la flota á intentar la conquista de Iliria, fué derrotado por Octavio y por L. Escribonio Libón. En vano Antonio envió en su socorro la flota mandada por Hortensio y las tres legiones que estaban de guarnición en las ciudades marítimas al mando de Salustio, de Basilio y de su hermano Cayo: estos refuerzos fueron rechazados y hasta el mismo Cayo quedó prisionero con quince cohortes (4). Iliria y África continuaron así en poder del enemigo: la ventaja que concedían á César las dos legiones de Varrón y los soldados que se le ha-

(1) Dión, XLI, xxv.

(2) César, *B. C.*, II, 23. Aún queda una dificultad. ¿Cuáles eran esas dos legiones? Quizás la que se había enviado á Cerdeña, y una de las que se habían destinado á la guarnición de las ciudades marítimas de Italia.

(3) César, *B. C.*, 2, 24-44; Appiano, *B. C.*, 2, 44-46; Dión, XLI, 41-42.

(4) Orosio, VI, xv, 8. Appiano, *B. C.*, 2, 47; Dión, XLI, xl; Floro, IV, 2; César, *B. C.*, III, 10.

bían incorporado procedentes de los ejércitos de Afranio y Petreyo, quedaba anulada por pérdidas más importantes, y, lo que aún era más grave, parte de la flota se encontraba destruída, cuando á César no le quedaba otro camino que el mar para llevar la guerra á Oriente. En efecto, hubiérase necesitado ser dueño de Iliria para poderse dirigir por tierra á Macedonia. Por otra parte, la dificultad de llegar por mar ó por tierra al campo de batalla, era menor de las que ofrecía la nueva guerra. Pompeyo había reunido unos 50.000 hombres, y César sólo podía oponerle doce legiones; pero eran tan viejas y estaban tan fatigadas, que las seis que volvían de España á marchas forzadas dejaban enfermos en todas las etapas (1); y su total—después de tantas pérdidas—apenas llegaba á 25.000 hombres (2). Además, el Epiro, Macedonia, Grecia, eran países pobres, en que un ejército, aunque fuese poco numeroso, no podía subsistir mucho tiempo, si no se transportaba por mar trigo de Egipto, de Cerdeña, de Sicilia, del Quersoneso. Siendo el enemigo dueño del mar, seguramente que hubiese capturado los navíos cargados de trigo, y reducido á César á una situación tan desesperada como la de Sila en su guerra contra Mitrídates. En fin, César estaba corto de dinero; pues esta guerra, en que era tan necesario emplear el oro como el hierro, le costaba enormemente. Casi todo el oro del Tesoro y de la Galia se había consumido en España para corromper á los pueblos. En tales condiciones hasta debía pregun-

(1) César, *B. C.*, III, 2.

(2) Del pasaje de César, *B. C.*, III, 6, resulta que siete legiones que embarcaron en Brindisi formaban un total de 15.000 hombres.

tarse ansiosamente si los soldados fieles hasta entonces, le seguirían aún en esta última y peligrosísima aventura. Una legión acababa de rebelarse en Placencia y se negaba á seguir, si no recibía las recompensas prometidas en Brindisi. Esta rebelión produjo en César tan gran inquietud, que amenazó con diezmar á la legión rebelde, y se limitó, gracias á las súplicas de los oficiales, á condenar al suplicio sólo á doce soldados sacados aparentemente á la suerte. En realidad—y al menos por lo que se dijo—las cosas se dispusieron de tal manera, que designase la suerte á los que los centuriones indicaron como más indisciplinados (1).

Cuando César llegó á Roma hacia fines de Noviembre (2), los hombres más influyentes de su partido y hasta su mismo suegro, hicieron algunas tentativas para que accediese en enviar embajadores á Pompeyo para negociar la paz (3). César lo hubiese hecho con gusto, si creyese en la posibilidad de que sus gestiones tuviesen algún éxito. Pero como sabía muy bien que sólo conseguiría perder el tiempo, y como deseaba concluir pronto con la guerra, concibió otro plan ingeniosísimo que, sin desdeñar las probabilidades de paz, por débiles que fuesen, eludía el peligro de una prolongación harto peligrosa de la guerra. Envió á Brindisi doce legiones, así como todos los navíos requisados en los puertos de Italia y el material de guerra, como para realizar la expedición de la primavera. Se haría nom-

---

(1) Appiano, *B. C.*, II, 47; Dión, XLI, XXVI-XXXV.

(2) Mommsen, *C. I. L.*, I², pág. 40.

(3) Plutarco, *César*, 37.

brar cónsul para el año 48; luego, apenas comenzase el año y pudiese entrar en la provincia como legítimo representante de la república, dejaría en Italia una guarnición de caballería gala y española; embarcaría á todos los soldados—pero sin los esclavos—y con un material de guerra lo más restringido que fuese posible, de suerte que pudiese desembarcar en cualquier bahía, y se lanzaría á la mar durante el invierno, en el momento más inesperado, para forzar el paso por sorpresa (1). Sólo entonces, antes de que el enemigo se hubiese repuesto del estupor causado por su aparición en el Epiro, le propondría la paz en su calidad de cónsul legítimo, y si no era posible entenderse, rompería en seguida las hostilidades. Pero antes de partir para la guerra, tenía que despachar muchos asuntos en Roma, donde permaneció once días (2), que fueron de los más atareados en su vida tan activa. Presidió los comicios, cuyos resultados fueron naturalmente favorables á su partido: fué electo cónsul con Publio Servilio Vacia, hijo de Servilio el Isáurico; Celio, Trebonio, Quinto Pedio, hijo de una de sus sobrinas, y quizás Cayo Vibio Pansa (3) fueron electos pretores. César también presidió las *feriæ latinæ;* hizo que diferentes magistrados propusiesen al pueblo el indulto de los numerosos condenados por las leyes de Pompeyo en el 52 y en los años siguientes, y entre otros el indulto de Gabinio,

(1) El pasaje de Appiano, *B. C.*, II, 52, demuestra que la salida de Brindisi se realizó de improviso, y antes de lo que se había pensado.

(2) César, *B. C.*; III, 1.

(3) Lange, *R. A.*, III, 411.

pero no el de Milón (1); hizo aprobar una ley concediendo el derecho de ciudad á toda la Galia cisalpina (2); también se ocupó de la cuestión de las deudas, convertida en demasiado aguda para dejarla aunque sólo fuese sin un remedio empírico. Pero las medidas que adoptó César fueron muy diferentes de las que temían las clases ricas, que luego de pasar el Rubicón, le acusaban de querer introducir en Italia *tabulas novas* (3) y que, por más de que se encontrasen entrampadas, eran en su mayoría contrarias á la abolición de las deudas por temor al trastorno que resultaría, por odio al partido popular, por ese abstracto sentimiento de justicia que suele ser tan vivo entre las personas cultas y que las hace tan hostiles á los procedimientos revolucionarios (4). César se circunscribió á imitar las medidas adoptadas por las ciudades griegas en circunstancias análogas (5); y buscó una transacción como la de Cicerón en Cilicia, por la que los modernos admiradores de César le acusaron, sin embargo, de tontería en esta ocasión. Era ésta una transacción ingeniosa é inútil: los deudores estaban autorizados para pagar sus deudas abandonando sus bienes; pero estos bienes no se eva-

(1) César, *B. C.*, III, I, rectifica el relato de Dión, XLI, XXXVI, y de Appiano, *B. C.*, II, 48; Plutarco, *César*, 37. Véase Lange, *R. A.*, III, 411.

(2) Dión, XLI, XXXVI.

(3) Cicerón, *A.*, VII, VII, 7; *A.*, X, VIII, 2.

(4) Véase Cicerón, *De off.*, II, XXIV, 84.

(5) Pueden compararse las medidas adoptadas de César con las tomadas en Efeso durante la guerra de Mitrídates, que están enumeradas en la gran inscripción publicada por Dareste, *N. R. H. D.*, 1877, págs. 161 y sig.

luarían conforme al momento, pues su valor era entonces muy escaso, sino atribuyéndoles el que tenían antes de la guerra civil. Cuando los acreedores y deudores no estuviesen de acuerdo sobre este valor, se nombrarían árbitros que juzgasen. También se sustraería del capital los intereses ya abonados (1). Parece que para evitar las discusiones y contestaciones en los comicios, César dictó estas disposiciones de propia autoridad, como dictador (2); también puso en vigor, para hacer circular forzosamente los capitales, una antigua ley ya olvidada, que prohibía tener en el domicilio más de 60.000 sestercios en oro y plata (3); y, en fin, hizo una última concesión á la opinión pública renunciando al cabo de once días á la dictadura, que le era inútil después de las elecciones, y cuyo nombre se detestaba desde Sila. Luego salió de Roma saludado por el pueblo, que aprovechó la ocasión de su marcha para hacer manifestaciones en favor de la paz (4). Todo el mundo tenía aún esperanzas.

Al contrario, César estaba tan resuelto á precipitar los acontecimientos que, á pesar de sólo poder contener los navíos reunidos poco más de la mitad de sus soldados y de ser peligrosísimo hacer la travesía en dos

(1) César, *B. C.*, III, 1; Suetonio, 42.—Dión, XLI, XXXVII, es más confuso, menos cuando comunica con gran exactitud las disposiciones referentes á los árbitros. Appiano, *B. C.*, II, 48; Plutarco, *César*, 37; apenas aluden á esto.

(2) Tal me parece resultar de lo que dice César, *B. C.*, III, 1, y del cuidado con que advierte que la llamada de los desterrados se decidió por una ley del pueblo.

(3) Dión, XLI, XXXVIII.

(4) Appiano, *B. C.*, II, 48.

veces, ya no quiso esperar más. En Diciembre llegó de improviso á Brindisi; reunió los soldados, les reveló su plan, les hizo nuevas promesas, todavía más bellas: luego embarcó en los navíos 15.000 hombres, sin trigo, sin esclavos, sin caballerías, sin más que el pequeño bagaje que los legionarios llevaban suspenso en la extremidad del asta de la lanza; confió los demás soldados á Gabinio, á Fufio Caleno y Antonio, con orden de embarcar apenas los navíos estuviesen de vuelta; y el 4 de Enero del año 48 (1), se lanzó en el Adriático. Llevaba consigo al joven Asinio Polión, y como generales á Cneo Domicio Calvino, á Publio Vatinio, á Publio Sila, al desgraciado cónsul del año 65 Lucio Casio, á C. Calvisio Sabino. César no se había engañado. No creyendo que embarcase antes de la primavera, Bíbulo dormitaba con su flota, y cuando supo que el enemigo partía de Brindisi, César y su ejército ya habían desembarcado en un pequeño golfo solitario cerca de Oricón.

Apenas tocó tierra, César envió un embajador para proponer nuevamente la paz (2) á Pompeyo, que en

(1) César, *B. C.*, III, 6.

(2) César, *B. C.*, III, 10. Opino que no puede dudarse de que esta proposición se hizo seriamente y no para ganar tiempo, como pretende Dión, VLI, XLVII, ó para arrojar la falta de la guerra sobre el adversario, como aún podría suponerse. No sólo la situación de César era bastante peligrosa para inducir á un arreglo cualquier hombre que tuviese su buen sentido, por temerario y ambicioso que fuera; pero también estas tentativas se renovaron de muchas maneras diferentes para no ser sinceras. En realidad, fué César el primero en prestar atención á las proposiciones de Libón (*B. C.*, III, 16-17) que sin duda procuraba obtener una tregua por este medio. Luego, durante el sitio de Dirraquio procuró inducir á Escipión, el suegro de Pompeyo, á interponerse en favor de la paz (*B. C.*, III, 57); en

este momento conducía sus soldados de Macedonia á Dirraquio, para establecer allí sus cuarteles de invierno, y al mismo tiempo procuraba apoderarse de toda la costa hasta Dirraquio, el puerto más importante de esta región. Continuando su doble y habitual juego de conciliación y de ofensiva, procuró no desdeñar ninguna probabilidad de paz y al mismo tiempo apoderarse de una vasta región y de algunas ciudades de donde pudiese sacar, no sólo el trigo, pero también las bestias de carga, el cuero, la madera, el hierro, las herramientas y utensilios. Se apoderó fácilmente de Oricón, luego de Apolonia, donde las pequeñas guarniciones de Pompeyo se desanimaron ante la actitud de los pueblos, que se mostraron favorables al invasor, no por llamarse César, sino por ser el cónsul en ejercicio (1). En cambio fracasó en su designio de tomar á Dirraquio. Pompeyo, habiendo sabido en el camino que César había desembarcado, y comprendiendo fácilmente sus intenciones, ordenó que su ejército avanzase á marchas forzadas para llegar antes que él á Dirraquio. César se detuvo entonces y acampó á orillas del Apso, río que corre al Sur de Dirraquio, para esperar allí el efecto de su aparición

---

fin, durante la guerra, en una época que no puede determinarse, procuró por mediación de Cornelio Balbo conquistar á Léntulo para la causa de la paz (Veleyo, II, 51). Balbo, que era amigo de Pompeyo y de César, sólo se ocupó durante la guerra en realizar serias tentativas por la paz. Además, si César no hubiese deseado la paz hubiera obrado con poca inteligencia al proponerla; pues dando á entender al enemigo que tenía miedo anulaba el efecto producido por su actividad y por su audacia, efecto que tenía muy en cuenta para compensar la inferioridad de sus fuerzas.

(1) Appiano, *B. C.*, II, 54.

y la respuesta á su embajada. Pompeyo ocupó con su ejército la otra orilla del río.

César no se engañó al considerar la paz poco duradera. En efecto, apenas se hubieron repuesto en el campamento de Pompeyo del trastorno causado por la marcha precipitada, los consejeros íntimos de Pompeyo, que eran Luceyo, Teófano de Mitilene y Libón, le transmitieron las proposiciones llevadas por el embajador de César. Pero Pompeyo les atajó inmediatamente haciendo una objeción sin réplica: «Yo no puedo volver á Italia por la gracia de César» (1). Por otra parte, la situación se complicó pronto de una manera peligrosísima para César. Bíbulo, que se había dejado sorprender una vez, envió á Libón con cincuenta navíos para bloquear el puerto de Brindisi, y vigilaba activamente el mar, no obstante el frío y las tempestades. Las tropas dejadas por César en Italia ya no podían hacer la travesía; César, pues, se encontraba aislado con 15.000 hombres contra un enemigo tres veces más numeroso. ¿Podía concertar la paz Pompeyo cuando César, que se había aventurado temerariamente fuera de Italia con tan débiles fuerzas, casi estaba á merced suya? El resultado que éste había esperado de su imprevista aparición, fracasó completamente. Ya no quedaba á César más recurso que hacer invernar en sus tiendas á los soldados, y esperar que las otras legiones pudieran venir de Brindisi, siempre que el adversario les diese tiempo de llegar, procurar apoderarse del país que tenía detrás y explorarlo en todos sentidos para encontrar trigo, vigilar las costas para no permitir que la flota de

(1) César, *B. C.*, III, 18.

Bíbulo pudiera aprovisionarse de agua y obligarla así á hacer frecuentes viajes hasta Corcira, durante los cuales sería más fácil á sus barcos deslizarse desde Brindisi al través de las escuadras que hacían crucero. El agua era para las flotas en la antigüedad lo que el carbón en los tiempos modernos: la necesidad que hacía depender sus movimientos de ciertos puntos de tierra firme.

En cambio, ¿no iba á aprovecharse Pompeyo de su superioridad numérica para obligar al enemigo á aceptar la batalla? Tal era en su campamento la opinión de mucha gente. Pero Pompeyo no poseía la incansable resistencia nerviosa de su adversario, y parece que no tardó en quedar agotado por las fatigas y angustias que siempre acompañan á las guerras civiles, en las que basta una derrota para ser abandonados por los partidarios y soldados. El acceso de energía que sintió en el momento de abandonar á Italia, no duró mucho tiempo, y los efectos de su naturaleza aristocrática, la incertidumbre y la lentitud, no tardaron en apoderarse de él. Y falto de una dirección enérgica, el desorden más espantoso se extendió por su campamento lleno de jóvenes y de viejos nobles, de senadores y de caballeros italianos, de reyes orientales, de jefes bárbaros. Los grandes de Roma, fatigados de las privaciones y de la carencia de dinero en que solían encontrarse después de haber prestado á Pompeyo (1) todo lo que habían podido recoger, sentíanse impacientes de regresar á Italia; acompañaban sus quejas de amenazas de venganza y de proyectos de confiscaciones que asustaban

(1) Véase Cicerón, *A.*, XI, III, 2, que rectifica César, *B. C.*, III, 96.

al buen Cicerón (1); mirábanse con desconfianza unos á otros; reñían por ridículos motivos de amor propio; mañana y tarde se acusaban de traición (2). Ni siquiera Afranio y Cicerón dejaron de ser acogidos en el campamento con desconfianza y casi con desprecio: hasta al mismo Ático, que se había quedado en Roma, se le amenazaba con venganzas, como si se tratase de un tránsfuga (3). Los que, como Bruto, se quedaban estudiando en sus tiendas (4) en lugar de ocuparse en la guerra, aún eran menos peligrosos para Pompeyo. El general que también había dirigido la guerra contra Mitrídates, se encontraba extraviado en esta confusión; y su indecisión habitual llegó á tal punto que, como atacado de la locura de la duda, ya no era capaz de adoptar ninguna resolución enérgica: prefería siempre esperar, diferir, tener paciencia. Así, en vez de mostrarse en todas partes, se aislaba de la muchedumbre de sus partidarios; ni siquiera les comunicaba sus proyectos y sólo se aconsejaba de algunos amigos íntimos; procuraba impedir la llegada de refuerzos, seguía aguirriendo su ejército; llamaba con gran prisa á Escipión que estaba en Asia, y en vez de atacar en seguida á César prefería esperar que el hambre diezmase al ejército enemigo para aniquilarlo con más facilidad.

Así transcurrieron las semanas sin que ocurriese nada de importante, en apariencia al menos; pero los víveres escaseaban en el campamento de César, y de

(1) Cicerón, *F.*, IV, XIV, 2; *A.*, XI, 6, 2.
(2) Plutarco, *Pomp.*, 66-67.
(3) Cicerón, *A.*, XI, VI, 2.
(4) Plutarco, *Bruto*, 4.

Italia no llegaban noticias ni refuerzos. César comenzó á inquietarse. Había fracasado en su propósito de sorprender al enemigo; la paz, por otra parte, era imposible, y los aprovisionamientos, inseguros: para salir de tal situación, era necesaria la inmediata llegada de los diez mil hombres dejados en Italia, y una victoria. Pero Gabinio, Antonio y Caleno, ¿podrían pasar el mar, y cuándo podrían? Entretanto, murió Bíbulo; Pompeyo, siempre indeciso, no le nombró sustituto, y la flota se dividió en varias escuadrillas que operaban aisladamente en las diferentes partes del Adriático. La vigilancia decayó y la primavera se acercaba; varias veces les hubiesen sido favorables los vientos, pero los tres generales temían de tal modo la travesía del Adriático, vigilado por la flota pompeyana, que no se decidieron á embarcar (1). César, cada vez más inquieto, comenzó á temer una traición y escribió algunas cartas severas á Caleno y á Antonio; hasta se dice que un día intentó dirigirse sólo á Brindisi (2) en un pequeño navío. Obligados por sus reiteradas órdenes, los tres generales se dividieron: Gabinio, llevando consigo quince cohortes, decidió marchar por tierra, é incorporarse á César en el Epiro, luego de haber atravesado la Iliria (3); Caleno y Antonio se aventurarían en el mar. Y un día, los dos ejércitos que acampaban frente á frente en el golfo de Dirraquio vieron aparecer, impulsada por un buen viento Norte,

(1) César, *B. C.*, III, 23-24.

(2) Idem, *B. C.*, III, 25; Dión, XLI, XLVI; Plutarco, *César*, 38; Appiano, *B. C.*, II, 57.

(3) Appiano, *Ill.*, 12; *B. C.*, II, 59. La versión de (César) *Bel. Al.*, 42-43, es algo diferente.

una flota numerosa. Todos salieron al punto de la torpeza en que vivían muchos meses. Acudieron á la orilla y comprendieron en seguida que era la flota de Antonio: Coponio, el almirante pompeyano que mandaba la flota anclada en el puerto de Dirraquio, salió con sus navíos, y las dos escuadras no tardaron en desaparecer hacía el Norte. De ambos campamentos salieron exploradores en busca de noticias; los soldados tomaron las armas prestos á marchar. ¡César debió sentir algunas horas de inquietud bien terrible! Su suerte dependía ahora del viento. Pero no tardó en saber que Antonio, gracias á un feliz cambio del viento, pudo desembarcar sus cuatro legiones casi completas en un pequeño golfo cerca de Liso. Pompeyo y César se dirigieron en seguida á este punto con una parte de sus respectivos ejércitos siguiendo caminos diferentes: Pompeyo para batir á Antonio antes de que se incorporase á César, y éste para incorporarse á Antonio y volver en seguridad con los refuerzos. César le ganó en rapidez y pudo reunirse con Antonio; Pompeyo tuvo que retirarse al Sur de Dirraquio é hizo acampar sus tropas en Asparagio. Sin embargo, Antonio y Caleno llevaron á César muy malas noticias. La cuestión de las deudas, que éste creyó eludir mediante ingeniosas disposiciones, se hizo más ardiente que nunca apenas marchó, y estaba á punto de desencadenar en el seno de su mismo partido otra pequeña guerra civil. Celio, amigo de Cicerón é hijo del banquero de Puzzolo, el antiguo conservador, el rival de Cátulo en amor, obligado por sus deudas y por su ambición, propuso una ley eximiendo á los inquilinos de pagar sus alquileres atrasados, y otra aboliendo las deudas. El cónsul y Trebonio se opusieron á

ellas, y estallaron los desórdenes. Milón, vuelto de Marsella y de acuerdo con Celio, reclutó algunas bandas de gladiadores y de esclavos en la Italia meridional, é inintentó provocar una insurrección. Sin embargo, uno y otro fueron vencidos y muertos por la caballería gala y española que César dejó para guardar á Italia (1).

Estos sucesos aumentaron en César el deseo de terminar pronto la guerra. Como si esta guerra estuviese destinada á exagerar las cualidades de ambos rivales, hasta convertirlas en defectos, mientras que el prudente Pompeyo concluyó por ser víctima de una verdadera locura de duda, el audaz César se dejó arrebatar por una exaltación extraordinaria y una prisa que casi llegaba al delirio. Envió á L. Casio á Tesalia con una legión recientemente reclutada; á Cayo Calvicio Sabino á Etolia con cinco cohortes; á Cneo Domicio Calvino á Macedonia con dos legiones para buscar trigo y hacer frente á Escipión, que durante este tiempo cruzaba el Asia Menor, recogiendo dinero en todas partes y adueñándose hasta de los considerables depósitos dejados en los templos. Luego, César buscó á Pompeyo presentándole varias veces la batalla. Todo en vano. Cuanta más prisa tenía César de combatir, otro tanto se obstinaba en ganar tiempo Pompeyo, siempre indeciso. César procuró entonces atraer fuera al enemigo, situándose hábil y prestamente entre el campamento de éste y Dirraquio, donde Pompeyo tenía sus almacenes; pero aún no consintió en dar la batalla, limitándose á trasladar un poco más allá su campamento, instalándolo en un sitio llamado Petra, sobre las colinas del

(1) César, *B. C.*, III, 20-22.

golfo de Dirraquio, de suerte que tocase en la orilla, y pudiese comunicar por mar con la ciudad. César, que no podía dominar su impaciencia y su exaltación, y que desde su éxito en Alesia tenía para vencer tanta confianza en el pico como en la espada, concibió entonces una extraña idea: quería encerrar al enemigo entre un gran terraplén y la mar, esperando obligarle así á intentar una salida. Sus soldados comenzaron á extraer y amontonar la tierra; los soldados de Pompeyo respondieron construyendo una muralla provista de torres, como la de César. Alrededor de estos terraplenes no tardó en entablarse una guerra de sorpresas y de obstinación. César atormentaba al ejército de Pompeyo privándole de agua, impidiéndole enviar sus caballos á forrajear, hostilizándole, encerrándole en un estrecho ángulo donde las epidemias no tardaron en difundirse. Pero á pesar de esto, Pompeyo, en lugar de salir y dar la batalla, embarcó su caballería y la envió á Dirraquio, procurando disminuir con esta resistencia pasiva las fuerzas de César. Ya no quedaba en el Epiro ni en Macedonia trigo de la cosecha precedente; la flota pompeyana impedía los abastecimientos por mar, gracias á sus cuatro escuadras mandadas por Cayo Casio, por Cneo Pompeyo, por Marco Octavio, por Décimo Lelio: los soldados de César se vieron pronto reducidos á vivir de raíces. Todo el mundo romano tenía fijas sus inquietas miradas en este rincón del Epiro donde, sin librarse batallas, se hacía una guerra de encarnizada y terrible obstinación. ¿Cuál de ambos sabría resistir más tiempo? Pero muy pronto se encontró el ejército de César en una situación tan crítica, que de nuevo pidió secretamente á Escipión que se interpusiese para concer-

tar la paz. Sin embargo, cierto día se convirtió por accidente una de las ordinarias escaramuzas alrededor de las trincheras en verdadera batalla, y los soldados de César, agotados por las fatigas y por el hambre, fueron deshechos. César dejó mil muertos en el campo y perdió treinta y dos enseñas (1).

Esta primera batalla pudo convertirse para César en un desastre definitivo, si Pompeyo hubiese lanzado inmediatamente á todo su ejército contra el enemigo. Pero siempre dudoso, no quiso arriesgarse demasiado, y, satisfecho de esta victoria, regresó al campamento con sus cohortes vencedoras. Para César fué éste un fracaso muy grave; pues muchos se dijeron que la habilidad que había revelado en las guerras contra los bárbaros no le servía contra un adversario como el viejo general que había cosechado tantos laureles, desde las guerras civiles de Sila hasta la toma de Jerusalén. Para colmo de desgracia, en este mismo momento fracasaba Gabinio en su expedición: luego de haber perdido en el camino muchos soldados luchando contra los bárbaros de Iliria, logró salvar á Salón sitiada por M. Octavio; pero cayó enfermo, y muerto él, se dispersaron los restos de su pequeño ejército (2). ¡Desgraciado de César si los soldados llegaban á desconfiar de él; si la esperanza de las recompensas futuras se desvanecía! Pero en realidad, esta derrota de Dirraquio le favo-

(1) Schmidt ha creído poder inferir de un pasaje de Cicerón, *A.*, XI, 4, que la batalla de Dirraquio se dió entre el 14 y el 18 de Junio. La cifra de mil muertos confesada por César es inferior á la que consignan los demás historiadores.

(2) Appiano, *Ill.*, 12; Dión, XLII, XI.

reció, pues calmó la excitación é impaciencia que desde mucho antes sentía, y le indujo á abandonar este sitio extraño para conducir el ejército á una región menos desolada, é incorporarse á Domicio Calvino y Lucio Casio, que durante este tiempo batallaban contra Escipión en Macedonia. En efecto, algunos días después de la derrota, habiendo reconfortado á sus soldados mediante nuevas promesas, comenzó su retirada; dejó á los heridos en Apolonia bajo la custodia de cuatro cohortes, y á fines de Junio se dirigió hacia Tesalia. Si Pompeyo se hubiese puesto inmediatamente en persecución del enemigo, todavía le hubiese alcanzado y deshecho. Pero, como siempre, Pompeyo dudaba y contemporizaba, y á su alrededor las opiniones eran discordes. Unos querían marchar inmediatamente contra César; otros volver á Italia; otros, en fin, continuar la táctica seguida hasta entonces (1). Pompeyo terminó por decidir que Catón y Cicerón se quedasen en Dirraquio con quince cohortes para vigilar los bagajes, y seguir lentamente al enemigo, esperando aniquilarle por el hambre, aunque se hubiese incorporado al ejército de Calvino. La suerte de César dependía ahora de la paciencia de sus enemigos. Pero los grandes de Roma, envanecidos por la victoria de Dirraquio, é impacientes de volver á la ciudad, comenzaron á protestar cuando, encontrándose cerca ambos ejércitos en la llanura de Farsalia y habiéndose reunido Pompeyo y Escipión, vieron recomenzar esta guerra fastidiosa que sostenían ya seis meses, y que consistía siempre en eludir la batalla. ¿Había envejecido Pompeyo hasta el punto de no

(1) Plutarco, *Pomp.*, 66.

atreverse á atacar á un enemigo ya vencido, y cuyas fuerzas casi estaban reducidas á la mitad? (1). Se recurrió á los consejos, á las protestas, á los lamentos, en fin, á todos los medios posibles para conmover á Pompeyo, de suerte que, cansado y disgustado, se decidió á presentar la batalla el 9 de Agosto (2) en la llanura de Farsalia. Ordenó sus legiones en tres líneas, apoyó el flanco derecho en el Enipeo, y se colocó con toda la caballería formando el flanco izquierdo. Su plan consistía en arrollar con su caballería á la caballería de César menos numerosa, y lanzarla en seguida sobre el flanco derecho del enemigo. César hizo salir inmediatamente las veintiocho cohortes que le quedaban (dos más guardaban el campamento) y las dispuso formando tres líneas; pero cuando vió toda la caballería enemiga acumulada á la izquierda, retiró seis cohortes de la tercera línea, y formó una cuarta línea que colocó en el flanco derecho, detrás de la caballería para ayudar á ésta á rechazar cualquier movimiento envolvente de la caballería pompeyana: el mando del ala izquierda se lo concedió á Antonio, el del centro á Calvino, el del ala derecha á Publio Sila; él mismo se colocó á la derecha, frente á Pompeyo, y lanzó inmediatamente las dos primeras líneas contra el enemigo. Éste no perdió la cohesión. La caballería de Pompeyo intentó envolver entonces el ala derecha de César; pero la caballería de éste, sostenida por las seis cohortes de la cuarta línea, tampoco se conmovió; luego conquistó algún terreno,

---

(1) Plutarco, *Pomp.*, 67.

(2) *C. I. L.*, I, pág. 324 *(Fasti Amiternini)* pág. 328 *(Fast. Ant.)* 9 Agosto.

de asaltada se convirtió en asaltante y acabó por poner en fuga á la caballería enemiga. Entonces las seis cohortes de la cuarta línea, encontrando el campo libre, envolvieron el ala izquierda del ejército pompeyano y la amenazaron por retaguardia. César se aprovechó en seguida de este instante favorable: hizo que se batiesen en retirada las dos primeras líneas que estaban cansadas, y lanzó contra las cohortes de Pompeyo la tercera línea, que aún no había tomado parte. El ejército de Pompeyo ya no pudo conservar sus posiciones. Un general de sangre fría seguramente que hubiese preparado una retirada en buen orden, sin dejar de combatir, hasta el campamento, esta gran fortaleza que todo ejército romano tenía detrás. Pero Pompeyo estaba presente, y cuando vió el ala que él mismo mandaba atacada por la retaguardia y al ejército acometido también de frente, perdió la cabeza, abandonó el mando, huyó casi solo al campamento, gritando á los soldados que procurasen defenderle bien. Abandonadas las cohortes á sí mismas, no pudieron retirarse en orden, y comenzó la desbandada. César se lanzó entonces al asalto del campamento, cuyas puertas, mal defendidas, no tardaron en ceder. Pompeyo, que se había retirado á su tienda, se levantó al oir los gritos que anunciaban la proximidad del enemigo; montó á caballo y salió con sus amigos por la puerta opuesta marchando al galope por el camino de Larisa. Este anciano fatigado no pudo resistir la primera prueba que tuvo que afrentar desde la campaña de Mitrídates. Perdido el campamento, el ejército de Pompeyo se dispersó, cierto número de cohortes se retiraron con sus oficiales por el camino de Larisa; otras se dispersaron por la montaña. Las pérdidas

de César fueron escasas; las de Pompeyo más importantes, aunque César quizás las exagera (1). Entre los muertos figuraba Lucio Domicio Enobarbo. La prueba terrible de la que, según la común opinión, dependía la suerte del mundo, había sido una batalla corta y poco sangrienta.

---

(1) César, *B. C.*, III, 99, dice que sólo perdió 200 hombres, mientras que Pompeyo parece haber perdido 15.000. Asinio Polión reduce esta cifra á 6.000 (Plutarco, *César*, 46). César quizás contaba á los fugitivos entre los muertos.

XV

Cleopatra.

(48-47 ANTES DE CRISTO)

Con su prodigiosa actividad César sacó inmediato partido de su victoria. Llamó á sus soldados, entretenidos en saquear el campamento de Pompeyo; destinó parte de ellos á la custodia de este campamento y otros á defender el suyo. Luego, con cuatro legiones, se lanzó en persecución de los fugitivos por el camino de Larisa. Á la caída del día alcanzó al núcleo más importante del ejército pompeyano, atrincherado ya en una montaña que dominaba el camino, y acampó al pie de esta montaña para esperar la llegada del día. Pero por la mañana no tuvo que hacer nada para conseguir la capitulación de estas tropas, pues durante la noche se mostraron los soldados tan dispuestos á rendir las armas, que los jefes irreconciliables como Afranio y Labieno tuvieron que huir con pequeños destacamentos á Dirraquio, dejando al ejército en libertad de rendirse. Sin perder tiempo, César continuó su marcha hacia Larisa, donde encontró á algunos oficiales que se le rin-

dieron, entre ellos á Bruto, y supo que Pompeyo se había dirigido por el valle de Tempé hacia la embocadura del Peneo (1) destacando en su camino algunos esclavos para difundir por Grecia un edicto ordenando á todos los jóvenes griegos y romanos residentes en Grecia que acudiesen á Anfípolis para alistarse bajo sus enseñas (2). César encargó entonces á Caleno que sometiese toda la Grecia; ordenó á una legión que le siguiese á marchas forzadas; y el 11 de Agosto partió al frente de un escuadrón de caballería derecho á Anfípolis, en la esperanza de encontrar á Pompeyo que, durante este tiempo, y luego despedir en la embocadura del Peneo á sus esclavos, subió á un barquichuelo con Léntulo Espinter, Léntulo Crus, Favonio, el rey Dejotaro y algunos más; luego, habiendo encontrado el barco de un mercader de trigo, transbordó dándose á la vela para Anfípolis. Devorando etapas, César logró recorrer en seis días la distancia que mediaba entre Larisa y Anfípolis, que era de 180 millas romanas (3), llegando poco después que su rival; pero habiendo sabido Pompeyo, apenas llegó á Anfípolis, que su enemigo estaba cerca, sólo permaneció en la ciudad una noche, el tiempo necesario para que le prestasen dinero sus amigos y clientes (4), y partió en seguida para Mitilene donde estaba su mujer y su segundo hijo, Sexto. Esta marcha hizo suponer á César que Pompeyo intentaba dirigirse á Si-

---

(1) Plutarco, *Pomp.*, 73.

(2) César, *B. C.*, III, 102; el hecho de que Pompeyo marchase á Anfípolis, demuestra que se trataba de un proyecto muy real.

(3) Schmidt, *B. W. C.*, 207.

(4) César, *B. C.*, III, 102.

ria, la provincia que había conquistado (1); y en consecuencia dió orden á la legión que venía detrás para que continuase su marcha; envió otra á Rodas, y luego se dirigió á Sestos, en el Helesponto.

Entretanto, hacia mediados del mes de Agosto (2), Labieno llegaba con sus galos y germanos á Dirraquio anunciando que el ejército de Pompeyo había sido derrotado. El pánico fué tremendo. Ya se veía á César á las puertas de la ciudad; nadie quería permanecer un día más en Dirraquio; se decidió marchar en seguida con la flota á Corcira; los soldados abrieron precipitadamente los almacenes, y con la prisa, derramaron el trigo por todos los caminos que conducían al puerto; á los barcos que no avanzaron al ser impulsados, se les quemó. Al anochecido, y á la luz siniestra de los barcos incendiados, el ejército abandonó el puerto, y con él, Cicerón, Varrón y Catón (3). La noticia del desastre de Farsalia se difundió por las riberas del Adriático, y todos los almirantes de Pompeyo se dirigieron con sus flotas á Corcira: Cayo Casio, que estaba en aguas de Sicilia, Cneo Pompeyo que acudió del Oricón, Marco Octavio que cruzaba las costas de Iliria, D. Lelio que se estacionó en Brindisi. Á Corcira llegaron también, unos tras otros, los amigos de Pompeyo que no querían rendirse, y entre ellos Escipión (4), de suerte que pudo ce-

---

(1) De un pasaje de César, *B. C.*, III, 102, resulta que cuando escribió los *Comentarios* aún creía que el primer propósito de Pompeyo había sido detenerse en Siria.

(2) Schmidt, *B. W. C.*, 179.

(3) Cicerón, *De div.*, I, XXXII, 68.

(4) Dión, XLII, XIII; Appiano, *B. C.*, II, 87.

lebrarse un gran consejo presidido por Catón. Ignoramos cómo fueron las discusiones: sólo sabemos que Cneo Pompeyo estuvo á punto de matar á Cicerón porque propuso concertar la paz, y que después de esta reunión la mayoría de los personajes se desbandó. Casio se fué con sus barcos al Ponto, ignórase con qué intención; Escipión y Labieno dirigiéronse á África, esperando encontrar allí á Pompeyo; M. Octavio regresó á Iliria para terminar su conquista: Catón, acompañado de Cicerón, se dirigió á Patrás para recoger á los fugitivos. En efecto, logró tomar á bordo á Petreyo y á Fausto Sila; pero como Caleno se acercaba tuvo que hacerse á la vela con rumbo á África. Cicerón, no queriendo proseguir la guerra, desembarcó en Patrás.

Entretanto, Pompeyo, que había llegado á Mitilene el 20 de Agosto, tomó á bordo á Cornelia y á Sexto, que sólo habían recibido la feliz noticia de la victoria de Dirraquio (1); y habiéndose separado de Dejotaro, que regresó á Galacia, costeó el Asia Menor y la Panfilia, no osando tocar á tierra más que para recoger agua y víveres, ni detenerse más que un instante en Faselis (2) y Atalia (3), donde había algunos senadores y barcos de su flota. Durante el viaje se entablaron grandes discusiones entre Pompeyo y sus amigos sobre el punto donde podrían reclutar un ejército y recomenzar

---

(1) Para los detalles y documentos concernientes á esta fuga, véase Drumann, *G. R.*, III, 519; Schmidt, *B. W. C.*, 207 y sig. No creo que Pompeyo pensase en refugiarse nunca entre los partos, lo que hubiese sido poco patriótico y demasiado peligroso. Véase Dión, XLII, II.

(2) Lucano, VIII, 251.

(3) Plutarco, *Pomp.*, 76.

la guerra. Unos proponían á Siria, otros á Egipto, otros á África. Era necesario adoptar una determinación: los fugitivos se detuvieron en Sinedra para deliberar (1), y decidieron refugiarse en Siria. Entretanto, César había llegado á Sestos donde, esperando sus barcos y su legión, recibió la sumisión de un almirante de Pompeyo, L. Casio, que mandaba diez navíos (2), y probablemente adoptó las disposiciones definitivas sobre Italia, donde todavía no había querido enviar ningún mensaje oficial de su victoria. Antonio conduciría el ejército á Italia, le haría nombrar dictador y él quedaría de *magister equitum* ó vicedictador; así, cuando hubiese expirado el año de su consulado aún gozaría de todos los poderes necesarios para continuar la guerra. Cuando se reunieron todos los barcos, y se le incorporó su legión, y supo que toda Grecia había quedado sometida por Caleno, partió para Siria con intención de tocar en Efeso y en Rodas (3). Seguía creyendo que Pompeyo procuraría refugiarse en Siria. Pero Pompeyo, que había partido para Chipre hacia el 10 de Septiembre, supo entonces en Pafos que los habitantes de Antioquía habían decidido no abrirle sus puertas, ni á él, ni á ninguno de sus partidarios. Entonces pidió dinero á una gran sociedad de financieros italianos establecida en Chipre; reunió en los puertos de la isla una pequeña flota, escogió unos dos mil soldados entre los esclavos que los negociantes italianos tenían allí en depósito para ven-

---

(1) Lucano, VIII, 259.

(2) Dión, VLII, VI. No se trata de Cayo Casio; Judeich, *C. Q.*, 60, lo ha demostrado.

(3) Appiano, *B. C.*, II, 89.

derlos en Italia, y adoptó el partido de dirigirse á Egipto (1), donde reinaban los hijos de aquel Ptolomeo que Pompeyo había restablecido con Gabinio, Ptolomeo Dionisio y Cleopatra, quienes, según el testamento del padre, tenían que casarse y reinar juntos. César, que esperaba en Rodas la legión que había ordenado á Caleno de enviarle, no tardó en comprender por los aprestos que Pompeyo hacía en Chipre, que había cambiado de plan y que iba á procurar refugiarse en Egipto (2), y apenas llegaron sus soldados, esto es, hacia fines de Septiembre, se hizo inmediatamente á la vela para el reino de los Ptolomeos. Acercábase, pues, el momento en que los rivales iban á encontrarse nuevamente. Pero, cuando César llegó á Alejandría el 2 de Octubre (3), rerecibió una noticia inesperada, que era el definitivo remate de una historia tan llena de acontecimientos imprevistos. Pompeyo había muerto. El rey de Egipto, cuando Pompeyo le demandó hospitalidad, estaba en guerra con su hermana, que había sido expulsada por los ministros del joven soberano, porque tenía más edad y era más inteligente; y sus consejeros, no queriendo entrar en guerra y temiendo que Pompeyo, rechazado por ellos, abrazase el partido de Cleopatra, decidieron hacerle perecer. Cuando la flotilla dió vista á Pelusa, donde Ptolomeo se encontraba entonces con su ejército, acudió un barquichuelo á recogerle. Aunque sintiese desconfianza, Pompeyo subió á él diciendo que quien rebasaba el umbral de una morada regia se convertía

(1) Schmidt, *B. W. C.*, 208; César, *B. C.*, III, 103.
(2) César, *B. C.*, III, 106.
(3) Schmidt, *B. W. C.*, 208.

en esclavo; pero al acercarse la barca á la orilla, Pompeyo se levantó para descender, y Cornelia, que le seguía inquieta con los ojos desde la capitana, vió á un soldado de la barca herirle por detrás (1). Era el 29 de Septiembre del año 48 (2). En este mismo día, trece años antes, Pompeyo entraba en Roma revestido con los arreos de Alejandro Magno, y celebraba su gran triunfo sobre Asia. Pompeyo no era un espíritu pequeño, como se han complacido en decir muchos historiadores modernos, sino un gran señor inteligente, que reunía todos los defectos y todas las cualidades de la antigua nobleza, y á quien su época y las circunstancias acabaron por imponer un trabajo superior á sus fuerzas. Si le faltaban la pasión ardiente de la acción, la energía infatigable y victoriosa, la sutileza intelectual de su dichoso rival, es preciso reconocer que fué arrastrado á su ruína, no sólo por los errores en que incurrió, pero también por culpa de los vicios y de las faltas de las altas clases, al frente de las cuales le habían colocado su temperamento y los sucesos, mejor que su propia voluntad. Sin embargo, no puede olvidarse la parte que tomó en la historia de Roma: anexionó al territorio romano la patria de Jesús, cuya conquista, como la de la Galia, tuvo la mayor importancia por sus resultados; por la construcción del teatro, por las fiestas que dió al pueblo y por sus liberalidades, fué también uno de los hombres que más contribuyeron á difundir la cultura oriental en Italia, uno de los maes-

---

(1) Plutarco, *Pomp.*, 78-79; Appiano, *B. C.*, II, 84-85; Dión, XLII, 3-4.

(2) Dión, XLII, v. Véase Zumpt, *S. R.*, 211.

tros del lujo público de la Roma cesárea, cuyas ruínas seguimos admirando y aún imitando.

De todas las fortunas que César tuvo, esta muerte súbita de Pompeyo fué indudablemente la más grande, El rival que jamás hubiese depuesto las armas desaparecía bruscamente, víctima de una miserable confabulación de eunucos orientales, sin que César tuviera que acusarse de haber derramado su sangre. En efecto, cuando la noticia de su muerte llegó á Italia hacia mediados de Noviembre (1) conducida por Diochares, uno de los más rápidos esclavos de César, todos creyeron que éste había triunfado definitivamente, y la impresión que la noticia produjo fué mucho mayor de lo que el mismo César suponía. Desaparecieron las estatuas de Sila y de Pompeyo; la gente cayó en un éxtasis admirativo por César á quien seis meses antes despreciaba como un malvado (2). Á propuesta de sus amigos, y sin que nadie hiciese oposición, se le decretaron honores inusitados y extraordinarios, como no los había conocido el mismo Sila; no sólo se le concedió la dictadura que deseaba para todo el año 47 (3), pero también

(1) Á propósito del viaje de Alejandría á Roma, véanse las atinadas refutaciones que hace Schmidt, *B. W. C.*, 205, de las opiniones de Judeich.

(2) Dión, XLII, XIX.

(3) *Fasti capit.*, an. 706. *C. I. L.*, 1², pág. 40. Apenas existe acuerdo sobre la época en que César fué nombrado dictador. Judeich, *C. O.*, 182; Sternkoff; *Programm. Dortmund*, 1891, pág. 27, dicen que fué á primeros de Noviembre. Mommsen, *C. I. L.*, 1², 41, durante los últimos meses del año; Schmidt, *B. W. C.*, 211, á mediados de Septiembre; Groebe, Ap. de Drumann, 1², pág. 404, á fines de Septiembre ó primeros de Octubre. Los argumentos de unos y otros me parecen poco concluyentes; sin embargo, me adhiero á la opinión

la facultad de presidir sólo las elecciones de los magistrados que presidían los cónsules, esto ės, de todos los magistrados, menos de los tribunos y ediles del pueblo: la facultad de distribuir él mismo las provincias á los pretores en lugar de echarlas á la suerte, y en fin, la de ser considerado toda su vida como un tribuno del pueblo (1). En suma, César había reemplazado á Pompeyo en la consideración pública, y se había convertido á su vez en árbitro de la República con una rapidez que es otra característica de la gran crisis social y moral porque Italia pasaba. Ciertamente, el vivo deseo de paz, la nervosidad é inconstancia del espíritu público, la admiración por la templanza que César había revelado hasta entonces, contribuían á la explosión de un entusiasmo, á medias sincero, y á medias ficticio. Pero la causa íntima de este extraño cambio hay que buscarla en la transformación de la sociedad italiana, gracias á la cual, ya no existían clases ni partidos que política ó económicamente fuesen bastante fuertes para resistir á clien-

---

de Schmidt, creyendo como él que César concibió la idea de obtener la dictadura inmediatamente después de Farsalia, cuando comprendió que tenía que proseguir la guerra, aún después del año de su consulado. Sin embargo, no creo que deba creerse á Cicerón cuando dice, *Fil.*, II, xxv, 62, que Antonio mismo se nombró *magister equitum*. Esto hubiese sido un gran abuso; y César, que aún se creía propenso á la moderación, no lo hubiese tolerado. Más verosímil me parece que cuando César supo en Alejandría, hacia el 25 de Octubre, según Schmidt, *B. W. C.*, que había sido nombrado dictador, le enviase á Roma el nombramiento de *magister equitum*, que pudo llegar por los primeros días de Diciembre. También podría aceptarse la corrección hecha al texto de Dión, XLII, xxi, por Zumpt, *R. S.*, 211-212.

(1) Dión, XLII, xx.

telas políticas que se formaban y deformaban en torno de las poderosas personalidades. Mientras que hubo múltiples clientelas rivales, mucha gente pudo conservar cierta independencia, pasando hábilmente de una á otra; pero ahora que la clientela de Pompeyo había quedado destruída en Farsalia, mientras que la de César parecía ser la única señora de la república y de las magistraturas, el interés obligaba á someterse á mucha gente. Gran parte del mundo político vivía de las magistraturas, y, por consecuencia, obstinarse en hacer oposición á la clientela victoriosa, hubiese sido exponerse á caer en la ruína. Lo que entonces ocurrió á Cicerón lo demuestra. Después de César y Pompeyo era el hombre más célebre del mundo romano, y á pesar de eso, también él sufrió este año grandes molestias, pues como todos creían comprometida su situación política, nadie quería prestarle ya dinero, y muchos de sus acreedores insistían, en cambio, para que les pagase. Así, su familia, se encontró en la más penosa situación; fué necesario suspender el pago de la dote de Tulia, y Cicerón temió que Dolabela demandase el divorcio; Terencia tuvo que recurrir á las intrigas; los acreedores hasta llegaron á amenazar con declararle en quiebra y vender sus bienes, y quizás hubiese llegado este caso, si Ático no acude en su ayuda y si no recibe á tiempo una herencia (1). Si aún para Cicerón dependía de la situación política la económica, es fácil suponer las dificultades que encontraría gran número de obscuros senadores. En tales condiciones no era posible una oposición vigorosa de resentimientos y de principios con-

(1) Véase Cicerón, *A.*, XI, I, 1; XI, III, 3; XI, IV, 20.

tra la clientela victoriosa: cada cual estaba tan fuertemente ligado al Estado, que la clientela árbitra de la república contaba por el momento con todo el mundo.

Jamás habían concurrido en la vida de César circunstancias tan favorables. Hubiérale convenido aprovecharse de este entusiasmo general y pasajero, volver á Italia, procurar adaptar las instituciones republicanas á la sociedad mercantil, conciliar el imperialismo y la libertad, las tradiciones latinas y las nuevas necesidades importadas por la civilización oriental. Pero si César era un hombre de genio, no era un semidiós que pudiese ver entonces lo que tan claro nos parece á nosotros, que consideramos la historia de aquel tiempo á una distancia de veinte siglos, y se dejó fácilmente extraviar en este momento decisivo por algunos incidentes pasajeros y por las necesidades inmediatas de la situación. Necesitaba dinero; Egipto era un país rico y Ptolomeo no le había pagado toda la cantidad convenida por la ayuda que recibió de Gabinio. Pensó, pues, en ir á Alejandría y reclamar como cónsul el derecho de resolver la diferencia entre el hermano y la hermana é interpretar el testamento de Ptolomeo, de manera que le pagasen antes de volver á Roma la deuda del padre y á la vez su arbitraje (1). Verdad es que sólo disponía de algunos millares de soldados; pero después de sus grandes éxitos, no dudaba que su plan venciese pronto y sin dificultad (2). Envió, pues, á Cleopatra y á Pto-

(1) Que César se viese obligado á detenerse en Egipto y á intervenir en la guerra civil por la necesidad que tenía de dinero, resulta de los pasajes de Dión, XLVII, IX y XXXIV; de Orosio, VI, XV, 29; de Plutarco, *César*, 48.

(2) César, *B. C.*, III, 106.

lomeo la orden de licenciar á sus ejércitos y de someterse á su juicio. Se instaló en el palacio real é impuso un tributo á los moradores de Alejandría. Pero, mientras César negociaba con los ministros del rey, que deseaban inducirle á dejar Alejandría, y mientras el pueblo, indignado pronto de las exacciones y de la arrogancia de los soldados romanos (1) comenzaban á sublevarse, Cleopatra, que había entrado secretamente en la ciudad y en el palacio (2), se le presentó una tarde de improviso en su departamento, y sólo en una noche logró persuadirle de que tenía razón. En un abrir y cerrar de ojos cambió la situación: al día siguiente, cuando Ptolomeo y sus ministros supieron que Cleopatra había pasado la noche en el palacio real y en el cuarto de César, comprendieron que su causa estaba perdida. El ministro de Hacienda, Potin, temiendo que á César sucediese un nuevo Rabirio, excitó al pueblo á la sedición é indujo al general de Ptolomeo á que viniese á Alejandría. Y se declaró la guerra á César. El ejército de Egipto era una especie de legión extranjera compuesta de antiguos soldados de Gabinio, de malhechores, de esclavos fugitivos, de desertores de todos los países del Mediterráneo (3). Este pequeño ejército obligó pronto á César á atrincherarse con sus soldados en las altas murallas del palacio real y á sostener un ase-

---

(1) Tal es la opinión que puede elaborarse comparando á Dión, XLII, XXXIV; Plutarco, *César*, 48; César, *B. C.*, III, 106. Las ἐσπράξεις τῶν χρημάτων, á que alude Dión, sólo pueden ser las contribuciones á que también alude Plutarco, *César*, 48.

(2) Dión, XLII, XXXIV. Naturalmente, en los *Comentarios* se pasa en silencio esta parte de la historia.

(3) César, *B. C.*, III, 110.

dio, mientras llegaban los refuerzos que había pedido á Cneo Domicio Calvino, á quien dejó en Asia como gobernador.

Así es como hasta el 13 de Diciembre César continuó gobernando á Italia y al imperio, y aún dispuso de tiempo para nombrar á Antonio *magister equitum*, de prohibir por una ley que todos los pompeyanos volviesen á Italia, exceptuando solamente á Cicerón y á D. Lelio (1). Luego, el invierno y la guerra le bloquearon en el palacio real de Alejandría separándole del resto del mundo, hasta el punto de que, durante los seis primeros meses del año, Italia y el imperio ya no tuvieron noticias de él (2). Á esta larga ausencia atribuye Cicerón—y no sin motivo—la causa de muchas desgracia que ocurrieron en adelante (3). Los senadores que, luego de haber abandonado el ejército pompeyano, se ocultaron en las diferentes ciudades situadas en la costa mediterránea, y esperaban la vuelta de César para regresar á Italia, se vieron condenados á esperar, quedándoles así gran espacio para pensar en sus intereses lesionados, en su amor propio herido, en los rencores sembrados por la guerra civil. Fácilmente podemos representarnos el estado anímico, dubitativo y doloroso, de muchos personajes durante estos meses, por lo que nos dice el mismo Cicerón, que pasó el invierno

---

(1) Cicerón, *A.*, XI, VII, 2. Apropósito de este edicto véase Judeich, *C. O.*, pág. 185; Schmidt, *B. W. C.*, 214 y sig.; Groebe, en Drumann, *G. R.*, I[2]., 402. Sin embargo, la historia de este decreto resulta bastante obscura.

(2) Cicerón, *A.*, XI, XVII, 13.

(3) Idem, *F.*, XV, XV, 2.

y la primavera en Brindisi, meditando sobre sus amigos muertos en la guerra; sobre su riña con su hermano Quinto, que le acusaba de haberle obligado á abandonar á César; sobre el Tesoro de Efeso, que había prestado á Pompeyo y que había perdido; sobre la pobreza á que se veía reducido, así como su mujer y su hija; sobre las desgracias de Tulia, tratada por Dolabela de un modo infame; sobre la aversión insolente de la parte más grosera del partido de César; en fin, sobre la admiración de la gente que se desvanecía (1). Farsalia había traído la división á su familia y la ruína á su fortuna; había destruído su posición política y, en fin, echado un velo sobre la gloria del tratado *De Republica*. ¿Quedaba todavía alguien que le considerase como el gran maestro del arte político? Pero al menos, Cicerón estaba firmemente resuelto á no volver á tomar las armas. Al contrario, otros menos pacientes que él, comenzaron á fatigarse, á prestar atención á los rumores que circulaban á lo largo de las riberas del Mediterráneo y que podían hacer resurgir las esperanzas en los espíritus irritados. Decíase que si Iliria, defendida por el cuestor de César Q. Cornificio y por Vatinio—que había llegado á Brindisi con socorros—quedó abandonada definitivamente por M. Octavio, éste, al menos, había podido refugiarse en África con su flota; que en África se estaba á punto de reconstituir con los restos del ejército pompeyano otro ejército que se conduciría á Italia; que César corría grandes peligros en Alejandría; que la guerra podría recomenzar. Pero la misma Italia no tardó en ser víctima de las más grandes cala-

(1) Véase Cicerón, *A.*, XI, xxiii; XI, xxiv.

midades. Como según la ley aprobada después de Farsalia, sólo César debía presidir todas las elecciones que ordinariamente presidía un cónsul, en su ausencia sólo pudieron elegirse los tribunos y los ediles del pueblo. La república quedó así privada de los más importantes magistrados, y toda entera en poder del vicedictador Antonio, que joven, frívolo, disoluto, buen soldado, pero poco versado todavía en el gobierno civil, consideró la vicedictadura como una fiesta, se lanzó de francachelas en compañía de cantantes, de bailarinas y de Citeris (1), y entre una orgía y otra dejó estallar una especie de revolución social.

En el partido de César, como en todos los partidos democráticos que representan á las clases más pobres y numerosas, pero que tienen al frente hombres pertenecientes á las altas clases, se solapaba una contradicción y una especie de inconsciente desacuerdo. En este partido había personas que pertenecían á las altas clases, como Cayo Trebonio, Marco y Décimo Bruto, Sulpicio Rufo, Sulpicio Galba, Asinio Polión, es decir, hombres ricos que poseían una distinguida educación y hacían vida bastante decente, según la moral de la época; que siempre habían estado con César ó se habían reconciliado con él después de Farsalia, y que poseían los sentimientos, las ideas, los prejuicios, los intereses de las altas clases. Si éstos querían un gobierno democrático y liberal con el bajo pueblo, no querían la demagogia, ni una revolución que perturbase á las altas clases en el disfrute de las riquezas, de la cultura y de los placeres. Pero en el partido de César también figuraban—y

(1) Plutarco, *Ant.*, 9.

eran los más numerosos — los aventureros, los descontentos, los condenados, los locos, los hombres procedentes de todas las clases, altas y bajas, algunos inteligentes y enérgicos, otros ignorantes, casi todos sin principios y sin ideas políticas, cuyo único deseo consistía en satisfacer su ambición, tales como Dolabela, Vatinio, Fufio Caleno y Ventidio Baso, Opio, Cornelio Balbo y Faberio, el hábil, pero poco escrupuloso secretario de César. El orden público, las tradiciones, la tranquilidad de las altas clases importaban poco á éstos últimos. Lo que deseaban era un poder mayor, y para ello estaban dispuestos á satisfacer los rencores, los furores y los más extravagantes deseos de la población pobre. En una palabra, en el partido había un ala derecha y un ala izquierda, que marcharon de acuerdo mientras duró la lucha por la conquista del poder; pero que no tardaron en malquistarse apenas el poder les pareció asegurado, á principios del año 47. La miseria aumentaba y se hacía espantosa; las deudas y los alquileres cada día resultaban más difíciles de pagar; Dolabela, que era el más entrampado de los tribunos del pueblo, no se dejó asustar por la suerte de Celio; sino que, envalentonado con la desorganización del partido conservador y con la semianarquía ó ausencia de los principales magistrados, hundía á la república — y quería forjarse una inmensa popularidad — proponiendo nuevamente en el mes de Enero las leyes de Celio sobre el abandono de los alquileres y la abolición de las deudas. La alarma fué grande entre los propietarios de casas como Ático, y entre los ricos capitalistas. ¿Sobrevenía súbitamente la revolución social que tanto miedo había inspirado al principio de la guerra civil, y cuyo

peligro pareció disiparse durante algún tiempo? César había afirmado numerosas veces su intención de respetar la propiedad; pero se encontraba lejos; el partido conservador estaba aniquilado y ya no había en la república ninguna autoridad capaz de mantener el orden. El momento, pues, parecía muy favorable para una revolución social, aún á los que más la temían; pues ya no parecía posible ninguna defensa. Pero las clases superiores no tardaron en advertir con gran sorpresa que la salud habían de recibirla de donde menos la esperaban. Influídos por sus amigos y por sus relaciones personales, obedeciendo á sus escrúpulos morales y jurídicos, preocupados por sus intereses, los partidarios de César que formaban en el ala derecha del partido, obraron ante la proposición de Dolabela como hubiesen obrado los conservadores. Los tribunos del pueblo, Trebelio y Asinio Polión se opusieron á la ley. Dolabela insistió; la muchedumbre de artesanos, de pequeños comerciantes, de libertos para quienes los provechos y el trigo disminuían desde hacía dos años, y que se veían amenazados con ser expulsados de sus casas por los propietarios, á quienes no pagaban, se agitaron, y los motines no tardaron en estallar (1). El Senado suspendió entonces la constitución y encargó á Antonio que mantuviese el orden llamando los soldados á Roma (2). Pero, además de este, surgió otro peligro: las legiones que volvían de Grecia, arrogantes por la guerra civil y por la ausencia de César, amenazaron con rebelarse en la Campania si no recibían su licencia y las recompen-

(1) Dión, XLII, XXIX.
(2) Idem, XLII, XXIX; Plutarco, *Ant.*, 9.

sas que tantas veces se les había prometido (1). Antonio tuvo que marcharse inmediatamente á la Campania, donde le costó gran trabajo apaciguar la rebelión. Por desgracia, la protesta de las legiones atizó la agitación popular, y al regresar á Roma, Antonio encontró una situación aún más crítica, y á Dolabela que continuaba esa agitación, no sólo pronunciando discursos, sino organizando partidas armadas, como en tiempos de la guerra social. Incitado también por motivos personales, según parece, pues sospechaba que Dolabela era amante de su mujer, Antonio se decidió á formar en el bando de los partidarios del orden, y se puso á reprimir rigurosamente la revuelta. Sin intimidarse por eso, Dolabela, el día en que sometió la ley á discusión de los comicios, hizo que sus amigos levantasen barricadas ante el foro para que nadie interviniese. Pero Antonio, soliviantado con este trastorno, todo lo vió rojo, y lanzó sus soldados á la conquista del foro; derribó todos los obstáculos y dispersó las partidas. Murieron 800 personas (2). Hacía mucho que no se había visto tal carnicería en Roma. La agitación del bajo pueblo se calmó por algún tiempo; pero estos sucesos excitaron gran desconfianza contra todo el partido de César, que las noticias más precisas llegadas de África y de Asia sólo servían para aumentar. Los hijos de Pompeyo, Catón, Escipión y Labieno, luego de haber reunido en África los restos del ejército pompeyano, se aliaron á Juba, rey de Numidia; reclutaron arqueros, honderos, jinetes

(1) (César), *B.*, *Alex.*, 65; Dión, XLII, 30.

(2) Dión, XLII, XXXI; Liv. Per., 113. Véase Ziehen, en la *Rein. Mus.*, 1896, págs. 593 y sig.

galos; acumularon armas, hostilizando con su flota á Sicilia y Cerdeña, é intentaron atraerse las poblaciones españolas descontentas del gobierno de Quinto Casio. Cuando se preparaba un nuevo ejército para atacar á César en África, bajo el mando supremo de Escipión, en Asia aparecía súbitamente, procedente del pequeño reino del Quersoneso, Farnaces, hijo de Mitrídates, al frente de un ejército para reconquistar los reinos de su padre, é infligió una derrota á Domicio Calvino. Todas las esperanzas que Italia, cansada de las discordias políticas y de las guerras civiles, había acariciado en el otoño del año 48, cedían ante un gran malestar en la primavera del 47: la revolución social iba á estallar en Italia, la guerra civil iba á reavivarse en África, el hijo de Mitrídates iba á disputarle á Roma el imperio de Oriente. Y, sin embargo, nada se sabía ya de César, que no daba ningún signo de vida.

Sólo hacia fines de Abril (1) llegó á saberse por noticias privadas que César, habiendo recibido refuerzos, se había apoderado de Alejandría el 27 de Marzo (2). Todos creyeron que iba á volver en seguida á Italia, y la situación interior pareció mejorarse en Roma y en Italia (3). Pero los días, las semanas pasaron sin que llegase ninguna noticia oficial de su victoria (4), ni siquiera la de su salida de Alejandría (5). Los desórdenes recomenzaron muy luego en Roma (6); los rumores más

(1) Schmidt, *B. W. C.*, 222.

(2) *C. I. L.*, pág. 304. *Fasti Maffeiani*, 27 Marzo.

(3) Dión, XLII, 30.

(4) Cicerón, *A.*, II, xv, 1.

(5) Idem, *A.*, XI, xvii, 3.

(6) Dión, XLII, xxx.

diversos circularon sobre las causas de esta tardanza; los amigos de César, desasosegados, le escribieron suplicándole que volviese pronto; muchos hasta partieron en su busca para apresurar su retorno (1). Pero luego de haber reconquistado á Alejandría y dado el trono de Egipto á Cleopatra (Ptolomeo murió durante la guerra) había añadido una nueva falta á la primera, la de emprender con la reina un viaje al alto Nilo (2), y aún prolongó durante dos meses, en festines y banquetes, en juegos y voluptuosidades con la reina, que estaba en cinta, su aventura galante y su funesta demora. La situación se hizo pronto tan peligrosa en Roma, que los amigos de César tuvieron que acudir al pueblo para votar ciertas leyes destinadas á abatir la audacia renaciente de los amigos de Pompeyo: esto es, que César tendría el derecho de declarar la guerra y concertar la paz con todos los pueblos, y de tratar como quisiera á los partidarios de Pompeyo (3). En fin, por los primeros días de Junio (4) César partió para Siria, luego de haber perdido nueve preciosos meses (5), cuando los

(1) (César), *B. A.*, 65.

(2) Appiano, *B. C.*, II, 65.

(3) Dión, XLII, xx, enumera sucesivamente todos los honores votados en favor de César tras la victoria de Farsalia y después, durante el año 47; pero, sobre la facultad de hacer la guerra y la paz, dice que se le concedió más tarde, cuando pareció inminente el peligro de una guerra en África. Paréceme verosímil que el derecho mismo de tratar á los pompeyanos á su guisa se le concedió entonces, y que fué una amenaza de los cesaristas. Inmediatamente después de Farsalia esta medida hubiese estado en oposición al espíritu conciliador que reinaba entonces.

(4) Fecha establecida por Judeich; Schmidt, *B. W. C.*, 224.

(5) Appiano, *B. C.*, II, 90.

días valían por años para él, y los años por siglos. Apenas llegó á Antioquía encontró paquetes de cartas y gran número de personajes que le excitaban á volver inmediatamente á Italia, y tuvo un nuevo retraso. César no quiso regresar á Roma sin haber restablecido un poco el orden en Oriente; y con prodigiosa rapidez, le bastaron algunos días para reorganizar la situación en Siria y abandonó á Antioquía en los primeros días de Julio. En la embocadura del Cidno encontró la escuadra pompeyana mandada por Cayo Casio—que había pasado gran parte del tiempo estudiando con Bruto elocuencia en Rodas (1)—y se le rindió. Desembarcó en Efeso, y con un ejército poco numeroso, marchó al encuentro de Farnaces, sin descuidarse en el camino de cobrar impuestos y reunir dinero por todos los medios posibles. El 2 de Agosto derrotó á Farnaces en Zela (2). En seguida reunió una dieta en Nicea, distribuyó reinos y dominios, obteniendo en cambio ricos presentes de los reyes orientales, sin pensar en desquitarse de los que habían combatido contra él en Farsalia; perdonó á Dajotaro, rey de Galacia, por quien se interesó Bruto; luego, pasando por Grecia y por Atenas, regresó á Italia, desembarcó en Tarento hacia el 24 de Septiembre (3); recibió cordialmente á Cicerón, que salió á su encuentro, y entró en Roma.

Pero, después de un año, encontraba la situación

---

(1) Bynum, *B.*, 25.

(2) *C. I. L.*, I, pág. 306 *(Fasti Maffeiani)*, pág, 324 *(Fasti Amiternini)*: 2 Agosto.

(3) Schmidt, *B. IV. C.*, 226, estableció esta fecha según Cicerón, *F.*, XIV, 20 (carta escrita el 1.° de Octubre).

muy cambiada en su daño. No sólo su larga ausencia y cuanto se había dicho sobre sus amores con Cleopatra le había perjudicado en la consideración de mucha gente; pero también la rebelión de las legiones, las luchas intestinas de su partido, el nuevo ejército organizado por los pompeyanos en África, comunicaba nuevas dudas á muchas personas sobre el resultado de la guerra, singularmente entre las altas clases, en las que la desconfianza y la aversión hacia César se habían dormido, pero no extinguido. Muchos empezaron á preguntarse si lo porvenir no guardaría sorpresas. El partido de César, que parecía tan unido, estaba desgarrado por encarnizadas luchas; ¡y desde algún tiempo antes se habían visto cambios tan súbitos de la fortuna! Así, César no fué acogido con el entusiasmo que hubiese despertado el año precedente; y no tardó en advertir que sólo una fría obsequiosidad y la guerra de África — que causaba secreta alegría en la gente de Roma—eran las únicas recompensas de su moderación para con las altas clases, de los cuidados con que había evitado las confiscaciones y rapiñas, á riesgo de lanzar las legiones á la protesta. La impresión de la sonora victoria de Farsalia se había borrado en gran parte, y la situación se hacía cada vez más insegura: la reconciliación con las altas clases era poco sincera, la fidelidad de las legiones vacilaba, la unidad del partido estaba quebrantada, las masas populares se habían enfriado, al ver fracasadas por todo un grupo del partido cesariano las esperanzas que cifraron en las leyes de Dolabela. César comprendió que la mejor manera de atajar las ilusiones renacientes de los conservadores consistía en aniquilar sin retardo el nuevo ejército pompeyano de África; pero

también advirtió que no podía salir otra vez de Italia, sin haber procurado modificar un poco la situación inferior, confusa y hasta peligrosa por su política insegura. Si la continuaba, ¿no correría el riesgo de perder su popularidad entre las clases inferiores, sin lograr por eso la confianza de las clases superiores? Preocupado por este peligro, irritado por la nueva guerra, que era la recompensa de su moderación, César, antes de partir, quiso reanudar la política popular y revelar con signos muy claros su intención de favorecer á las clases pobres que podían darle legionarios, electores y la fuerza invencible de una inmensa popularidad. Cuando todos creían que recompensase á Antonio é hiciese sucumbir á Dolabela, manifestó públicamente que éste gozaba de sus buenas gracias y que se sentía muy irritado contra el autor de las terribles represiones en que habían perecido 800 plebeyos: hasta llegó á adoptar parte de las proposiciones de Dolabela, no la abolición general de las deudas, pero sí el abandono durante un año de los alquileres inferiores á 2.000 sestercios en Roma y á 500 en las demás ciudades de Italia (1). Sin embargo, no quiso ser nombrado cónsul por cinco años (2) prohibió mediante un mes que se hipotecase más de una parte de la propiedad; obligó á los capitalistas á invertir parte de sus capitales en bienes raíces (3); impuso préstamos obligatorios á los particulares ricos y á las ciudades (4); también realizó algunas

(1) Plutarco, *Ant.*, 10; Dión, XLII, LI: Suetonio, *César*, 38.

(2) Es una conjetura de Zumpt, *S. R.*, 221, que me parece verosímil.

(3) Tácito, *Anales*, VI, XVI.

(4) Dión, XLII, L; Cornelio Nepote, *At.*, 7.

confiscaciones, poniendo á la venta el patrimonio de muchos ciudadanos que habían muerto en la guerra civil, y entre otros, el de Pompeyo (1). Tratábase de un desquite contra los irreconciliables y al mismo tiempo de una advertencia dada á los que dudaban y de un ardid financiero para arbitrar dinero. Antonio compró el palacio de Pompeyo con intención de no pagarlo, y puso mano inmediatamente en las colecciones artísticas, en el mobiliario y en las cuevas bien repletas. En fin, reemplazando al cónsul, César presidió las elecciones de magistrados para los años 47 y 46, es decir, hizo nombrar á las personas que le agradaban, distribuyó él mismo las propreturas, y recompensó espléndidamente á sus fieles partidarios: Vatinio y Caleno fueron los cónsules del año 47; el mismo César y M. Emilio Lépido los del año 46; en el número de los pretores figuraba Hircio; dejó en la Galia transalpina á Décimo Bruto, por quien sentía manifiesta predilección; á la Galia cisalpina envió á M. Bruto, al que quiso favorecer por Servilia; á la España ulterior envió á C. Trebonio; á la citerior, Q. Pedio, su sobrino, y Q. Fabio Máximo; á la Acaya, Servio Sulpicio Rufo, el jurista que redactó la ley contra Catilina; á Iliria, Publio Sulpicio Rufo; á Bitinia, Pansa. Asia tocó al procónsul P. Servilio Isáurico (2). Poco después de esto, cuando César encargó á Salustio de conducir las legiones de la Campania á Sicilia, prometiéndoles grandes sumas, los soldados se rebelaron nuevamente, estuvieron á punto de dar muerte á Salustio, y marcharon en masa sobre Roma, matando

---

(1) Dión, XLII, 1; Plutarco, *Ant.*, 10.

(2) Lange, *R. A.*, III, 433.

á dos senadores, saqueando y devastando cuanto encontraron en su camino. César les hizo entrar en Roma, y le costó mucho trabajo calmarlos (1). Pero tenía tanta prisa de concluir la guerra, que hacia fines de Diciembre (2) se dirigió á Sicila, llegó el 19 á Lilibea (3), se embarcó con seis legiones el 25, desembarcó el 28 en Adrumeto (4), y comenzó inmediatamente la guerra.

---

(1) Dión, XLII, 52-55.
(2) Schmidt, *B. W. C.*, 233.
(3) (César) *Bell. Afr.*, I.
(4) Idem, *Bell. Afr.*, II.

XVI

Los triunfos de César.

(AÑO 46 ANTES DE CRISTO)

Este nuevo retorno á la política popular debía de tener gravísimas consecuencias. De un lado puso término á las esperanzas de reconciliación entre César y las clases conservadoras. En el fondo, éstas tenían que haber admirado una vez más la moderación de César, que se había contentado con vender los bienes de sus enemigos muertos; pero los espíritus andaban tan revueltos é irritados, que la confiscación de los bienes de Pompeyo alzó grandes gritos, cual si se tratase de un acto monstruoso de venganza y de tiranía. El ala derecha del partido de César, tampoco se mostraba menos descontenta de la manera tan inesperada con que César había tratado á Antonio de una parte y á Dolabela de otra. Así, los meses en que César hizo la guerra en África parecieron largos y tormentosos para las altas clases de Italia. Por todas partes se mostraban preocupadisímos de las intenciones de César. ¿Qué haría éste cuando hubiese dado cuenta de la extrema resistencia de los pompeyanos? La venta de los bienes de los antiguos partidarios de Pompeyo, la ley sobre los alquileres y el favor concedido á Dolabela eran malos presagios.

Verdad es que desde el 1.° del año 46, César ya no era dictador (1), ¿pero no se haría conceder nuevos honores después de la victoria, que cada día parecía más segura? Como se ve en la primavera cambiar bruscamente el cielo y obscurecerse la tierra cuando una gran nube pasa por el sol, luego recobrar la alegre claridad y después obscurecerse de nuevo, así en el alma de Italia se sucedían esas nubes de melancolía cuyas sombras aún vemos—pasados tantos siglos—en los libros escritos durante aquellos meses por el intérprete más refinado de las ideas y sentimientos de las altas clases. Cicerón, estimulado por Bruto, con el que se relacionó cada día más estrechamente, olvidando las diferencias que tuvieron durante el proconsulado de Cilicia, volvió á coger la pluma, y á principios del año 46 se puso á componer en forma de diálogo entre Bruto, Ático y él, é imitando á Platón, la historia de la elocuencia latina, conocida con el título de *Brutus seu de claris oratoribus*. Pero la historia literaria no podía distraer su espíritu de las preocupaciones políticas; y aunque al principio del diálogo declara Ático que «no se hablará de política» (2), las alusiones y las añoranzas se advierten á cada mo-

(1) Zumpt, *S. R.*, 211, creo que tiene razón dando crédito á lo que dice Dión, XLII, 20; según él, la segunda dictadura no se concedió á César por tiempo indefinido, sino para todo el año 47. Luego no era dictador el 1.° de Enero del 46. ¿Para qué le hubiesen concedido en el mes de Abril del 46 la dictadura por diez años, si era ya dictador por tiempo indeterminado? Además, poseemos monedas del año 46 (Cohen, n. 2, 3), en que César se llama sencillamente Cons. III, y en los *Fasti Capitolini (C. I. L.*, I2, pág. 21) no se trata de ninguna dictadura ejércida por César en el 46.

(2) Cicerón, *Bruto*, III, 11.

mento. Desde las primeras páginas, el dolor que á Cicerón causa la guerra civil que recomienza le hace envidiar la suerte de Hortensio, muerto recientemente y antes de haber visto el foro desierto y mudo (1). Más adelante hace Bruto un vivo elogio del primer cónsul de la república, que había destruído la monarquía, y del que Ático, gran aficionado á la arqueología, había demostrado que Bruto descendía por la línea paterna (2). En seguida se celebra á Marcelo, el cónsul del 51, enemigo de César, que se encerró en su destierro de Mitilene, bien lejos de las «comunes y fatales miserias» (3). Pero Cicerón sólo había escrito la mitad de su libro, cuando llegaron noticias de África anunciando que la guerra había terminado el 6 de Abril con la batalla de Tapsos ganada por César, que ahora no perdonó. Fausto Sila, L. Afranio, L. Julio César, que cayeron en sus manos, fueron condenados á muerte; L. Manlio Torcuato, M. Petreyo y Escipión, fueron muertos en la batalla: sólo Labieno y Cneo Pompeyo pudieron huir á España y Catón á Útica. Las tristes previsiones del escritor estaban, pues, justificadas por los hechos: ¡las matanzas comenzaban! Lo que del partido conservador quedaba, recogíase en el silencio para llorar á sus amigos perdidos; pero los más ambiciosos de los amigos de César se aprovecharon de la victoria para que se le decretase, como ya temían las personas cuerdas, los más extraordinarios honores: la dictadura por diez años, la autoridad de censor con el nombre de *præfectura morum* (4),

(1) Cicerón, *Bruto*, I, 4; II, 6.
(2) Idem, íd., XIV, 53.
(3) Idem, íd., LXXI, 250.
(4) Dión, XLIII, XIV. Véase Mommsen, *C. I. L.*, I_2, pág. 41.

el derecho de proponer los candidatos para el tribunado y la edilidad de la plebe (1). La impresión fué desastrosa. Jamás hubiesen creído en tal audacia los más pesimistas. La dictadura decenal, singularmente, revelábase como una tiranía monstruosa y casi monárquica á las personas que la tradición había enseñado odio intenso al poder absoluto y á las magistraturas únicas, largas é irresponsables (2). Ya no había duda: esta dictadura sería seguida de un gobierno de bandería, de confiscación y de violencia. Sin embargo, era imposible oponerse á ella: la izquierda venía ostensiblemente cada vez más en el partido de César, y deseaba aumentar el poder del jefe para aumentar al mismo tiempo el suyo; y esta bandería, con sus escasos admiradores fanáticos y los numerosos aduladores del hombre que, como Sila, estaba ahora al frente de todas las tropas del imperio, se imponía al Senado, á los comicios, y hasta á los partidarios más moderados de César, que, aunque desaprobando en su conciencia lo que se hacía, no osaban oponerse francamente.

El libro de Cicerón se hizo más melancólico. En cuanto Bruto nombra á Lucio Manlio Torcuato, Cicerón le advierte que es preciso callarse. «El recuerdo de los males pasados es doloroso, y más dolorosa todavía la espera de los males futuros» (3). Y Cicerón envidia

---

(1) Dión, XLIII, XIV: los términos de Dión son poco claros en sí mismos; pero comparando los pasajes del XLIII, 45, en que se refieren los nuevos honores añadidos después de Munda, paréceme que puede inferirse con Estobio, *Die Candidati Cæsaris*, en *Fil.*, 27, pág. 94, que era ese el contenido de la ley.

(2) Dión, XLIII, XV.

(3) Cicerón, *Bruto.*, LXXVI, 206.

otra vez la suerte de Hortensio; deplora que su viaje terrestre termine en esta «noche de la república», y casi tiene lástima de Bruto, que es joven y verá un cortejo de males todavía mayores (1). El libro se ensombrece á medida que se acerca al fin; y las cartas escritas durante estos meses por Cicerón á Varrón están llenas de tristeza (2). Las preocupaciones privadàs le vejaban tanto como las desgracias públicas. Su Tulieta ya no podía vivir con Dolabela; motivos poco fáciles de conocer sirvieron de pretexto para que entre Terencia y él surgiese una de esas extrañas pendencias en que suele desencadenarse la irritación senil, de manera que Roma estaba á punto de ver divorciarse al mismo tiempo al padre y á la hija (3); ahora en que el ardor de las discusiones del foro y de las querellas políticas, en que las altas ambiciones y el placer de ser un gran personaje no ocupaban ya su pensamiento, el sentimiento de la semipobreza en que había caído y sus dificultades domésticas pesaban más sobre él y le despojaban hasta de la energía necesaria para la lucha. Sólo podía encontrar consuelo entregándose á sus amados estudios, procurando resolver los numerosos problemas de la historia romana que le presentaba Ático, gran aficionado á la arqueología, que entre uno y otro negocio, reunía

(1) Cicerón, *Bruto*, XCVI, 330 y sig.

(2) Idem, *F.*, IX, 1-7.

(3) La primera alusión á las discordias con Terencia está en la carta de Cicerón, *A.*, XI, XVI, 5, del 5 Junio del 47. En Cicerón, *F.*, IV, XIV, 3, la discordia aparece ya como irremediable. El divorcio tuvo que efectuarse á últimos del año 47 ó comienzos del 46. Véase Schmidt, *B. W. C.*, 239. Las razones de esta discordia no están claras: parece que en ella está mezclado el liberto Filótimo.

elementos para escribir los anales de Roma. Sólo tenía un consuelo en estos días tan sombríos: la estimación que le demostraban los hombres más cultos y notables del partido de César, que casi todos los días le invitaban á sus banquetes (1). Hircio hasta le pedía lecciones de elocuencia y le ofrecía buenas comidas (2) con Dolabela, que había sabido conservar la amistad del anciano, á pesar de sus desavenencias con Tulia; pues con su brío sabía hacerse perdonar su perversidad por el viejo orador, como se había hècho perdonar por César, por todos los hombres y especialmente por todas las mujeres de que era amigo (3). Debilitado por la edad y por los sufrimientos, Cicerón aceptaba las invitaciones para consolarse, aunque sintiese remordimientos de tiempo en tiempo, cuando los sucesos le recordaban la dolorosa catástrofe en que habían desaparecido tantos amigos, y entre ellos, y muy recientemente, Catón. El viejo aristócrata había terminado su vida en la obstinación inflexible en que había vivido. Encargado tras la batalla de Tapsos de defender á Útica, comprendió que toda resistencia era inútil, y no queriendo aceptar el perdón de César, una tarde, luego de haber puesto en orden sus negocios y dado un adiós á su hijo, se retiró tranquilamente á su cuarto, leyó con detenimiento el *Fedón*, y luego se hundió una espada en el pecho. Se le encontró agonizante (4).

Entretanto, César, después de haber anexionado al

(1) Cicerón, *F.*, IX, VII, 1; IX, XVI, 2.

(2) Idem, *F.*, IX, XVI, 7.

(3) Véase Cicerón, *A.*, VI, VI, 1.

(4) Plutarco, *Cat. U.*, 66 y sig.; Dión, XLIII, X y sig. Appiano, *B. C.*, II, 98 y sig.

imperio el reino de Juba y de haber percibido considerables impuestos, partió de Útica el 13 de Junio, desembarcó el 16 en Cagliari, donde permaneció hasta el día 27, y desde donde envió á Cayo Didio con algunos soldados á España para dar caza á los últimos restos del enemigo. Los vientos eran contrarios y no pudo llegar á Roma hasta el 25 de Julio (1). Apenas llegado, dirigió un discurso al pueblo y otro al Senado, en los cuales celebraba la grandeza de los países conquistados en África, su fertilidad, la abundancia de trigo que suministrarían á Roma: aseguró que su gobierno no sería tiránico y que sólo se proponía ser el jefe del pueblo (2); no aceptó inmediatamente la dictadura decenal (3), con-

---

(1) (César), *Bell. Afr.*, 98; Dión, XLIII, XIV.

(2) Dión, XLIII, XI; Plutarco, *César*, 55.

(3) Paréceme que la única manera de resolver todas las cuestiones referentes á la tercera dictadura de César, es suponer que éste no tomó posesión de la dictadura que se le concedió después de Tapsos, hasta fines del año 46, pero antes del 1.° de Enero, aunque Mommsen, *C. I. L.*, I 2, pág. 42, suponga lo contrario. Dión, XLIII, I, dice que en el 46, antes de Cristo, fué dictador y cónsul por tercera vez; pero esta afirmación decae ante los testimonios de los *Fasti Capitolini*, *C. I. L.*, I 2, 28, que nada dicen de la dictadura durante el año 46, mientras que indican, así como las monedas del 46 (Cohen, n. 34, 36; n. 15, 17), que César fué dictador por tercera vez en el 45 y por cuarta en el 44. La tercera dictadura es, pues, la del año 45. Por otra parte, hay monedas del 46 (Cohen, n. 4), en las que se llama á César dictador; y aún si se aceptan las sutiles razones porque Zumpt, *S. R.*, 215, ha creído demostrar que pueden pertenecer al año 47, resulta del pasaje de (César), *Bell. Hisp.*, 2; «dictator *tertio*, cónsul designatus *quarto*»..., que César recibió la dictadura un poco antes de terminar el año, al marchar para la guerra de España. Esto explica por qué los compiladores de los *Fasti Capitolini* no dicen nada de la dictadura del año 46.

tentándose con ser cónsul. Al contrario, aceptó los poderes electorales y la *præfectura morum.* Pero si estos discursos no eran malos, mucha gente esperaba los hechos con un malhumor anhelante, mezclado de antiguo odio, de temor y de recientes envidias, acrecentadas por los grandes honores que acababa de concedérseles. Algunos hasta esperaban una restauración de las instituciones republicanas, ahora que la paz se había restablecido: los más temían una tiranía franca, violenta y rapaz. Pero no tardaron en advertir unos y otros que se habían engañado. César no era un voluptuoso escéptico como Sila, ni un *dilettante* como Pompeyo: era un espíritu inquieto y ardiente para quien la actividad febril, las intensas emociones y el trabajo obstinado se habían convertido en otras tantas necesidades. Después de tantos años de tormentos y esfuerzos para realizar una obra memorable, al fin podía mandar un ejército, conceder las magistraturas á personas que le inspiraban confianza y disponer de grandes cantidades de dinero. ¡Cuán penoso le hubiese sido volver á la vida privada y renunciar á los grandes designios de que su espíritu estaba pletórico! Pero, aunque hubiese querido renunciar al poder supremo, no hubiese podido. César era, por decirlo así, prisionero de sus victorias. César había triunfado excitando en las muchedumbres, como Sila, la pasión más violenta y peligrosa de su época, la codicia; prometiendo á sus soldados los montes y los mares, privilegios, tierras, dinero; añadiendo las promesas de España á las de Rímini, las de Brindisi á las de España y á las de Brindisi las nuevas y mayores promesas hechas tras la derrota de Dirraquio, y todos habían tenido confianza en él, tranquilos con el maravilloso renombre de su generosidad.

Ahora necesitaba cumplir sus promesas, podía olvidar sus otras palabras empeñadas, pretendiendo que sólo eran mentiras divulgadas para captar á los tontos que les habían dado crédito; pero tenía que satisfacer á cualquier precio las promesas hechas á los treinta mil ó cuarenta mil hombres que habían desertado del enemigo para incorporárseles, y que, desde hacía tres años sólo pensaban en establecerse tranquilamente en algunas tierras donde gozarían del dinero que se les entregase. Las últimas protestas de las legiones demostraron que pretender jugar todavía con estas muchedumbres, excitadas hasta el último punto por las promesas y por la guerra civil, sería tanto como desencadenar una revolución militar en la que César hubiera sido el primero en sucumbir. En suma, como Sila, era el primer responsable de las promesas que había hecho y de las esperanzas quiméricas que había dejado concebir; menos aún que Sila, no podía dejar el poder supremo, único modo eficaz de cumplir sus promesas, antes de haber recompensado á sus partidarios y soldados. Pero los que esperaban que César pudiese deponer entonces sus poderes, se engañaban; los que esperaban las violencias de una nueva tiranía á lo Sila, se engañaban igualmente. De fijo que César estaba irritadísimo contra los restos del partido pompeyano y contra las altas clases de Roma por la actitud poco sincera que observaban desde la batalla de Farsalia, y no se recataba en manifestar su malhumor con ocasión de sus triunfos. Se celebraron cuatro y duraron cuatro días: el primero fué su triunfo sobre los galos, el segundo sobre los egipcios, el tercero sobre Farnaces, el cuarto sobre Juba. Ahora bien, en este último exhibió las armas cogidas á los ro-

manos, é hizo circular las caricaturas de sus principales enemigos, sin exceptuar á Catón. Sin embargo, si César no se curaba ya de disimular su aversión contra los grandes de Roma y su propósito de sustentarse en las clases populares, si se decidía de este modo á gobernar la república sin hacer caso de las pretensiones y de los prejuicios de las clases conservadoras, también comprendía que no le era posible hacer la décima parte de lo que había hecho Sila. Uno de los más grandes errores en que han incurrido todos los historiadores de César ha sido el creer que después de Farsalia y Tapsos, César se encontró en una situación muy fuerte, que fué el árbitro de la república y el dueño de todas las cosas. No había, como Sila, salvado de la ruína al imperio y á toda una clase de ciudadanos; simplemente había sido el vencedor en una guerra civil, que en un país que deseaba la paz, había nacido de la rivalidad entre dos clientelas políticas; y no disponía de un prestigio de terror y de gloria que pudiera compararse al de Sila, ni de un ejército cuya fidelidad no fuese dudosa, ni de un partido en el que brillase la unión y el acuerdo. Al contrario, la discordia se insinuaba en sus filas y el bloque de su partido mostraba cada día nuevas fisuras. Hasta el mismo Antonio, á quien César quería obligar á que pagase los bienes de Pompeyo comprados en pública subasta, llenaba á Roma de invectivas y amenazas contra él; llegábase á decir que había intentado armar á un sicario (1). En suma, la conquista de la Galia no había bastado á darle un prestigio suficiente para compensar las responsabilidades

(1) Cicerón, *Fil.*, II, XXIX, 72,

extraordinarias que había asumido. Cuanto á sus victorias sucesivas, las había obtenido en las guerras civiles, y antes convenía olvidarlas que celebrarlas. César comprendía muy bien que, para ser verdaderamente árbitro de la república tenía que conquistar una nueva gloria, más grande y pura, prestando servicios á Italia; que todos los trabajos que se había impuesto hasta entonces, sólo eran la preparación de su gran historia que sólo iba á comenzar, el medio con que se había puesto en situación de adquirir un lugar superior en la república consumando grandes empresas. En efecto, ahora que la guerra civil había terminado, pensaba fundar un gobierno sólido, bienhechor, glorioso, cuyo programa consideraba en estos tres puntos esenciales: gran generosidad con el bajo pueblo; reformas administrativas para reorganizar los servicios públicos descuidados desde mucho antes y para satisfacer las legítimas demandas de la nación; en fin, en lo exterior, grandes empresas militares. En suma, tratábase de un nuevo retorno á la gran política cesarista del 56; y apenas vuelto á Roma, comenzó su obra con extraordinaria actividad, ayudado de algunos amigos y libertos. Con los seiscientos millones de sestercios y las grandes cantidades de metales preciosos (1) llevados de África, pagó á cada ciudadano los trescientos sestercios que había prometido en el 49, los veinticuatro mil prometidos á cada soldado, el doble de esta suma prometido á los centuriones, y el cuádruple á los tribunos (2); dió un gran

(1) Veleyo, II, 56; Appiano, *B. C.*, II, 102.

(2) Suetonio, *César*, 38; Appiano, *B. C.*, II, 102; Dión, XLIII, XXI. (Hay ligeras variantes á propósito de las cifras).

banquete público; hizo una distribución gratuita de trigo y aceite (1). Usando de la *potestas censoria* ó proponiendo leyes á los comicios, realizó una serie de reformas llenas de espíritu conservador: reformó los tribunales dándoles una organización más aristocrática (2); modificó las leyes penales aumentando los castigos contra los delitos (3); disolvió las asociaciones criminales, los *collegia* de obreros organizados por Clodio, de los que tanto se había servido él mismo en su lucha contra el partido conservador (4); redujo el número de los que, beneficiándose de la ley de Clodio, tenían parte en las distribuciones del trigo (5); publicó una ley suntuaria que moderaba el lujo de las perlas, de las literas, de la púrpura (6); quiso atajar la emigración de los jóvenes que hacían tan difícil la recluta del ejército de Italia (7), adoptó disposiciones para que se ejecutase mejor su ley agraria, que se había aplicado penosamente hasta entonces, organizando colonias en Campania, en los alrededores de Calacia y de Casilino (8); adoptó otras disposiciones para acuñar una mo-

---

(1) Dión, XLIII, xxi, distingue las fiestas de los triunfos de las que se celebraron algo más tarde para inaugurar el templo de Venus Génitrix, y que otros historiadores de la antigüedad han confundido con las primeras.

(2) Dión, XLIII, xxv; Suetonio, *César*, 41.

(3) Suetonio, *César*, 42.

(4) Idem, íd., 42.

(5) Dión, XLIII, xxi.

(6) Suetonio, *César*, 43; Dión, XLIII, xxv.

(7) Idem, *César*, 42.

(8) Zumpt, *C. E.*, I, 300, creo que supone con razón, que las donaciones de tierra en Italia, durante el 45 y el 44 se hicieron conforme á la *lex Julia* del 59.

neda de oro, el *aureus;* llamó á Roma astrónomos egipcios para rectificar el calendario (1); procuró poner orden en la Hacienda de la república, restableciendo las aduanas, declarando propiedad del Estado y arrendando las canteras de jaspe de Creta, que muchos explotaban sin estar autorizados para ello (2); se puso á elaborar la famosa *lex Julia municipalis* de la que hablaremos con frecuencia más adelante, y que debía reorganizar la constitución administrativa de las ciudades italianas (3). También meditaba grandes cosas: adoptaría la idea misma de Cayo Graco; restablecería los centros de civilización destruídos ó quebrantados por la expansión y las conquistas de Roma; reedificaría á Cartago y á Corinto; enviaría colonias á la Galia narbonesa, á Lampsaco, al Epiro, á Sinope, á Heráclea y á las orillas del mar Negro, que aún se resentían de la brutalidad de los soldados y generales de Lúculo; en fin, recomenzaría la empresa en que había fracasado Craso y realizaría la conquista de Persia. Los azares de la política le habían arrastrado, á pesar suyo, hacia el Norte de Europa y á la Galia; pero en cuanto se vió en libertad de escoger, se volvió hacia el Oriente donde puso sus primeras miradas y que le atraía como había atraído á todos sus contemporáneos, con el pensamiento obsesionante para

(1) Dión, XLIII, xxvi; Plutarco, *César*, 59.

(2) Suetonio, *César*, 43; *Dig.*, XXXIX, iv, 15.

(3) No existe acuerdo sobre la publicación de la *Lex Julia municipalis*. Savigny cree que se publicó en el 45; Mommsen, *C. I. L.*, 123, también en el 45 y hacia fines del año; Lange, *R. A.*, III, 440, cree que fué en el 46; Nissen, en el *Rh. Museum*, 45, pág. 100, cree igualmente que fué en el 46, entre Mayo y Septiembre. La opinión de Mommsen me parece más verosímil.

todos de repetir las hazañas de Alejandro Magno. La Galia sólo era un pobre país frío y bárbaro, mientras que el gran camino del porvenir estaba en Asia, en ese Oriente rico y civilizado donde el conquistador macedónico había dirigido ya sus pasos.

Varias de sus reformas agradaron mucho á los conservadores y les consolaron algo del dolor que habían experimentado viendo pasear en el cuarto triunfo la caricatura de Catón, que se había convertido en una especie de héroe para las clases superiores de Italia. Cicerón, que había escrito su elogio y que en seguida se puso á componer el *Orator* (1), preguntábase á veces si César no iba á restaurar el gobierno republicano; vigilaba todos sus actos, interrogaba á los íntimos, esperaba un día, se desesperaba otro. Su esperanza fué firmísima hasta mediados de Septiembre, al extremo de no pensar ya en lo que para él era el duelo de la república, y decidirse á romper el silencio que hasta entonces había observado en el Senado para solicitar en un discurso, lleno de elogios para César, el perdón de Marcelo; en este discurso hasta aludió á la restauración de un gobierno civil (2). Pero, cuando hacia fines de Septiembre, consagró César un templo á Venus Génitrix, Cicerón y la gente se escandalizaron viendo en él la estatua de Cleopatra esculpida por Arquesilao, uno de los más ilustres escultores de Roma (3). Indignáronse todos y las fiestas populares celebradas con este motivo aumentaron la irritación. Fueron más grandiosas

---

(1) Schmidt, *B. W. C.*, 255.
(2) Cicerón, *F.*, IV, 4; Cic., *pro Marc.*, IX, 27.
(3) Appiano, *B. C.*, II, 102.

que las celebradas con motivo del triunfo: hubo caza de fieras, combates de gladiadores, representaciones en todos los barrios, dadas en todas las lenguas para que toda la plebe cosmopolita pudiera divertirse: ¡hasta se celebró una naumaquia en un lago artificial! César, pues, quería corromper al pueblo, como deseaba rebajar al Senado, escogiendo á los senadores entre gentes obscuras y aún entre los arúspices profesionales (1). Estas elecciones desagradaron mucho, así como el retraso inexplicable que César ponía en convocar los comicios; y no tardaron en multiplicarse los incidentes desagradables. Así, un día recibió Cicerón las gracias de ciertos príncipes de Oriente por un senato-consulto que había hecho aprobar por el Senado, cuando ni siquiera conocía la existencia de estos personajes (2). La actividad de César resultaba una prisa impaciente: así como había obligado á Arquesilao á exponer en el templo de Venus Génitrix la estatua inacabada para celebrar la inauguración (3), también solía precipitar las deliberaciones con procedimientos arbitrarios que irritaban á mucha gente. Tampoco satisficieron los nombramientos de gobernadores para el año 45: excepto alguno, todos eran antiguos amigos de César (4), entre los cuales los había detestados por los conservadores, Vatinio, por ejemplo, y Salustio, que después de Tapsos fué nombrado propretor de Numidia, y aún se le concedía un año para que pudiese reparar su fortuna, disipada en Roma con las mujeres.

(1) Cicerón, *F.*, VI, XVIII, 1.
(2) Idem, *F.*, IX, XV, 4.
(3) Overbeck, *G. G. P.*, II, 482.
(4) Lange, *R. A.*, III, 448.

La situación resultaba cada vez más difícil. Las emociones, la extraordinaria tensión nerviosa de los últimos años, la exaltación del triunfo, la ilusión de la fuerza que nacía en él de la fatiga misma, incitaban á César á asumir una carga de responsabilidades como nadie, ni él siquiera, era capaz de resistir. También aquí se engañan los historiadores al decir que César, habiendo sabido crearse un instrumento de dominación tan maravilloso como su ejército, estaba ya á punto de dominar y de reorganizar el imperio. César había podido vencer con su ejército al partido conservador y destruir el gobierno legal; pero con su ejército sólo podía sustituir ese gobierno de un modo muy insuficiente. El vacío se hacía á su alrededor; la nobleza, aun la nobleza que se rehizo después de Farsalia, y que conservaba en el fondo de su corazón todos los rencores, se retraía y sólo con dificultad aceptaba las magistraturas; en su mismo partido, toda el ala derecha se entibiaba y alejaba de él. Sólo la pequeña bandería ambiciosa y enérgica de sus partidarios de baja estofa se agrupaba en torno del dictador, pero para monopolizar sus mercedes y alejar á los competidores peligrosos. ¡El fiel Opio, el hábil Balbo, el intrigante Faberio, el alegre Dolabela, Vatinio, Caleno, Décimo Bruto, al que prefería entre todos, que le había salvado en España y que desde hacía dos años gobernaba la Galia transalpina, donde reprimió un nuevo alzamiento de los belovacos, eran ahora sus más importantes colaboradores en una obra tan gigantesca como la reorganización del imperio, que hubiese exigido tan considerable número de talentos y de energías! El mismo Antonio había caído en súbita desgracia y vivía obscuramente con Fulvia, la viuda de

Clodio y de Curión, con quien se había casado. Á César ya no le quedaba tiempo ni deseo de buscar en la muchedumbre, como había hecho hasta entonces con gran éxito, á los hombres desconocidos que hubieran podido servirle, y en este círculo estrecho y cerrado habían entrado pocos hombres nuevos: los hijos de sus dos sobrinos, Quinto Pedio y Cayo Octavio, y la familia de Servilia. Su hijo Bruto, sus dos yernos Cayo Casio y Lépido formaban en el partido de César un grupito aristocrático bastante considerado por César, que sólo intimaba verdaderamente con Lépido (1). Cuanto á Cayo Octavio, era un joven de diecisiete años, inteligentísimo, que, después de morir su padre y casarse por segunda vez su madre con Lucio Marco Filipo, se había criado en casa de su abuela, hermana de César; éste le había tomado desde hacía algún tiempo bajo su protección; vigilaba su educación; le daba á conocer al pueblo con distinciones honoríficas; quizás le escogió él mismo—además de los maestros que ya tenía—dos nuevos preceptores, Atenodoro de Tarso y Dídimo Areo. Este último pertenecía á la escuela neo-pitagórica, que ya hemos visto esforzarse por difundir en el mundo romano una hermosa moral de austeridad (2). Pero este joven poseía una salud delicada; hasta se encon-

---

(1) Se ha exagerado el afecto y la intimidad de César y de Bruto. Téngase en cuenta que desde Farsalia hasta que César volvió de España sólo se vieron algún tiempo en Oriente, el año 47; luego fué César á África y Bruto permaneció todo el año 46 gobernando la Galia cisalpina; cuando Bruto regresó á Roma, César había marchado ya á España. Véase Bynum, *B.*, 29 y 39.

(2) Suetonio, *Aug.*, 89. Véase Weichert, *Commentatio de imp. Cæs. scriptis eorumque reliquiis*, Grimæ, 1835, págs. 27 y sig.

traba ahora postrado víctima de una grave enfermedad que preocupaba bastante á César. En suma, faltábanle los colaboradores inteligentes, enérgicos, fieles, que le hubiesen ayudado á ejecutar sus grandes proyectos; y la idea de que un solo hombre, por inteligente y enérgico que fuese, ayudado por algunos amigos y libertos recogidos al azar en los caminos de la fortuna durante doce años de guerras y aventuras, pudiera atajar en el vasto imperio el desorden derivado de una larga descomposición y recomposición sociales, era quimérico. Fácil le había sido triunfar con un ejército del partido conservador y de las altas clases degeneradas de Italia; pero resultaba imposible para un hombre el poner fin con leyes á los espantosos antagonismos de esta sociedad ávida, violenta y orgullosa. Las dificultades renacían sin cesar suscitadas por la impaciencia misma que César ponía en triunfar de ellas; y la irritación, la fatiga, las decepciones de este enorme trabajo obscurecían el sentido de la oportunidad y de la realidad que durante mucho tiempo había sido tan lúcido en él. Como si fuese consciente de su situación, él mismo decía en ocasiones que ya había vivido demasiado (1); sus íntimos, Balbo y Opio, hacía algún tiempo que observaban algo raro en él, y que cualquier consejo, aunque fuese discreto, sobre la oportunidad de que se aliviase de una parte de su poder, le enervaba cada vez más; hasta se le había visto irritado por la obra en que Cicerón hacía el elogio de Catón, hasta el punto de querer escribir una respuesta y de encargar á Hircio que hiciese otro tanto. En cambio no quería que se le acusase de violar

(1) Cicerón, *pro Marc.*, VIII 25.

la constitución, de subvertir la tradición, de obrar contra el espíritu, sino contra los términos de las leyes porque había conquistado el poder. Por esta época componía sus comentarios sobre la guerra civil, en los que se esforzaba por demostrar que había observado escrupulosamente la constitución, y que era el partido enemigo y no él quien había atentado contra los bienes y los derechos de los ciudadanos. Pero á cada mes que pasaba de este larguísimo año—durante el cual tantas cosas podían consumarse, pues los astrónomos que reformaban el calendario le habían concedido quince meses y cuatrocientos cuarenta y cinco días—los hechos cada vez respondían menos á las intenciones y á las palabras. Y hacia fines del año, César cometió una grave falta concediendo hospitalidad en su casa á Cleopatra, que había llegado á Roma con gran séquito de esclavos y de ministros. El escándalo fué enorme en Roma y en Italia (1). Todos sabían que la sensualidad se había sobreexcitado desde algún tiempo en César; sentía extravagantes deseos de reales amores, y que durante la guerra de África se había distraído con Eunoé, mujer de Bogud, rey de Mauritania, y que le había hecho inmensos presentes. Pero este adulterio en presencia de la misma Roma, indignó al público ya descontento y dispuesto á criticarle todo. La gente se puso á compadecerse de Calpurnia, casada en el 59 á consecuencia de una intriga política, abandonada pronto por su vagabundo marido y obligada ahora á hospedar en su casa á la amante; cual si fuera este un crimen espe-

---

(1) Apropósito del daño que hicieron á César sus relaciones con Cleopatra, véase á Dión, XLIII, XXXVII; Suetonio, *César*, 52.

cial de César y no la suerte lamentable reservada á todas las mujeres de la alta sociedad que no eran ligeras, viciosas y disolutas. Las mujeres honradas como Tulieta, como Cornelia, viuda de Publio Craso y de Pompeyo, como tantas otras que han quedado ignoradas, ¿no estaban destinadas siempre á ser sacrificadas por los padres á sus ambiciones políticas? ¿Á ser casadas, abandonadas, vueltas á casar de uno á otro año, sin tener en cuenta la edad ni la significación del esposo? ¿Á cambiar de casa, de criados, de sociedad, según las vicisitudes de la política? ¿Á ver que frecuentemente le rechazaban hasta el consuelo de la maternidad, á encontrar en casa del marido hijastros de más edad que ellas? ¿Á verse preteridas por hetairas y libertas? Era este un mal de los tiempos, uno de esos numerosos desórdenes lamentables é inevitables determinados por el gran cambio de civilización que estaba á punto de realizarse, y al cual también rendía la mujer su tributo de dolor. Pero la gente acusó ahora á César particularmente del vicio universal, y se indignó de que el dictador hiciese así alarde de su libertinaje.

XVII

El postrer ensueño de César: La conquista de Persia.

El descontento aumentaba en las altas clases, cuya indisciplina y orgullo hacía refractarios á todos los gobiernos, y cuya irritación aún se exacerbaba con los recuerdos de la guerra civil, con las tristezas causadas por la pérdida de los padres y amigos, por los intereses vejados. Á consecuencia de la confiscación de los bienes de los vencidos, unos veían frustradas sus esperanzas en las herencias que esperaban; otros habían perdido las cantidades depositadas en los templos de Italia y Oriente: la escasez del dinero y la dificultad del crédito perjudicaba á mucha gente. César ponía gran empeño por demostrar en sus *Comentarios* de la guerra civil que no era él, sino Pompeyo, quien se había apoderado de los depósitos particulares, y, al contrario, que gracias á él se habían salvado los tesoros del augusto templo de Diana en Efeso (1): Pompeyo había muerto, y todos descargaban su malhumor sobre el vivo.

Hubiérase necesitado un hombre dotado de una paciencia y habilidad incansables, de una calma y discre-

---

(1) César, *B. C.*, III, 31-33.

ción casi sobrehumanas para gobernar entre tanto orgullo, descontento, rencor, ambición é interés opuesto. Al contrario, no sólo el poder, la adulación y la fatiga misma hacían más ardientes en César su sed de gloria, su ambición de igualar á Alejandro en inmensas hazañas; pero también la fuerza de las cosas le inducía á sacudir las cadenas de la legalidad, á desear poderes cada vez más amplios. Había á su alrededor demasiados apetitos impacientes, demasiadas esperanzas quiméricas de imposibles concursos. La miseria había aumentado en Italia de una manera horrorosa: buena parte de la clase media y del bajo pueblo estaban reducidos á la desesperación por la crisis interminable; muchos esclavos orientales, artistas ó artesanos, eran emancipados por sus patronos menos ricos, que no pudiendo utilizar su trabajo durante la crisis, carecían de medios para sustentarlos. Hubo necesidad de reducir el número de los que participaban en las distribuciones del trigo, y esto aumentó el sufrimiento. Las calamidades terribles parecían inevitables, si no se encontraban nuevos recursos; y estos recursos sólo podían llegar de la conquista de Persia, de este inmenso imperio, de sus fabulosos tesoros. En la conquista de Persia estaba la salud. ¡Qué de cosas maravillosas podría hacer César cuando la guerra contra los partos le hubiese provisto de los capitales necesarios! Pero ¿podría conducir á buen término una empresa tan difícil, si respetaba los prejuicios, los terrores, los intereses de los senadores celosos y malévolos, que sólo se ocupaban por el momento en escribir ó leer con maligno placer elogios ridículos de Catón? El mismo Bruto componía uno. También es probable que Cleopatra, esa mujer singular que ha desem-

peñado un papel tan extraño en la caída de la gran república, y que entonces pensaba inducir á César á casarse con ella, contribuía á despertar en él con la seducción, con las palabras y el ejemplo, las ambiciones monárquicas. ¿No había llegado á Roma con el niño que acababa de tener, y al que llamaba hijo de César, para ser autorizada por éste para darle su nombre; y al dejar á Roma no había obtenido esa significativa autorización juntamente con presentes y privilegios? (1). Además, cualesquiera que fuesen en este momento las verdaderas ambiciones de César, su realización dependía de su éxito en la guerra de Persia. Esta guerra era, pues, el pensamiento dominante de César, y se aplicaba con toda su energía á prepararla. Desgraciadamente, en la segunda mitad del 46, sucesos gravísimos le obligaron á diferirla otra vez. Cneo Pompeyo y Labieno se aprovechaban en España de la popularidad del nombre de Pompeyo, del descontento provocado por los abusos de los gobernadores nombrados por César, y de la irritación de varias legiones, para reclutar un ejército y conquistar gran parte de la península. Sin embargo, César no consideró al principio que el peligro fuese grande, y dejó la guerra al cuidado de sus generales; pero como éstos no lograsen triunfar, concluyeron por escribir á César que acudiese en persona. La noticia de los éxitos de Cneo Pompeyo no tardaron en aumentar la inquietud del espíritu público, que ya era grande; y César se dió cuenta de que no podría partir para Oriente dejando un ejército victorioso en España. ¿Es que no acabaría nunca con las guerras civiles? Esta

(1) Suetonio, *César*, 52.

nueva expedición, en tal momento, no podía dejar de irritarle hasta el extremo. Obligábale á abandonar las reformas medio realizadas y á diferir la guerra de Persia: esa guerra aumentaba las dificultades ya grandes en que se encontraba, revelándole que la paz no era definitiva.

Irritado por la guerra de España, decidido á concluir pronto, resuelto á intimidar á sus adversarios con un golpe de fuerza, César reasumió hacia fines de año y de una manera casi manifiesta todos los poderes supremos del Estado. Tomó la dictadura, escogíendo como *magister equitum*, no ya Antonio, que aún estaba en desgracia, sino al fiel Lépido, que había sido nombrado gobernador de la España interior, de la Galia narbonesa, y que, con general asombro, fué autorizado para administrar sus provincias por medio de legados (1). También quiso ser nombrado cónsul sin colega para el año 45 (2), y defirió para más adelante las elecciones de los otros magistrados. Dictador y cónsul sin colega, ¿no sería casi un tirano absoluto? Estas medidas causaron una impresión desastrosa; el abismo de desconfianza que le separaba de las clases superiores todavía se ensanchó más; temores quiméricos se añadieron para confirmar el temor ya existente de si el poder absoluto no significaba una revolución social. Súbitamente circuló el rumor de que César había hecho empezar en diferentes partes de Italia la medición de los terrenos para proceder á una confiscación y reparto entre sus soldados, análogo al hecho por Sila (3). Durante un momen-

---

(1) Appiano, *B. C.*, II, 107.

(2) Dión, XLIII, XXXIII; *C. I. L.*, I 2, pág. 28.

(3) Véase Cicerón, *F.*, IX, XVII.

to, la alarma fué grande; pero no tardó en saberse que estos temores eran exagerados, pues César no había hecho más que reemplazar por otra nueva á la antigua comisión encargada por la ley agraria del 59 de buscar en Italia y en la Cisalpina lo que quedaba del dominio público y de los terrenos que podrían comprarse á los particulares (1). Sencillamente quiso activar la aplicación de la antigua ley agraria para realizar las promesas hechas á sus soldados durante la guerra civil. Los espíritus se tranquilizaron un poco; pero no tardaron en irritarlos nuevos incidentes. César se marchó á España sin reunir los comicios (2), y todos confiaban en Roma que durante su viaje proveería de una manera legal á las magistraturas. En lugar de esto, hubo otra sorpresa hacia fines de año: César nombró ocho *præfecti urbi*, á quienes confió todas las funciones de los pretores y algunas de las pertenecientes á los cuestores, como la administración del Tesoro (3). Así formó de improviso lo que hoy llamaríamos un gobierno de gabinete, en el cual ya no significaban nada el pueblo y el Senado. Al mismo tiempo escribió durante su viaje un libro contra Catón, procurando refutar la ideología republicana que parecía querer retoñar.

Este último cambio de César irritó hasta el último extremo á las altas clases de Italia, y aún al ala dere-

---

(1) Véase Dión. XLII, LIV; Appiano, *B. C.*, II, 94; Cicerón, *F.*, XIII, III; XIII, V; XIII, VIII. (Son otras tantas recomendaciones para tierras que eran ó podían ser consideradas como públicas).

(2) Cicerón, *A.*, XII, VIII.

(3) Suetonio, *César*, 76; Dión, XLIII, XXVIII y XLVIII; Cicerón *F.*, VI, VIII, I; Schmidt, *B. W. C.*, 263.

cha de su partido (1). Se desbordó el oleaje de las recriminaciones y de las acusaciones: se le acusó severamente de consentir que llevase su nombre el hijo de Cleopatra (2); la creación de los ocho *præfecti urbi* pareció una de las medidas más arbitrarias que nunca se habían visto; se comenzó á decir—acusación terrible, que había sido fatal á tantos romanos ilustres— que aspiraba á ser monarca. También se dijo que Marcelo, el cónsul del 51, á quien César concedió su perdón, había sido asesinado misteriosamente en Atenas, mientras volvía á Roma. Pronto se acusó á César de haberle hecho matar traidoramente por espíritu de venganza, mientras que en público simulaba perdonarle. Habiendo aparecido el libro contra Catón, todo fueron protestas indignadas y se trató á César de calumniador. Entre los grandes, sólo Cicerón, halagado por los muchos elogios que en el libro recibía, le envió por conducto de Balbo y Dolabela una carta de calurosa felicitación; pero no se atrevió á que la leyera Ático (3). La comisión agraria también causaba con sus trabajos no pocas inquietudes á bastante gente. Su actividad despertaba en el bajo pueblo esperanzas, ilusiones y deseos que podían ser peligrosos algún día á todo el mundo; las informaciones hechas para determinar cuáles eran las tierras públicas preocupaban á muchos, pues si no se hacían con espíritu de absoluta justicia, podían cau-

---

(1) Nos lo demuestra lo que á propósito de Trebonio nos dice Plutarco, *Ant.*, 13. Véase Cicerón, *Fil.*, II, XIV, 34. Véase también la alusión á los pronósticos desfavorables de Antonio, Cicerón, *F.*, VI, II, 2.

(2) Suetonio, *César*, 52.

(3) Cicerón, *A.*, XIII, L, 1; XIII, LI, 1.

sar numerosos perjuicios. Así, los comisarios se veían abrumados de recomendaciones y súplicas por los propietarios, por sus amigos y por sus parientes (1). En fin, la situación no era nada tranquilizadora en Roma, mientras César luchaba en España. Inquietos, Balbo y Opio escribían á César carta sobre carta; y, esperando con impaciencia su regreso, procuraban calmar con amables atenciones á los hombres más eminentes, y en especial á Cicerón, sobre el cuál empezaba á caer la sombra de una vejez llena de tristezas y amarguras. Para poner orden en sus negocios, cada vez más comprometidos, volvió á casarse hacia fines del año 46 con Publia, jovencita de catorce años (2), que le aportó una buena dote. Pero á comienzos del año 45, recibió gran duelo; Tulia murió de sobreparto, después de divorciada (3). El anciano, muy afligido, buscó consuelo en las trabajos filosóficos, y se puso á realizar un designio acariciado mucho tiempo, y del que las vicisitudes políticas le habían distraído siempre: quería resumir la filosofía griega en una serie de diálogos semejantes á los de Platón, y en los que conversarían juntos todos los grandes personajes romanos de las últimas generaciones, desde el viejo Catón hasta Lúculo y Varrón. Con su gran genio literario, Cicerón podía haber creado con este magnífico asunto una obra maestra y fijar para la eternidad en la vida tranquila é íntima del diálogo filosófico estas grandes figuras que la historia sólo nos muestra en las guerras y en las luchas políticas.

---

(1) Cicerón, *F.*, XIII, IV; XIII, V; XIII, VII; XIII, VIII.
(2) Schmidt, *B. W. C.*, 268.
(3) Idem, íd., 271.

Pero hubiese necesitado poder trabajar con holgura y con tranquilidad. ¡En lugar de esto, qué de trastornos y de molestias! Tenía que reclamar continuamente á Dolobela la restitución por fragmentos de la dote de Tulia; tenía que buscar dinero para erigir á su hija un suntuoso mausoleo. En fin, cuáles fuesen en puridad las intenciones de César era para él un angustioso enigma. Sobre esto escribía constantemente á Bruto, que había vuelto poco antes del gobierno de la Galia cisalpina; leía y releía sin cesar los grandes tratados de política escritos en griego; sobre todo, leía las cartas que Aristóteles y otros sabios griegos habían escrito á Alejandro Magno, para inducirle á gobernar como monarca los pueblos de Asia, pero á persistir como el primero de los ciudadanos entre los griegos, entre esta noble raza que siempre había vivido y sólo podía vivir en un régimen de libertad (1). La carta de Aristóteles hasta sugirió á Cicerón la idea de escribir otra semejante á César; y, en efecto, compuso un hermoso folleto que envió á Ático (2). Pero el prudente banquero le dió el consejo de que la leyesen antes Opio y Balbo, los cuales disuadieron á Cicerón de que la enviase á César (3). Fué una decepción para el autor, y para las clases cultas un motivo de nuevas sospechas. Afortunadamente, en medio de estas tormentas, un tal Cluvio, ferviente admirador de Cicerón, le dejó al morir una hermosa herencia que disminuyó la mala situación en que vivía. Pero Cicerón,

(1) Cicerón, *A.*, XIII, XXVIII.

(2) Idem, íd., XII, LI; XIII, II; XIII, XXVI, 2; XIII, XXVII, 1.

(3) Idem, íd., XIII, XXVII, 1. *Isti* son Opio y Balbo, como lo demuestra otro pasaje de Cicerón, *A.*, XIII, II, 1.

como todo el mundo, era víctima de un agudo estado nervioso, y las noticias que llegaron de España á principios del año 45 no hicieron más que aumentar la inquietud y el malestar de los espíritus. Mientras meditaba la conquista de Persia, César había preparado tan mal la guerra en España, que desde el comienzo padecieron hambre sus soldados (1)—como había ocurrido durante la guerra contra Vercingetórix, durante la primera campaña de España y durante la campaña del Epiro. Un suceso inesperado y extraño vino á distraer durante algún tiempo de la guerra de España la atención de la alta sociedad romana. Bruto repudió á la hija de Apio Claudio y se casó con Porcia, hija de Catón y viuda de M. Bíbulo (2), el antiguo colega de César en el consulado, el almirante muerto durante la guerra del Epiro. Noble de alto linaje, amante apasionado del arte, de la literatura y de la filosofía, Bruto era uno de esos privilegiados de la fortuna, que llegó á ser admirado de todos sin haber hecho nada. Dotado de ciertas virtudes bastante raras en la alta sociedad, tales como la sobriedad, la castidad, el dominio de sí mismo, el desdén de las ambiciones vulgares, no sólo había sabido hacerse perdonar sus pequeñas faltas, como la de la usura que había practicado en Cilicia, pero también hacerse admirar de todos, hasta de César, como un prodigio de voluntad y de energía (3). Por eso

(1) Dión, XLIII, XXXII.

(2) Las objeciones de Mommsen sobre el parentesco de Porcia, *Hermes*, XV, págs. 99 y sig., me parecen suficientemente refutadas por Bynum, *B.*, 33.

(3) Plutarco, *Bruto*, 6; Cicerón, *A.*, XIV, I, 2.

se le ofrecía espontáneamente lo que los demás sólo podían obtener gracias á muchos esfuerzos, y triunfaba en lo que resultaba imposible para los demás. Había combatido por Pompeyo, y sin embargo, César le colmó de honores en consideración á Servilia; habíase convertido en uno de los miembros más importantes del partido cesarista aristocrático, y esto no le impidió que Cicerón y los más eminentes pompeyanos siguiesen siendo grandes amigos suyos. ¡Y he aquí que ahora anunciaba su casamiento con esta linda viuda, cuyo padre y cuyo primer marido habían sido de los más hoscos enemigos del dictador! Roma entera se preguntaba el significado de este enlace. ¿Era Bruto contrario al nuevo gobierno de César? ¿Quería éste reconciliarse con sus antiguos adversarios? Temiendo que este matrimonio enajenase á su hijo la gracia del dictador, Servilia procuró impedirlo; Cicerón se abstuvo prudentemente; pero todo fué en vano. Sin duda se trataba de una antigua simpatía entre primos, que se había reavivado después de largos años, y el matrimonio se efectuó. Sin embargo, Bruto no tenía propósito de romper con César, y con el fin tal vez de hacerse perdonar su enlace, escribió una defensa del dictador, que era una réplica á los que le acusaban de haber mandado asesinar á Marcelo.

César también remató ahora con una victoria la guerra de España; pero después de haber pasado por dificultades y peligros que no se habían sospechado. Él mismo cayó enfermo varias veces: condujo las operaciones con tanto descuido, que en Munda, el 17 de Marzo del año 45, faltó poco para que fuese derrotado y hecho prisionero. Así, la victoria no fué tan ruidosa

como las otras, pues no había logrado destruir á todos sus enemigos; y si Cneo Pompeyo y Labieno perecieron, Sexto Pompeyo consiguió huir más hacia el Norte. Pero el joven Sexto no parecía ser un adversario temible, y encargando á sus generales que le persiguiesen, César se dispuso á regresar á Italia, donde la noticia de la batalla de Munda y de su vuelta produjo viva emoción. El momento decisivo se acercaba. La guera civil había terminado definitivamente; las altas clases juzgaban consecuentemente que ya no había pretexto ni razón para prolongar la dictadura. Iban, pues, á saber si César quería dominar á su patria como un tirano, ó devolverle su libertad. Desgraciadamente, la izquierda cesarista se aprovechó en seguida de la victoria para proponer nuevos honores, que se aprobaron al punto. César ostentaría el título de *imperator* como dignidad hereditaria; sería cónsul por diez años; también tendría el derecho de proponer los cantidatos para la edilidad y el tribunado (1). Al mismo tiempo, para agradar á César é impresionar al público, Balbo y Opio invitaron á todos los personajes influyentes de Roma para salir á su encuentro, rendirle honores y acompañarle con gran pompa á Roma. Era, pues, evidente—al menos de que sus partidarios no fuesen más allá de sus intenciones—que César aspiraba al poder supremo y absoluto. Se discutía, se dudaba, se confiaba, esperando con impaciencia la vuelta de César, que tardaba en llegar. Primero demoró su estancia en España organizando colonias romanas en varias ciudades, como Híspalis (Sevi-

(1) Dión, XLIII, XLIV-XLV.

lla) (1), Cartagena (2), Tarragona (3), confiscando parte de su territorio y dándolo á cierto número de soldados que licenció. Luego se detuvo en la Narbonesa, donde dejó á uno de sus amigos que le había prestado grandes servicios durante la guerra de Alejandría, Cayo Claudio Nerón, encargándole de distribuir tierras á los veteranos de la décima legión en los alrededores de Narbona, y á los de la sexta en el territorio de Arlés (4). Sin embargo, aún antes de volver á Italia, César se encontró en medio de la sorda lucha de tendencias que agitaba á la sociedad romana; pues los conservadores, los cesaristas moderados, los cesaristas radicales se dirigieron por interés, por adulación, por impaciencia á la invitación de Opio y de Balbo y llegaban cada día para engrosar el cortejo que le acompañaba. El mismo Antonio, cansado de la pobreza y de la obscuridad en que vivía condenado, salió de Roma dispuesto á buscar el medio de ser perdonado (5). Trebonio también se puso en camino para ir á su encuentro; pero estaba tan irritado con la nueva política, que se preguntaba si no sería preferible suprimir á César de una puñalada (6). En fin, Bruto, de acuerdo con Cicerón, que

(1) Isidoro, XV, 1, 71; Estrabón, III, II, 1. Sobre la probable corrección de este texto de Estrabón, véase *C. I. L.*, II, pág. 152.

(2) *C. I. L.*, II, 462.

(3) *C. I. L.*, II, 538.

(4) Suetonio. *Tib.*, 4.—Kromayer, *Hermes*, XXXI, págs. 10 y siguientes, me parece haber demostrado que sólo estas dos colonias llamadas *Julia paterna* fueron fundadas por César con veteranos, después de la segunda guerra de España.

(5) Plutarco, *Ant.*, 13.

(6) Idem, íd., 13; Cicerón, *Fil.*, II, XIV, 34.

estaba impaciente de saber á qué atenerse, fué en busca de César á la Galia cisalpina, para inquirir sus intenciones, y quizás para saber también si habia juzgado mal su casamiento. Pero á Bruto se le permitía todo: fué bien acogido; recibió elogios por el celo que había desplegado el año precedente en su administración, y, contento de esta acogida, todo le pareció que iba bien: escribió á Cicerón que eran vanas sus aprensiones, y que César aspiraba á restablecer un gobierno aristocrático, según el deseo de los conservadores (1).

En realidad, impresionado César por el descontento público y la discordia de sus partidarios, pareció por un momento querer dar satisfacción al ala derecha, á los conservadores y á las clases superiores. Se reconcilió con Antonio, y para revelar á todos que perdonaba al autor de las terribles represiones del año 47, le hizo realizar parte del viaje en su misma litera; revocó los *præfecti urbi*, rechazó algunos honores, renunció al consulado único de que estaba investido, convocó los comicios, hizo nombrar los magistrados ordinarios y escoger para cónsules á uno de sus generales de España, Q. Fabio Máximo, y á Trebonio, que era uno de los cesaristas moderados más ilustres y descontentos. Estos actos fueron suficientes en esta sociedad impresionable para que renaciese la esperanza en muchos espíritus. César mostraba disposiciones conciliadoras. ¡Luego no quería retrasar demasiado el término del régimen de excepción? Pero Cicerón, siempre clarividente, seguía dudando, y tenía razón. César no se preocupaba del régimen constitucional, que tanto interesaba á los ociosos

(1) Cicerón, *A.*, XIII, XL, 1.

de Roma: su pensamiento único, supremo, absorbente, seguía siendo la guerra de Persia. No quería restablecer la constitución; quería conquistar el imperio de los partos. Su salud era mala; los ataques de epilepsia, que siempre había sufrido, eran ahora de una frecuencia y violencia alarmantes (1); casi estaba agotado. Su hermoso busto, que se conserva en el Museo del Louvre, y que es obra de un gran maestro desconocido, representa admirablemente el supremo esfuerzo de una vitalidad prodigiosa casi consumida ya íntegramente. Pero no quería, ni podía tomar el reposo que necesitaba. La Persia fabulosa le llamaba. Durante los meses que había pasado en España, la situación de Italia no había mejorado nada; y si la victoria de Munda le libró de algunos adversarios temibles, no le ayudó á vencer las gravísimas dificultades políticas y económicas en que Italia se debatía. En efecto, apenas llegado á Roma, lejos de reformar la constitución, César comenzó con maravillosa actividad los preparativos militares y políticos de la expedición, procurando arrastrar á la opinión pública y hacerla favorable á la guerra. Para celebrar el triunfo de España se dieron fiestas grandiosas; y en los gigantescos banquetes populares, César hizo servir por primera vez ciertos vinos italianos — en lugar de los griegos — que, mejor preparados por los esclavos orientales, comenzaban á hacerse célebres. Así quería darles á conocer y estimular la viticultura italiana, que en medio de esta terrible crisis realizaba grandes progresos (2). La ley sobre las colonias se propuso y aprobó

---

(1) Appiano, *B. C.*, II, 110; Nicolás de Damasco, 23.

(2) Plinio, *H. N.*, XIV, xv, 97.

inmediatamente, y se comenzó á reclutar colonos entre los soldados, los ciudadanos y los libertos, luego continuaron las sorpresas. Roma oía estupefacta hablar todos los días de un nuevo proyecto de César: se desviaría el curso del Tíber, se sanearían las lagunas pontinas, se edificaría en todo el Campo de Marte, trasladándole al pie del monte Vaticano; se construiría un teatro, el que, concluído por Augusto, se llamó teatro de Marcelo y del que aún quedan grandiosas ruínas; se dió á Varrón el encargo de fundar en toda Roma vastas bibliotecas; se abriría el istmo de Corinto; se trazaría un camino en el Apenino, se construiría un gran puerto en Ostia; se daría inmenso trabajo á los empresarios y á los obreros; se reunirían todas las leyes en un solo cuerpo (1). Todos estos proyectos se ejecutarían, naturalmente, cuando la conquista de Persia hubiese suministrado los medios, y servirían para justificar ante el público la gran empresa.

Pero César se engañaba ahora pensando que tal profusión de ideas grandiosas aún produciría efecto en Italia. El bajo pueblo cosmopolita de la metrópoli podía entregarse á quiméricas esperanzas, si se le prometía colonias y trabajo; pero las clases medias no deponían su malhumor por la crisis financiera, á la que nadie veía el fin; y cuanto á las altas clases, molestas en sus sentimientos republicanos, temiendo siempre una revolución social, preguntábanse si César no estaba loco, y acababan por mofarse hasta de las reformas serias como la del calendario (2). En vez de admirar sus

---

(1) Plutarco, *César*, 58.
(2) Idem, íd., 59.

grandes proyectos, sentíase complacencia en indignarse de la ruidosa patulea de amigos—hombres y mujeres—que se agrupaba alrededor del dictador. Para encontrar el dinero necesario á la guerra de Persia, César se vió obligado á vender por todas partes los bienes confiscados á los vencidos, las tierras públicas donde no podían fundarse colonias, y las de los templos (1); pero estas ventas precipitadas aprovechaban sobre todo á sus amigos, que adquirían casi por nada inmensos terrenos. Una propiedad considerable confiscada durante la guerra se otorgó así á Servilia (2); algunos libertos, muchos centuriones, tribunos militares y generales del ejército de César reunían grandes fortunas. Á este número pertenecía el joven esclavo germano que había sorprendido practicando la usura entre sus compañeros de esclavitud, y elevado al empleo de jefe de administración, que, con el nombre de Licinio, se había convertido en uno de sus más hábiles administradores. César no podía impedir este saqueo para no descontentar demasiado á sus amigos; pero sus enemigos se aprovecharon de él para atacarle, para desaprobar cuanto hacía ó pretendía hacer, sin excluir la guerra de Persia que ahora era la base de toda la política de César. ¿El temerario conquistador de las Galias no había causado bastantes males á la república con su insaciable deseo de victorias? Luego de haberse hecho conceder tan grandes poderes, ¿le era lícito abandonar la república todavía llena de desorden para correr una peligrosa aventu-

(1) Dión, XLIII, XLVII.
(2) Suetonio, *César*, 50.

ra? (1). El descontento se apoderaba de todas las clases; y César, cada vez más irascible, perdía esa posesión de sí mismo que tan bien le había servido hasta entonces. Hasta llegaba á decir imprudentemente que la república sólo existía de nombre, y que Sila fué bastante tonto deponiendo la dictadura (2). La *lex municipalis* fué aprobada por el pueblo; pero se resentía de la prisa con que se elaboró. No se encuentra por ninguna parte la hermosa claridad latina en el fragmento complicado y confuso que ha llegado hasta nosotros (3). César confió la acuñación de las monedas y el servicio de la hacienda á esclavos orientales, egipcios probablemente (4); hizo ingresar á sus esclavos y libertos en todos los servicios públicos; reprendió á Poncio Aquila, tribuno del pueblo, por no levantarse un día en que pasó ante el asiento de los tribunos (5). Estallaba fácilmente en invectivas y en violentos reproches; irritábase al advertir que no se observaban suficientemente sus leyes, en especial las más absurdas, como las que dictó sobre el lujo, y para hacerlas observar se empeñaba en verdaderas persecuciones sobre detalles ridículos. Pero no

---

(1) Cicerón, *A.*, XIII, XXXI, 3, nos revela el descontento de las altas clases: para calmarlo, César escribió en Roma á Opio y á Balbo que sólo marcharía á Persia después de haber organizado definitivamente el Estado.

(2) Suetonio, *César*, 77.

(3) Á propósito del singular estilo del gran fragmento que nos ha llegado de esta ley (*C. I. L.*, I, 206) y de la apresurada compilación que probablemente le sirvió de causa, véase Nissen en el *Rh. Museum*, XLV, págs. 104 y sig.

(4) Suetonio, *César*, 76.

(5) Idem, 78

quería oir decir que aspiraba á ser rey ó tirano: hasta se mostraba irritado frecuentemente contra los que deseaban proclamarle rey. Sin embargo, mostrábase tan atormentado por el deseo de tener un hijo, que en el testamento hecho á su regreso de España y en previsión de su ida á Persia, nombró tutores para el hijo que pudiera nacerle, y adoptó á Octavio, el sobrino de su hermana (1). Cierto día en que dos tribunos quitaron de una estatua suya una diadema colocada por desconocida mano, se puso furioso diciendo que habían querido afrentarle (2). Difícil es saber si había concebido verdaderamente el designio de fundar en Roma una dinastía análoga á la de las monarquías asiáticas ó si sólo de pasada pensaba en esta idea, sugerida tal vez por Cleopatra, sin decidirse á aceptarla firmemente ni tampoco á rechazarla por siempre. En todo caso, sus enemigos tenían interés en difundir el rumor de que pretendía erigirse rey. El rumor, pues, circulaba; la sospecha había surgido en todos los espíritus despertando esperanzas, temores, rencores de todo género y complicando una situación que era ya bastante difícil. Entre esta confusión, César preparaba con gran energía y seriedad una sola cosa: la guerra contra Persia. Viendo en esta guerra el medio de salir de todas las dificultades, considerando que de volver victorioso sería árbitro de la situación por la gloria y los tesoros conquistados, acumulaba dinero, formaba un gran depósito de armas en Demetríades, elaboraba un plan de guerra, enviaba por delante, camino de Apolonia, á Cayo Octavio con

(1) Suetonio, *César*, 83.
(2) Idem, 79.

sus maestros y dieciséis legiones compuestas en parte de nuevos reclutas. Muchos jóvenes, inducidos por la miseria, se alistaron con la esperanza de hacer fortuna en Persia.

Así, durante la segunda mitad del año 45, el ala izquierda y el ala derecha del partido de César, los moderados y los radicales, luchaban sordamente en torno del dictador; pero los «radicales» ganaban terreno sin cesar, por haber comprendido mejor que los otros que, sin la conquista de Persia, su partido acabaría pronto ó tarde por no poder dominar las dificultades, y que á esta suprema necesidad del momento era necesario sacrificarlo todo, hasta la cuestión constitucional, reuniendo todos los poderes en manos de César. De otra suerte hubiese sido imposible conducir con energía y éxito una empresa tan difícil. Así Dolabela, el aventurero acribillado de deudas, era el compañero preferido del dictador. El mismo Antonio, cansado de espiar tras dos años de miserias y de obscuridad los servicios prestados en el 47 á la causa del orden, había terminado por unirse al partido que parecía más fuerte. Su defección era grave para el bando de los moderados, pues Antonio gozaba de gran reputación en el partido de César por los grandes servicios que había prestado como general en la guerra de las Galias y en la guerra civil. Muy pronto, hacia fines del 45, el bando de los moderados sufrió un fracaso aún más grave y casi irreparable. César se decidió ha hacer uso del derecho que se le había conferido después de Munda para que designase á los comicios los magistrados, dejando al pueblo la única facultad de confirmar sus proposiciones. Era ésta una cruel decepción para todos—y eran nu-

merosísimos—los que habían esperado con obstinación hasta el último instante, que César rechazase este poder inmenso. ¿Qué quedaba, pues, de la república si un solo hombre podía distribuir todas las funciones? ¿Qué diferencia había entre César y un rey, si todos los ciudadanos debían esperar los honores de su capricho? La elección que hizo no podía por menos de aumentar la impresión desastrosa entre las clases superiores. Si el dictador había procurado compensar á los cesaristas conservadores nombrando pretores á dos miembros eminentísimos de su partido—Bruto y Casio—mucho más generosamente había recompensado á Antonio del cambio que hizo. Antonio fué escogido como colega de César en el consulado; y sus dos hermanos, Cayo y Lucio Antonio fueron nombrados pretor el uno y tribuno de la plebe el otro. Era éste un verdadero embargo de la república por la familia de Antonio. Otra preferencia aún más escandalosa vino á aumentar la indignación. César, que tenía el propósito de partir pronto para Persia, quería nombrar como cónsul *suffectus*, para el tiempo que estuviese ausente este año, á su querido Dolabela, que ni siquiera había sido pretor. ¡El instigador del partido revolucionario sería, pues, uno de los jefes del Estado durante la ausencia de César! Pero un incidente peregrino hizo fracasar ahora los cálculos de César y de Dolabela. Sintiéndose sostenido por la opinión pública, Antonio, que deseaba satisfacer su odio contra Dolabela, y que tal vez procuraba también hacerse grato á sus antiguos amigos de la derecha, declaró en la sesión del 1.° de Enero del año 44 que á título de augur impediría que se reuniesen los comicios para ratificar el nombramiento de Dolabela. César no reaccionó.

La confusión llegó al colmo. Las clases superiores, cada vez más irritadas, se alejaban de César haciendo el vacío á su alrededor, y la pequeña bandería de los aventureros ávidos de dinero y de poder, se aprovecharon de la ocasión para que el Senado y el pueblo votasen al dictador, en los primeros días del año 44, honores todavía más extraordinarios. Se hizo un semidiós de César, transportando á Roma una de las más abominables aberraciones de Oriente; se decretó un templo á *Júpiter Julio;* se cambió en *Julio* el nombre del mes *Quintilio;* se le concedió que fuese enterrado en el *pomœrium*, y que tuviese una guardia de senadores y caballeros (1). ¿Si aún no poseía el nombre, no era en realidad un rey? Cosa aún más grave: cuando el Senado fué á comunicarle los honores que le había otorgado, lo recibió sin levantarse (2). Además, nombró senadores á personas de todas partes, sin excluir á los galos. También quiso nombrar vicedictador para el año 44, cuando Lépido hubiese marchado á su provincia, á su sobrino Cayo Octavio, que sólo tenía dieciocho años. Luego César violaba abiertamente las más antiguas y veneradas tradiciones, y transportaba audazmente de la literatura y de la filosofía á la política el desprecio revolucionario por el venerable pasado de Roma, que entonces animaba á la joven generación de escritores y pensadores.

Sin embargo, al aumento de los poderes correspondía una merma en la autoridad. Si el dictador seguía recibiendo nuevos honores y nuevos poderes, cada vez

(1) Dión, XLIV, v.
(2) Suetonio, *César*, 78.

resultaba menos hábil para servise de ellos y cada vez hacía más concesiones á los demás. La situación en que se encontraba, sobre todo el gran proyecto de la conquista de Persia, obligábale á esta incoherencia, que contradecía la idea forjada sobre la dictadura de César. Si para esta guerra necesitaba plenos poderes, también le convenía, al partir, no dejar muchos enemigos en Roma y estar sostenido por una opinión pública lo más favorable que fuese posible. Desgraciadamente, la prolongación de los poderes excepcionales irritaba y vejaba á mucha gente. No pudiendo renunciar á ellos, procuraba dulcificar esta irritación mediante concesiones de todas clases hechas hasta en detrimento del Estado mismo. Impresionado por el descontento sentido cuando usurpó el nombramiento de todos los magistrados, rectificó su decisión y estableció una división, haciendo proponer por Lucio Antonio en principios del año 44 —según parece— una rara *lex de partitione comitiorum* que duplicaba el número de cuestores, de los cuales la mitad sería electa por el pueblo y la otra mitad la propondría él, *sine repulsa*, á los comicios; y quizás estableciendo también que la mitad de los tribunos y de los ediles plebeyos serían propuestos por César y la mitad electos por el pueblo; que ambos cónsules serían propuestos por César, pero los ediles curules por el pueblo (1). De esta suerte los derechos del pueblo eran respetados en parte, y César podría distribuir á su gusto otros cargos entre sus amigos. Sin duda por agradar también á los conservadores se propuso la

(1) Dión, XLIII, 41; Cicerón, *Fil.*, VII, vi, 16; véase Estobio en *Fil.*, 27, pág. 95.

lex Cassia, mediante la cual debía restablecer César el número de las antiguas familias patricias, pues muchas de ellas se habían extinguido. Además, no sólo no revelaba ya ningún rencor contra los pompeyanos, pero también les concedió una completa amnistía durante los últimos meses: los acogió en Italia y devolvió á las viudas y á los hijos de los muertos parte de los bienes que les había confiscado (1); les favoreció de todas las maneras, hasta descuidar algo á sus antiguos partidarios de los tiempos difíciles (2). Inútil fué que Hircio y Pansa le excitasen á velar por sí mismos (3). Licenció á todos sus guardias, hasta á sus españoles; en sus paseos sólo quiso ir acompañado de los lictores (4). Advertido de que en toda Roma se celebraban reuniones nocturnas, que en ellas se hablaba mal de su persona y que quizás se tramaba alguna conjuración, se limitó á publicar un edicto en el cual decía que estaba al tanto de todo, y á dirigir un discurso al pueblo aconsejando á los que hablaban mal de él que procurasen callar en adelante (5). «Prefiero morir á vivir como un tirano» (6), dijo un día á Hircio y á Pansa. Á nadie escatimaba toda suerte de promesas, posibles ó imposibles (7); ni siquiera procuraba contener el saqueo de los dineros públicos á que sus amigos se entregaban ante sus propios ojos (8).

(1) Suetonio, *César*, 75.
(2) Nicolás de Damasco, 19.
(3) Veleyo Patérculo, II, 57.
(4) Appiano, *B. C.*, II, 107. Véase Suetonio, *César*, 86.
(5) Suetonio, *César*, 76.
(6) Veleyo Patérculo, II, 57.
(7) Dión, XLIII, XLVII.
(8) Dión, XLIII, XLVII.

La dictadura caminaba así con paso vacilante y senil, casi tan débil en sus complacencias y expedientes como el antiguo gobierno republicano. Numerosos veteranos recibieron campos en Volterra y Arezzo, cuyo territorio, que Sila había confiscado, pero dejado á sus antiguos propietarios, fueron revindicados por César para el Estado; otros muchos recibieron tierras aquí y allá en Italia y se les hizo miembros del orden de los decuriones ó miembros de las aristocracias municipales reorganizadas por la *lex Julia* en muchas ciudades, desde Rávena hasta Lavinio, desde Capua, Suesa, Calacia, Casilino hasta Sinope (1). Pero la investigación de lo que seguía siendo propiedad del dominio público procedía lentamente; los comisarios se veían abrumados de recomendaciones que les hacían poderosos personajes: la mayor parte de los veteranos tenían aún que contentarse con las promesas que se les hacían (2). Las colonias de allende los mares no tenían mejor éxito: parece que cierto número de colonos se trasladaron á Lampsaco (3) y al mar Negro (4); pero los preparativos para Cartago y Corinto se hacían con más lentitud (5), y fué necesario abandonar la idea de enviar una colonia al Epiro. César había confiscado parte de las tierras de la ciudad de Butrote, que no le había pa-

(1) Véase *Zumpt, C. E.*, I, 304-307.

(2) Esto es lo que resulta de Appiano, *B. C.*, II, 125, 133, 139.

(3) Appiano, *B. C.*, V, 137.

(4) Sinope: Estrabón, XII, III, 11: véase las monedas: Head, *Historia nummorum*, Oxford, 1887, pág. 435. También Heráclea, como puede conjeturarse de un paisaje de Estrabón, XII, III, 6. Véase Zumpt, *C. E.*, I, 317.

(5) Véase Appiano, *Pun.*, 136; Zumpt, *C. E.*, I, 318.

gado una multa impuesta durante la guerra, y tenía propósito de distribuir estas tierras entre colonos; pero Ático, que figuraba en el número de los propietarios de Butrote despojados de sus bienes, hizo interceder cerca de César á tantos hombres de su partido, supo tan bien hablar, intrigar y maniobrar, que César revocó el decreto de confiscación con tal de que Ático pagase la multa de los habitantes de Butrote. El financiero, que jamás había ejercido una magistratura, fué más poderoso que el dictador. Sin embargo, César continuó los preparativos para la colonia, hasta el punto de que Ático y Cicerón, que en este asunto había trabajado mucho en favor de su amigo, volvieron algo inquietos á pedirle explicaciones. César, no queriendo que se supiese que había renunciado á fundar una colonia sólo por complacer á uno de los mayores plutócratas de Roma, les suplicó que tuviesen la cosa oculta; embarcaría á sus colonos y cuando se encontrase en el Epiro los enviaría á otra parte, aún no sabía dónde (1). ¡Véase á que expedientes tenía que recurrir el señor del mundo! Tampoco logró apaciguar el conflicto entre Antonio y Dolabela, por haber impedido el primero, en su calidad de augur, que se reuniesen los comicios en que Dolabela había de ser reconocido *consul suffectus*. Hasta el dictador omnipotente estaba cogido en la trama de las recomendaciones, de los servicios, de las complacencias, de los favores que implican todas las sociedades mercantiles donde el dinero es el fin supremo de la vida, y cuyos hilos invisibles no podía romper.

Pero estas concesiones no servían de nada. El descon-

(1) Cicerón, *A.*, XVI, XVI *a*, *b*, *c*, *d*, *e*, *f*.

tento aumentaba (1). Había en esta situación algo contradictorio que ninguna fuerza humana podría resolver y que debía de ser fatal para César. Mientras que éste procuraba justificar con su proyecto de conquistar á Persia la prolongación de sus poderes excepcionales, este proyecto difundía entre mucha gente, sobre todo entre las clases superiores, la aversión contra la dictadura. Preguntábanse con ansiedad lo que haría cuando volviese victorioso. ¿No sería entonces el señor absoluto de la república? Mientras Cicerón procuraba persuadirse que la expedición de César acabaría como la de Craso, con un desastre, los demás sentían gran miedo del genio militar de este hombre, que siempre había vencido. Así procuraban difundir la sospecha y la desconfianza sobre sus intenciones. Hacían circular rumores extraños: César—decían—quería casarse con Cleopatra; transportar la metrópoli de los Estados romanos á Ilión ó á Alejandría (2); luego, después de haber conquistado á Persia, realizar una expedición al país de los getas y de los escitas, y volver á Italia pasando por la Galia (3). Parece ser que Cleopatra volvió á Roma hacia fines del año 45, y esto confirmó los primeros rumores. Un gran escándalo excitó aún más los espíritus. El 26 de Enero del año 44, mientras César pasaba por las calles, algunos hombres le saludaron con el nombre de rey. Los dos tribunos del pueblo que ya habían reñido á propósito de la diadema, metieron en prisión á varios de estos sujetos; pero César pretendió malhumora-

(1) Véase Cicerón, *F.*, VII, xxx.
(2) Suetonio, *César*, 79; Nicolás de Damasco, 20.
(3) Plutarco, *César*, 58.

do que los dos tribunos habían excitado á estos hombres que gritasen para hacerle sospechoso de opiniones monárquicas, y habiendo acogido mal las reprimendas los dos tribunos, los destituyó por una ley, arrojándolos del Senado con gran escándalo del público, para el cual el tribuno seguía siendo el más sagrado de los magistrados (1). Al fin, en la primera quincena de Febrero (2), el Senado y el pueblo nombraron á César dictador perpetuo (3). Era la última y más importante de las medidas adoptadas en relación con la guerra de Persia, para la que iba á partir pronto César, y con la que esperaba obtener el inmenso y sólido poder que necesitaba para realizar una empresa, sin que le molestasen gran cosa las vicisitudes que sufriese la política de Roma. ¡Pero, si de nombre no, de hecho era un monarca el dictador perpetuo! Para atenuar la impresión de este verdadero golpe de Estado, para tranquilizar á este pueblo que sentía una especie de horror supersticioso por la monarquía, parece ser que César organizó, de acuerdo con Antonio, una pantomima pública para la fiesta de las Lupercales que se celebró el 15 de Febrero. Antonio se presentó ante César, que presidía la fiesta, con una diadema é hizo signo de colocársela en la cabeza; pero César la rechazó. Antonio insistió, y César rechazó con más energía que antes. César fué aplaudido estrepitosamente mientras rechazaba la diadema; luego hizo escribir en el calendario que este día le ofreció el pueblo la corona real y que la había recha-

---

(1) Appiano, *B. C.*, II, 108; Suetonio; *César*, 79.
(2) Lange, *R. A.*, III, 470.
(3) Dión, XLIV, VIII; Appiano, *B. C.*, II, 106.

zado (1). Entretanto, mientras que las deudas seguían atormentando á Italia y la clase media se encontraba en una cruel miseria, en el bajo pueblo de Italia y Roma latían sordos pensamientos revolucionarios, que cada día asustaban más á la clase de los propietarios. César—pensaban—iba á restaurar la edad de oro con las colonias y con la guerra de Persia; la tiranía de los ricos y de los grandes tocaría á su fin para que comenzase un nuevo gobierno. Los recuerdos de la gran revolución popular se reavivaron hasta el punto de que un tal Erofilo, originario de la Magna Grecia, veterinario de profesión y sin duda medio loco, se hizo pasar por nieto de Mario, y fué un momento popularísimo. Escogiéronle como patrono los municipios, las colonias de veteranos, los *collegia* de obreros: hasta logró formar á su alrededor una especie de corte, y osaba tratar de igual á igual á César y á los grandes. César, cada vez más débil y temiendo descontentar al pueblo, no osó hacerle desaparecer, y se contentó relegándole fuera de Roma (2).

---

(1) Dión, XLIV, XI; Appiano, *B. C.*, II, 109; Plutarco, *Cesar*, 61; *Ant.*, 12; Suetonio, *César*, 79; Veleyo, II, 56. Esta escena produjo tan viva emoción, que de ella se trata en numerosos pasajes de las Filípicas de Cicerón. Véase sobre todo la *Fil.*, II, XXXIV, 85-87, y Columba, *Il Marzo del 44 á Roma*, Palermo, 1896, pág. 9.

(2) Nicolás de Damasco, 14; Valerio Máximo, IX, XV, 2; Cicerón, *A.*, XII, XLIX, 1.

XVIII

Los idus de Marzo.

(ENERO-MARZO DEL 44)

Y entonces un hombre acogió la idea que ya se le había ocurrido á Trebonio: asesinar á César. Ese hombre fué Casio (1), el antiguo cuestor de Craso en la guerra de los partos, el yerno de Servilia, joven inteligente, ambicioso, orgulloso, áspero y violento que, aunque matase á César, no podía forjarse la ilusión de obtener más de lo que le concedieron los favores del dictador. Primero comunicó prudentemente su proyecto á algunos amigos que eran opuestos á César. Así se formó el primer grupo de los conjurados: empezaron á examinar la posibilidad y los peligros de la empresa, y convinieron en que era preciso arrastrar á conjuración á Bruto, cuñado de Casio (2). Bruto gozaba de gran autoridad en todos los partidos, y, siendo hijo de Servilia,

---

(1) La afirmación de Dión, XLIV, XIII, considerando á Bruto como autor de la conjura, aparte de la inverosimilitud psicológica, está contradicha por la afirmación de todos los historiadores, entre los cuales conviene notar á Plutarco, *Bruto*, 8.

(2) Plutarco, *Bruto*, 10.

parecía casi un íntimo de César: cuando se supiera que él también estaba dispuesto á matar á César, muchas personas tímidas é inseguras cobrarían ánimos.

Bruto era uno de esos hombres inteligentes, orgullosos, honrados y buenos, pero débiles, que suelen encontrarse en las grandes familias aristocráticas. Hombre de escasa voluntad y que fácilmente tomaba á otro de modelo, había ejercido la usura durante algún tiempo; había pertenecido al partido de Pompeyo en el 49, época en que las altas clases formaban á su lado; luego se reconcilió con César y gozó de su amistad. Sin embargo, no era por naturaleza propenso á acumular millones ni á concebir grandes ambiciones; más bien era un erudito de las costumbres austeras, que en tiempos normales hubiese sido un gran señor apasionado por el estudio, un poco altanero y extravagante. Pero en estos tiempos extraordinarios, la admiración que el pueblo sentía por su carácter había hecho nacer en él otra pasión, el orgullo de creerse—y de ser admirado como si realmente lo fuera—un héroe con voluntad de hierro, un modelo de esas virtudes difíciles que sólo se practican realizando un valeroso esfuerzo sobre sí mismo. Ese orgullo, excitado por el estudio de la filosofía estóica, y su positiva debilidad, nos dan la explicación de este carácter misterioso, que tanto ha intrigadoá los historiadores y moralistas. Un seguro medio había de hacer capaz de la mayor decisión á este hombre tímido y débil: persuadirle que si obraba de otro modo faltaría á su reputación de héroe. Casio, que era hombre inteligente, lo comprendió así y tendió sus redes sobre el alma débil de su cuñado. Comenzó haciendo que todas las mañanas encontrase Bruto en su tribu-

nal de pretor ciertos billetitos, ó que los colocasen en el foro, al pie de la estatua del primer Bruto. «¡Si vivieses todavía, oh Bruto!», decían esos papelitos; y también: «¡Tú duermes, Bruto!» (1). Á veces oía exclamar á su espalda cuando iba por la calle: «¡Necesitaríamos un Bruto!» (2). Ignorante de donde procedían esos billetes, el ingenuo erudito creía fácilmente que el pueblo entero se dirigía á él como á un hombre inflexible que fuese el único capaz de una acción tan terrible; su orgullo se sintió halagado; comenzó á reflexionar sobre los actos de César, á preguntarse si no tendría un grave deber que realizar. Sin duda que su alma dulce y tímida hubo al principio de horrorizarse considerando el peligro y la atrocidad del crimen; las bondades de César para con él y para con su madre. Pero habiéndose insinuado en su espíritu la idea del asesinato, no tardó en aposentarse poco á poco; recordó la gloria de los que en la literatura griega ó en la tradición romana habían muerto ó expulsado á los tiranos; repitióse los sutiles argumentos de tantos filósofos antiguos que justificaban el regicidio por razones de alta moralidad. Precisamente porque César había sido su bienhechor, tenía que herirle con más resolución, sacrificando al deber público su afecto personal, é imitar al viejo Bruto, primer cónsul de la república, que para bien de ésta hizo caer la testa de sus hijos. Casio acabó por

---

(1) Plutarco, *Bruto*, 9; Plutarco, *Cesar*, 62; Appiano, *B. C.*, II, 112. No obstante lo que dice Plutarco, paréceme verosímil que Casio y sus amigos fueron los autores de esos billetes. Véase Appiano, II, 113.

(2) Dión, XLIV, XII.

declararse á él dándole á comprender que no le bastaba ser un pretor como los demás, que Roma esperaba de él cosas inusitadas, y que él sólo podía ser el jefe de tan grande hazaña (1). Por desgracia, César estaba entonces harto preocupado con los preparativos de la guerra de Persia, y muy rara vez veía á Bruto. Casio, pues, triunfó; y tras la adhesión de Bruto, la idea de la conjuración, nacida en el grupo de los parientes de Servilia, se difundió pronto entre las clases superiores.

Bruto y Casio encontraron sin dificultad numerosos conjurados en los restos del partido de Pompeyo, en el ala derecha del partido de César, y aun entre sus más célebres generales, como Cayo Trebonio y Servio Sulpicio Galba. Casi todos los historiadores modernos se han sorprendido de esta facilidad, y llenos de admiración—por otra parte justificada—hacia el grande hombre que realizaba entonces todos sus esfuerzos por reorganizar el Estado, han censurado severamente la ciega obstinación de los unos y la traición de los otros. Al contrario, creo que su sorpresa hubiese sido menor y su juicio más moderado, si hubiesen procurado darse cuenta de la verdadera situación y de la manera como los contemporáneos podían considerarla. Por grande que César fuese, no era posible que los contemporáneos viesen en él, como la ingenua posteridad, un héroe ó un semidiós que era preciso adorar, hasta cuando se engañaba ó hacía daño. Seguramente que pequeños motivos personales indujeron á numerosos personajes á tomar parte en la conjuración; pero los motivos personales de cada cual sólo fueron excitaciones secundarias

(1) Appiano, *B. C.*, II, 113.

y no la razón misma de la conjura, que, como la obra de César, no puede juzgarse buena ó reprobable por el mero examen de los motivos personales. Es necesario comprender bien la situación y su trágica fatalidad. César es uno de los genios más grandes de la historia: un sabio, un artista, y al mismo tiempo un hombre de acción, que sabía poner en ejercicio todas sus facultades en todo linaje de trabajos, y esto de una manera admirable. Su imaginación grandiosa y armónica, su inteligencia prodigiosamente lúcida, su actividad infatigable, su maravillosa flexibilidad de espíritu y su incansable resistencia nerviosa, hubiesen hecho de él un grande hombre en cualquier época de la historia. En nuestros días podía haber sido un gran organizador de industrias en los Estados Unidos, un gran explorador que explotase los terrenos y las minas del África meridional, un gran sabio ó un gran escritor de Europa. En la antigua Roma, las tradiciones de su familia y su ambición le lanzaron á la política, es decir, en la prueba más peligrosa para un hombre de genio, pues es donde el efecto menos puede corresponder al esfuerzo, por la intervención de circunstancias imprevistas. Pues bien; en la política romana, César logró ser un gran general, un gran escritor, un gran personaje; pero no un grande hombre de Estado (1). Profesó tres principales ideas políticas: la reconstitución del partido demo-

---

(1) Esta opinión es, precisamente, opuesta á la de Mommsen, *R. G.*, III, 464. «César—dice—fué un gran orador, un gran escritor y un gran capitán; pero logró ser todo esto porque era un perfecto hombre de Estado». Paolo Orano, en su estudio intitulado *Il problema del cristianesimo*, Roma, 1901, donde, á pesar de su forma

crático legalista en el 59, la aplicación audaz y en grande de la política de Lúculo en el 56, la regeneración del mundo romano por la conquista de Persia tras la muerte de Pompeyo. Pero, de estas ideas, las dos primeras llegaban demasiado tarde y la tercera era imposible, lo que nos explica por qué la primera sólo produjo la revolución democrática del Consulado, la segunda la catástrofe de Craso en Persia y las sangrientas rebeliones de la Galia, y la tercera el asesinato de los idus de Marzo. Pero sería injusto el atribuir estos fracasos á faltas de César. No podía ser hombre de Estado, porque no podía serlo en una democracia donde un hombre que no quisiera plegarse á las extravagancias de un pueblo minado por la loca pasión del poder, de las riquezas, de los placeres, podía vivir en el retiro y filosofar, pero no aventurarse en la política. Una inexorable fatalidad domina toda la vida de César. Los acontecimientos fueron quienes le obligaron á hacer la revolución democrática del Consulado, y en seguida la necesidad en que se encontraba de salvarse él mismo, de salvar su partido y su obra de los efectos de esta revolución, que le empujó al acto más temerario de su vida, la anexión de la Galia; consumada la anexión, le fué imposible retroceder, pues tuvo que llegar hasta á las represiones sanguinarias, que son la parte más sombría de su historia. La guerra civil fué una consecuen-

---

algo conceptuosa, estampa agudas observaciones sobre el mundo romano; dice juiciosamente (pág. 84) que «las causas personales que constituyen la grandeza de César son causas *necesarias*». Pero creo que se engaña al decir que fué «un político sublime, admirablemente oportunista».

cia tan fatal de su política gala, que todos sus esfuerzos por evitarla fueron inútiles. El triunfo de César en esta guerra fué considerable é inesperado; pero demasiado grande en realidad, pues después de la victoria se encontró aparentemente árbitro de todas las cosas, pero de hecho entre dos imposibilidades: la de abandonar el poder y la de gobernar con algunos amigos un inmenso imperio en desorden. Había creído eludir esta dificultad con la conquista de Persia, la gran empresa que era en su mente el alba de una nueva historia de Roma; pero á la distancia de tantos siglos, y con una experiencia más sazonada de la historia, podemos creer que fué víctima de una ilusión muy natural, pero bien quimérica. El papel histórico de César no fué el de un gran estadista llamado á poner orden en el caos de su época, sino el de un grande hombre de acción llamado á personificar y activar todas las fuerzas revolucionarias de la época mercantil en lucha con las tradiciones de la antigua sociedad agrícola: la incredulidad religiosa, la indiferencia moral, la ausencia del sentimiento de familia, el oportunismo y la indisciplina en política, el desprecio de las tradiciones, el lujo oriental, el militarismo rapaz, el negocio, la corrupción, el espíritu democrático, el refinamiento intelectual, la primera templanza de la ferocidad bárbara, la pasión del arte y de la ciencia. Creo que no es posible comprender á César si no se ve que su papel—como el de Pompeyo, el de Craso y el de todos los contemporáneos que han triunfado—tenía que ser sobre todo un papel de destructor; que este papel se los imponía á todos su época, cuya gran obra ha consistido en terminar esta desorganización y esta destrucción del viejo mundo, que hizo posible la nueva or-

ganización del imperio. Esta generación preparó la reorganización del mundo antiguo en la gran unidad del imperio; pues apresuró en Italia, con sus luchas y con la adopción de costumbres nuevas, la ruína de la vieja sociedad latina; y en las provincias, por las guerras y los saqueos, la ruína de las antiguas organizaciones políticas y sociales que allanaban así el terreno para adoptar una organización única. Pues bien; César ha sido el grande hombre de este terrible momento histórico. Aún llego más lejos: afirmo que si César ha contribuído más que todos sus contemporáneos á la regeneración del mundo antiguo, es por haber destruído más que los otros y haberse gastado menos que ellos en esta terrible política que á tantos hombres superiores devoró. Con su guerra de las Galias consumó la caída del viejo mundo céltico, que agonizaba desde un siglo antes y aun entorpecía á la civilización greco-latina el camino del continente europeo, cuyas fuerzas iba á estimular mediante un maravilloso renacimiento. Con las luchas políticas de su juventud y con la guerra civil, César precipitó la solución, la crisis de las antiguas instituciones latinas, incubada también durante un siglo, llenando á Italia y al imperio de desorden.

En este papel de gigantesco destructor es como hay que admirarle; pues este papel demandaba una inteligencia y una energía casi sobrehumanas. Es verdad que al fin de su vida le encontramos ocupado en reorganizar el mundo, en cuyo desorden tanto había trabajado por aumentar, á edificar sobre el campo que él mismo, con sus contemporáneos, había sembrado de tantas ruínas. Pero había dos condiciones necesarias para que pudiese triunfar en este plan de reorganiza-

ción: una, que César tuviese bastante flexibilidad y energía para adaptar sus cualidades á las exigencias de esta política novísima; otra, que las fuerzas de disolución en obra desde un siglo en la sociedad italiana se hubiesen agotado con la guerra civil. Pues bien, aun admitiendo que César encontrase en su genio bastante flexibilidad para convertirse él, el gran agitador y destructor, en el reorganizador del imperio, la historia de los veinticinco años siguientes nos demuestra que las fuerzas de disolución estaban muy lejos de agotarse. Hasta eran tan fuertes todavía, que iban á engendrar una de las crisis más espantosas de la historia del mundo. Además, el hecho de que César no lograse resolver ni anular las discordias que desgarraban su partido, es muy significativo. ¿Cómo hubiese podido dominar los terribles antagonismos que dividían á la sociedad entera? No es sorprendente que César, siéndole imposible prever lo porvenir, no se diese cuenta de la gravedad de la situación y se envaneciese de poder ser el árbitro y el reorganizador de la república, si lograba conquistar á Persia. Pero nosotros, que estamos mejor situados para juzgar, gracias al conocimiento de los sucesos posteriores, ya no podemos considerar la conjura de que César fué víctima como un simple accidente desgraciado, debido á la tontería ó á la maldad de algunos hombres. Esa conjuración era efecto de un movimiento importantísimo de los espíritus y de los intereses, y debe considerarse como una verdadera alianza de los restos del partido conservador con el ala derecha del partido cesarista para evitar la expedición á Persia. Los adversarios de César no estaban tan preocupados de la situación presente como de la que se crearía cuando

César hubiese vuelto victorioso de su conquista. Todas las declaraciones y rectificaciones no podían persuadirles de que á su vuelta no fundaría una verdadera monarquía; y se unían como representantes de la antigua república latina, amada de las clases ricas, contra la monarquía asiática y revolucionaria que César amenazaba traer de Oriente entre los pliegues de sus banderas victoriosas. En efecto, la conspiración tuvo tan gran éxito que, hacia primeros de Marzo, sesenta senadores, según ciertos escritores, y ochenta según otros, habían ingresado en ella. Uno de los últimos fué Décimo Bruto, amigo predilecto de César que, procedente de la Galia, llegó á Roma hacia fines de Febrero. Cicerón, en cambio, no supo nada; pues quisieron evitar al gran escritor admirado de todos, que corriese tan gran peligro. Puede sorprender el considerable número de conjurados, cuando se piensa que en toda confabulación el peligro de las indiscreciones aumenta con el número de los que en ella toman parte; pero la razón de tan gran número fué sin duda que los conjurados, creyendo adictos á César el ejército y el bajo pueblo, cuya exaltación aumentaba de día en día, pensaron que era necesario que César sucumbiese á los golpes, no ya de algunos enemigos personales, sino del Senado casi entero, para que, tras su muerte, la coalición de los pompeyanos y cesaristas moderados pudiera imponerse á las legiones, al pueblo y á las provincias. Esto quizás explique por qué después de largas discusiones se decidió que no pereciese Antonio al mismo tiempo que César. Lo que salvó al primero no fueron los escrúpulos de Bruto, que deseaba escatimar sangre, sino la consideración de que la muerte de ambos cónsules hu-

biese impedido restaurar inmediatamente la antigua constitución (1), y la esperanza de que Antonio, convertido recientemente al partido de la tiranía, se incorporase á sus antiguos amigos en cuanto César hubiese muerto. El lugar escogido para el asesinato y la manera de realizarlo, prueban que tal era realmente el designio de los conjurados. La cuestión era grave; analizáronse muchos planes (2) en las visitas que, para no despertar sospechas, se hacían los conjurados, sin jamás encontrarse todos reunidos (3); pero el tiempo pasaba y era necesario darse prisa, pues César iba á partir para Persia, y sus veteranos, que deseaban formarle una escolta de honor al salir de Roma, acudían ya de todos los puntos de Italia y se alojaban en los templos (4). Formuláronse diversas proposiciones, pero ninguna satisfizo; las discusiones enervaron á los conjurados, muchos de los cuales se arrepintieron ya y empezaron á tener miedo; hasta hubo un momento de confusión é incertidumbre en que los indecisos quisieron valerse de él para hacer abandonar la empresa (5). Pero los acontecimientos, la fuerza de las cosas, el peligro ya afrontado, fortificaron pronto las voluntades vacilantes. César acumulaba usurpación sobre usurpación; había llegado hasta hacer aprobar por el Senado una ley, según la cual, antes de partir los magistrados serían electos por tres años, duración probable de su ausencia.

---

(1) Sobre las dificultades constitucionales resultantes de la ausencia de los cónsules, véase Cicerón, *da Fam.*, XI, x, 2.

(2) Nicolás de Damasco, 23; Suetonio; *César*, 80.

(3) Idem, 24.

(4) Appiano, *B. C.*, II, 129.

(5) Dión, XLIV, xv.

Hircio y Pansa fueron designados durante los primeros días de Marzo cónsules para el año 43, y al mismo tiempo que ellos los tribunos del pueblo. También circuló el rumor de que un oráculo de la Sibila afirmaba que los partos sólo serían vencidos por un rey, y que el cónsul del 65, Lucio Aurelio Cota, contra el que César había conspirado en el 66, propondría que se le proclamase rey de todos los Estados romanos, excepto de Italia (1). En fin, cuando se supo que César quería convocar al Senado para el día 15, en la Curia de Pompeyo, y resolver, entre otros puntos, el del consulado de Dolabela, y luego partir el 17, todos estuvieron de acuerdo en que se les ofrecía una excelente ocasión. Muerto César en el Senado por una coalición de ochenta senadores influyentes, parecería que, como Rómulo, había sido muerto por Roma misma (2).

Ya no era posible retroceder. Era preciso matar á César en los idus de Marzo. Y los días que precedieron á la sesión deslizáronse con terrible lentitud. Á cada puesta del sol y en ochenta de las más ricas casas de Roma, unos hombres que con gran frecuencia habían afrontado la muerte, se retiraban agotados por la inquietud á sus celdas, preguntándose si alguno traicionaría el secreto, si César no los haría acuchillar á todos durante la noche. Y al amanecer recomenzaban sus mutuas y fatigosas entrevistas, evitando en las calles las curiosas miradas de los viandantes, simulando el aire indiferente de los que hacen visitas de cortesía, y procurando en sus casas no decir nada pue pudiera enten-

---

(1) Suetonio, *César*, 79.
(2) Appiano, *B. C.*, II, 114.

derse por los esclavos indiscretos. Bruto, singularmente, era presa de continuas inquietudes y dudas; si fuera ostentaba rostro sereno, en casa se sumergía en largos y tristes silencios; su sueño era agitado y estaba interrumpido por suspiros, cuya razón ignoraba Porcia. La timidez, el agradecimiento y el afecto sostenían en él ruda batalla contra su orgullosa tozudería en comportarse como héroe (1). Entretanto, los días pasaban; Roma seguía tranquila; el secreto bien guardado (2): ni César ni sus íntimos parecían dudar de nada; sólo Porcia, en fuerza de interrogar, acabó por saber de su marido el terrible secreto. Sin embargo, poco á poco se pusieron de acuerdo en los conciliábulos sobre los detalles de asesinato; los conjurados ocultarían sus puñales bajo las togas: Trebonio retendría fuera á Antonio hablando con él. Décimo Bruto instalaría en el teatro de Pompeyo, que estaba junto á la Curia, á los gladiadores pagados por él para los juegos, y que en caso de necesidad defenderían á los conjurados; cuando César hubiese muerto, Bruto dirigiría un discurso al Senado

(1) Plutarco, *Bruto*, 13.

(2) Creo que se fantasea bastante en los relatos antiguos, donde se habla de advertencias hechas á César. Si se hubiese divulgado tanto la conjuración, Antonio hubiera tenido noticia de ella, y lo mismo Lépido y otros fieles amigos, siendo esto suficiente. No era necesario que el mismo César estuviese advertido. Es probable que él, como los otros, recibiese por estos días anuncios imaginarios de una conjuración, como los recibía de mucho antes y como siempre los reciben los jefes de gobierno. El único testimonio verosímil de una divulgación del secreto me parece el de Popilio Lena: Plutarco, *Bruto*, 15. Si se tiene en cuenta que los conjurados eran todos hombres distinguidos, no sorprenderá que el secreto permaneciese bien guardado.

para explicar las razones del asesinato y para proponer la reconstitución de la república. Y llegó el alba del 14 de Marzo; el día pareció muy largo, pero se deslizó sin que nada ocurriese. César comió con Lépido, y regresó tarde, lo que indica que nada sospechaba. ¡Cuántas miradas debieron de contemplar esta noche el cielo para ver si las estrellas cesaban de brillar, y si aparecía el sol que había de ver derramada la sangre de César y la república restablecida! Sólo César, vuelto á su casa, durmió sin dudar de nada, con un sueño agitado de hombre fatigado y enfermo.

Al fin se mostró el alba del 15 de Marzo. Los conjurados acudieron muy temprano al pórtico de Pompeyo, en la vecindad del sitio donde ahora está el Campo dei Fiori. Bruto, que era pretor, ascendió al tribunal y se puso á escuchar tranquilamente, dominando su emoción, las quejas de las personas que habían acudido para ventilar sus procesos; los demás conjurados, que esperaban la apertura de la sesión, se entretenían bajo los pórticos discurriendo con sus colegas y esforzándose en conservar la tranquilidad (1). El espectáculo comenzó en el teatro de Pompeyo, y las calles recobraron pronto su ordinario movimiento. César tenía que llegar de un momento á otro. Pero tardó en acudir, retenido á lo que parece por una indisposición que le tuvo á punto de diferir la sesión. Los conjurados, inquietos ya, comenzaron á tener miedo y á temblar al menor ruido. Un amigo se acercó á uno de los conjurados, Casca, y le dijo riendo: «Algo ocultas; pero Bruto me lo ha dicho todo». Espantado Casca iba á revelarlo todo

(1) Plutarco, *Bruto*, 14.

cuando el otro prosiguió, dándole á entender que hacía alusión á la próxima candidatura de Casca para la edilidad. Un senador, Popilio Lena, acercándose á Bruto y á Casio, les dijo al oído: «Podéis triunfar, pero daos prisa» (1). Y César no llegaba: el sol había remontado ya el horizonte; podían ser las diez de la mañana (2); los conjurados empezaron á enervarse; la espera les agotaba y el miedo se apoderaba de ellos. Casio resolvió al fin enviar á Décimo Bruto en busca de César para saber lo que ocurría y atraerle á la Curia. Décimo, recorriendo los callejones del Campo de Marzo, subió pronto al foro y entró en el *domus publica*, donde César vivía á título de Pontífice Máximo: precisamente le encontró dispuesto á suspender la sesión por el malestar que experimentaba. Pero, hostigado por el peligro, Décimo tuvo el feroz coraje de atraer á la muerte con protestas de amistad al hombre que se fiaba de él y que, al rogarle que fuese, le seguía con los ojos cerrados (3). La litera de César apareció al cabo. El dictador bajó cerca de la Curia; y los conjurados, que se habían reunido ya en la sala, vieron de lejos á Popilio Lena acercársele y hablarle largo tiempo en voz baja. Para Bruto y para Casio fué este un momento terrible. ¿Iba á traicionarles? Casio estaba á punto de perder la cabeza; pero Bruto, más tranquilo, tuvo el valor de mirar á César cara á cara: este rostro descarnado, severo, fatigado por tantas preocupaciones, estaba tranquilo, como el de un hombre que escucha algo interesante, so-

---

(1) Plutarco, *Bruto*, 15; Appiano, *B. C.*, II, 115.
(2) Columba, *Il Marzo del 44 á Roma*, Palermo, 1896, pág. 40.
(3) Plutarco, *César*, 64; Dión, XLIV, XVIII.

bre todo al que habla. Bruto hizo á Casio un signo de que se tranquilizase (1). Pero aún hubo una pausa: César permaneció algún tiempo fuera de la Curia para hacer los sacrificios prescritos por la liturgia política. En fin, César entró y tomó asiento, mientras que Trebonio retenía fuera á Antonio departiendo con él. Tulio Címber se acercó al dictador para solicitarle el indulto de un hermano desterrado; los demás le rodearon como para adherirse á la súplica de Címber. César, observando demasiada gente á su lado, se levantó, é hizo un gesto para decirles que se alejasen. Tulio cogió entonces su toga que se le deslizaba por las espaldas y descubrió un busto vestido sólo con una ligera túnica. Esta era la señal. Casca asestó el primer golpe, pero en su precipitación le hirió en la espalda. César cogió gritando el estilo que le servía para escribir: Casca llamó aterrado á su hermano, que hundió su puñal en el costado de César; Casio le alcanzó en el rostro; Décimo en la ingle: todos cayeron en seguida sobre él, hiriéndose unos á otros, mientras que los senadores, tras un instante de estupor, escaparon gritando, sobrecogidos de súbito espanto, empujándose y cayendo á tierra. Todos huyeron, hasta Antonio. Sólo dos de entre los amigos de César acudieron en su auxilio. Todo inútil. César llegó debatiéndose al pie de la estatua de Pompeyo, y se desplomó en un mar de sangre (2).

---

(1) Plutarco, *Bruto*, 16.

(2) Idem, *César*, 66-67; *Bruto*, 17-18; Dión, XLIV, XIX-XX; Nicolás de Damasco, 24-25. Sólo doy aquí los detalles del comienzo del asesinato, pues sólo ellos son verosímiles. En efecto, es probable que los conjurados recordasen los primeros actos de la lucha; pero también es probable que luego nadie se diese ya cuenta de nada. Las

Bruto quiso pronunciar entonces el discurso que había preparado; pero la Curia estaba vacía. Los conjurados no pensaron que un pánico infantil haría vano su proyecto, tan bien estudiado, de decretar en seguida la restauración de la república. ¿Qué hacer? En la excitación y desorden en que estaban, deliberaron brevemente, y sintiendo miedo de los veteranos y del pueblo bajo, resolvieron llamar á los gladiadores de Décimo Bruto é ir con ellos al Capitolio para fortificarse allí y deliberar con más calma. Y en efecto, salieron con la toga enrollada en el brazo izquierdo á guisa de escudo, y blandiendo en la diestra el puñal ensangrentado, ostentando en la punta de un palo el *pilëum*, símbolo de la libertad, aclamando á ésta, á la república y á Cicerón, el filósofo del tratado *De Republica*. Pero en todas las calles encontraron gran desorden. Todo el mundo gritaba, huyendo por todas partes (1). Bajo los pórticos y en las calles vecinas, la gente se espantó al ver que los senadores huían gritando y que los gladiadores acudían armados. La alarma se propagó en un instante; por todas partes se corría; los gritos se oyeron en el teatro de Pompeyo, y el público asustado también huyó en desorden, mientras que los ladrones se apoderaban de las cestas y de los carros de los mercaderes ambulantes que estaban alrededor del teatro (2); todos bus-

---

palabras de César á Bruto y el gesto que hizo cubriéndose con su toga, de fijo que son una fábula. ¿Cómo cubrirse con su toga cuando todos cayeron sobre él hiriéndole? Cuanto á la invocación á Bruto *(tu quoque, Brute fili mi!)* no es más que un motivo sentimental de la fantástica leyenda que hace á Bruto hijo de César.

(1) Appiano, *B. C.*, II, 119; Nicolás de Damasco, 25.

(2) Idem, *B. C.*, II, 118; Nicolás de Damasco, 25.

caban refugio en las casas y en las tiendas, que los dueños se apresuraban á cerrar. La aparición de esta banda de gente armada aumentó el desorden en las calles que recorría; en vano era que lanzasen exclamaciones —Bruto singularmente—y que hiciesen gestos para tranquilizar al público (1). Nadie escuchaba ni se paraba; la noticia se difundió con la velocidad del relámpago hasta los barrios más distantes de Roma, y en todas partes el pueblo se retiraba asustado á su casa. Antonio tampoco tardó en encerrarse, mientras que los conjurados buscaban un refugio en el Capitolio. Pronto las calles quedaron desiertas, y Roma sumergida en fúnebre silencio. La gente se daba miedo.

Los persas estaban salvados. El gran destructor había sido destruído cuando iba á poner en ejecución su inmenso proyecto de conquistar el imperio de los partos y lanzar á Roma en el camino seguido por Alejandro Magno. Este proyecto había absorvido toda su actividad durante los últimos tiempos de su existencia; mientras que los rumores sobre sus ambiciones monárquicas probablemente sólo eran entonces invenciones ó al menos exageraciones prematuras de sus adversarios. Lo que hubiese hecho á su vuelta—en caso de retornar victorioso—nadie lo sabe, y quizás lo ignoraba él

---

(1) Dión, XLIV, xx; Nicolás de Damasco, 25. Paréceme que Groebe, Ap. de Drumann, *G. R.*, I², 407 y sig., no tiene razón al suponer que Bruto dirigió en este momento un primer discurso al pueblo, en el foro. Los escritores—sobre todo Nicolás de Damasco y Dión Casio—que describen este momento con mucha claridad, sólo hablan de exhortaciones á la tranquilidad dirigidas por Bruto y los demás y hechas con gestos y algunas palabras, como es natural en semejante confusión.

mismo, el admirable oportunista que, lanzado en un período de extraordinaria confusión, había sabido adaptarse durante un período de treinta años á las más diversas situaciones. Siempre preocupado por el problema del momento, sólo pensaba servirse entonces de la dictadura conquistada en la guerra civil, para convertirse en un segundo Alejandro y para encontrar en Persia los medios de reorganizar el imperio. Pero el admirable oportunista se equivocó esta vez. Sin saberlo, César había ya contribuído más que todos sus contemporáneos á la futura regeneración del mundo antiguo (que él esperaba de la guerra de Persia), por la conquista de la Galia, á la que concedió tan poca importancia; pero, para que esta regeneración pudiera consumarse, lo que aún faltaba no era una empresa exterior, sino una gran crisis interior en la que iban al fin á extinguirse las fuerzas de solución que durante un siglo estaban actuando. Y esta crisis, la más espantosa quizás de la historia antigua, había comenzado ya en el momento mismo en que César caía, desgarrado el pecho, bajo los golpes de sus antiguos amigos y compañeros, al pie de la estatua de Pompeyo.

FIN DEL SEGUNDO VOLUMEN

APÉNDICES

A

Sobre el comercio de cereales en el mundo antiguo.

(PÁGINA 51 DEL PRIMER VOLUMEN)

Es una opinión común entre los historiadores antiguos que la competencia del trigo extranjero — siciliano y africano — fué causa de la crisis agrícola que empezó á sufrir Italia después del año 150 antes de Cristo. Solamente Weber, *R. A. G.*, 225, y Salvioli, *D. P. F.*, páginas 62 y sig., han puesto en duda esta afirmación. Al contrario, yo considero como absolutamente falsa tal explicación. En la antigüedad no hubo *un comercio privado é internacional de los cereales* semejante al comercio moderno, sino que cada región consumía su trigo.

He aquí las pruebas:

En el quinto y en el cuarto siglos antes de Cristo, el Ática, habiéndose convertido en una región industrial y adquirido cierta importancia política, la población se hizo tan densa que las cosechas del país ya no fueron suficientes. El Ática, pues, tuvo que importar hasta en los años buenos una provisión de trigo que, según un pasaje de Demóstenes, *in Lept.*, 31, era de 800.000 medimnos, es decir, unos 415.000 hectólitros; pero que Bœck *(E. P. A.*, pág. 154) estima en un millón de medimnos, ó sea unos 518.000 hectólitros: que se acepte la cifra del gran orador ó la del moderno erudito, trátase siempre de

una provisión bastante pequeña, al menos en comparación de las cifras del comercio moderno. Y además, el comercio privado no hubiese podido suministrar al Ática este medio millón de hectólitros sin la ayuda y á veces sin la coacción del Estado. Del discurso de Demóstenes, *in Lacrit.*, 50-51, resulta que todos los navíos pertenecientes á los atenienses, y los de aquéllos que recibían prestado de los patronos ó metecos atenienses el dinero necesario para su comercio, estaban obligados, *bajo pena de severos castigos*, á volver en parte cargados de trigo. El discurso de Demóstedes, *in Phorm.*, c. 36-37, demuestra también que el patrón de un navío que hiciese el comercio entre Atenas y las colonias griegas de Crimea, y que llevando trigo á bordo lo vendiese en otro puerto que Atenas, podía ser *condenado á muerte*. El capítulo XXXVIII de este discurso muestra que se consideraba como mérito cívico para un rico capitalista el haber observado siempre estas leyes. Véase también sobre ellas el capitulo X del discurso *in Theoc.* Todo esto prueba que el comercio de importación de cereales, aún en Atenas, que estaba situada muy cerca del mar, era una especie de obligación onerosa que el Estado imponía á los mercaderes, á cambio de la protección y de otras ventajas que les concedía. Además, si la importación del trigo era una especie de obligación semiobligatoria, el comercio del trigo mismo, una vez llegado á Atenas, de ningún modo era libre. Los dos tercios del trigo desembarcado en el Pireo, tenían que consumirse en Atenas, según nos dice Aristóteles, *Ath. resp.*, 51; y Lisias, en su discurso *adversos frumentarios* nos advierte que el tráfico sobre el trigo se castigaba con pena de muerte: mientras que la venta al menudeo de todos los otros artículos estaba inspeccionada por los ἀγορἀνομοι, la vigilancia de los mercados de cereales estaba confiada á magistrados especiales, los σιτοφύλακες (Lis., 22, 16), que (según Demóstenes, 20, 32) debían llevar la cuenta del trigo que se importaba de los demás países. Sin embargo, los abastecimientos eran insuficientes y las hambres frecuentes, hasta el punto de que era preciso hacer en Atenas distribuciones gratuitas de trigo á bajo precio—como las que luego fueron tan regulares en Roma á expensas del Estado y de los particulares generosos—según resulta de Aristófanes, *Avispas*, 718 y escolio; del escol. á los *Cab.*, 103, de Demóstenes, *in Phorm.*, 37 y sig., *C. I. A.*, II, 108; 143; 170; 194 y 195.—El escol. de Aristófanes, *Acarn.*, 548, parece indicar que Pericles construyó un gran granero

público. Hasta había magistrados públicos para la compra del trigo, electos por el pueblo y no sacados á la suerte, llamados σιτῶναι, que solían dar dinero propio para estas compras. Véase Demóst., *de Cor.*, 248; *C. I. A.*, II, 335 y 353.

En fin, mientras que hoy los países industriales procuran restringir en lo posible la importación de cereales estableciendo derechos protectores, Atenas procuraba por todos sus medios diplomáticos y guerreros hacer más segura y abundante la importación. Demóstenes, *in Lept.*, 29 y sig., aplaude como una obra meritoria de Leucón, que era árbitro de Crimea, el privilegio que concedió á los mercaderes atenienses de exportar cuanto grano quisiesen sin pagar ningún derecho, lo que suponía una dádiva de 13.000 medimnos al año, es decir, menos de 7.000 hectólitros por año. Y esta dádiva parecía magnífica á Demóstenes. Los atenienses, en su época de mayor grandeza, tuvieron la ambición de convertirse en dueños del mar Negro, y sobre todo del Bósforo, para poderse reservar la exportación del trigo y cederla á quien mejor les pareciese, mediante ciertas condiciones. Boek, *P. A.*, 124; Demóst., *de Cor.*, 87; *C. I. A.*, I, 40. Poseemos numerosos decretos dictados en honor de los reyes de Egipto que concedieron el derecho de exportar trigo.

Estos hechos no pueden explicarse sin admitir que el trigo no se transportaba ni vendía fácilmente fuera del mercado local. Excepto algunos países en que la población era escasa y la tierra fertilísima, como Crimea, y de otros donde, al contrario, la población era densa, pero sobria, y la tierra de extraordinaria fertilidad, como Egipto, en los demás puntos las cosechas apenas proveían á las necesidades; y por consecuencia, se dudaba mucho en exportar, y con frecuencia se prohibía la exportación. La producción del trigo, pues, ni aun en tiempos normales era muy considerable. Además, los gastos y los riesgos para el transporte de las mercaderías eran grandes en la antigüedad, aunque se realizase por mar. Dependía esto de la escasez del capital y del interés muy subido, de la pequeñez y lentitud de los barcos, de las tempestades, de las frecuentes guerras, de los piratas, de la mala fe, de la barbarie. Estos gastos y peligros aumentaban cuando los transportes eran por tierra. En tales condiciones, el comercio no aspiraba á realizar numerosas operaciones; más bien tendía á ganar mucho en cada operación: prefería transportar mercaderías de poco volumen, cuyo precio fuese escaso en el país

donde se adquirían y muy alto en los países donde se vendían, para poder alcanzar grandes beneficios con pequeños transportes. Tal es la razón—como se ha observado frecuentemente—porque los pueblos antiguos apenas cambiaron entre sí más que objetos de lujo, esto es, objetos cuyo consumo era muy restringido y cuyos precios podían aumentarse, pues se vendían á personas ricas. Además, como en las costas del Mediterráneo había algunos pueblos civilizados entre otros muchos bárbaros, y el valor de las cosas está en razón directa de la civilización, ocurría que muchos objetos, aunque no fuesen de lujo, como la fruta seca, la lana, la miel, los perfumes, se vendían á vil precio en un país muy pobre y bárbaro, y á subido precio en un país rico y civilizado; así, pues, se realizaba el comercio de estos objetos. En una palabra, el comercio se hacía de tal suerte que el cargamento de un navío ó de una caravana pudiese proporcionar siempre la ganancia de una cantidad considerable, compensando así los gastos del viaje, el interés del capital y los grandes riesgos que el mercader había corrido. Pero los cereales son una mercancía que ocupa mucho espacio y cuyo transporte resulta caro: ocurría, pues, que los particulares no tenían interés en conducir á otro país el trigo extranjero, ni siquiera comprado á bajo precio, si no era en épocas de mucha carestía, y á condición de sólo transportar una pequeña cantidad, que atenuaba algo, pero que no anulaba el hambre. Si los mercaderes hubieran importado una cantidad bastante considerable para rebajar en mucho los precios, ya no hubiesen realizado una ganancia suficiente para compensar los enormes gastos de una mercancía que tanto llenaba y tan grandes riesgos les hacía correr. En otros términos, el comercio privado de los cereales se convertía entonces en un tráfico sobre las hambres locales y parciales; no era como hoy un medio continuo de distribuir á todos los países su provisión y de igualar los precios, de suerte que no se eleven ó desciendan demasiado en ningún país. Confírmanos lo dicho Jenofonte, *Econ.*, XX, 27, 28, el cual nos dice expresamente que los mercaderes de trigo traficaban con el hambre vendiendo de un país para otro, y por Demóstenes, que en el discurso *in Dionys.*, 7-11, describe una especie de curiosísimo *trust* formado por muchos mercaderes para explotar todas las hambres que sobrevenían en los países mediterráneos, transportando un poco de trigo de los países donde estaba á bajo precio á los que padecían

de escasez, y beneficiándose con la gran diferencia de precio. De haber sido internacional el comercio del grano, no se hubiese especulado sobre el alza en el espacio, sino en el tiempo, como hoy se hace: ahora se trafica, no precisamente adquiriendo en los países donde hay abundancia, sino acechando el momento en que el precio está bajo para revender cuando está alto. Además, como los mercados locales y restringidos son muy variables, los negociantes corrían entonces grandes riesgos, como nos lo atestigua Demóstenes, *in Zenothemidem*, 25.

He insistido sobre lo que era este comercio en el Ática, porque abundan los documentos; pero las condiciones de la civilización antigua persistieron idénticas en este punto, y las anteriores consideraciones se aplican también á Roma é Italia. Si en el quinto y cuarto siglos antes de Cristo, los trigos del Ponto y de Egipto no podían ser transportados sin un subsidio del Estado ó de los ricos negociantes—que espontáneamente ó constreñidos por la ley asumían parte de los gastos—á Atenas, situada, por así decirlo, en el mar, y que era á la sazón una gran ciudad opulenta, ¿cómo dos siglos después hubiera podido venderse el trigo de Egipto en el interior de Italia, en la Galia cispadana y en las ciudades situadas en lo más alto de los Apeninos? Transportado tan lejos, el trigo hubiese alcanzado tal precio, que de ninguna manera podría competir con el trigo indígena: los gastos de transporte y los intereses del mercader, protegían el cultivo del trigo indígena mejor que los derechos protectores de nuestros días: en puridad, lo protegían tan bien y hacían tan difícil la importación del trigo, que, en Roma al menos, se tuvo que recurrir á medios artificiales análogos á los empleados en Atenas para estimular la importación. Las adquisiciones hechas á expensas del Estado, las distribuciones gratuítas de los particulares generosos, son medios del mismo linaje y sugeridos por las mismas necesidades, á los que hemos visto emplearse en Atenas. Cuando Roma adquirió importancia y la población se agrupó en torno de las siete colinas, el precio de los cereales aumentó rápidamente á medida que fué necesario abastecerse en una zona más vasta, precisamente porque los gastos del transporte aumentaban y era más difícil hacer llegar á Roma la gran cantidad de trigo necesaria para ocurrir á una población tan numerosa. Los europeos y los americanos del XIX y XX siglos están tan habituados á ver inmensas metrópolis que cuentan con millones de hombres abas-

tecidos regularmente por el comercio privado, que llegan á pensar que se trata de una condición natural de las cosas. Al contrario, esta regularidad de los abastecimientos es uno de los progresos más maravillosos y recientes de la civilización, que ha sido posible por el invento de los ferrocarriles y de los barcos de vapor, por la poderosa organización de la industria y del comercio modernos, por la difusión de los hábitos de trabajo, por el enorme aumento de la riqueza. En la antigüedad era difícil abastecer una ciudad de 100.000 habitantes. Esto explica por qué las ciudades antiguas solían ser muy pequeñas; y esto también nos obliga á no creer muy fácilmente las altas cifras que suelen asignarse á la población de esas ciudades, y esto igualmente explica cómo en un país enriquecido por el comercio y por la industria, como el Ática, ó por la usura, por la importación de los capitales y por las conquistas, como Italia, y donde la población abandonaba con gusto los campos para aglomerarse en las ciudades, la dificultad de los abastecimientos se convertía en una importantísima cuestión política. Era un problema vital para el Estado poder aprovisionarse en los países donde había todos los años cierta superabundancia de trigo; y para esto era necesario que conservase buenas relaciones diplomáticas con estos países ó que los conquistase. Esto también explica cómo la expansión militar de los Estados en la antigüedad dependía, en parte, de la posesión de regiones abundantes en trigos. Roma pudo enviar ejércitos á todas las regiones del Mediterráneo cuando hubo conquistado á Sicilia, Cerdeña, España, y establecido relaciones diplomáticas muy seguras con Egipto, es decir, cuando dispuso de inmensos graneros dispuestos á abrirse cuando lo pidiese. Mitrídates pudo emprender su larga lucha contra Roma cuando hubo conquistado á la fértil Crimea. Un ejército numeroso es una ciudad móvil, una aglomeración artificial de gente que es preciso alimentar. Un país que apenas produjese el trigo necesario para sus necesidades, hubiese estado reducido á hambre perpetua en caso de tener que enviar á lo lejos parte de su trigo para dar de comer á sus ejércitos. Por estas razones me parece verosímil que César y Craso solicitaran en el 65 que se realizase la conquista de Egipto, por ser Egipto el granero más rico del Mediterráneo. Esperaban que la idea la acogería el pueblo, que siempre tiene miedo del hambre, con el mismo entusiasmo que cuando Pompeyo venció á los piratas.

Como no es posible admitir que la agricultura italiana, á contar del año 150 antes de Cristo, quedase arruinada por la competencia de los trigos extranjeros, supongo que el aumento en el coste de la vida fué causa de esta crisis. Es una suposición, pues carecemos de datos para probarlo; pero suposición que me parece verosímil. Los historiadores de la antigüedad refieren de mil maneras diferentes el aumento del lujo en Italia al terminar la segunda guerra púnica, y Plinio nos ha conservado sobre esto ejemplos significativos que he citado en el curso de mi relato. Este aumento del lujo, que sólo es un aumento en la intensidad de la vida por la imitación de una civilización más refinada, es suficiente para explicar la crisis en un país que era muy pobre. Hechos análogos son frecuentísimos en la historia. Por ejemplo, la crisis económica de que Italia ha sufrido en los últimos veinte años procede del aumento de los gastos ocasionados por la introducción de la civilización industrial anglo-francesa en la sociedad agrícola que había durado hasta el año 1848. ¿No se ha producido el mismo hecho en Rusia después de 1863? Un fenómeno del mismo linaje, aunque menos extenso, tuvo que producirse entonces en Italia. La civilización griega y oriental, más voluptuosa y cara, aportó al ingresar en la antigua Italia rústica y pobre una descomposición, no sólo moral, sino económica en las clases sociales, arruinando la antigua base de las fortunas. Pero, este es un grave y vasto problema que me propongo examinar detalladamente en un estudio especial.

B

Cronología de las guerras de Lúculo.

(PÁGINA 182 DEL PRIMER VOLUMEN)

Hasta Reinach se había admitido siempre que la guerra por la conquista de Bitinia comenzó en la primavera del 74. Tal es también la opinión de Mommsen, *R. G.*, III, 55 y sig. Al contrario, admitiendo Reinach que Nicomedes murió á fines del 74, hace comenzar la guerra en el 73 (*M. E.*, 321, n. 1); y su opinión la ha seguido Iürgens, *De Sallustii historiarum reliquiis*, Gotinga, 1892. Y al contrario, más recientemente, Maurenbrecher, *Sallusti historiarum reliquiæ*, Leipzig, 1893; y Bernhardt, *Chronologie der Mithridatischen Kriege*, Marburgo, 1896, han vuelto á la antigua cronología.

He estudiado detenidamente este punto y me parece imposible la rectificación de Reinach. — Cic., *pro Mur.*, xv, 33; Liv. P., 93; Eutrop., vi, 6 y App. *Mit.*, 72, dicen al hablar de Lúculo y de Cota ó de Lúculo sólo, que fueron enviados los cónsules para dirigir la guerra. Me parece muy aventurado decir que todos han escrito cónsules en vez de procónsules. Verdad es que Cicerón ha dicho (*Acad. prior.*, II, 1, 1: *Consulatum ita (Lucullus) gessit ut... admirarentur omnes; post ad Mithridaticum bellum missus a senatu...* Pero Lúculo pasó en Roma como cónsul cuatro ó cinco meses por lo menos, y Cicerón alude evidentemente á esos meses. Tampoco la frase de Veleyo, II, 23, *L. Lucullus... ex consulatu sortitus Asiam*, puede invocarse en apoyo de esta opinión. Veleyo resume en una frase incidental, relacionada por un *qui* al nombre de Lúculo, la historia de la guerra y comete varios errores en este resumen rápido y confuso: atribuye á Lúculo la provincia de Asia en vez de la de Cilicia; cita la victoria de

Cicico — la primera obtenida por Lúculo — tras de las derrotas infligidas á Mitrídates, que corresponden á las siguientes campañas. Esto prueba que Veleyo conocía mal la historia de estas complicadas guerras, que resume á grandes líneas; y si se engaña cuando indica la provincia y cuando enumera los sucesos memorables, también ha podido engañarse al indicar el cargo de que Lúculo estaba investido cuando fué á Asia. Su autoridad no puede prevalecer sobre la de Eutropio, de Appiano, de Tito Livio, y sobre todo de Cicerón.

Sin citar otros argumentos extraídos de los textos y que pueden encontrarse en el estudio de Bernhardt, creo que también puede llegarse á una conclusión definitiva sobre este punto, por otro medio: quiero decir, estudiando la historia de esta guerra y sus numerosos puntos obscuros. Conocemos esta guerra gracias á dos fuentes principales: Plutarco, que en la vida de Lúculo ha resumido sin duda á Salustio, y Appiano, que en las guerras de Mitrídates siguió indudablemente un relato menos bueno que el de Salustio (¿Nicolás de Damasco?). Ambos, sin embargo, están llenos de obscuridad y de incertidumbre. ¿De qué procede esta obscuridad? De lo siguiente: que deseando concentrar el relato de un episodio bastante complicado, han resumido ó desdeñado completamente un hecho esencial: es decir, que Mitrídates invadió á Bitinia y á Asia (no discutamos el extremo de si fué en el 74 ó en el 73) pero — y esto es lo esencial — de improviso, y *cuando Cota y Lúculo aún estaban en Italia;* cuando la muerte de Octavio dejó vacante el gobierno de Cilicia y sólo estaban en Asia las dos legiones de Fimbria al mando de un simple propretor. Creo que la confusión de los dos relatos antiguos y los de numerosos historiadores modernos, y aún el del mismo Reinach, procede de que ni unos ni otros han observado este hecho: que la historia del primer año de la guerra presenta muchas dificultades insolubles. Si Cota había ya ocupado á Bitinia con un ejército antes de invadirla Mitrídates, ¿cómo es posible explicar que, á excepción de Calcedonia, ninguna otra ciudad de Bitinia resistiese? Seguramente que Cota hubiese destinado una guarnición á Nicomedia cuando menos, por ser ésta la capital y donde estaban los tesoros del rey; y en Nicomedia al menos se hubiese intentado la resistencia contra Mitrídates. Si Lúculo hubiese estado en Asia con cinco legiones cuando Mitrídates la invadió, los alistamientos hechos por César que estudiaba en Rodas (Suetonio, *César*, 4) resultarían una fanfarronada

ridícula y criminal, de la que Lúculo hubiera podido demandarle cuenta: y al contrario, conviértense en una medida razonable, aunque inútil, admitiendo que la invasión ocurrió de improviso y cuando en Asia sólo había las dos legiones de Fimbria al mando de un propretor; y admitiendo que las clases ricas temieron una nueva revolución, y que, probablemente, todas las ciudades pensaron en defenderse como les fuera posible. Además, sabemos que Lúculo, apenas se trató en Roma de la guerra, deseó el gobierno de Cilicia para intentar al través de Capadocia la invasión del Ponto (Plut., *Luc.*, 6); pero cuando obtuvo á Cilicia, en vez de dirigirse á la provincia, desembarcó en Asia, donde aún carecía de autoridad, no obstante lo que afirma Reinach, *M. E.*, 321, n. 1 (véase Lange, *R. A.*, III, 201).

Lúculo, pues, cambió su plan de guerra. ¿Qué razón podría encontrarse á este cambio, si no es que Mitrídates había invadido entretanto el Asia y que, en lugar de entrar en el territorio enemigo, como fué su primera idea, tuvo que defender el suyo? Pero la prueba decisiva de todo esto la encuentro en el hecho de que el mando se distribuyó entre Cota y Lúculo y en el decreto que instituyó este reparto, decreto que felizmente nos ha conservado Cic., *pro Mur.*, 15, 33: *ut alter Mithridatem persequeretur, alter Bithyniam tueretur.* Es absurdo suponer que el Senado dictase un decreto semejante cuando Mitrídates aún estaba en el Ponto, cuando no se sabía qué partido iba á adoptar y todos creían en Roma que podría hacérsele una guerra ofensiva. ¿Á qué enviar á Cota para defender Bitinia y la Propóntide que nadie amenazaba? ¿Á qué encargar á Lúculo de *perseguir á Mitrídates*, expresión que indica claramente un enemigo que ya opera? En cambio, esta decisión resulta razonable admitiendo que se adoptó cuando el Senado supo que Bitinia y Asia fueron invadidas por dos ejércitos. El Senado envió á Cota para que procurase reconquistar á Bitinia, y á Lúculo para combatir al ejército que estaba en Asia. Esto también nos explica cómo Lúculo desembarcó en Asia. Y, en fin, ¿cómo se explicaría que Lúculo, apenas llegado á Asia, y sin gozar de un poder legal decretase algunos alivios financieros para los asiáticos, si Mitrídates ya no estaba en Asia, y si al general no le pareció urgente el calmar el descontento de las poblaciones antes de dirigirse hacia el Norte, donde estaba el ejército del Ponto? En fin, nuestra suposición permite explicar

claramente toda la historia de las intrigas que precedieron al nombramiento de Lúculo y que en Plutarco es un enigma. Lúculo tuvo que intrigar primeramente y hasta realizar algunas gestiones cerca de Precia y de Lucio Quintio para obtener el proconsulado de Cilicia; pero cuando se supo que Mitrídates había invadido á Bitinia y Asia y que se temía una aventura semejante á la del 88, se reconoció que no podía dejarse la responsabilidad de una guerra como aquélla á un propretor que sólo disponía de dos legiones, y á Cilicia sin gobernador, y se quiso enviar á cualquier precio — aún adoptando una medida extraordinaria como la tomada cuando Pompeyo fué á España — un hombre capaz de hacer frente al enemigo. Para esto no había otro como Lúculo. No sólo era cónsul, también gozaba de gran reputación militar. Conocía á Oriente, donde ya había luchado con mucha honra contra Mitrídates. Ante el peligro, fueron desechados los demás competidores: para contentarlos se les dió mandos subalternos.

Mitrídates, pues, invadió á Asia y Bitinia en la primavera que siguió á la muerte de Nicomedes, y cuando Roma aún no había preparado nada para la guerra. ¿Fué en la primavera del 74 ó del 73? Según mi opinión, en la primavera del año 74, indudablemente. Lucio Octavio fué procónsul en Cilicia el 74. Si la guerra estalla en el 73, el gobierno de Cilicia lo hubiera ocupado el sucesor ordinario y no hubiese quedado vacante de un modo extraordinario, lo que tan gran temor inspiró. Además, Lúculo hubiese estado ya en su provincia de la Galia y no en Roma. Examinando el relato de Plutarco no sólo se ve que las intrigas por el mando de Oriente tuvieron lugar cuando Lúculo y Cota eran cónsules en Roma; pero también que la cosa es verosímil en sí misma. Si Lúculo, que ya debía ser procónsul en la Galia, continuó en Roma para obtener el proconsulado de Bitinia, y no ya para reemplazar á un procónsul muerto, sino al gobernador nombrado, de fijo que lo sabríamos, hasta tal punto el procedimiento hubiese sido insólito é ilegal. Más sencillo es referirse á Cicerón, el cuál nos dice muy claro que los *cónsules* Lúculo y Cota fueron enviados á la guerra. Esto no era muy frecuente, pero tampoco tan raro como se figura Reinach. Cuanto á la fecha de la muerte de Nicomedes, el argumento de los tetradacmas de Bitinia acuñados en el año 224 de la era de Bitinia, que comienza en el mes de Octubre del año 74, de que se sirve Reinach, *M. E.*, 318, n. 2, para demostrar

que Nicomedes murió á fines del año 74, ya ha sido refutado por Maurenbrecher. No es absurdo suponer que aún después de la muerte de Nicomedes, en el desorden político que siguió á la anexión, se siguiera acuñando monedas antiguas; sobre todo si, como dice Maurenbrecher, estas monedas no ostentaban la efigie del rey que acababa de morir, sino la de su padre Nicomedes II (*S. H. R.*, pág. 228).

He admitido que en la primera invasión, Mitrídates acompañaba al cuerpo de ejército que entró en Asia y no al que invadió á Bitinia, sustentándome principalmente en Plutarco, *Sert.*, 24; este texto se refiere sin duda á la primera invasión, y da demasiados detalles para que pueda dudarse de su veracidad. Además, no es sorprendente que Mitrídates, deseando que Asia se rebelase, haya querido demostrar con su presencia cerca de Marco Mario, que la insurrección no significaba una ruptura con Roma; y por consecuencia excitar á la revolución los grupos menos audaces y más favorables á Roma. Esta suposición conduce á otra, aunque menos fundada: á saber, que los dos generales, Taxilo y Hermócrates de que habla Appiano, *Mit.*, 71, fueron enviados á Bitinia. Pero Eutropio, VI, 6 y App., *Mit.*, 70, dicen que Cota fué vencido por Mitrídates en Calcedonia. Esto me ha inducido á suponer que, cuando Mitrídates supo que Cota iba con una flota á Calcedonia, abandonó el ejército de Asia, y marchó en persona á tomar el mando del de Bitinia para conducirlo al sitio de Calcedonia. La presencia de una flota romana en este punto podía perjudicar grandemente á todo el ejército del Ponto; Mitrídates tenía tanta más prisa de vencer á Cota, porque el gobierno revolucionario realizaba pocos progresos en Asia, y por eso fué á dirigir personalmente las operaciones contra Cota. Así incurría en el mismo error que los romanos, distribuyendo sus fuerzas para perseguir un doble objetivo; pero la imprudencia de Cota fué causa de que este error se convirtiese en una ventaja para Mitrídates; pues tuvo tiempo de infligirle una derrota, y de volver — probablemente con parte de las tropas que sitiaban á Calcedonia — para marchar contra Lúculo que avanzaba luego de reorganizar su ejército.

Podría objetarse que si Mitrídates invadió á Asia cuando Cota y Lúculo aún estaban en Italia, sólo tuvo que luchar en Asia, durante tres meses cuando menos, con fuerzas poco importantes. ¿Por qué no se aprovechó para apoderarse de gran parte de la provincia? ¿Por qué siguió en el Norte? La razón hay que buscarla sin duda en la

actitud de las ciudades asiáticas. Sólo un escaso número — y aún entre las menos importantes — adoptó el partido del invasor; las otras, atemorizadas por el recuerdo de la revolución precedente, que tan miserablemente había fracasado y tan duro hubo de expiarse, vigiladas por los emigrados romanos y por las clases ricas, que ahora no se dejaron engañar tan aturdidamente, esas ciudades no se movieron. Por la escasez de los aprovisionamientos hubiese sido imprudente aventurarse en el corazón de un país enemigo y malgastar en los asedios las fuerzas que Mitrídates deseaba conservar íntegras para medirse con el ejército romano que venía en su busca.

C

Craso, Pompeyo y César, del 70 al 60 antes de Cristo.

(PÁGINA 288 DEL PRIMER VOLUMEN)

Las relaciones entre Craso y Pompeyo durante los diez años circulados entre el consulado de César, son de gran importancia para explicar los acontecimientos de esta época; pero los relatos de los historiadores de la antigüedad son tan confusos é incompletos, que creo necesario añadir algunas notas para explicar á consecuencia de qué conjeturas me he visto obligado á exponerlos en la forma que lo he hecho.

Luego de haber admitido — como ya he dicho, exponiendo las razones — que Pompeyo y Craso estaban reñidos cuando dejaron el consulado, he supuesto que la primer causa de este odio eran las intrigas de Craso, que logró hacer fracasar las ambiciones de Pompeyo, acechando ya la sucesión de Lúculo. Para explicar todo lo que siguió, es tan natural y necesario suponer que Pompeyo tenía ya esta ambición, que el mismo Mommsen, *R. G.*, III, 106, lo ha supuesto, pero explica la renuncia de esta idea porque en el 70 parecía terminada la guerra contra Mitrídates. Al contrario, me parece más verosímil que Pompeyo renunció á esta idea porque Craso le obligó. En realidad, era fácil colegir, aún en el 70, que de la guerra contra Mitrídates nacería la guerra de Armenia. Además, este odio entre ambos rivales, que se vió renacer tras la reconciliación del mes de Enero del 70, y por cosas que se relacionaban con el consulado, tuvo que inspirarlo graves motivos y no meras diferencias personales, para ser tan encarnizado y largo, que hizo correr grandes riesgos al partido popular. Ahora bien, ¿qué motivo más serio y probable

puede concebirse que el de un choque de ambiciones para obtener mandos proconsulares extraordinarios? En fin, con la conjetura que propongo, explícase fácilmente el pasaje de Veleyo Patérculo, II, 31, donde se dice que Pompeyo cónsul juró *se in nullam provinciam ex eo magistratu iturum*, declaración pública que no se hizo sin motivo. ¿No es verosímil suponer que Craso, ayudado por los conservadores, difundiese algunas calumnias sobre las ambiciones de Pompeyo? Por ejemplo, ¿qué hiciese circular el rumor de que deseaba ir á Oriente para convertirse en seguida en árbitro de todo el imperio, como Sila (en efecto, se le atribuyó esta ambición hasta su regreso de Oriente), y que Pompeyo, cansado de estas calumnias, irritado de las dificultades que encontraba, hiciese esta declaración desdeñosa? No puedo concebir otra ocasión ni motivo para esta declaración. Además, no me parece posible que Pompeyo continuase en Roma después de su consulado si no es contra su voluntad, y su actitud desdeñosa y reservada, el odio que manifestó contra Craso, parecen indicar que fué éste quien le obligó á permanecer en la vida privada.

Esta hipótesis está confirmada por la actitud que Craso observó en seguida. Durante los años 69 y 68, mientras que Pompeyo intrigaba en secreto contra Lúculo, y que aparentemente se confinaba en los placeres de la vida privada, Craso se ocupó tranquilamente en sus negocios, absteniéndose de la política: ni siquiera da señales de vida en el 67, cuando Pompeyo fué enviado para combatir á los corsarios. Pero, al obtener Pompeyo después del 66 la sucesión de Lúculo, Craso reapareció de improviso y, con ambición tan inquieta y temeraria, que difícilmente podía reconocerse al prudente banquero de los años anteriores. Bruscamente, con gran escándalo de los conservadores, quiso inducir al Senado á declarar que se realizaría la conquista de Egipto, país amigo y aliado desde mucho antes (Plut., *Craso*, 13). Verdad es que Suetonio (*César*, 11), dice que César ambicionaba este mando; pero creo que en este caso, toca la razón á Plutarco, pues César, que apenas acababa de ser electo edil, y tenía tantas deudas y tan poca autoridad, apenas podía abrigar tan gran ambición. Y como sabemos que César estuvo por estos años al servicio de Craso y fué su más activo lugarteniente, es probable que Suetonio haya traducido la propaganda de César en favor de Craso por ambición personal. Craso, pues, sintió súbitamente el deseo de cosechar extraordinarios trofeos militares. Además, él, tan rico, tan

prudente, tan propenso por temperamento y por interés á las ideas conservadoras — y en todo caso tan reservado hasta entonces — se lanzó á la lucha entre el partido popular y los conservadores, haciéndose demagogo, sin duda para obtener el mando de la guerra de Egipto: propuso que se concediese el derecho de ciudad á los transpadanos, tomó parte más ó menos grande en la conjuración del 65; gastó dinero para que Catilina pudiese llegar al consulado en el 63.

Si no quiere explicarse este cambio como un caso de enajenación mental, debió tener una causa exterior. Y esta causa, en mi sentir, consiste en que el envío de Pompeyo á Oriente tuvo que ser un grave fracaso personal para Craso. Probablemente se envanecía de haber hecho fracasar á Pompeyo en la sucesión de Lúculo; y este éxito acrecentó desmesuradamente la reputación de Craso. ¡Pero, he aquí que Pompeyo se desquitaba! La antigua rivalidad renacía; Craso quiso compensaciones y un cargo extraordinario que le colocase sobre Pompeyo. Si las cosas hubiesen ocurrido de otro modo, si Pompeyo, en vez de ser constreñido por Craso el año 70 hubiese renunciado espontáneamente á la provincia, todo esto resultaría casi inexplicable.

¿Qué parte tomó Craso en la conjuración del 66? Todas las hipótesis son posibles, porque no existen documentos directos ni documentos que puedan contrastarse. Aunque Dión 36, 42, y Salustio, *C. C.*, 18, no citan á Craso ent e los autores de la conjuración; aunque Suetonio, *César*, 9, y Asconio, *in toga candida*, escriben á propósito de la participación de Craso, que se trataba de un rumor dudoso, creo que Craso y César estaban en el secreto. No puede explicarse de otro modo — como ha observado muy bien John — la actitud tan indulgente del Senado. Si el Senado y los cónsules sólo se hubiesen encontrado en presencia de Antonio, de Sila y de Pisón, les hubiesen hecho perecer, tanto más, porque el proceso seguido contra Sila tres años después, demuestra que el deseo de vengarse no faltó á los hombres amenazados. En cambio los redimieron de pena y hasta los recompensaron. ¿Cómo explicar esta conducta sin admitir que detrás de ellos estaba un hombre mucho más poderoso; el hombre tan poderoso y que en esta época se muestra agitado por tantas ambiciones, y que, aun en el relato de Salustio, aparece como el autor de los honores decretados para Pisón en pago de su conjura? Pero ¿cuál fué la causa porque Craso trabajó para que se concediese

esa misión á Pisón? Esta pregunta implica otra: ¿por qué tomó Craso parte en la conjuración? Digo que *tomó parte*, porque en contra de lo que supone John, me parece verosímil que no fué tramada por Craso, sino más bien que excitó á los promotores, que fueron sin duda los dos cónsules. El rumor referido por Suetonio, según el cual Craso hubiese querido que le nombrasen dictador con César como *magister equitum*, me parece infundado. Careciendo Craso de ejército en el 65 ¿de qué le hubiese servido el ser dictador para calmar su odio contra Pompeyo y para alcanzar el fin de una ambición más grande? Sila pudo ser árbitro de Italia durante varios años; pero no en virtud del nombre de dictador que se le había concedido, sino por el ejército que había llevado de Asia. Aún admitiendo que Craso, para defenderse contra los posibles ataques de Pompeyo á su regreso, ó para aplastarle si era preciso, hubiese ambicionado entonces un poder dictatorial como el de Sila; era preciso que apercibiese un ejército: y esto sólo podía conseguirlo en una guerra. Paréceme, pues, más verosímil que, ayudando á Sila y Antonio para reconquistar el consulado, haya querido tener adictos los cónsules, lo que le serviría para obtener más fácilmente el mando de la guerra de Egipto. Habiendo fracasado la tentativa, procuró en el 65 que se concediese el derecho de ciudad á los transpadanos; luego suscitó una agitación popular sirviéndose de César, que en su calidad de edil ofreció juegos públicos pagados sin duda por Craso. Habiendo fracasado estas dos tentativas, este hombre obstinado, volvió á su idea de que se eligiesen como cónsules á dos de sus amigos, entendiéndose con Catilina y Antonio. El malogro de esta tentativa y luego la tormenta de la conjuración aventan sus proyectos, y Craso renuncia definitivamente á sus ambiciosos designios. En suma, creo como Mommsen, *R. G.*, III, 172 y sig., que la conquista de Egipto y la misión de realizarla ambicionada por Craso fué el fin supremo de todas estas agitaciones, por medio de las cuales Craso intentaba desquitarse del desquite de Pompeyo. Consecuentemente, el envío á España de Pisón no pudo estar determinado por proyectos revolucionarios, pues el gobierno de España apenas hubiese sido útil para alcanzar el verdadero objetivo, esto es, la conquista de Egipto; pero al mismo tiempo fué una afrenta hecha á Pompeyo del que Pisón era enemigo, y una orgullosa satisfacción personal para Craso, una ostentación de poder que quiso hacer ante Roma, y un recurso para po-

ner definitivo remate á los rumores que circulaban sobre la parte que había tomado en la conjuración. En cambio, el papel de Sicio sigue inexplicable. En vano he intentado hacer una suposición que lo explicase de una manera satisfactoria.

Aún tengo que justificar mi exposición de las relaciones entre Craso y César durante la ausencia de Pompeyo. Mommsen, que sigue á John, supone que César y Craso se unieron para procurarse un ejército que oponer al de Pompeyo, realizando la conquista de Egipto y enviando Pisón á España. Pero á esta teoría puede hacerse una objeción que parece decisiva; y es que César, á diferencia de Craso, no tenía motivo para temer ni odiar á Pompeyo, con quien sostenía amistosas relaciones. César contribuyó á que se aprobase á principios del año 66 la ley de Manilio: ¿por qué razón á fines del mismo año, cuándo Pompeyo aún no había vencido definitivamente á Mitrídates, iba á tener que defenderse contra los efectos de la ley que diez meses antes había hecho aprobar? Su actitud sería de una incoherencia absurda. Además, los progresos del poder de Pompeyo debilitando á la bandería conservadora é inspirando más confianza al partido popular, eran útiles á César, que apenas era entonces edil, y ni siquiera podía rivalizar con Pompeyo para obtener el primer puesto en Roma. Por su parte, Pompeyo no tenía ningún motivo para desconfiar de César, mucho menos poderoso, pobre, á quien probablemente había prestado dinero, al que ya le había hecho grandes servicios y podía hacerle otros. Sin embargo, si ayudando á Craso, César corría el riesgo de molestar á Pompeyo, de quien le convenía ser lo más amigo posible, para ello debía tener alguna razón muy seria; y yo no concibo otra que la razón del dinero. Cargado de deudas, César se encontraba entonces muy apurado: pruébalo la oferta de Cátulo en la elección de pontífice y la confiscación de los bagajes cuando marchó á España; induce también á suponerlo reparando en la crisis porque atravesaba Italia, en la escasez del dinero, que es causa de todos los trastornos políticos de esta época, y que hacía más difícil la renovación de los créditos. Á pesar de esto, César tenía que seguir gastando con su profusión ordinaria y hacer además extraordinarios durante su edilidad. Por otra parte, sabemos que Craso dió dinero á César. La conclusión sacada de estos hechos me parece verosímil y está confirmada por otra consideración: que César procuró evidentemente que su celo por secundar las ambicio-

nes de Craso no significasen enemistad por Pompeyo, de quien se esforzaba en seguir siendo amigo. Efectivamente, César sostuvo en el 63 una proposición presentada por uno de sus más adictos partidarios, Labieno, concediéndole honores extraordinarios por haber terminado la guerra contra Mitrídates; en el 62 propuso personalmente nuevos honores, y se unió para hacer la guerra á los conservadores, con Q. Metelo Nepote, partidario de Pompeyo y autor de la proposición para que volviese éste á Italia. Aún admitiendo que el fracaso de las intrigas de Craso estimulase esta celosa renovación de su amistad con Pompeyo, ¿cómo podía César sostener esas proposiciones y unirse con Metelo si en los dos años precedentes hubiese formado francamente entre los enemigos de Pompeyo? ¿Cómo hubiese podido César interponerse dos años antes como pacificador entre Craso y Pompeyo y poner término á la larga discordia, si no hubiese sido amigo de uno y otro? Es evidente que César fué durante este tiempo amigo de ambos, y así como había ayudado á Pompeyo para que obtuviese el mando de Asia, quería ayudar á Craso, que también era una personalidad, para obtener el mando de Egipto. Que Craso desease ese mando porque estaba celoso de Pompeyo era cosa que, aún contrariándole, no le importaba. ¡Pompeyo no podía por menos de reconocer la justicia y la lealtad de esta conducta!

Los que profesan el culto de los héroes considerarán como una blasfemia el atribuir un motivo tan mezquino y personal á una serie de actos que ejercieron inmensa influencia en la vida de César y que constituyen, por lo tanto, acontecimientos esenciales en la historia universal. Pero no resultará tan escandaloso para el que conozca un poco la vida y sepa que los actos más importantes, suelen realizarse precisamente porque se ignoran sus últimas consecuencias.

D

La guerra contra les helvecios y contra los suevos.

I

El relato del primer año del proconsulado de César (primer capítulo del segundo volumen) se aleja hasta tal punto de la tradición, que me parece necesario justificarlo con un examen crítico y circunstanciado de las fuentes. Tocamos aquí en uno de los puntos más obscuros é importantes de la historia de Roma. Trátase, en suma, de saber por qué César conquistó la Galia.

Sabemos con precisión que sólo fué en el decurso del año 61, es decir, apenas tres años antes del proconsulado de César, cuando el Senado empezó á ocuparse en los asuntos de la Galia. Su atención fué requerida por algunos incidentes que, por fortuna, podemos determinar con precisión, relacionando hechos cuyo nexo no se había advertido hasta ahora. Nos dice César *(B. G.*, I, 31), que un jefe eduo, Diviciaco, fué enviado á Roma como embajador, y Cicerón *(De div.*, I, 41, 90) nos hace saber que Diviciaco era un druida, á quien tuvo de huésped en Roma. Es, pues, muy probable que Diviciaco se aprovechase de la hospitalidad de Cicerón cuando llegó á Roma con la embajada de que habla César. ¿Pero en qué época y por qué razones fué Diviciano enviado á Roma como embajador del Senado eduo? Aunque César y Cicerón no hagan ninguna indicación cronológica, César nos ayuda indirectamente á determinar la época de la embajada comunicándonos *(B. G.*, I, 35) que en el año 61 (M. Messala, M. Pisone consulibus), el Senado dictó un decreto que, confirmando una vez más á los eduos el título de amigos y aliados del

pueblo romano, recomendaba al gobernador de la Narbonesa que los defendiese. ¿No iría Diviciaco á Roma en el 62 ó 61 para solicitar este decreto? La suposición me parece muy verosímil. Según los *Comentarios*, Diviciaco era entre los eduos el jefe del partido romanófilo; luego es natural que el gobierno eduo se valiese de él para entablar negociaciones con Roma. Cuanto á las razones por qué los eduos demandaban la ayuda de Roma, César *(B. G.*, I, 31) nos informa indirectamente, pero con suficiente claridad: los eduos quisieron ser ayudados por Roma en su guerra contra el rey de los suevos, Ariovisto.

Luego es muy probable que en el 62 ó en el 61, Diviciaco acudiese á Roma para exponer ante el Senado la triste situación de la Galia, denunciarle el «peligro germánico» que la amenazaba con el poder creciente de Ariovisto, y que volviese á la Galia después de obtener del Senado el decreto de que habla César. Este decreto autorizaba á los eduos para gestionar cerca de los gobernadores de la Galia narbonesa y cisalpina para obtener el apoyo de sus legiones contra Ariovisto. Pero en el año siguiente, el 60, ocurre una cosa singularísima: Ariovisto entabla negociaciones en Roma para ser declarado, como los eduos sus enemigos, amigo y aliado de Roma. Plinio *(H. N.*, II, 67, 170) nos refiere indirectamente este hecho, diciendo que Ariovisto hizo considerables regalos á Metelo, uno de los cónsules del año 60. Como sabemos que el año siguiente, el 59, César concedió como cónsul al rey de los suevos el título deseado, podemos suponer que los regalos hechos á Metelo estaban destinados á preparar el terreno para las negociaciones. El caso es raro. Sin duda la política exterior de Roma, abandonada á las banderías incompetentes del Senado, á las ambiciones, á los rencores, á las intrigas de los partidos, á los votos irreflexivos de los comicios, era sin duda en esta época muy contradictoria; pero por grandes que hayan sido la inconsecuencia y la ligereza de esta política, se resiste uno á creer que se llegase á declarar aliados y amigos de Roma á dos enemigos en guerra abierta. Á menos de suponer que todo el mundo se hubiese vuelto loco en Roma, esta doble alianza con los eduos y los suevos ni siquiera hubiese podido concebirse, si algún suceso no hubiese hecho cambiar la situación en la Galia persuadiendo á los romanos de que era posible y útil una atracción entre Ariovisto y los eduos. Luego podemos afirmar sin miedo de engañarnos que algo muy gra-

ve ocurrió en la Galia durante el decurso del año 61, para que la situación general pudiera modificarse hasta tal punto. En efecto, César nos refiere en los primeros capítulos de los *Comentarios* que en el año 61, uno de los pueblos más bárbaros y belicosos de la Galia, los helvecios, se dejó persuadir por uno de sus jefes, Orgetórix, para invadir la Galia y realizar su conquista. Y Cicerón, en una carta escrita á Ático el 15 de Marzo del 60, nos revela que á comienzos de este año ya preocupaban vivamente en Roma estos proyectos de los helvecios, y añade nuevos detalles sobre este movimiento: «Se teme una guerra en la Galia *(ad Att.*, I, XIX, 1). Es muy seguro que los helvecios han tomado las armas y que hacen incursiones en la provincia. El Senado ha decidido que los cónsules echen á la suerte las dos Galias, que se recluten soldados, que se suspendan las licencias, que se envíen embajadores á las naciones galas para separarlas de los helvecios». Cicerón, pues, parece temer una coalición de los pueblos galos en torno de los helvecios; y esta versión, aunque algo diferente, no contradice, sino que completa la de César. Antes de invadir la Galia querían los helvecios buscar apoyo y aliados en el país para fundar un gran imperio galo bajo su hegemonía militar. ¿Sería esta emigración de los helvecios el hecho que explica el cambio radical de la situación de que hemos hablado? Parece que la respuesta no puede ser dudosa. La invasión proyectada por los helvecios debía de asustar lo mismo á los eduos y á Ariovisto que á los romanos. Si los eduos, debilitados por sus mutuas luchas, corrían el riesgo de quedar aplastados por la coalición helvética, los romanos aún se acordaban demasiado vivamente de la terrible invasión de los cimbrios y teutones, en la que los helvecios habían tomado parte. ¿No intentarían repetirla cuando se encontrasen al frente de la Galia? Romanos, suevos y eduos, tenían, pues, interés en unirse contra el enemigo común.

Todo parece claro hasta aquí. Aunque poco inclinados á ocuparse en los asuntos galos, los políticos de Roma tuvieron que advertir al cabo que la invasión de los helvecios exigía medidas defensivas: el Senado pensó hacer cara á las eventualidades de la situación con el decreto de que habla Cicerón en su carta; y otros, como Metelo y César, iban á ocuparse en completar estas medidas por la alianza de Ariovisto con Roma, mediante la cual, ésta debía de obrar como conciliadora entre los suevos y los eduos. En suma, la amenaza de los helvecios hacía perder á la alianza de Roma y de los eduos su sen-

tido ofensivo para Ariovisto. Las primeras manifestaciones de esta política, que ocurrieron en el año 60, hiciéronse así muy claras. Alerta ya la atención pública, el espíritu «imperialista» dominante dió un giro muy distinto á la política puramente defensiva que el Senado se proponía seguir. Un grupo de políticos se propuso explotar esta política defensiva para determinar una guerra mayor que fuese una fuente de riqueza y de gloria, como las guerras de Lúculo y de Pompeyo en Oriente. Las luchas políticas desencadenadas en Roma por el regreso de Pompeyo estimularon sin duda en este momento las ambiciones de expansión por la Galia. Retrasada la aprobación de los actos de Pompeyo, todo quedaba suspenso en Oriente: los reyes creados por Pompeyo no sabían si realmente eran reyes; la nueva provincia de Siria ignoraba cuál sería su destino definitivo. Ahora bien, mientras que estos problemas no quedasen resueltos, Oriente permanecía cerrado á toda nueva empresa. Por ejemplo, ¿era posible pensar en la conquista de Persia, mientras no se hubiese ratificado la conquista de Siria? Los «imperialistas» de la época estaban, pues, obligados á no descuidar ninguna ocasión de guerra y de conquista que se ofreciese fuera, ni siquiera en un país tan bárbaro como la Galia. Cicerón, en otra carta á Ático (I, xx, 5), nos revela el nombre del primero que concibió la idea de aprovechar la emigración helvética para hacer la guerra en la Galia. Cosa curiosa, este hombre no fué César, que entonces se encontraba en España como propretor, sino el cónsul Quinto Metelo Céler, marido de la famosa Clodia, biznieto de Metelo el Macedónico. Cicerón escribió á Ático (I, xx, 5): «Tu amigo Metelo es un cónsul excelente. Sólo deploro que se muestre tan descontento cuando las noticias de la Galia hacen esperar que se conserve la paz. Verdaderamente tiene gran deseo de triunfar». Estas líneas nos revelan que en el año 60 había ya en Roma un gran partido que deseaba aprovecharse de la emigración de los helvecios, para realizar en la Galia la misma política belicosa que tan bien había triunfado en Oriente; y que otras personas de más cordura, desaprobaban estos proyectos. El cónsul Metelo, que ya había obtenido como provincia la Cisalpina, estaba al frente del partido belicoso; al contrario, Cicerón figuraba entre los amigos de la paz.

Todo, pues, induce á creer que las legiones romanas debían de atacar á los helvecios en la primavera del 59. Pero un suceso imprevisto alteró todos los cálculos de los políticos romanos. Á principios

del año murió Metelo de una manera tan imprevista y misteriosa que se acusó á su mujer de haberle envenenado; é inmediatamente, César, que era cónsul y también deseaba prepararse un proconsulado glorioso, adoptó su idea y su papel, é hizo que Vatinio propusiese á los comicios la ley que le concedía la Cisalpina por cinco años, á contar del día de la votación que, según parece, fué el 1.° de Marzo. Todos sus actos hasta el momento de partir para la Galia, en el mes de Marzo del 58, parecen explicarse muy bien suponiendo que, sobre los asuntos galos, profesaba las ideas corrientes en el mundo político de Roma, y los mismos proyectos que su antecesor. Si, como todo el mundo en Roma, temía que los helvecios pudiesen invadir la provincia ó la Galia de un momento á otro, compréndese por qué hizo que los comicios le autorizasen para tomar inmediatamente, aún durante el consulado, el mando de las legiones. Si tanto ó más que Metelo quería explotar la probable guerra contra los helvecios para obtener dinero y gloria en alguna aventura grandiosa, es natural que procurase conceder á Ariovisto el título de amigo y aliado del pueblo romano, para evitar una alianza entre los helvecios, tan temibles ya, y el poderoso rey de los suevos. Los helvecios no salieron de sus montañas durante todo el año 59, y César, que estaba empeñado en Roma en violentísimas luchas políticas, no pudo ocuparse de ellos. Pero, cuando á comienzos de la primavera del 58, supo que los helvecios iban á ponerse en marcha, se dió prisa en partir. Nada más natural. Si la gran invasión de la Galia iba á comenzar, era su estricto deber el adoptar todas las precauciones necesarias para defender la provincia, y, llegado el caso, defender á los eduos, como había dispuesto el decreto del Senado.

II

Hénos aquí llegados al momento en que comienza el relato de los *Comentarios*. Hasta el presente hemos podido explicarnos con facilidad la marcha de los acontecimientos. Todo parecía claro. Los helvecios, con su proyecto de fundar un gran imperio galo, obligaron al Senado á adoptar medidas defensivas, y éstas se transformaron en un plan de política agresiva, gracias á la influencia de la corriente expansionista que entonces dominaba, y por la acción de los intere-

ses ligados á la política de conquista. Si los resultados de nuestras investigaciones han sido tan satisfactorios hasta aquí, cuando sólo poseíamos informes aislados y poco numerosos, tendríamos que considerar más fácil nuestra tarea desde el momento en que podemos servirnos de los *Comentarios*, la historia de la guerra escrita por el mismo conquistador. Pero la decepción que nos espera es completa. El primer libro de los *Comentarios* va á poner otra vez en tela de juicio todo lo que hemos creído establecer hasta aquí como seguro ó muy probable, porque destruye la base de toda nuestra explicación. En efecto, nos demuestra que los helvecios no querían fundar de ninguna manera un gran imperio galo, y que el «peligro helvético» no existía. Examinemos rápidamente ese relato.

Después de su célebre esbozo geográfico y etnológico de la Galia, César consagra cuatro capítulos, del tercero al sexto, al movimiento de los hevecios. Pero si se leen atentamente sus explicaciones, se advierte con sorpresa que son muy poco claras, sin precisión, casi torpes; que contienen —y esto aún es más grave— curiosísimas contradicciones. César comienza refiriendo que uno de los grandes jefes helvecios, Orgetórix, había persuadido á la nobleza y al pueblo para invadir á la Galia y conquistarla; y que los helvecios se dejaron persuadir porque ya no querían vivir en un país cerrado por las montañas, y del que no podían salir con facilidad para atacar á los pueblos vecinos y satisfacer sus ímpetus guerreros. Y, en efecto, César ha dicho en el capítulo precedente que los helvecios andaban siempre á la mano, en guerras ofensivas ó defensivas, con sus vecinos, sobre todo, con los germanos; lo cual nos autorizaría para concluir que, aún en su antigua patria, no les faltaban ocasiones de guerrear. Por otra parte, la contradicción no es grave; y aún sin admitir que los helvecios padeciesen esa manía de guerrear que les atribuye César, puede comprenderse que sus jefes hayan concebido la idea de invadir la Galia y decidido como César dice algunas líneas más arriba—de concertar tratados de alianza con los pueblos vecinos, encargando á Orgetórix de negociarlos. César, pues, nos confirma en lo que Cicerón nos había hecho sospechar; esto es, que los helvecios, para realizar su proyecto, querían colocarse al frente de una coalición de pueblos galos. Pero sobre esta coalición podría esperarse en César, que escribió la historia de la conquista de la Galia, explicaciones más detalladas que las de Cicerón, el cual sólo habla de aqué-

lla en una carta confidencial dirigida á su amigo Ático. Al contrario, César no se detiene en este punto, que por lo demás resulta tan importante; y se apresura á referirnos (cap. III) que Orgetórix traicionó en las negociaciones la causa de la nobleza y del pueblo. En vez de negociar una alianza entre los tres pueblos persuadió á un jefe secuano, Cástic, y á un jefe eduo, Dumnórix, para obtener del poder supremo en sus naciones prometiendo ayudarles con sus helvecios; luego, al frente de los tres pueblos más poderosos de la Galia, se apoderarían de ésta. Pero este relato también es poco claro. ¡Sobre todo, el papel de Orgetórix resulta bien misterioso! Había propuesto á Cástic y á Dumnórix de ayudarles á derribar el gobierno legal de sus países *suis copiis suoque exercitu:* pero ¿cómo esperaba poner á disposición de sus amigos las fuerzas helvéticas? ¿Pensaba también dar un golpe de Estado en su patria? En efecto, César dice que Orgetórix *suæ civitatis imperium optenturus esset,* que «iba á apoderarse del poder supremo», frase bastante vaga, es cierto, pero que parece aludir á los proyectos del golpe de Estado. Refiere en seguida que, cuando se descubrieron las intrigas de Orgetórix, el poderoso jefe helvecio fué objeto de persecuciones judiciales, y que murió misteriosamente antes de discutirse su proceso. Pero ¿no es sorprendente que si Orgetórix se preparaba para dar un golpe de Estado en su país, se comprometiese al mismo tiempo á favorecer otros dos golpes de Estado, uno entre los eduos y otro entre los secuanos? En tal caso se comprendería mucho mejor que hubiese buscado el concurso de una potencia extranjera para apoderarse del poder supremo en Helvecia. Al contrario, ¿por qué—al menos de que fuese un loco—se complacía en aumentar los riesgos sin tener ninguna ventaja? En fin, una sola conclusión se desprende del examen de este tercer capítulo tan obscuro: y es que Cástic y Dumnórix han desempeñado en esta emigración de los helvecios un papel que César no ha conocido muy bien, ó no ha querido explicar con la necesaria claridad.

Luego de haber referido en el cuarto capítulo la muerte de Orgetórix, César recomienza la narración en el quinto capítulo con estas palabras: *Post ejus mortem nihilominus Helvetii id quod constituerant facere conantur.* «Á pesar de la muerte de Orgetórix los helvecios no abandonaron su empresa». César, pues, parece sorprendido de que el descubrimiento de las intrigas de Orgetórix y su muerte no

hayan contenido el movimiento de los helvecios. Ahora bien, esta sorpresa no está justificada por la narración que precede. La intriga de Orgetórix con Cástic y Dumnórix no es elemento esencial en el relato de César, sino una desviación del plan primitivo, y el mismo César nos dice que los helvecios habían realizado grandes preparativos. ¿Qué tiene, pues, de natural que descubierto y castigado el traidor, los nobles y el pueblo volviesen al plan primitivo, la invasión de la Galia? Luego es muy probable que César nos haya ocultado algo sobre esta misteriosa trama, que debía tener una importancia muy grande, pues César parece esperar de su descubrimiento el abandono de todo el plan convenido por Orgetórix y los jefes de los helvecios.

En suma, si el esbozo geográfico y etnológico de la Galia contenido en los dos primeros capítulos es de admirable claridad, los capítulos siguientes, que debían de explicarnos el movimiento de los helvecios, son harto obscuros. ¿Hay que atribuir esta obscuridad á la imposibilidad en que se encontraba César de conocer todos los detalles de los sucesos que habían ocurrido en la Galia antes de su llegada, parte de los cuales, negociaciones diplomáticas, cábalas de partidos, intrigas de bandería estaba destinada á permanecer secreta? Desgraciadamente, el relato no resulta más claro cuando César narra lo que él mismo ha hecho en la Galia, sus entrevistas y sus luchas con los misteriosos helvecios. Éstos, que para ir á la Galia no querían aventurarse en las gargantas del Jura meridional, enviaron á César en los comienzos de la primavera del año 58 algunos embajadores para solicitarle que les permitiese el paso por la provincia, dándole palabra de no causar ningún daño. César corta el puente de Ginebra, reune soldados, fortifica con la legión que había en la Narbonesa todos los puntos abordables de la orilla izquierda del Ródano, desde el Jura hasta la punta del lago Lemán, y rehusa la autorización demandada por los helvecios. Éstos, luego de hacer algunas tentativas — que César probablemente exagera — para vadear el río á viva fuerza, renuncian á pasar por la provincia, se dirigen á los secuanos, obtienen de ellos el permiso de atravesar su país, y vuelven á tomar el camino del Jura. César deja entonces su legión á Labieno, repasa los Alpes, llama á tres legiones que invernaban en Aquileya, recluta dos nuevas legiones, vuelve á la Galia con las cinco, por el monte de Ginebra y de Grenoble, y, devorando etapas,

marcha hacia la frontera septentrional de la provincia y del Ródano. Evidentemente ejecuta un vigoroso movimiento ofensivo contra los helvecios que, en este lapso de tiempo, habían llegado al Saona é invadían el territorio eduo. Pensamos que este movimiento ofensivo estaba proyectado bastante tiempo, es decir, desde que en Roma había comprendido bien la necesidad de rechazar sin demora esta invasión, que algún día podría ser peligrosa. Pero con gran sorpresa nuestra, César da otro motivo muy distinto á su actividad. Dice (capítulo X) que se dió prisa en concentrar seis legiones en la Galia narbonesa, por haber sabido que los helvecios querían establecerse en las costas del Océano, en la Saintonge, esto es, en un territorio fertilísimo, limítrofe de la provincia y poco distante de Tolosa. Esta explicación es verdaderamente singular. ¿Cómo ponerla de acuerdo con lo que César nos dijo algunos capítulos antes: esto es, que los helvecios querían conquistar la Galia? Emigrar á la Saintonge era empresa muy diferente de una invasión de la Galia; y, sin embargo, César no hace ninguna tentativa para poner de acuerdo ambas versiones. ¿Á cuál debemos de prestar fe? Además, si César quería poner la provincia al abrigo de un ataque de los helvecios procedentes de la Saintonge, ¿por qué, en vez de dirigirse con su ejército del lado de Tolosa y del Garona, continuó su marcha hacia el Norte luego de incorporársele la legión de Labieno, pasó el Ródano en su confluencia con el Saona y rebasó sin dudar los confines de la provincia? Esta marcha tan decidida y rápida sólo puede explicarse si César quiso ejecutar el plan de Metelo, esto es, atacando sin pérdida de tiempo á los helvecios, que se aprestaban á pasar el Saona, probablemente en Mâçon. César ha advertido la contradicción y procurando justificarla refiriendo que, apenas hubo rebasado la frontera, los embajadores de los eduos, de los ambarres, de los alóbroges fueron á su campamento para demandarle socorro contra los helvecios, y que sólo entonces se decidió á no esperar que los helvecios llegasen á la Saintonge para atacarlos. En suma, procura dar á entender que la idea del movimiento ofensivo contra los helvecios le acudió después de pasar la frontera y de recibir á los embajadores eduos. Pero la explicación es muy débil y evidente su falsedad. Siempre le quedará á César el explicarnos, por qué, si deseaba defender á Tolosa, que está al Oeste, marchó al Norte y rebasó la frontera septentrional de la provincia.

Las contradicciones son evidentes ¿De dónde nacen? Sería absurdo atribuirlas á un defecto de composición, á la rapidez con que se escribieron los *Comentarios*. *Quan facile et celeriter eos* (los *Comentarios) perfecerit scimus*, escribe Hircio. Pero César era un habilísimo escritor, y sabía escribir con lucidez y precisión admirables, aunque tuviese mucha prisa. Por otra parte, estas contradicciones son harto graves para que podamos ver en ellas involuntarios errores. Mucho más probable es que se trate de contradicciones impuestas á César por la necesidad de ocultar alguna cosa. ¿Es posible dar con «esta cosa», que deseaba ocultar? César no escribió los *Comentarios* para eternizar la memoria de sus hazañas. Acusado de haber hecho en la Galia una política agresiva y violenta, quiso demostrar en su libro que siempre se había batido contra su voluntad, que todas sus guerras, comenzando por la de los helvecios, no habían sido agresiones, sino precauciones defensivas absolutamente necesarias. Ahora bien: César poseía un excelente medio para explicar su gran movimiento ofensivo contra los helvecios como una medida de alta previsión defensiva: sustentarse en lo que él mismo dijo de los helvecios en los primeros capítulos, sobre lo que Cicerón escribió á Ático: que los helvecios querían fundar un gran imperio galo. Ninguna otra justificación hubiese tenido tanta fuerza á los ojos de los romanos; nadie hubiese podido discutir á César el mérito de haber salvado al imperio de una nueva invasión de los cimbrios y teutones por una guerra que, ofensiva en apariencia, sólo era una defensa prudente. ¿Por qué, pues, en el momento de servirse de esta explicación tan sencilla y clara, que reposaba en hechos contados por él mismo, renuncia César y recurre á las explicaciones embrolladas y llenas de contradicciones que ya hemos resumido: primero la necesidad de defender la provincia; luego la necesidad de defender á Tolosa, y, en fin, la necesidad de defender á los eduos y demás pueblos galos aliados de Roma? Sólo existe un medio de explicar una cosa tan absurda en apariencia: admitir que los temores revelados por Cicerón sobre el movimiento de los helvecios en su carta á Ático eran exagerados; que los helvecios se proponían un fin mucho más modesto que el de conquistar toda la Galia; que entre el año 58 y el 52, este hecho se hizo bastante notorio para que á fines del 52, cuando César escribió los *Comentarios*, ya no tuviese el valor de justificar su movimiento ofensivo por la necesidad de destruir

en su principio el futuro imperio celto-helvético. Descartada esta justificación, César se encontraba obligado á confesar que se había engañado sobre el carácter y fin del movimiento de los helvecios, ó que les había atacado sin motivo; pero no queriendo admitir una cosa ni otra, procuró demostrar que le atacaron los helvecios modificando el relato con hábiles alteraciones, que todo su genio no ha podido, sin embargo, dejar exento de contradicciones.

Una consecuencia, importantísima para nosotros, se deriva de todo lo que precede: y es que los helvecios ni siquiera pensaron en conquistar la Galia y fundar una gran coalición gala. Pero esta conclusión propone muchas otras preguntas. ¿Cuál era el verdadero objetivo de la emigración helvética? ¿Querían efectivamente los helvecios emigrar á la Saintonge, como dice César? Y si los helvecios no querían invadir la Galia, ¿cómo explicar la conducta del Senado, de Metelo, de César? Hemos visto que el carácter temible atribuído al movimiento de los helvecios nos lo explica todo. Negado ese carácter, ¿cómo debe modificarse toda esta historia? Continuemos el examen del relato de César. En él encontraremos la respuesta á muchas de estas preguntas.

Terminadas las entrevistas con los eduos, César ejecutó la última parte de su movimiento ofensivo con la rapidez y energía que fueron siempre sus grandes cualidades. Procuró sorprender y aplastar á los helvecios en el paso del Saona, pero no logrando destruir más que á una pequeña retaguardia que había quedado en la ribera oriental, lanzó en un día á todo su ejército sobre la orilla derecha del Saona y empezó á seguir á poca distancia la horda enemiga, espiando el momento de atacar. En diez capítulos (XIII-XXIII), con muchos detalles, pero sin indicarnos jamás la dirección, descríbenos César esta marcha, y nos narra los incidentes más importantes, entre los cuales hay uno que reviste excepcional importancia. En cierto momento advirtió que parte de los eduos le traicionaba. Los eduos le habían dado un cuerpo de caballería, y también le habían prometido suministrarle trigo; pero la caballería edua se dejaba derrotar en todas las escaramuzas, y en los encuentros que durante la marcha tenía con los enemigos; el trigo prometido no llegaba; las provisiones se agotaban; los notables eduos cada vez sentían más dificultad en explicar el retraso. Decidido á aclarar el misterio, Cé-

sar instruyó un proceso. Y he aquí que súbitamente reaparece un personaje que hemos entrevisto en los comienzos del relato: Dumnórix, el jefe eduo que había tomado parte en el complot de Orgetórix. César supo que la alianza con Roma la había demandado un partido cuyo jefe era Diviciaco; pero que Dumnórix era favorable á los helvecios, porque su mujer pertenecía á esta nación, y porque esperaba conquistar con ayuda de los helvecios el poder supremo. Desgraciadamente, Dumnórix, que era inmensamente rico, disponía de gran influencia; y él era, quien, como comandante de la caballería, había dado á sus jinetes la orden secreta de dejarse derrotar por los helvecios, y él también el que impedía la llegada del trigo.

Este episodio es importantísimo. Demuéstranos, ante todo, que los hilos misteriosos que relacionaban la expedición de los helvecios con Dumnórix no habían quedado cortados con la muerte de Orgetórix. Demuéstranos también, que la emigración de los helvecios, si no tenía el grandioso fin que en Roma se le había atribuído, tampoco debía ser tan modesto como la emigración á la Saintonge, que sólo interesaría á los helvecios. ¿Por qué el poderoso partido de que Dumnórix era jefe se hubiese preocupado en este caso de que se realizase el movimiento? Aunque nuestro deseo de conocer los detalles de este gran incidente sea grande, César no se muestra dispuesto á satisfacerlo; y luego de haber referido que perdonó por generosidad á Dumnórix, se apresura en continuar la narración. Dice que en cierto momento esperó aplastar á los helvecios en una sorpresa nocturna; pero que la tentativa fracasó; que iba á verse obligado por la falta de víveres á renunciar en la persecución de los helvecios, cuando súbitamente fué atacado por el enemigo... En este momento nos da César la primera indicación topográfica. El ataque tuvo lugar en la altura de Bibracte (monte Beuvrai), cerca de Autun. Los helvecios, pues, habían marchado hacia el Norte dando un largo rodeo para ir á la Saintonge. Pero nuestra sorpresa aún aumenta después del relato de la batalla. César la describe como una brillante victoria de sus legiones. M. Rauchenstein, que ha sometido el relato de esta guerra á una crítica en ocasiones demasiado sutil, pero siempre ingeniosísima, ha demostrado, con ayuda de la misma narración de César, que el resultado fué muy incierto: por ejemplo, es seguro que César se vió obligado á permanecer tres días en el campo de batalla para enterrar á los muertos y curar á los heri-

dos, mientras que los helvecios proseguían tranquilamente su marcha, dirigiéndose hacia Langres. Y esta es la segunda indicación topográfica, no menos significativa que la primera. Los helvecios, que según César querían trasladarse á las costas del Océano, marchaban ahora hacia el Nordeste, esto es, en dirección opuesta. César logró al fin concertar la paz; y la mayoría de los helvecios se decidieron á volver á su antigua patria, excepto un pequeño número de obstinados que se dirigió *ad Rhenum finisque Germanorum*. Este detalle arroja viva luz sobre el obscuro punto que deseamos dilucidar, y completa los dos informes precedentes sobre la marcha de los helvecios. ¿Por qué esta minoría se dirigió por el Rhin? Es evidente que los obstinados, en el momento de separarse de sus compatriotas, no podían tomar al azar el primer camino que se les ofreciese; sino que debían continuar la marcha comenzada por toda la horda hasta el punto en que ésta se dirigía. En efecto, hemos visto que los helvecios se habían replegado ya hacia el Este. La emigración de los helvecios dirigíase, pues, hacia el Rhin.

¿Es posible ahora determinar el fin de la misteriosa emigración? Tal creo. Observemos ante todo ciertas coincidencias bastante curiosas. En el 61 ó en el 62, los eduos pidieron ayuda al Senado romano; en el 61 los helvecios se dejaron persuadir para intentar su emigración. El que en Roma se ocupa de las negociaciones es Diviciaco; desde el principio y de manera poco clara, Dumnórix se encuentra mezclado á las intrigas que preparon el movimiento de los helvecios. ¿Qué iba, pues, á demandar en Roma Diviciaco? El apoyo de las legiones romanas contra Ariovisto. ¿Dónde se dirigían los helvecios? Hacia el Rhin, es decir, hacia las regiones donde probablemente acampaba el ejército de Ariovisto. Durante toda la guerra, Diviciaco obró como el confidente de César; Dumnórix como el protector de los helvecios. Luego se siente uno fuertemente tentado á preguntarse si la emigración de los helvecios no debía tener el mismo objetivo que las negociaciones de Diviciaco en Roma: esto es, lanzar á Ariovisto allende el Rhin. En efecto, representémonos en sus grandes líneas la situación de la Galia al llegar César, y veremos que esta suposición, tan atrevida en apariencia, es verosímil. El gran problema que con algunos años de diferencia preocupaba á todas las naciones galas, era el peligro germánico; el poder creciente de Ariovisto. Los eduos, sobre todo, que habían sido despojados por Ario-

visto de su supremacía sobre toda la Galia, estaban de tal manera descorazonados con los fracasos sufridos, que desesperando de vencer á Ariovisto con sus propias fuerzas, se decidieron á pedir el concurso de Roma. Diviciaco quedó encargado de esta misión. Pero Roma no era evidentemente la única potencia extranjera que podía ayudar á los eduos; también los helvecios, que habían sostenido ya largas guerras contra los suevos, y que eran muy belicosos, podrían ser preciosísimos aliados. Ahora bien; Diviciaco era jefe del partido conservador que representaba á la antigua nobleza gala, y á este partido se oponía la facción de que Dumnórix era jefe, que se sustentaba en las clases inferiores y que podría llamarse el partido popular. Sus discordias reconocían siempre una causa y significación política. La conclusión, pues, se impone: ambos partidos estaban igualmente persuadidos de que los eduos no podrían por sí solos derribar la dominación germánica; pero no estaban de acuerdo sobre la potencia extranjera á que era preciso recurrir. El partido de Diviciaco, al que podía llamarse romanófilo, quería apoyarse en Roma; el partido de Dumnórix, al que podría llamarse nacional, prefería la ayuda de los helvecios. Es probable que Dumnórix y no Orgetórix propusiese la aventura á los helvecios, prometiéndoles tierras tras la victoria, en cualquier paraje fértil de la Galia, y que Orgetórix sólo fué el principal agente del partido nacional en Helvecia.

Por temerarias que parezcan estas hipótesis, explican con maravillosa claridad todos los hechos que quedaban obscuros y aislados: la alianza entre Ariovisto y Roma, los rumores alarmantes sobre los movimientos de los helvecios, la muerte de Orgetórix, en fin, el movimiento ofensivo de César. Ahora comprendemos mucho mejor por qué Ariovisto trabajó así en el 60 como en el 59 para ser declarado amigo y aliado de Roma. No era la vaga preocupación de una invasión de los helvecios en la Galia lo que le inducía—como hemos supuesto al principio—á buscar la amistad de Roma, sino un peligro mucho más grave. Apenas supo que Diviciaco y Dumnórix intrigaban contra él, uno en Roma y otro entre los helvecios, temió que ambos hermanos lograsen formar contra él una coalición de eduos, romanos y helvecios, y tuvo que buscar, apelando á los más enérgicos esfuerzos, el medio de disolver esta coalición en el momento de formarse. ¿Esforzábase en contrarrestar las intrigas de Dumnórix cerca de los helvecios? Es muy probable; pero desgracia-

damente no poseemos ningún informe sobre este punto. Al contrario, es evidente que las gestiones realizadas en Roma para obtener el título de amigo y aliado tenían por objeto paralizar la alianza de Roma con los eduos. Establecido esto, podemos explicarnos de una manera verosímil el origen de los rumores alarmantes que circulaban en Roma sobre la emigración de los helvecios. Los eduos habían solicitado su apoyo contra Ariovisto, y Roma lo había concedido por el decreto del Senado del 61; ahora bien, aunque Ariovisto estuviese decidido á pagar á peso de oro su alianza con Roma, él mismo y sus amigos de esta ciudad tenían que buscar algún medio para ocultar al público romano la contradicción que existía entre esta alianza y la concertada ya con los eduos. El mejor medio era evidentemente demostrar que los romanos, los eduos y los suevos estaban todos amenazados por un peligro común extremadamente grave que les obligase á olvidar sus querellas para hacerle frente todos juntos. Paréceme, pues, muy probable que Ariovisto, aprovechándose de la emigración de los helvecios y de la ignorancia de los políticos romanos, se esforzó en exagerar el peligro helvético y en persuadir á los personajes influyentes de Roma, que los helvecios deseaban ponerse á la cabeza de una coalición de pueblos galos, que algún día podría atacar á la misma Italia. Ariovisto logró tanto más fácilmente asustar á los romanos, porque quizás fué ayudado en su empresa por parte de sus enemigos. Ya hemos visto que Cicerón, en su carta á Ático del 16 de Marzo del año 60, es el primero que nos informa sobre el peligro helvético. ¿De dónde sacaba esta información? Hemos visto que estaba muy relacionado con su huésped Diviciaco. Luego es muy probable que esta información como las demás que nos comunica sobre los asuntos galos, procedía de Diviciaco. Tampoco es difícil explicarse por qué el partido eduo favorable á la alianza con Roma se esforzaba — lo mismo que Ariovisto — en asustar á los romanos sobre el movimiento de los helvecios. Este partido tenía gran interés en aventajarse al partido nacional en su plan de abatir á Ariovisto; y, como Dumnórix trabajaba con energía cerca de los helvecios, tenía que sacudir con algún activo estimulante la pereza habitual del Senado romano, obligándole á obrar. El peligro helvético también podía servir á este partido para convencer á los romanos de que debían intervenir sin tardanza. La Galia se encontraba en situación crítica; si Roma

no intervenía para librarla de Ariovisto, los helvecios se encargarían de ello; pero una vez dueños de la Galia se convertirían en un gran peligro para Italia. Tal debía de ser la parte esencial de los informes que el partido romanófilo de los eduos enviaba á Roma sobre los asuntos galos. ¿Reanudaron los amigos de Diviciaco las intrigas entre los helvecios para alterar la concordia conque se comenzaron los preparativos? Es muy probable; pues me parece verosímil que Orgetórix fué víctima de las intrigas de Ariovisto, de los eduos, ó de ambos á la vez. Así podríamos explicarnos la sorpresa que César manifiesta, al confirmar que la muerte de Orgetórix no contenía los preparativos de los helvecios. Orgetórix era representante y jefe del partido nacional en Helvecia: el agente más activo é inteligente de Dumnórix, el principal organizador de la expedición. Si la trama que le abatió tenía que hacer odioso á los helvecios todo el movimiento del partido nacional, compréndese que César — quien al escribir en el 52 los *Comentarios* conocería toda la verdad — se mostrase sorprendido en un momento de olvido porque la caída de Orgetórix no lograse comprometer la expedición.

En suma, los asuntos galos se complicaban muy gravemente en el decurso del año 60. El partido nacional trabajaba con energía para poner en pie de guerra al ejército helvético; el partido romanófilo y Ariovisto denunciaban de acuerdo, pero con intenciones distintas, al partido helvético; los políticos romanos se encontraban ante este peligro en muy difícil situación. ¿Debían de escuchar el requerimiento de los eduos, enviar los ejércitos romanos á combatir contra Ariovisto y excluir la intervención de los helvecios en los negocios galos, encargándose de derribar la dominación germánica en la Galia? ¿Ó tenían que preocuparse ante todo del «peligro helvético», aceptar la alianza de Ariovisto y aplastar sin tardanza á los helvecios para garantizar á Italia de cualquier peligro futuro? Dos políticas eran posibles: la antihelvética y la antigermánica. Era necesario escoger. Lo que sabemos sobre los proyectos del cónsul Metelo indúcenos á creer que éste se inclinaba ya por la política antihelvética. César se decidió definitivamente por esta política en el decurso del año 59, como lo demuestra la alianza que concertó con el rey de los suevos. Esta alianza significaba el triunfo de las intrigas de Ariovisto sobre las de Diviciaco. Sin duda sería importantísimo conocer las razones que le determinaron á escoger de una manera tan poco

acertada; pero como carecemos de documentos sobre este punto tan importante, debemos de contentarnos con hipótesis. La más verosímil es que la causa de este error debe de buscarse en la ignorancia general que reinaba en Roma sobre las cosas de la Galia. Los rumores alarmantes que los eduos y Ariovisto difundieron en Roma sobre el movimiento de los helvecios debieron causar grandísima impresión; pues los recuerdos de la invasión de los cimbrios y teutones aún estaban demasiado vivos y recientes: desde que comenzaron á circular los rumores alarmantes sobre los helvecios, la gente y el mundo político — con ese hábito de simplificarlo todo que es peculiar de las democracias — sólo vieron ya en la cuestión gala el peligro helvético: lo demás, las luchas de los eduos y de los suevos, el peligro germánico, los confines del Rhin pasó á segundo término. César, arrastrado por la manía general, participó del criterio de todos; y apenas se incorporó á su ejército, adoptó las medidas necesarias para atacar á los helvecios.

En realidad, César incurría en un gravísimo error decidiéndose por la política helvética. La expedición de los helvecios debía ser popularísima en toda la Galia, pues se esperaba de ella la caída de la dominación germánica; y la intervención del procónsul, que secundaba de esta increíble manera los intereses de Ariovisto, hería el orgullo y los intereses del partido nacional, colocaba en grave apuro al partido romanófilo, y al mismo César. Los partidarios de la alianza con Roma hacíanse naturalmente responsables para la masa de cuanto hacía en la Galia el representante de Roma. Se había anunciado que la intervención de Roma aportaría grandes bienes á la Galia; y al contrario, el procónsul se ofrecía como el más celoso aliado de Ariovisto, que se había visto libre por César de un enemigo tan temible como los helvecios, sin tener que mover un solo soldado. Esta hipótesis también puede parecer atrevida; pero es fácil sustentarla en un argumento que me parece de importancia decisiva: y es que puede permitirnos explicar el violento cambio que súbitamente se operó en la política de César, apenas concertada la paz con los helvecios. Si las dificultades ofrecidas por el primer libro de los *Comentarios*, que hemos examinado hasta ahora son graves, aún hay otra que lo es mucho más: César no nos explica por qué, tras la guerra con los helvecios, comenzó en seguida la guerra contra Ariovisto. Refiere que, terminada la guerra helvética, los representantes de los pueblos ga-

los le solicitaron el permiso de convocar una asamblea gala, y nos ofrece una descripción bastante patética de esta asamblea: los representantes sumergidos en sombrío silencio; él mismo turbado por este dolor sin palabras y obligado á arrancar las explicaciones de estos labios que un miedo superticioso cerraba. Al fin decidiéronse á hablar los desgraciados, y describieron á César la intolerable opresión de Ariovisto. No queriendo sufrir entonces César que los amigos del pueblo romano sean tan cruelmente maltratados, en un hermoso ímpetu de generosidad se decide por la guerra: guerra caballeresca de emancipación emprendida por espíritu de justicia.

Habría que estar poco versado en política para tomar en serio este cuento heróico. La política romana en general, y César en particular, no conocían estas consideraciones sentimentales. La guerra contra Ariovisto era una guerra muy seria, pues se trataba de atacar con seis legiones á un enemigo muy fuerte, exaltado por grandes éxitos; en un país atrasado, sin una buena base de operaciones. Á estas dificultades militares se añadía otra política, aún más grave. Ariovisto era aliado de Roma y había cumplido con perfecta lealtad todos sus compromisos: sus querellas con los eduos no podían, pues, tomarse como pretexto para una ruptura, porque eran anteriores á la alianza concertada con Ariovisto. Declarando amigos y aliados á los eduos y á los suevos, Roma se comprometía evidentemente á no intervenir en sus diferencias. Faltábale, pues, cualquier pretexto decente para declarar la guerra. Ahora bien, si á ningún procónsul romano había preocupado una guerra injusta, una guerra ilegal era otra cosa. En caso de malogro, el general que hubiese comenzado una guerra ilegal podía incurrir en gravísimas responsabilidades penales, sin contar la impresión que una guerra ilegal podía causar en los soldados supersticiosos é ignorantes. Todo esto es tan cierto, que en Besanzón ocurrió un incidente extremadamente raro en la historia militar de Roma: los soldados se amotinaron y se negaron á marchar, protestando entre otras cosas, de que la guerra era ilegal.

Es, pues, evidente que, si César ha improvisado una guerra tan peligrosa en pocas semanas, sin reparar en los peligros, arriesgando su situación en un golpe de dados, ha debido ser impulsado por algún apremiante interés político, que no le permitía esperar. Sin esto

hubiese procurado ganar tiempo para aumentar su ejército—como hizo al año siguiente para la guerra contra los belgas—para encontrar un *casus belli* más serio del que se sirvió. ¿Cuál era este interés tan apremiante? Si nos atenemos á la narración de los *Comentarios* ó á la versión tradicional de toda esta historia, no se encuentra. Al contrario, podemos dar una contestación muy satisfactoria á esta pregunta si aceptamos todas las explicaciones que hemos propuesto. César hizo la guerra contra Ariovisto para reparar en la opinión pública de la Galia la impresión desastrosa causada por la guerra contra los helvecios. Esta guerra había destruído todo punto de apoyo para su política gala y aumentado el poder de Ariovisto, esto es, del rey que hubiese sido su rival si pretendía ejercer cualquier influencia en los asuntos galos. César debió advertir el inmenso error en que había incurrido, durante el curso ó al fin de la guerra helvética; y para repararlo sin tardanza rompió con un acto audacísimo la alianza que él mismo había concertado con Ariovisto, y le declaró la guerra. Aceptando nuestra hipótesis todo resulta comprensible.

Sin embargo, podría hacerse una objeción. Se podría decir que César no se engañó sobre las condiciones de la Galia, que conocía el verdadero objetivo de la emigración de los helvecios, que al partir de Roma sabía perfectamente que tendría que vencer, no el peligro helvético, sino el peligro germánico; que estaba resuelto á hacer la guerra contra Ariovisto; pero que antes deseaba librarse de los helvecios que aspiraban á realizar la misma empresa. En este caso, la alianza con Ariovisto sólo hubiese sido una treta para halagar al rey de los suevos, y persuadirle de dejar á César libres las manos durante la guerra contra los helvecios. Tal es la tésis de Duruy. Pero á esta tésis pueden hacerse dos objeciones, que me parecen insuperables. En primer lugar, si César hubiese conocido suficientemente la situación de la Galia y el verdadero carácter del movimiento de los helvecios, no hubiese aceptado á Dumnórix como comandante de la caballería. Los *Comentarios* demuestran que el descubrimiento de los manejos de Dumnórix produjo gran sorpresa en César, lo cual denota que éste desconocía las relaciones que existían entre la expedición y los partidos políticos de la Galia, esto es, que sólo poseía una idea muy superficial é imperfecta de lo que realmente era el movimiento. La otra objeción capital es para mí la alianza con Ario-

visto. De haber previsto que era inevitable una guerra con éste, jamás hubiese consentido en que se le otorgase el tílulo de amigo y aliado. Cualquier conocedor de las cosas romanas se resistiría á creer que á sangre fría apelase César á un recurso tan temerario y que podría crearle tan graves dificultades.



ÍNDICE DE LOS AUTORES CITADOS

AUMALE (Duque d').—*Alesia*, en la *Revue des Deux Mondes* del 1.° Mayo 1858.

BABELON.—*M. R. R.: Description historique et chronologique des monnaies de la République romaine.* París, 1885-1886.

BARNABEI.—*Di un termine graccano scoperto presso Atena*, en las *Notizie degli scavi,* Marzo 1897.

BARONE.—*I. G. C.: I grandi capitani sino alla rivoluzione francese.* Turín, 1898.

BELLEZZA.—*F. S.: Dei fonti e dell' autorità storica di C. Sallustio Crispo.* Milán, 1891.

BELOCH.—*B. A. W.: Die Bevölkerung der griechish-römischen Welts.* Leipzig, 1891.

BELOCH.—*B. A. W.: Die Bevölkerung der griechish-römischen Welts.* Leipzig, 1886.

BELOCH.—*I. B.: Der Italische Bund unter Roms Hegemonie.* Leipzig, 1880.

BERNHARDT.—*C. M. K.: Chronologie der mithridatische Kriege.* Marburgo, 1896.

BERTRAND.—*Les tombelles d'Auvenay*, en la *Revue archéologique* de 1861.

BLASEL.—*Die Motiven der Gesetzgebung des C. Sempronius Gracchus.* Trieste, 1878.

BLUMNER.—*G. T. A.: Die Gewerbliche Thätigkeit der Wölker des klassischen Altherthums.* Leipzig, 1869.

BOCKH.—*E. P. A.: L'Economia publica degli Ateniesi*. Milán, edición de la *Biblioteca di storia economica,* dirigida por Vilfredo Pareto (en curso de publicación).

BONFANTE.—*D. R.: Diritto Romano*. Florencia, 1900.

BORSARI.—*T. R.: Topografia di Roma antica*. Milán, 1897.

BRUNN.—*G. G. K.: Geschichte der griech. Künstler*. Stuttgart, 1857-59.

BRUNS.—*Fontes juris romani antiqui*. Tubinga, 1860.

BUSOLT, en *N. I. P. P.*, véase *N. I. P. P.*

BYNUM.—*L. M. I. B. ó B.: Das Leben des M. Junius Brutus bis auf Cæsars Ermordung*. Halle, 1898.

CAETANI-LOVATELLI (Condesa Ersilia).—*I giardini di Lucullo*, en la *Nuova Antologia*, 16 Agosto 1901.

CAETANI-LOVATELLI.—*I giornali dei Romani*, en la *Nuova Antologia*, 1.° Noviembre 1901.

CALLEGARI.—*L. S. C.: La legislazione sociale di Caio Gracco*. Padua, 1896.

CANTALUPI.—*M. S.: La magistratura di Silla durante la guerra civile*. Roma, 1899.

CASTELLI.—*G. E.: Gli Ebrei*, Florencia, 1899.

C. I. A.: Corpus inscriptionum atticarum.

C. I. Gr.: Corpus inscriptionum græcarum.

C. I. L.: Corpus inscriptionum latinarum.

CICCOTTI.—*D. P.: Donne e politica negli ultimi anni della republica romana*. Milán, 1895.

CICCOTTI.—*P. V.: Il processo di Verre*. Milán, 1895.

CICCOTTI.—*T. S.: Il tramonto della schiavitù nel mondo antico*. Turín, 1899.

COHEN.—*Description historique des monnaies frappées sous l'empire romain*. Vol. I. París, 1859.

COURBAUD.—*B. R. R.: Le bas-relief romain à représentations historiques*. París 1899.

CROISET (A. y M.).—*Histoire de la littérature grecque*. Vol. V. París, 1899.

DAREMBERG, SAGLIO y POTTIER.—*D. A.: Dictionaire des antiquités grecques*. París, 1873.

Hermes. Zeitschrift für classische Philologie, Berlín.

HOMOLLE.—*B. C. H.: Les Romains à Délos*, en el *Bulletin de correspondance hellénique*. Vol. VIII.

HÜBNER.—*De senatus populique romani actis*. Leipzig, 1860.

IHNE.—*R. G.: Römische Geschichte*. Vol. VI. Leipzig, 1886.

JOHN.—*E. G. C. V.: Entstehungsgeschichte der Catilinarischen Verschwörung*, en los *Jarhrbücher fur Philologie und Pedagogik*. Sup. al vol. VIII.

JORDÁN.—*T. R.: Topographie der Stadt Rom in Alterthum*. Berlín, 1878.

JUDEICH.—*C. O.: Cæsar in Orient*. Leipzig, 1885.

JULLIAN.—*Verc.: Vercingétorix*. París, 1901.

I. P. P., véase *N. I. P. P.*

KARLOWA.—*R. R. G. Römische Rechstgeschichte*. I. Leipzig, 1893.

KROMAYER in *Phil.*, véase *Philologus*.

KROMAYER in *Hermes*, véase *Hermes*.

LANCIANI in *B. C.*, en el *Bolletino della commissione archeologica comunale di Roma*.

LANCIANI.—*T. R. A.: Topografia di Roma antica; i Commentarii di Frontino intorno le acque e gli acquedotti. Silloge epigrafica aquaria*. Roma, 1880.

LANCIANI.—*Forma urbis Romæ*. Mediolani, 1893.

LANDUCCI.—*Storia del diritto romano*. Padua, 1895.

LANGE.—*R. A.: Römische Alterthumer.*: Vol. I (segunda edición), Berlín, 1863; *ídem*, vol. II (segunda edición), Berlin, 1867; *ídem*, volumen III (primera edición), Berlín, 1871.

LE BAS, WADDINGTON ET FOUCART.—*V. A.: Voyage archéologique en Grèce et en Asie Mineure pendant les années 1843-1844*. París, 1847-1877.

LOMBROSO.—*L'Uomo delinquente*. Turín, 1897.

LOSSAU.—*I. K.: Ideale der Kriegführung*.

MANFRIN.—*C. P.: La cavalleria dei Parthi nelle guerre contro i Romani*, Roma, 1893.

MARQUART.—*R. S. V.*. *Römische Staatsverwaltung (Handbuch der röm. Alterthümer)*. Leipzig, 1871.

MARQUARDT.—*V. P. R.*: *La vie privée des Romains*. Paris, 1892.

MASI.—*V. S. A. ó A.*: *Vicende politiche dell' Asia dall' Ellesponto all' Indo*. Vol. I, Módena, 1898; vol. II, Città di Castello, 1901.

MAURENBRECHER.—*C. Sallusti Crispi historiarum reliquiæ*. Leipzig, 1893.

MEYER.—*Oratorum romanorum fragmenta*. Turín, 1842.

MEYER.—*U. G. G.*: *Untersuchungen zur Geschichte der Gracchen*. Halle, 1894.

MICALELLA.—*F. D. C.*: *La fonte di Dione Cassio per le guerre galliche de Cesare*. Lecca, 1896.

MOMMSEN in *Hermes*, véase *Hermes*.

MOMMSEN.—*P. R.*: *Le Provincie romane da Cesare a Diocleziano*. Trad. de Ruggiero. Roma, 1887.

MOMMSEN.—*R. F.*: *Römische Forschungen*. Berlín, 1864.

MOMMSEN. *R. G.*—*Römische Geschichte*. Berlín, 1874.

MOMMSEN.—*R. M. W.*: *Geschichte des Römischen Münzwesens* Berlín, 1860.

N. I. P. P.: *Neue Jahrbücher für Philologie und Pædagogik*. Leipzig.

NAPOLEÓN III.—*J. C.*: *Histoire de Jules César*. Paris, 1865-66.

NEUMANN.—*G. R. V.*: *Geschichte Roms während des Verfalls der Republik vom Zeitalter des Scipio Aemilianus bis zu Sullas Tode*. Breslau, 1881.

NICCOLINI in *S. I. F. C.*, véase *S. I. F. C.*

NISSEN.—*I. L.*: *Italische Landekunde*. Vol. I. Berlín, 1883.

NISSEN in *H. Z*: *Der Ausbsuch des Bürgerkrieges 49*, véase *Ch.*; en la *Historische Zeitschrift*. Vol. XLIV y XLVI.

NITZSCH.—*G. V.*: *Die Gracchen und ihre nächsten Vorgänger*. Berlín, 1847.

N. R. H. D.: *Nouvelle Revue historique du droit*. Paris.

OVERBECK.—*G. G. P.*: *Geschichte der griechischen Plastik*. Leipzig, 1893-1894.

PAULY-WISSOWA.—*R. E.*: *Real Encyclopädie der classischen Alterthumwissenschaft*. Stuttgart.

PETER.—*G. R.: Geschichte Roms*, Halle, 1881.

PETSCH.—*Die historische Glaubwürdigkeit der Commentarien Cæsars vom gallischen Kriege nach gegenwärtige Stande der Kritik*. Glückstadt, I, 1885; II, 1886.

Phil.: *Philologus; Zeitschrift fur das klassische Alterthum*. Gotinga.

Philologus, véase *Phil.*

POHLMAN.—*Die Uebervölkepung der antiken Grosstädte*. Leipzig, publicado por el Jablonow-Gesellschaft.

PORZIO in *R. S. A.*, véase *R. S. A.*

RAUCHENSTEIN.—*F. C.: Der Feldzug Cæsars gegen die Helvetier*. Zurich, 1882.

RAWLINSON.—*S. O. M.* ó *S. G. O. M.*: *The sixth great Oriental monarchy*. Londres, 1873.

REINACH.—*M. E.: Mithridate Eupator, roi du Pont*. París, 1890.

Rheinisches Museum für Philologie. Frankfort.

R. S. A.: *Rivista di storia antica*. Mesina.

RÜSTOW.—*H. K. C.: Heervesen und Kriegführung C. Julius Cæsars*. Nordhausen, 1862.

SALVIOLI.—*D. P. F.: Sulla distribuzione della proprietà fondiaria in Italia al tempo dell' impero romano*. Módena, 1899.

SCHANZ.—*G. R. L.: Geschichte der römischen Litteratur*. Munchen, 1890.

SCHILLER-VOIGT.—*Die römischen Privataltertümer und Kulturgeschichte*. Vol. IV de la *Handbuch der class. Alterthumwissenschaft*. Nordlingen, 1885.

SCHMIDT.—*B. W. C.: Der Briefwechsel des M. Tullius Cicero von seinem Prokonsulat in Cilicien bis zu Cæsars Ermordung*. Leipzig, 1893.

SCHMIDT in *Rhein. Mus.*—*Der Aubrusch des Bürgeskrieges* in 49, v. Ch. en el *Rheinisches Museum*. Vol. XLVII.

S. I. F. C.: *Studi italiani di Filologia classica*.

STERN.—*C.: Catilina und die Parteikämpfe der Jahre 66-77*. Dorpat, 1883.

STOBBE.—*Die Candidati Cæsaris*, in *Philologus*. Vol. XXVII.

TABLA DE MATERIAS

III

LA GRAN POLÍTICA DE CÉSAR

IV

EL SEGUNDO CONSULADO DE CRASO Y DE POMPEYO

V

PRIMERA DECEPCIÓN DR LA POLÍTICA CESARISTA: LA CONQUISTA DE BRETAÑA

VI

LA GRAN CATÁSTROFE DE LA POLÍTICA CESARISTA: LA INVASIÓN DE PERSIA

VII

CRISIS SUPREMA DE LA POLÍTICA DE CÉSAR: INSURRECCIÓN DE LA GALIA

VIII

LOS DESÓRDENES Y PROGRESOS DE ITALIA

Páginas

IX

EL «DE BELLO GALLICO»

X

PREOCUPACIONES DE UN GOBERNADOR ROMANO

XI

«INITIUM TUMULTUS»

XII

«BELLUM CIVILE»

XVI

LOS TRIUNFOS DE CÉSAR

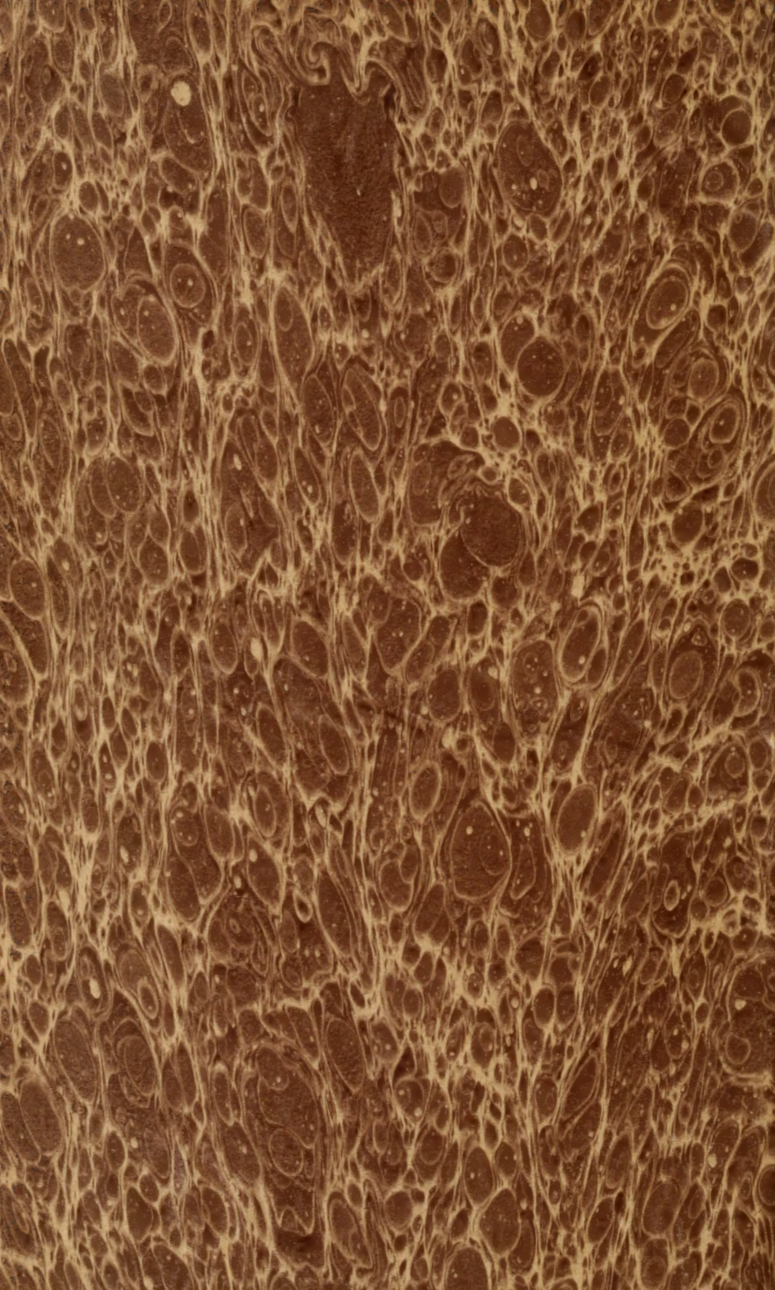
XVII

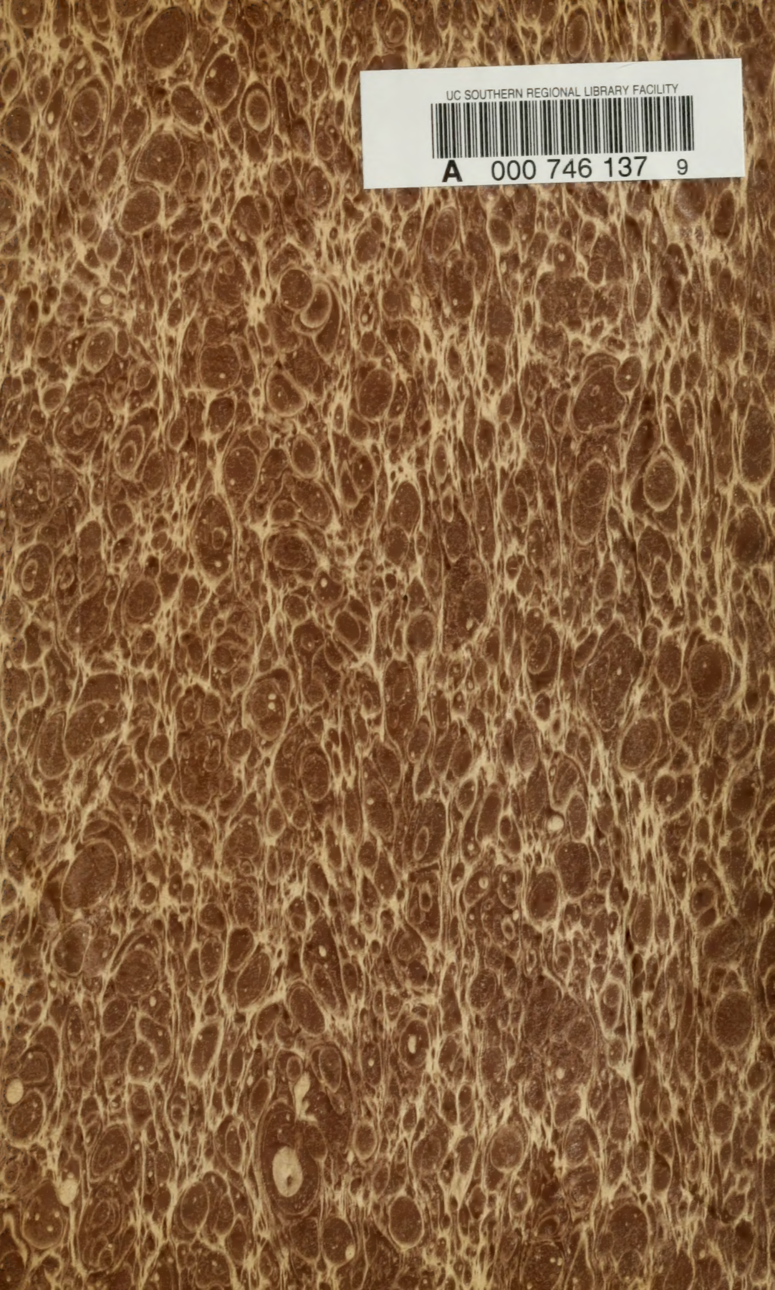
ÚLTIMO ENSUEÑO DE CÉSAR: LA CONQUISTA DE PERSIA

XVIII

LOS IDUS DE MARZO

APÉNDICES CRÍTICOS





UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 746 137 9

